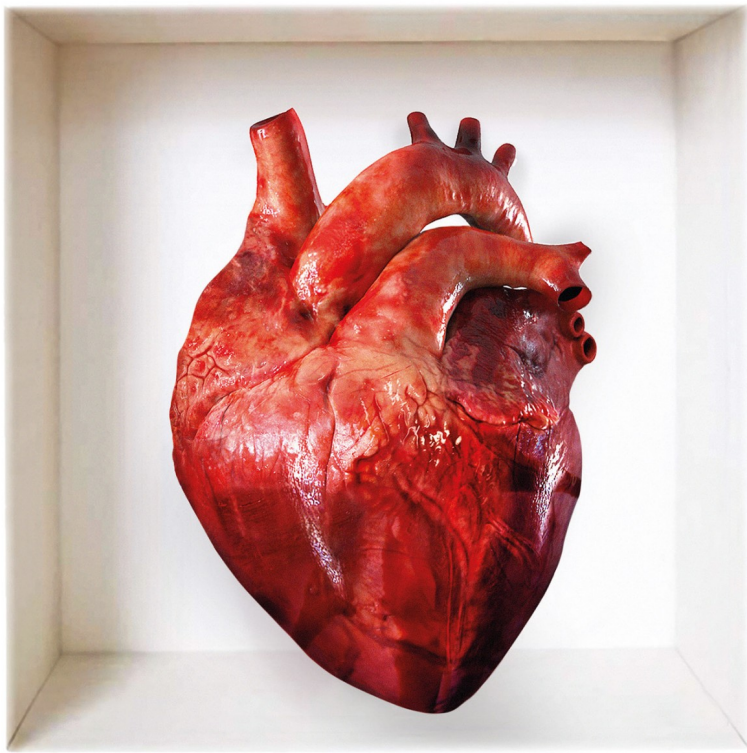
Seix Barral

Juan José Becerra

Amor



Amor

Seix Barral Biblioteca breve

Juan José Becerra

Amor

ÍNDICE

UN CASO, por Juan José Becerra (compilador)

¿QUIÉN SOY? Veinte versiones de Ana Quiroga

NIÑOS JUGANDO. Diez días en los archivos Quiroga-Castillo, por Inés Bouchard Caló

ANTONIO CASTILLO, por Augusto Rey (The Paris Review Hispanoamérica, Nº 409-Julio, 2056)

TRANSCRIPCIÓN COMPLETA DE LA ENTREVISTA DE AUGUSTO REY A ANTONIO CASTILLO

OBITUARIO DE JULIÁN BASUALDO

OTRA NOVELA DE AMOR, por Julián Basualdo

Colección Historias Perdidas

UN CASO

El amor fue un afecto humano muy extendido hasta las primeras décadas del siglo XXI.

El proceso de su desaparición fue acompañado de una transformación en el significado de la palabra amor, cuya primera acepción en los paneles de datos dinámicos de la Real Academia Española la describe desde 2034 como un “adjetivo inespecífico”.

Pero ¿qué fenómenos específicos produjo mientras existió? Para intentar responder esta pregunta, hemos rescatado el caso Quiroga-Castillo, al que consideramos el más representativo de los cerca de cien que han sido evaluados para esta colección.

El resultado es una literatura de reunión compuesta con materiales de diversas épocas.

El texto principal es *Otra novela de amor* (Incunables, 2023), de Julián Basualdo.

Es la historia de dos personas que vivieron en la Argentina entre los siglos XX y XXI: Ana Quiroga (Parque Leloir, 1979-Buenos Aires, 2077), llamada en la ficción China del Río; y Antonio Castillo (City Bell, 1975-Jáuregui, 2063), en la ficción Marcial Ledesma.

El libro vendió 140 mil ejemplares en el primer año, cifra a la que contribuyó el accidente que le costó la vida a Basualdo en enero de 2024 a la salida de la “Rotonda Ministro Gallardo”, de Bowen (Mendoza), rebautizada “Rotonda Julián Basualdo”.

En 2031 fue adaptado a una serie de seis capítulos para pantallas de telefonía en “chips” de tres minutos escritos, producidos y dirigidos por el Consorcio de Contenidos Núñez-Puig para Tesla Entertaiment.

Hallar un ejemplar de *Otra novela de amor* se volvió prácticamente imposible desde la ejecución del proyecto Paper Zero para la reconversión del papel en madera de carpintería y leña, firmado por los países del G-12 en la Cumbre de Dublín de 2079.

Según los registros del Museum of The Dead Books, de Abu Dabi, la eliminación de libros de papel entre 2080 y 2100 fue de alrededor de ciento doce millones de títulos en todo el mundo.

Otra novela de amor, sin modificaciones respecto de su versión original, es acompañada aquí por una serie de documentos secundarios.

El primero es un conjunto de testimonios sobre Ana Quiroga que la propia Ana Quiroga les solicitó a parientes, amigas/os, conocidas/os y enemigas/os suyos, reunidos y publicados en 2017 en el fanzine *Más abajo*.

El segundo es la evaluación que la crítica Inés Bouchard Caló hizo del *Archivo Quiroga-Castillo*, ganador del 36° Festival de Arte Puro de Berlín 2092, y materia prima en la que Julián Basualdo basó su novela.

Son miles de conversaciones por escrito, fotos, videos y mensajes de voz entre Ana Quiroga y Antonio Castillo, registrados entre 2018 y 2021.

El archivo completo puede consultarse de manera presencial en los domos itinerantes de Almacenes Memorial.

El tercero es la entrevista que Antonio Castillo le concedió al crítico Augusto Rey para la versión digital latinoamericana de *The Paris Review,* publicada en 2056 con motivo del lanzamiento de los poemas reunidos de Castillo, *Los mundos que faltan*.

El cuarto es la transcripción completa de esa entrevista.

El quinto documento es el obituario de Julián Basualdo, publicado sin firma en *La Voz de Bowen* del 12 de enero de 2024.

JUAN JOSÉ BECERRA
Compilador
Junín, marzo de 2123

2017

En 2017, Ana Quiroga propuso a Línea de Corte, entonces bajo su dirección, publicar historias de personas mediante los testimonios espontáneos de otras, incluyendo las detractoras.

A modo de ejemplo, elaboró una lista de conocidas y conocidos, les pidió testimonio, los hizo transcribir y presentó al directorio un modelo de libro, que fue rechazado.

Los testimonios fueron publicados en el N°6 del fanzine *Más abajo* (diciembre de 2017) con el título *¿Quién soy?* V*einte versiones de Ana Quiroga*.

Las tiradas de *Más abajo* se caracterizaron por ser de un solo ejemplar por número, adquirido por un comprador de identidad reservada mediante subasta pública, con el compromiso de no divulgar su contenido.

Los números 3, 5, 6 y (el último) 9, propiedad del MALBA, fueron donados en 2042 a la Biblioteca Nacional, que los digitalizó y liberó sus contenidos en 2070.

Estos hechos son mencionados en *Otra novela de amor* por el personaje China del Río, inspirado en Ana Quiroga, y posteriormente investigados para este libro.

¿QUIÉN SOY?

Veinte versiones de Ana Quiroga

Más abajo
N°6 – Diciembre de 2017

Ana Quiroga dirige Línea de Corte desde 2009. En 2013 ganó el premio a la mejor editora de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires; y en 2015, el de la Federación de Editoriales Independientes.

"¿Quién soy?" es una nueva sección de *Más abajo* dedicada a publicar historias de vida, con ilustraciones de Jorge Van Damme.

Quiroga seleccionó veinte personas para que grabaran comentarios espontáneos sobre ella. Esta es la transcripción de los testimonios, que incluyen uno de la propia Quiroga, y los de Isabel Souto y Federico Fontenla, tomados a través de terceros:

DJ Fast (DJ)

Le di música en la fiesta de 30 y en la de 40. A mí me ha pasado en la profesión hacer fiestas de 30 y 40 a una misma persona, o de 40 y 50, y lo que he visto es que los gustos se repiten. Puede pasar que te pidan agregar los temas de moda, eso es un clásico, pero nada más. Las canciones que les gustan a los clientes son las de la juventud, y van a lo seguro, a lo que les gustó siempre.

Ahora, en cuanto a lo profesional, las fiestas que yo hago se van armando a la medida del cliente, en base a lo que el cliente va queriendo o a lo que uno va ofreciendo y que puede ir dándole forma a lo que el cliente pensó. Porque… Acá hay un tema. La fiesta empieza antes, a veces un mes antes. Me pasa con los 15. Hay que ir un mes antes a la casa de la cumpleañera, ahí las amigas la

embarran, pintan la calle, se hace el book de fotos, se cuelga el pasacalles… Lo que se usa hoy. Y después viene la fiesta en sí, que tiene varias posibilidades. La música, por supuesto: fundamental. Sin música no hay fiesta. Eso es obvio. Y están los agregados, que suman valor. Yo sé que en Estados Unidos se han hecho encuestas de satisfacción y lo que más se reconoce de las fiestas son los agregados, más que la música.

¿Qué son los agregados? Bueno… Hoy por hoy se está usando mucho el túnel de RGB en la entrada, con luces de colores y animación y, si querés, videos del agasajado. Esa puede ser la entrada al evento. Se ponen cortinas de luces a la entrada, colgantes, y después en el salón se usan pantallas LED, que se abren con unas estructuras hidráulicas y eso puede funcionar como segunda puerta al evento.

Después está la pista, que puede ser de cuadrados de acero o, directamente, cuadrados de acrílico con proyección en RGB, y se puede reproducir en espejo la pista en el techo, también en RGB, y ahí se pueden hacer juegos con letras, números, se pueden poner espejos colgantes y bolas de espejos de varios tamaños para tirarles las luces desde los cabezales móviles y armar un efecto muy bueno; y podés meter show láser y una iluminación perimetral, que yo recomiendo porque eso arma como una cápsula de luz, con paredes de luz, y se ve espectacular, realmente.

Y después, obvio, la barra de tragos con estantes de colores LED, los barmans dancers, la máquina de humo y, ya si querés todo-todo, los robots LEDs y la cabina de fotos. Bueno, todo eso se lo puse a la fiesta de 40 de Ana. La de los 30 fue más sencilla, yo no tenía tanta logística como ahora y ella tenía la casa en refacción… Le llevé tres pares de bandejas porque me acuerdo que se bailaba en tres habitaciones, o sea que había tres pistas. Estaba lleno de escombros, bolsas de cemento, había carretillas... La gente que no estaba al tanto del tema pensaba que era una decoración.

Bueno, y en esa fiesta ella me pidió mucha música de los ’80, ’90… Funk, disco… Chic, Donna Summer, Michael Jackson, Police, qué sé yo; y lentos: un Air Supply, un Chicago, Bonnie Tayler, Toto,

esas baladas con máquinas que la rompen toda. La verdad es que pasa el tiempo y son inoxidables. Vos pinchás “Bette Davis eyes”, y a la gente la metés en otra dimensión. Caen todos. Los de veinte y los de setenta. A todos los ves moviendo la cabecita: “She’ll let you take her home…”, ¡chacha, uh, cha!, “it whets her apetite”, ¡chacha, uh, cha! Es excelente…

Entonces, en la de 30, Ana se la pasó bailando con el marido. Y en la de 40, nada que ver. La casa era otra, ya estaba terminada, había un living enorme con una biblioteca que ocupaba toda la pared y unas puertas ventanas que daban a dos jardines, uno adelante y el otro al costado, con unos plátanos gigantes a los que les tiré unas luces desde abajo, y ahí armamos todo el circo y quedó espectacular.

Habíamos arreglado que yo pasaba la misma música que le había pasado en la fiesta de los 30, un poco más actualizada, con algo de cuarteto cordobés y la entrada con “Viva la vida”, de Coldplay, que no falla. Yo siempre espero que empiecen los coros: “Oh-oh-oh-oh, oh-oh-oh-oh…”, que es exactamente a los tres minutos, y ahí tiro unos morteros lanza papeles y mando luz blanca a fondo sobre el glacé y se vuelven locos...

Bueno… Y como a las tres de la mañana, con todo el mundo borracho, Ana me pasa un pen drive y me dice: “Fastito, vamos con esto”, y yo lo pongo de una sin saber qué era, y eran todas canciones del Festival de Viña del Mar, y del Festival de San Remo, todas de amor, de varias épocas, algunas viejísimas. Y ella se transformó, las cantaba a los gritos, abrazada a las amigas, y el final terminó siendo una fiesta de mujeres.

***

Sara Quiroga (hermana mayor)

Yo fui la que le puso Ana porque mamá me vio muy celosa y, para que me calmara, me dijo: “Ponele el nombre”. Y elegí Ana por una muñeca negra de plástico toda rota que yo tenía y que se llamaba Ana. Y qué sé yo… Nació rara. Tenía la piel oscura. Parecía

una china, era enorme. Pesó casi cinco kilos, cuatro ochocientos, por ahí… Todavía bromeamos con que era una melliza que se había comido a la hermana.

De chiquita era silenciosa. Tengo el recuerdo de que a los cuatro o cinco años casi no hablaba. Sabía hablar muy bien, pero no hablaba. Se quedaba jugando sola durante horas. Hay una anécdota… Mamá la dejaba y se iba a hacer las compras. No era que la descuidara, al contrario. Confiaba en ella porque era una niñita adulta. Más adulta que yo, que le llevo ocho años. Con mi hermano siempre le decimos que no hacía nada de lo que hacían los niños de su edad. No metía los dedos en el enchufe, no se llevaba cosas peligrosas a la boca, no tenía caprichos, no lloraba… Era como una señora chiquita.

Entonces, mamá la dejaba sola y se iba a hacer las compras, y ella se quedaba jugando. En ese momento nosotros vivíamos en un tercer piso, en Villa Pueyrredón. Mamá bajaba corriendo porque se había olvidado algo para cocinar, una lata de tomates, un ajo, y volvía corriendo. Tardaba minutos. Pero como vio que Ana no le hacía ningún problema, directamente empezó a ir al supermercado a hacer las compras grandes.

Ahora que lo cuento, la verdad es que era un peligro porque el departamento tenía un balcón enorme con una puerta-ventana sin llave, en fin… Mamá empezó a tardar cada vez más, y cuando llegaba Ana estaba prácticamente en el mismo lugar, haciendo lo mismo que estaba haciendo cuando se fue. Pero mamá se fue confiando, demasiado para mi gusto. Y un día hubo una demora en la caja del supermercado, algo pasó, no sé qué, supongo que lo que pasa siempre: se traba la cola porque no anda el posnet, falta un precio o no sé qué, y no avanzás.

Mamá después contó que ella pensó que si tardaba un poco más no iba a pasar nada, y se quedó en la cola. Pero, lo que nunca, Ana bajó a la calle y se le apareció en el supermercado. Cruzó la Avenida San Martín, sola, con cinco años, creo que ni cinco tenía. Por ahí pasaban micros, camiones… Cómo fue que nadie la vio cruzar la calle, cómo no la pasó por encima un micro es un misterio,

lo cierto es que mamá ya estaba pagando en la caja y la vio venir y no lo podía creer. Dijo que era como ver un angelito. ¡¿Un angelito?! ¡Un demonio! Tenía un juguete en la mano. Como en las películas de terror en las que aparecen chicos con poderes. Después nosotros contamos esa anécdota en los cumpleaños y en las navidades como una gracia, pero fue muy impresionante. Nos dio miedo cuando pasó. Ana dice que le mentimos, que no puede ser que haya pasado eso, y que si no ve una foto de ella cruzando la avenida no lo cree.

***

Isabel Souto (ex amiga)

¡Quiroga Ana! ¡¿Vive esa yegua?! Hace poco, para chusmear, la busqué en las redes y no la encontré. No tenía Instagram, no tenía Twitter, no tenía Facebook... La última vez que la vi fue hace unos años por la televisión, como a las tres de la mañana, en un programa de libros, y dije: “Esta es Quiroga”. Jamás me hubiera imaginado que se iba a dedicar a eso. Capaz que lo tenía pensado de chica, pero era tan escondedora… Así que no tengo idea de por dónde anda, ni me interesa en lo más mínimo su vida, pero tampoco voy a andar perdiendo la oportunidad de tirarle un poco de mierda, ¿no? Se lo merece.

Nosotras éramos como hermanas. Ella estaba todo el día en mi casa, o yo en la de ella. Mi mamá y mi papá eran como sus padres y los de ella eran como si fueran los míos. Cuando me enteré que había muerto la madre, tuve el impulso de ir, de acercarme por el cariño que le tuve a todos los Quiroga. Pero, qué sé yo, fueron pasando los días y, ¿la verdad?, mejor que el impulso se haya ido enfriando, porque en el fondo yo no quería verla de nuevo.

Lo cuento… Total… Yo hacía tres años que estaba con Fau, que estábamos, porque yo estaba con él y él estaba conmigo. Tendríamos veinte cuando nos fuimos a Gesell con Fau, Ana y Pablo, el novio de Ana, íntimo de Fau. Ellos también eran como hermanos, y una noche, estábamos en la casa que habíamos

alquilado, y Fau dice que va a comprar cerveza.

Había un Disco a tres cuadras, que cerraba a las diez y serían las nueve. Lo más natural era que Fau fuera conmigo, o con Pablo, o solo, pero no, Ana le dice: “Te acompaño”, y se van. Al principio me pareció, dentro de todo, algo normal. ¿Por qué no iba a ser normal que una amiga tuya acompañe a tu novio, íntimo del novio de ella, a comprar unas cervezas?

Cuestión que pasó una hora y no venían, una hora y media y seguían sin venir. Salimos a buscarlos con Pablo. Vamos al Disco: cerrado, luces apagadas, nadie. Nos empezamos a preocupar. Estábamos alejados del centro y de la comisaría, y en esa época las calles no estaban iluminadas en esa zona.

No sé cómo, fuimos a parar a la playa y ahí estaban los dos, sentados en posición de chinitos, fumando porro, mirándose enamoradísimos. Pablo se puso blanco, y ellos nos vieron y se levantaron y volvieron con nosotros a la casa sin decir una palabra sobre por qué habían tardado tanto. Hablaban de la cerveza porque, claro, ¿qué nos iban a decir? Se les veía la mente sucia en los ojos.

Volvimos a la casa, tiramos unos Patys a la parrilla, y nos tomamos las cervezas que estaban casi a temperatura ambiente y a mí me quedó la espina atragantada toda la comida; y antes de irme a dormir con Fau con una pelota en el estómago, me acerqué a Ana y le pregunté qué había pasado, qué le pasaba, y me dijo: “Nada”. Yo aguanté porque nos quedaban tres días más en la playa que ya habíamos pagado, pero cuando volvimos ya no la quise ver. Ella insistía, me llamaba, iba a casa, pero a mí me pareció que la relación ya estaba muerta.

A los dos meses más o menos me mandó una carta muy linda, con dibujitos, pero yo tenía tanta bronca que la rompí. Ahí me decía que me extrañaba, me pedía perdón, me decía que no sabía qué era lo que le había pasado pero que me quedara tranquila porque no se habían besado. Fau me dijo lo mismo. Yo creo que me mintieron los dos.

***

Sergio Ramón (proveedor de leña)

Le estamos llevando de marzo a octubre media tonelada por mes promedio, más las bolsas de piñas. Es al revés de la temporada de pileta, que va de octubre a marzo. Son ocho meses. Nadie en esta zona compra leña ocho meses al año. A lo sumo compran cinco, lo lógico, de mayo a septiembre.

Y bueno… Empezamos a llevarle eucaliptus y quebracho, que es la mezcla que yo más trabajo. Un poco de madera blanda y otro de madera dura para ir mechando. Pero pasaba lo siguiente: a ella no la convencía el quebracho, no la convencía y no la convencía, me discutió a muerte que era un árbol malo porque los troncos tardan mucho en llegar al rojo. Yo le decía que el quebracho es como una piedra, y ella quería que ardiera enseguida. Y del eucaliptus, al revés: no le gustaba que se fuera tan rápido. “Se va como el agua”, me decía.

Entonces, no se hable más, perfecto, le empecé a llevar lo que tengo para parrilla, unos tronquitos hermosos, pesados, que pueden ser de tintitaco, que es una leña de arbusto chico, arbolitos de tres metros que se arrastran, con unas espinas enormes… Esos los traigo de San Luis. Son duros, bien grises por fuera. Y si no, está el piquillín, que también tiene espinas. Todos los arbustos que tienen espinas arden como loco. Estos son unos tronquitos de unos treinta, cuarenta centímetros por diez de diámetro, caros, por lo que pesan. Cada uno debe andar en los dos, tres kilos, y prenden ligerísimo, les sopla un viento terrible adentro del núcleo cuando arde, un silbido, y ella se encaprichó con eso y gasta un platal. Si siguiera con el quebracho mezclado, la casa calentaría lo mismo y estaría gastando 50% menos, pero ya me dijo que no le importa que se le vaya la plata en leña. Lo que quiere es que el fuego sea lindo.

***

Mercedes Juliá (compañera de la secundaria)

No fuimos amigas en el Alfonsina. No sé por qué no se dio ahí.

Tampoco era que nos odiáramos. No nos dábamos bola, nada más. Pero hace unos años nos cruzamos en el patio de comidas del Pasaje Echeverría y nos pusimos a charlar. Tenía la misma cara de nenita de siempre, con unas ojeras que le llegaban al piso. Las ojeras de Ana Quiroga… Pensábamos que se las hacía con maquillaje. ¡Qué taradas, por Dios!

Y nos quedamos charlando ahí, paradas. Primero hubo un silencio porque nunca nos habíamos registrado en el colegio. Ella iba con un carrito doble de bebé con los mellizos recién nacidos. Tenían meses. Uno dormía y el otro lloraba. Y me dijo: "Te juro que ya no sé lo que es dormir".

Eran dos bellezas, iguales a ella. Yo le dije: "¡Estos nenes no tienen papá!". El marido estaba al lado, hablando por teléfono. Me saludó con el codo. Medio volado me pareció. Como que a lo único que registraba era a él, y a su teléfono. Ana me contó que era editora de libros pero que en ese momento estaba de licencia. Y nos hicimos reamigas enseguida, como si fuera un primer día de clases. El Pasaje Echeverría es un poco un patio de colegio, lleno de gritos, chicos que corren...

No sé por qué no nos hicimos amigas en la escuela. Son esas cosas que no se entienden. Ella dice que la culpa fue mía, que yo ni la miraba, y puede ser. Es que a mí no me gustaba que la siguiera el grupito de las cancheras. Me reventaba. Ana era remelodramática, y les hacía unas escenas tremendas a las que no se le mostraban incondicionales, y las muy boludas la seguían como perritos. La imitaban. Ella era medio jefa. Bueno: muy jefa.

Y esos mellizos... Los usa de juguete. El verano pasado nos fuimos con las familias de vacaciones a Mar Azul. Los mellizos viven compitiendo por cualquier cosa. Ahora tienen cuatro años. Se la pasan desafiándose a ver quién tiene más fuerza, quién es más inteligente, quién insulta más, todo así. Y ella los incentiva. Organiza todo. Un día los llevó al bosque, les dijo que subieran a los médanos y los esperó abajo y les gritó: "Preparados, listos... ¡Ya!", y los mellizos bajaron como dos balas, daban unos pasos larguísimos en bajada, con las melenas esas que les recorta ella, pasaban la

cabeza a milímetros de los árboles, se chocaban, y ella los filmaba y se mataba de risa. Es como la hermana de sus hijos.

***

Alicia Lacarbonaro (maestra de tercer y cuarto grado)

Vamos a ver… La tuve en tercero y en cuarto de la Bartolomé Mitre de Villa Pueyrredón. Esto es… 1987 y… 1988. Sinceramente, quiero ser sincera, la verdad, mucho no me acordaba de ella. Tuve que ir a las fotos de los grados, que yo siempre guardo de recuerdo, porque no la tenía muy presente.

Ahora sí, es como si la estuviera viendo. Usaba un rodete alto. Era flaquita, seria, coqueta, muy educada. Calladita pero atenta. No se le escapaba una. Se sentaba contra la pared, del lado de los varones, nunca se cambiaba de lugar.

También fui a los boletines. Tengo fotocopias de boletines de más de mil alumnos de tercero y cuarto de la Mitre. Las notas de Ana Quiroga eran muy buenas. Las de 1988, que tengo acá son, en promedio anual: Matemáticas: 8; Literatura: 10; Geografía: 9; Dibujo: 9; Educación Física: 9; Historia: 8; Inglés: 9. Pienso que en algún momento tuvo que haber sido abanderada, o escolta, pero la verdad es que no me acuerdo. Más que esto no tengo para decir.

***

Javier Mayol (gerente de finanzas de Línea de Corte)

Editorial. Sala de reuniones. Diez de la mañana, once. Reunión mensual de directorio. Ella empieza a dibujar con unas Poscas de colores en unos blocks hechos con el papel ahuesado de 90 gramos que junta del descarte de imprenta. Y de golpe, cuando uno piensa que está en otra cosa, se mete en las conversaciones con un nivel de información que te mata. Nosotros creemos que tiene dos o tres cabezas.

En la última, cuando terminó, Iván, el diseñador, le dijo:

“Entregue su tarea, Quiroga”. Pero ella siguió dibujando y nos dijo: “Me aburren”. Ahora hace casas, bosques... En una época hacía unos autorretratos rarísimos. Tiene uno pegado en la computadora del escritorio, del tamaño de una caja grande de fósforos parada, que nadie entiende. Cuando se lo decimos, nos dice: “Soy yo por dentro”.

***

Ramona Sica (empleada doméstica)

Siempre está corriendo. Sube la escalera, baja la escalera. Saca al perro, entra al perro. Va con los melli, viene con los melli… Todo el día colgados de ella. Les hace los deberes, los lleva a la canchita, a la plaza… Vienen los amiguitos que hacen el desastre… Unos maleducados contestadores rubios… Ella… Le hace los cumpleaños a cada uno, un día para cada uno. Tiran la moneda para ver quién lo hace primero, en lugares distintos, con tortas distintas, títeres distintos...

Y bueno, como ser… A la mañana los lleva a la escuela y sube arriba a la computadora y al rato baja, ceba un mate, pica una cebolla con el teléfono con los auriculares, siempre con los auriculares. Ha atendido al sodero hablando por teléfono. Yo se lo digo siempre: “Usté se va enfermar, señora, vos no podés correr así”, y ella se ríe.

Y el señor Mariano… Es buenazo, pero anda pochy muy seguido y da unos portazos feroz, como que tiene algo con las puertas. Le da bronca que ella tenga la razón, porque lo que yo escucho es que él nunca tiene la razón. Para mí, ¿eh? Hablo por mí. Y yo soy de escuchar las dos campanadas. Y él grita y patea las puertas, va y viene por el living, y se tuerce todo como el yacaré, patea los juguetes… Una vez pateó al perro, descalzo, y se le levantó la uña del dedo gordo. ¡El grito de ese hombre, por Dios! ¡El dolor de uña…!

Bueno, y anoche, resulta que estábamos viendo el noticiero con ella, yo ya me estaba yendo con todos los tupper que me da cuando

me voy, y ella ve que murió Juan Gabriel. ¡Para qué! ¡Lo que lloró esta mujer! “Tenía las entradas para ir a verlo. No lo puedo creer”, me dijo. Y se secó las lágrimas y puso las canciones del finado a todo lo que daba, y a otra cosa.

***

Juan Quiroga (padre)

Voy a contar algo que en la familia siempre me piden que cuente cuando nos juntamos. Es una pavada… Yo estaba dibujando en el tablero, pensando más que dibujando, y cuando eso pasa uno se traba. Piensa mucho y no dibuja nada. Estaba con un retrato de Sandro un poco caricaturesco, bastante caricaturesco, con Sandro cantando con un tapado de piel y botas con taco. Tenía que entregarlo ese día y no había podido hacerlo, y le daba vueltas al dibujo sin conseguir nada. Era para *Monstruos*, la revista de Fabril en la que yo hacía el póster central con famosos dibujados a lápiz.

Ana, muy chiquita, estaba al lado mío, como casi siempre, mirando, sin hablar. Era tardísimo. No sé qué hacía levantada. Y yo no podía terminar el dibujo, estaba cansado, quería irme a dormir, y ella no se movía de mi lado.

En un momento salí a fumar al balcón para despejarme. Habrán sido diez minutos. Cuando entro veo el retrato terminado. Había completado lo que faltaba de la figura de Sandro con unas líneas gruesas, como de arte bruto, y le había pintando el pantalón de azul, creo, o de violeta; y el tapado le quedó rojo, y las botas no sé de qué color las pintó, pero pintó una de un color y otra de otro. Era para matarla.

Ahora… El desastre que me hizo me pareció tan tierno, y ella se lo había tomado tan en serio… Por otro lado, yo no daba más, estaba totalmente fusilado. Hacerlo de nuevo no iba a poder. Se me cerraban los ojos. Ella me miraba, como diciendo: “qué suerte, pa, que pudimos terminarlo”. Y yo ahí dije: “lo mando así”, y nos fuimos a dormir y a la mañana siguiente lo mandé así como estaba, y así como estaba se publicó y fue un éxito ese retrato. Es el día de

hoy que varios amigos me dicen que es mi dibujo más artístico.

***

Álvaro Muñoz (primer novio)

Yo ya tenía el puesto sobre la Rambla de los Argentinos, frente a la puerta del hotel. Los hermanos me preguntaban sobre lo que yo hacía, que eran piezas de madera torneada, en ese momento salían mucho los mates y los ceniceros de caldén, y yo les contaba cómo los hacía, cómo se usaba el torno, les contaba cómo se hacía la forma del mate perita, del mate huevo, el tallado, el pintado, el barnizado… También hacía unos forrados en cuero, que eran de lujo.

Y ella ahí, nunca hablaba. Escuchaba, nomás. Se hacía la distraída pero yo me daba cuenta que le interesaba lo que yo decía. Varias noches así. Venía con los hermanos y unas gurisas amigas y yo la miraba y me parecía tan linda, medio chinita, seria pero con una risa linda cuando la soltaba, pero, yo qué sé, demasiado gurisa para mí, ¿verdad? Ella tenía 16, le encantaba decir que tenía 16, como diciendo: “Cuidado, bo, que ya no tengo 15”.

Y ahí andaba, revoloteando. Esa es la verdad. Y una noche cayó sola cuando yo estaba guardando las cosas muy tarde en una valija con carro que yo llevaba y traía. No andaba nadie en la calle. Se había levantado el frío del mar. La gente se volvía a los hoteles. Ella llegó y se quedó ahí, mirando lo que yo hacía, y de a poco se fue acercando, me ayudó a cargar algunas cosas, yo le hablaba y ella se reía y no decía nada, y cuando me fui me acompañó y tampoco dijo nada.

Fuimos por Misiones y después por Solís, todo derecho hasta Playa Hermosa. Yo paraba en una carpa ahí, en el vivero Luz de Sol de la 35. Llegamos como a la una. En el descampado hacía más frío todavía y yo le presté un buzo que le quedaba enorme. Yo no quería invitarla a entrar por lo gurisa que era, pero entró igual. Así nomás: levantó el cierre de la carpa y ¡adentro!, y yo la seguí y prendí una linterna de dos pilas grandes que tenía ahí y la apoyé en un bolso

apuntando al techo.

Yo no iba a hacerle nada, pero tenía una barbaridad de miedo de que nos vieran. Ella no tenía miedo, para nada. Estaba cansada, y se acostó ahí y me abrazó y me besó, y yo con toda la cabeza pensando: "Es una gurisa, yo soy un hombre de 27". Por un lado, yo decía: "Vamos, bo, dale que es ahora", y por el otro pensaba que no era lo correcto, que lo correcto era cuidarla. Al final le terminé haciendo una cosa oral, nomás, despacito. Esto lo digo porque me parece que no tiene nada de malo. Yo a ella. Ella a mí no me hizo nada porque yo no le pedí nada.

Después lloró. De algo que no sabía qué era, me dijo, pero que le parecía lindo porque era nuevo. Y yo le canté un pedacito de "No woman, no cry" al oído. Le había gustado lo que me hizo hacer, porque fue así, me lo hizo hacer, y yo se lo hice encantado de la vida porque ella era una belleza. Después me dio vergüenza haberlo hecho; a ella, no. Yo pensaba que si me agarraban ahí adentro iba preso. Eran las cuatro, las cinco de la mañana. Los patrulleros de la PNU pasaban seguido por Luz de Sol, apuntaban a las carpas con los reflectores y se iban despacito. Si nos veían se nos iban a venir al humo.

Yo pensaba: "¿Dónde están los padres de esta gurisa? ¿Cómo puede ser que ande sola a esta hora?". Ella me dijo que me quedara tranquilo porque le había dicho a la madre que se quedaba a dormir en la casa de una de las amigas con las que andaba en la playa, y yo pensé: "Entre que a los padres no les importe dónde está y que ella mienta, no sé qué es peor, bo". Tan gurisa y mintiendo tan bien.

La acompañé al Hotel del Este donde paraba la familia, a la vuelta del Anselmo Meirana, caminando los dos otra vez al centro. Entró al hotel a eso de las nueve. A la tarde esperé que fuera a verme al puesto, pero no apareció. Tampoco apareció el día después. Entonces cerré el puesto y salí a buscarla por la rambla.

Iba y venía yo, y en una la veo de la mano con un guacho rubio. Qué mala suerte, bo. Un pinchazo me dio mirar. Ella me vio y vino sola, muy cariñosa, y me dijo que el guacho era el nuevo novio, y yo no sé por qué le anoté en un papel el teléfono de la casa de mi

madre en Montevideo. Fue lo único que me salió de adentro para no perderla del todo, para que pudiera volver a escucharla algún día, y ahí nos despedimos, lo más bien, normal.

***

Carolina Álvarez (compañera de la secundaria)

Con Ana fuimos compañeras en el Alfonsina Storni de primero a quinto. No faltaba nunca. Iba con fiebre la traga. Estudiaba todo, siempre, hasta lo que no había que estudiar. La hija de puta de Flavia Casanova, que era la amiga con la que las dos estábamos siempre, la más vaga de las tres, le dijo en la fiesta de fin de curso: "Sos boluda, Ana. Me llevé veinte materias y nos recibimos el mismo día. ¿No te da vergüenza?".

Yo la acompañé a Munro a comprarse ropa para sus 15. Entró a todos los negocios, se probó no sé cuántos pantalones y vestidos y zapatillas y sandalias… Quería probarse bombachas pero ya entonces no se podía. Y cuando se decidía por algo, iba a la caja a pagar y se arrepentía. No le importaba comprar, le gustaba estar ahí, ver, probarse cosas. Vueltera como ella sola. Cuando fuimos a Bariloche por el viaje de fin de curso, hizo lo mismo en el casino. Ponía una ficha en un número y antes de que tiraran la bola, la sacaba y la ponía en otro, o se la metía en el bolsillo. No la aguantábamos. Terminábamos sacándole las fichas y jugándolas nosotras.

Después de Munro volvimos a la casa con un jean y una blusa que le pedí por favor que se comprara porque algo tenía que comprar, y cuando llegamos la estaba esperando la madre en la puerta para decirle que se había muerto el abuelo. Ana le dijo: "¿Cuál?". Era el abuelo Quiroga, el que más quería, pero ella pensaba en la fiesta de cumpleaños, que iba a ser al día siguiente. La madre le dijo que no se preocupara, que igual algo iban a hacer, y algo hicieron, pero recién un mes más tarde. Ana estaba indignada. Decía que si nadie suspendía un velorio por una fiesta, por qué había que suspender una fiesta por un velorio. Tenía razón.

***

Ramón Uriarte (profesor de gimnasia artística en el Club Gimnasia y Esgrima de Villa Pueyrredón)

Acá entró cuando estábamos armando la primera etapa de artística, así que debería tener 8, 9. Era de goma, livianita, sólida… De goma. Hacía piruetas peligrosísimas, y todas les salían bien. Con el viejo Marras nos quedamos impactados de que no tuviera miedo. Se la pasaba tirando mortales. El Yurchenko, por ejemplo, le salía solo, no se lo había enseñado nadie, lo debe haber visto por televisión alguna vez y le quedó.

Cuando compramos la viga de equilibrio, se la pasaba ahí. Nosotros la fuimos subiendo con los alumnos más adelantados y ella ni se daba cuenta. Le daba lo mismo que la viga estuviera apoyada en el suelo o a un metro y medio. No sentía la altura.

Cuando entró al potro después de los 10, eso ya en la segunda etapa, era una luz, igual que con las paralelas. Y bueno, un día se cayó. Había venido preocupada de la casa, nosotros la veíamos que no estaba bien pero no le dijimos nada. Calentó un rato en la barra alta, que le encantaba porque a ella lo que le gustaba eran los viajes de aire más que los desmontes; ella quería volar. Calentó ahí un rato, después pasó al potro, venía rebien, sólida… Nos estábamos preparando para los juegos de invierno del CENARD y yo digo que Ana estaba madurando, ya con 12, empezaba a ser todo más serio, más profesional, se alimentaba como una atleta, todo eso; quería ser atleta, o eso nos decía a Marras y a mí.

En el potro hizo unas carreras livianitas para ir subiendo, y cuando tiró el primer flic flac, que siempre le salió impecable, desde el primer día, se le fue la mano de costado y se cayó y se lastimó una muñeca y no vino más. Primera vez que se cayó feo. Fuimos a buscarla a la casa pero no hubo caso, no quiso volver. Fue dolorosísimo para el club porque era una figura, y podría haber llegado lejos.

***

Federico Fontenla (escritor)

Yo creo que conmigo se portó mal. Yo me fui de mi editorial de toda la vida porque ella me dijo que en Línea de Corte iban a ir sacando todo mi fondo editorial, y eso no pasó.

Publicaron la mitad de lo que yo tengo. Yo… A mí… No me publicaron *Extasiados*, no me publicaron *El enciclopedista*… Todo lo mío era para el año que viene. Me dijo que yo iba a tener invitaciones a todas las ferias del país, y eso tampoco pasó.

Ahora, ¿yo no voy a las ferias y sí va Soriano, sí va Micheli, sí va Pozzo…? ¿Cómo es? ¿Van los que no iban, los que no estaban en el mapa, y el que iba a ir no va? Es raro eso. Tampoco me gestionó nada para ir afuera. A Guadalajara no fui nunca, no fui a Lima, no fui a Bogotá… A Frankfurt, menos. Al FILBA me invitaron dos veces, las dos como moderador de escritores extranjeros, que es como ir de locutor. No sé. Es raro.

Y a lo que me publicó en Línea de Corte, nadie lo ayudó con una campaña mínima de prensa. No sé, hermana… Alquilá lunetas de micro, meté cartelería en el subte, llevame a la tele, pagate una gigantografía… Hay mil cosas para hacer. Yo sé que fue ella la que no se puso la camiseta de mis libros. Yo le hice un planteo serio y no sé si ese día estaba con algún problema, pero me maltrató. Me dijo: "¿podés bajar un poco de tu egósfera?". ¡¿Egósfera, yo?! ¿Porque reclamo lo mío? Ahí dije: "Listo".

***

Fernanda Salazar (editora amiga)

Un día estábamos en Santiago de Chile, en un congreso, y la última noche nos fuimos a Etheraz, un bar carísimo al que no sé qué le ven, y empezamos a pedir tragos. Ana primero arrancó con los spritz. Se quejaba de que eran puro hielo, se los pasaba como agua, y después empezamos con unos que ni sabíamos qué eran. Ella le preguntaba al barman qué colores tenía: "¿Tenés algo verde?, ¿tenés algo azul?, ¿tenés algo... plateado?". No, no, no, era una

cosa...

Estábamos totalmente borrachas, drogadas, endeudadas, y en un momento me hace una seña con las cejas. Ana tiene un código Morse en las cejas, habla con las cejas, y si tiene las cejas en punta hacia arriba mejor no le hables. Y empezamos a caminar firmes hacia la esquina, y en la esquina empezamos a correr como dos locas…

***

Manuel Martini (escritor, amigo)

Hace veinte años que vamos a comer con el viejo staff de *Revista de Libros* a El Chianti, de Dorrego y Martínez. Si no son veinte, son dieciocho. Por lo general vamos Ana, Lucía Pradón, Camila Serra, Marcelo Aguado, Sergio Holder y yo, esos somos los seguros, los que no faltamos; y a veces va Lucía Pintado, o Javier Gaute.

Si se alinean los planetas vamos todos. Pero hace años que eso no se da. Cuando éramos más jóvenes, íbamos una vez por semana, o cada dos semanas. Ahora, con suerte, es una vez por mes. Ana administra el grupo de WhatsApp, y dos o tres días antes nos manda un mensaje: "El que falte, morirá". Lo dice imitando a los curas en los entierros: "El que muera, vivirá…".

Y qué sé yo qué más decir… Cenamos, nos reímos y nos vamos. Ella pide milanesas con fideos con manteca, que es su comida preferida, que no está en la carta pero igual se la hacen.

Los temas son siempre los mismos: los chicos, la política, el trabajo, muchos chismes… Y todos esperamos el momento en que ella le hace el bullying de siempre a Marcelo cuando Marcelo habla de sus películas que se estrenan afuera. Le dice: "Ah, no, San Sebastián, Lucarno… Pero qué importante que sos, director...".

***

Ricardo Bustelo (amigo, médico)

Me llama una noche y me dice: “Tengo infección urinaria, estoy con amoxicilina. ¿Puedo tomar vino?”. Le digo que no y me dice que estoy equivocado porque con la amoxicilina no hay problema en tomar alcohol, que lo googleó y los comentarios dicen que no pasa nada. Entonces le pregunto para qué me llama si no me va a dar bola, y ella me dice: “Para que me des permiso”.

Le expliqué que lo que hace la amoxicilina es destruir las paredes de las bacterias, su estructura, y que si al suministro del antibiótico lo interrumpe el alcohol, lo que estás atacando vuelve a crecer más fuerte y más rápido que antes.

Esa noche había pasado una amiga sommelier que cada dos o tres semanas le deja unos vinos de 200, 300 dólares recién abiertos. Así que me dijo: “No me importan tus bacterias. Los voy a tomar porque si no se me van a poner feos, y chau”. Es de terror. Me encanta.

Conclusión: tomó vino y, por supuesto, el antibiótico no le hizo más efecto y le volvió la infección cuando se le estaba yendo. Le dije de todo, y ella me contestaba con fotos del termómetro, que le marcaba 39° C, y con links de vinos de Mercado Libre: un Catena Zapata, un Viña Cobos... Todos costaban una fortuna. Y después me mandó la foto de una a caja de Amoxidal.

***

Silvina Ongaro (vecina)

Ella tiene una mesa en el dormitorio, en la planta alta, y yo la veía trabajar con la computadora y el mate. Yo la podía ver a ella y ella me podía ver a mí, pero no nos saludábamos nunca desde ahí. Un pacto de damas: yo no te veo y vos no me ves.

El día que le rompieron el ventanal vi todo. Con una maza, un padre con el hijo o el sobrino, de 12, 13 años. Ella estaba de vacaciones con la familia en Chapadmalal. Es una loca del mar. Llamé a la policía y después le pedí el teléfono de ella al muchacho de la heladería, Daniel, que tiene los de todo el barrio, y entonces le dejé un mensaje para decirle que le habían entrado pero que estaba

todo normal, y que la policía había recuperado lo que se habían llevado, un televisor grande y nada más. Los agarraron acá, cruzando la plaza, unos pobres aficionados…

Ella me llamó enseguida para agradecerme y al rato vino la hermana, hizo poner una placa de aglomerado y al día siguiente vinieron a poner el vidrio y quedó todo como estaba. Pero era así, una relación de vecinas y nada más. Correcta, cordial. Hasta que me caigo en la puerta de casa y me quiebro la cadera. Culpa del perro: me enredó las piernas con la correa y me caí para atrás, no me maté de casualidad, di la cabeza contra el piso pero se ve que abajo caí torcida y sentí el ruido a madera rota y me quedé tirada, no me podía mover, increíble que no me doliera…

Levanto la vista y la veo a Ana en el dormitorio. Deja el mate y sale corriendo y a los dos segundos cruza la calle y me viene a atender, y no va que se le escapa el perro. Era el día de los perros tarados. Y no lo puede agarrar. El perro se paraba, la miraba, y cuando ella le manoteaba el collar, el perro salía disparado, y así varias veces.

Al final lo agarra, lo entra, cruza de nuevo y llama al 107 y me da la mano y ahí esperamos la ambulancia, que no sé qué pasaba, no venía. A todo esto, mi preocupación era Manuel, que se quedara solo. Sin mí se perdía, yo era la única persona que reconocía, a veces ni a mí me reconocía, y con mi hijo, lamentablemente, no se puede contar, la relación con el padre nunca fue buena, en fin… Muchos problemas…

Llega la ambulancia y le digo a Ana que por favor no lo deje solo a Manuel porque ya había pasado que agarraba la calle y no podía volver, no sabía. Ana entró a casa, habló con él, no sé qué le dijo, y se subió a la ambulancia conmigo y me acompaño al hospital. Me hizo el ingreso, habló con los médicos, me dio la mano para que se la apretara porque después sí me empezó a doler, me empezó a quemar la pierna, y bueno… me hice encima, qué vergüenza, por favor, y ella pidió un pañal, me limpió con unas toallitas y me lo puso. Pasamos del hola y chau a eso…

***

Laura Cohen (amiga)

Hicimos juntas todo Letras en la UBA, y nos quedaba solo Sociología del Lenguaje. Dijimos de rendirla el mismo día, pero ella empezó a dar vueltas y no se presentó ese día ni nunca más. Debe haber muchos casos de estos, de llegar "hasta ahí". Pero nunca se arrepintió. Es más, hace bromas con ese sueño que cuenta Kafka en los diarios, en el que una mujer le dice a un hombre que si la quiere que la espere cien días sentado en una silla bajo el balcón y el hombre va diez noches, veinte, cincuenta, noventa y siete, noventa y ocho… Y en la noche noventa y nueve, se levanta y se va. Algo así.

***

Ana Quiroga (por ella misma)

Salían unos viajes a Doha para la inauguración de la Biblioteca Nacional de Qatar. En el mundito nuestro se sabe todo. Fui a la Embajada, mandé mails, llamé, pregunté, propuse hacer un libro… Se cansaron de verme y terminaron invitándome a mí y a Daniela Craig, mi amiga de Marx y Freud, en representación de las editoriales argentinas independientes, pero ella a último momento no pudo ir y fui sola. De esto hace quince días.

Ya cuando vi el sol desde el avión antes de aterrizar me di cuenta de que me iba a obsesionar mal. Casi me siento encima de una vieja que estaba del lado de la ventanilla para verlo mejor. Yo me decía: "No puede ser, eso no es un sol".

Sintetizando: el día de la inauguración no entré a la biblioteca. Fui hasta la puerta en un remís y le dije al chofer, un indio lindo que me puso la embajada, que me llevara a ver el sol a donde a él le pareciera que podía verse bien porque yo no tenía ni idea. Nunca tuve tan poca idea de un lugar antes de viajar. Me parecía una ventaja no saber nada.

Me llevó a la costa, en la que están esos edificios de los nuevos ricos. Yo quería ver el sol que ya estaba con el color que me

enloquecía, y me di cuenta de que la locura que tenía era porque era un sol que se podía mirar. Poder mirar el sol a las cuatro de la tarde: ¿dónde se vio eso? Poder aguantarlo con la mirada como si fuera un animal inofensivo, un árbol… Le pregunté al indio si en la India se podía mirar el sol de frente y me dijo que no. Y, claro, ¿cómo se va a poder mirar el sol a esa hora? ¿En qué mundo? Hacía seis meses que vivía en Doha y recién se dio cuenta de que podía mirar el sol sin quedarse ciego porque se lo dije yo.

Así de enferma estuve tres días, y el último fui otra vez a la biblioteca. Mínimo tenía que sacarme una foto y subirla a las cuentas de la editorial para que la vieran en la Embajada. Voy a entrar: teléfono. Típico de mí vida: quiero hacer una cosa y se me cruza otra. Los melli. Yo cuando viajo les dejo un regalo por día escondido en algún lugar de casa, y les voy dando pistas para que los encuentren, y justo me llamaron en ese momento para decirme que habían encontrado los de ese día, unos libros de cuentos que se transformaban en maquetas.

Yo quería entrar temprano para después poder ver el sol por última vez antes de irme. Entré... Me quedé boluda. Muy. El interior era el doble de grande de lo que parecía por fuera, el triple… Pero no era grande porque sí, para alardear petrodólares; la grandeza era como que se abría hacia un pozo de luz. A veces es un sueño la realidad.

Y bueno, me quedé helada, eso pasó, no tenía sentido avanzar, lo mejor que podía hacer era quedarme en ese punto en el que estaba. Todo el edificio era el edificio más ese punto fijo para poder mirarlo. Esa relación.

Lo más loco era que se podían ver todos los libros al mismo tiempo. Los podía ver y no lo podía creer. Todas las bibliotecas estaban puestas de frente al modo de cuadros rectangulares enormes, con unos marcos de los que salía una luz blanca, tipo aura, y a distintas alturas, y a una distancia de cincuenta, sesenta metros del punto donde yo estaba parada.

Sentía cosas raras en el cuerpo, el cuerpo alucinaba, no entendía, hasta que empezó a entender, y yo también… Podía ver

todos los libros de la Biblioteca Nacional de Qatar el mismo tiempo. Millones. Sentía que estaban los libros que estaban; y los que no estaban, también. A todos los libros de Qatar, y no sé si no a todos los libros del mundo, podía verlos juntos y tener una idea de qué significa eso. Esa era la realidad y la magia de la Biblioteca Nacional de Qatar.

Y así como yo veía todos los libros, los libros me veían a mí. Eso es lo que te hace sentir ese edificio: que los libros son los espectadores, y el lector que entra a verlos es el espectáculo. Estaba totalmente fascinada pero me faltaba el sol, mi sol, y empecé a buscarlo. Subí hasta los ventanales del último nivel y ahí lo vi por última vez: una belleza total, medio dañino de tan lindo, y me pasó algo rarísimo porque durante esos segundos, hasta que el sol se me escapó por un ángulo del edificio, y yo hubiera dinamitado el techo para seguir viéndolo, sentí que tenía todo, y la verdad era que no tenía todo.

Por ejemplo, mis hijos no estaban conmigo, pero de alguna manera sí estaban conmigo, acababa de escucharlos y tenía sus voces adentro; pero sentí eso, que tenía todo. Es muy hermosa la sensación de que no te falta nada. Sentía como si me hubieran abierto al medio para ponerme un órgano nuevo, para humanos pero nuevo, como si dijésemos un segundo corazón. Uno para no sufrir.

***

Mariano Bauman (esposo)

Lo único que puedo decir después de tantos años con ella, es que lo que la hace feliz es lo mismo que la entristece.

2092

Inés Bouchard Caló (Tarragona, 2061) es Doctora en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Su última videoconferencia es *Catálogo del arte puro* (YouTube University, 2121).

El texto que se reproduce más abajo es una memoria resumida de su podcast “Niños jugando. Diez días en los Archivos Quiroga-Castillo”, que estuvo disponible en el menú de entretenimiento de los vuelos internacionales de Iberia durante 2093.

NIÑOS JUGANDO

Diez días en los archivos Quiroga-Castillo

Por Inés Bouchard Caló
(Transcripción abreviada)

Gentileza de Iberia

Datos de la muestra

Sponsors: Tianqi Lithium, MIT/Tesla, Tencent Entertainment.

Género: arte concreto.

Lugar de exposición: Almacenes Memorial en Arena Parque Güell Xiaomi, Barcelona.

Duración: del 1° de octubre de 2092 al 30 de noviembre de 2093.

Contenido

Mensaje de textos: 53.734 (400-429 palabras; 2.084.211 caracteres).

Mensajes de voz: 12.832 (duración neta: 414,16 horas).
Fotos: 8036.
Videos: 1207 (duración neta: 13,8 horas).

Material no producido por los corresponsales: 765 (videos musicales, links, archivos reenviados, etc.).

Período registrado: 12 de febrero de 2018-30 de marzo de 2021.

Historia

Estos archivos fueron vendidos en 2022 por Ana Quiroga y Marcial Ledesma a la productora 20/20 Films mediante un fideicomiso que autorizaba el uso del material a partir de 2090.

En 2022, los mensajes enviados y recibidos desde terminales telefónicas podían conservarse.

Entonces, los sistemas operativos móviles no estaban obligados a instalar en origen el modo desaparición, como ocurre desde el Pacto Universal de Derecho a la Confidencialidad de 2099.

En 2061, 20/20 Films vendió los derechos a la productora Átomo. En 2088, Átomo se los vendió a Pacific Films, especializada en artes prolongados.

El archivo Quiroga-Castillo, producido por Pacific Films y hoy exhibido en Almacenes Memorial, ha sido ganador del Premio del Gran Jurado del Festival de Arte Puro de Berlín 2092.

En su veredicto, el Gran Jurado describió el archivo como “un planeta perdido que hemos tenido la suerte de hallar”.

A principios del siglo pasado, el material del archivo Quiroga-Castillo inspiró el libro de papel *Otra novela de amor,* del escritor argentino Julián Basualdo (1972-2024).

Otra novela de amor es la versión degradada del archivo.
En 2023, año de su aparición, el género novela estaba agotado.

Sobrevivía porque aún no había muerto del todo el mercado del autor.

En ese marco, se dio un inesperado éxito editorial en coincidencia con un hecho histórico: la agonía de las relaciones de amor entre personas.

En 2028, las palabras sobre sentimientos más solicitadas del español en Google fueron “depresión” (6°) y “desamor” (8°).

Las primeras cinco fueron: 1°) WhatsApp; 2°) Amazon; 3°) Criptomoneda; 4°) Netflix; 5°) Traductor.

Los personajes principales de *Otra novela de amor* son China del Río y Marcial Ledesma.

Sus nombres de ficción se corresponden, respectivamente, con los de Ana Quiroga (1979-2077), editora de libros de papel, y el poeta Antonio Castillo (1975-2063), ambos argentinos.

Impresiones

Entré a las cabinas de los Almacenes Memorial en el Arena Parque Güell Xiaomi a contemplar el archivo Quiroga-Castillo el lunes 22 de junio de 2092.

Salí el 2 de julio de 2092.

El pacto de contemplación es por contrato de partes.

La tarifa única es de 9870 pesetas nuevas (210 yuanes).

Se debe permanecer allí lo que duren las descargas.

Debe respetarse de manera estricta el discurrir cronológico del archivo.

El tiempo real que implica la relación directa con los materiales es de unas 161 horas.

El asilamiento es pleno.

Las cabinas tienen servicio de comidas, bebidas, dormitorio y renovación de aire.

La experiencia es un viaje a los hechos del pasado.

En este caso, los relacionados con el amor, actividad de compañía-abandono que definió los vínculos afectivos de gran parte de la humanidad entre los siglos X y XXI.

Judith Garzón, Julio Malpelli y Camille Wesson describieron los inicios del amor como “el de los primeros cantos del muchacho a la dama distante”, inspirados en la adoración personal. Más sus variantes: cantos de la dama al muchacho, de la dama a la dama y del muchacho al muchacho.

Entre los siglos XIX y XXI, la masificación de los “aparatos matrimoniales” reemplazó esa adoración por relaciones de amistad o de “hermandades conflictivas”.

Entretanto, la pasión humana como fuerza incomprendida continuó manifestándose mediante lo que Teo Abraham llamó “desencuentros sabiamente construidos”.

Los estudios de Garzón, Malpelli y Wesson tienden a reconocer que las experiencias de amor verdadero hasta la primera parte del siglo XXI estuvieron ligadas “a la idea o a la práctica de una imposibilidad realizable”.

Un relevamiento de 2073 de la consultora All Numbers sobre diez mil productos de entretenimiento popular registrados en noventa y dos países entre el siglo XIX y principios del XXI, estableció que el porcentaje de historias de amor ocupó el segundo puesto de las estadísticas con 32,21%.

De ese índice, el 86,02% corresponde a los de tipo “imposibles”.

El primer puesto lo ocuparon los relatos de violencia, con un 34,23%, de los cuales en un 87,44% de ellos hay “de alguna manera” una historia de amor.

La antropóloga Susan Fein dijo en 2087: “Entre los siglos XIX y XXI todo fue amor”.

Yo diría que todo fue deseo de amor, y que la realidad-real fue el trabajo.

El trabajo, la educación, la pareja, la familia y el consumo (incluyendo el consumo de descanso) fueron los estabilizadores y a la vez los depresores de la sociedad productiva de esa época.

La disposición libre del tiempo propio era casi cero.

La relación de Ana Quiroga y Antonio Castillo fue un hecho de irresponsabilidad actuando contra lo que Susan Morandi llamó “las máquinas del deber”.

Los archivos describen 116 veces la relación de amor de Quiroga y Castillo como un asunto “infantil”, “de niños”, “de infancia”, etc.

Otro lote de palabras frecuentadas incluye la palabra “tiempo” en relación a: “falta de tiempo” y “poco tiempo”; y a “hacer”, “crear”, “suspender” o “estirar” el tiempo.

Mi percepción es que Quiroga y Castillo vivieron una realidad hecha por ellos.

Esa realidad, como la describió Julián Basualdo en *Otra novela de amor*, es la del “imposible realizado”, evolución de la “imposibilidad realizable”.

Los estudios de Garzón, Malpelli y Wesson no consideran “amor romántico” la relación de Quiroga y Castillo.

La distinguen del amor romántico la búsqueda de la despreocupación y un bajo índice de angustia (11%, según un relevamiento del uso de lenguaje depresivo en los archivos).

Ana Quiroga y Antonio Castillo hicieron de su vínculo un arte de la reincidencia, inspirado en una desesperación de tipo infantil.

¿Por qué ocurrió este fenómeno? Ana Quiroga responde esa pregunta en el archivo de voz 67: “Porque nos tocó”.

2056

El 5 de marzo de 2056, el crítico Augusto Rey (1993-2075), entrevistó a Antonio Castillo para la edición hispanoamericana digital de *The Paris Review*.

En primer lugar, se reproduce la versión publicada en el N°409, de julio de 2056, que aconsejamos NO LEER por no corresponderse con el espíritu del encuentro (excepto por su introducción, que aporta datos de color). No obstante, decidimos agregarla aquí como fuente de consulta.

En segundo lugar, se transcribe en forma completa la grabación de la entrevista, que sí se recomienda leer.

ANTONIO CASTILLO

Por Augusto Rey

The Paris Review Hispanoamérica
N°409-Julio, 2056

Antonio Castillo nació en City Bell, provincia de Buenos Aires, en 1975. Desde hace varias décadas es el poeta más leído de la Argentina. Su libro *El fin del gaucho* (2012), de lectura obligatoria en las escuelas básicas, es el más comprado por la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares en toda su historia (dos millones cuatrocientos mil ejemplares, según datos oficiales). Pero detrás del "triunfo de la cantidad", como lo describe el propio Castillo, nunca alcanzó a verse con nitidez la figura que lo mueve.

Castillo no es solamente el autor de *El fin del gaucho*. La editorial Frontera acaba de publicar su poesía reunida con el título *Los mundos que faltan*, inspirado en un poema homónimo que Castillo todavía no escribió, que "quizás no escriba nunca", y que aparece en el libro como un espacio en blanco de seis páginas.

Desde un piso 21 donde pasan lentamente las horas, se ve la Costanera Sur y el Río de la Plata, al que Castillo llama "río de tierra". Vamos a encontrarnos en un living en el que la luz del día es su habitante principal. La amplitud del ambiente llama al silencio y al vacío. Pero el vacío no es perfecto. Lo rompen un piano de media cola y, sobre el piano, orquídeas de tres colores y un portarretrato de metal, sin retrato. En el centro, cuatro sillones Chesterfield enfrentados de a pares, separados por unas mesas de madera rústica con patas de acero pulido.

El poeta entra a sus dominios. Está revirtiendo su legendaria renuencia a dar entrevistas (la última la dio en 2029). Tiene puesta la ropa de entrenamiento oficial del club Boca Juniors. La campera

está abierta. Debajo tiene una remera blanca con la imagen de dos engranajes helicoidales arriba de la palabra “Torque”, impresa en grandes letras de colores. Las zapatillas son del tipo Rosher Pro, de Nike.

Acaba de cumplir 82 años, disimulados por una voluntad de aire juvenil y un paso atlético, y subrayados por la sonda que le suministra oxígeno en la habitación desde la que se oye el zumbido de un motor encofrado. “Parece que no, pero acá estoy”, dice Castillo.

AUGUSTO REY

¿Qué significa “acá estoy”?

ANTONIO CASTILLO

Significa que no estoy allá…

¿Cómo son sus días?

Cuando era joven, el día era un tren al que me subía. Había varios trenes que iban y venían todo el tiempo y yo me subía a todos los que podía. Me movía mucho, no sé por qué. Quizás pensara que el movimiento actuaba contra el tiempo, que lo frenaba. Ahora, el día es un tren que pasa y nunca para y yo lo veo pasar, cada vez más rápido. Generalmente, las cosas pasan sin mí.

Algo debe pasar.

Sí, no sé… A lo que más le presto atención es a la vuelta que da el sol. Sale por la ventana del dormitorio, pasa por encima del río y se pone detrás de la plaza. Es como que cae adentro de ese ombú. Si tiene un buen día, veo todo el recorrido.

Si tiene un buen día, ¿quién?

El sol. Bueno, y yo. O sea, si los dos tenemos un buen día. Eso es lo más importante que me pasa. Me reporto al sol. Es mi autoridad. ¿Qué sería más importante que hacer eso? ¿Escribir? ¿Leer?

¿Cree en el poder de la poesía?

La poesía no tiene ningún poder.

¿Para qué sirve?

Para nada.

¿No es un consuelo?

Puede que lo sea para el que la lee. Para el que la hace, no. El que la hace, la hace por desconsuelo.

¿Recuerda cuándo y por qué empezó a escribir poesía?

No, exactamente. Me veo encerrado en mi habitación, con doce, trece años, diciéndome que solo podía salir de ahí si terminaba un poema.

¿Cuándo dejó de escribir poesía, y por qué?

Yo dejé de escribir porque después de *Bestias que hablan* (2018) sentí que cada palabra que escribía no decía nada. Era peor que hacer silencio porque el silencio es algo, y esto era nada. Todo lo que intenté hacer después, lo hice desaparecer. Una vez, después de borrar los archivos, como pensé que podían quedar registrados igual en algún lado y yo tener algún día la tentación de querer verlos, tiré una computadora a un arroyo. El mensaje del poeta que había en mí fue muy claro. Decía: “No doy más”.

¿Y cómo pudo vivir sin poesía?

¿Qué necesidad hay de vivir con poesía? La vida es el arte superior, y la poesía es un arte pequeño, artificial, ampuloso, grandilocuente. La poesía es seria, es dramática, cansadora.

Sin embargo, usted es poeta.

No: yo fui poeta.

En "Nubes" usted dice que la vida es "una tela de vapor".

¿Eso dije? ¡Por favor! Dígame que no es mía. Parece una frase del Servicio Meteorológico, de una sedería. No tiene nada que ver con mi sensibilidad.

Es posible que cuando la escribió, sí tuviera que ver con usted.

Sí, con algo falso de mí.

¿Qué siente como propio? ¿Cuál es su poesía*?*

Sinceramente, no lo sé. Me gustaría decir que es la que me olvidé. Pero me olvidé de casi todo, y ni siquiera sé si eso es triste. Nadie recuerda nada. Yo no recuerdo nada, lo que a mi edad es natural, pero tampoco soy capaz de inventar recuerdos. Cuando lo intento, me va mal. La memoria de uno está en los demás, pero es una desgracia que esté tan dispersa. La gente que sabe algo de uno, se pierde, se olvida, se muere, y todo lo que uno es o fue se va con ellos. Es una explosión. Yo mismo, ¿de cuántas personas podría decir algo? De miles. Pero ¿a quién se lo digo? Todo está organizado para perderse.

¿Por qué piensa que cambió tanto?

Yo no cambié. Hay operativos secretos que van cambiando las cosas.

¿Cuánto tardaba en escribir un poema?

Depende. En *Series de tiempo*, traté de escribir los poemas del capítulo "Horas" en horas; y los del capítulo "Minutos" en minutos; y los del capítulo "Segundos" en segundos. Con algunos lo logré, pero en otros tuve problemas. Por ejemplo, me acuerdo que uno de los primeros de "Segundos" los hice literalmente en segundos. Los tengo cronometrados. Hay dos o tres que los empecé y los terminé en 30, 40 segundos. Pero hay otros, especialmente el último, que tardé seis meses en hacerlo, rehacerlo, reemplazarlo… Por eso decidí publicar todas las versiones, que deben ser unas veinte. Es un poema de "arrepentimiento". Yo quería que se viera el interior del poema, sus malos momentos, el camino, las modificaciones que iba sufriendo, y que no se perdiera nada. Es el único momento en que sentí que escribía algo que estaba vivo.

¿Cómo aprendió a escribir?

Como todo el mundo, letra por letra, cada letra un dibujo. Y yo trataba de imaginar qué había adentro de esos dibujos. Dibujaba la letra A y pensaba en todas las palabras que podían empezar con la letra A y las buscaba en el diccionario. Eran mundos enteros que aparecían detrás de una letra.

¿Cuál fue la primera persona que vio leyendo?

Mi padre. Leía como si rezara. Me atraía el silencio en el que ocurría la lectura. Desde ese momento la lectura para mí no es tanto leer como hacer silencio; mejor dicho: hacer un espacio de silencio.

¿Qué tipo de niño era usted?

Normal, tirando a anormal.

¿Qué significa "tirando"?

Que tenía tendencia a la anormalidad. Funcionaba bien en la normalidad, pero imaginaba mundos anormales en los que creía que podía vivir mejor.

¿Cómo eran esos mundos?

Me parece que no estaban muy definidos. Lo que yo sentía era que se podía vivir de otra manera. con otra organización, otras relaciones entre personas. Todo me parecía demasiado cuadrado, encajonado. Cada movimiento tenía su cápsula: el trabajo, la escuela, la familia, los juegos. Todo reglado, sin improvisación.

¿Y qué sentía?

La sensación era la de no poder hacer nada. Me sentía como un muñeco radiocontrolado. A las 8 iba a la escuela, volvía a las 4, merendaba y entraba a música, a dibujo y a inglés. Todos los días. Nada de ese tiempo era mío. Era un tiempo totalmente adulto. Una cosa ridícula. La educación tenía una presencia asfixiante que hoy por suerte no veo, me refiero a la educación por medio de una autoridad. La destrucción de la escuela clásica, tipo misa, es un logro de estos últimos años. Pero en aquel momento se vivía para aprender de los otros. ¡Había maestros! ¡Por favor! La experiencia personal estaba prohibida en los hechos.

Recuerda alguna escena, algún hecho puntual a partir del cual pensó por primera vez como un poeta.

Puede haber sido el día que vi la llegada del hombre a la Luna, varios años después de que sucedió. Yo creía que estaba pasando en ese momento. De chico me pasaba que no creía en que algo pudiera haber pasado antes de que yo lo viera. Me costó mucho entender que los hechos se podían guardar, detener. Pero no tenía dudas de que ese delirio que estaba viendo era una realidad. Aun cuando fuera montaje, aunque el hombre no haya ido nunca a la Luna.

¿Qué edad tenía en ese momento?

Yo tendría cuatro años. Supongo que eso fue en 1979. Estaba extasiado. Veía esas manchas claras moviéndose en la oscuridad, en la desolación del espacio, en el vacío, en la negrura. Esas dos personas en medio de la nada. No había árboles, ni autos ni animales. ¿Qué era eso? Era como si lo estuviera inventando yo. Inventando algo imposible que estaba sucediendo en la realidad.

En "Edificios que se mueven", usted habla de "el infierno interior de la materia...".

No sé qué quise decir. Si tuviera que decirte qué quiero decir hoy, te diría que, efectivamente, hay un infierno en la materia. Bueno, quizás no un infierno, eso es mucho decir. Hay, sí, eventos, fiestas, estampidas de la cosa interior. No sé si se entiende lo que digo.

Se entiende perfectamente.

Hay actividad. Incesante. Eso hay. A veces puede ser un infierno; otras, un milagro. En cualquier caso, esa actividad de fondo que hay en el interior de uno es relativamente de uno. Lo veo como un espacio de fuerzas copadas por algo ajeno.

Es legendaria su manera de "desaparecer". Algo que de alguna manera se malogra ahora con la edición de sus poemas reunidos.

Yo no desaparezco, simplemente aparezco cuando quiero.

¿Qué piensa de que probablemente sigan leyéndolo millones de argentinos?

Que es un triunfo de cantidad.

¿Piensa que hay una poesía de la vida?

Por supuesto. Es la única autora. Me causa mucha gracia que el escritor crea que escribe él.

¿Qué poema o qué poeta envidia?

Poeta: me envidio a mí, cuando tenía veinte años y pensaba que lo que hacía tenía toda la importancia del mundo. Nunca fui tan pedante. No tenía relación con la vida. Pensaba que todo era poesía. Poema, sin dudas, el de Frenet sobre la primavera: "…perfumes, lenguas muertas/que sólo yo hablo/cuando hago silencio…". Antes lo sabía de memoria.

¿De dónde sacó el título Los mundos que faltan *para sus poemas reunidos?*

De los mundos que me faltan a mí. Lo imaginé como el fantasma del libro, su porvenir, su pasado. Con los años me puse a pensar en todo lo que no pude escribir.

¿A qué se refiere?

Estoy hablando de posibilidades concretas desperdiciadas. Es algo que se puede identificar. Es lo que no se pudo escribir de aquello que había que escribir. De alguna manera, eso también es una obra importante. Lo inconcluso. Lo que no se alcanza a ver de uno.

Es un poco dramático.

Es muy dramático. Pero así es la vida.

Esas seis páginas en blanco que aparecen en sus poemas reunidos, "Los mundos que faltan", ¿qué significa? ¿Qué significa que ese texto vacío lleve el título del libro? Hace años que no escribe, y que ese sea el único agregado a su obra suena extraño.

No significa nada en especial. Es una abertura en el libro, un agujero. Lo que sí puedo decir es que es mi poema más largo. Y el que más dice.

Y no dice nada…

Exacto.

TRANSCRIPCIÓN COMPLETA DE LA ENTREVISTA DE AUGUSTO REY A ANTONIO CASTILLO

Gentileza de los herederos de Augusto Rey

–¿Cómo andás?

–Y qué sé yo… Acá estoy.

–Mil años que no te veo.

–Muchos.

–¿Qué significa “acá estoy”? Yo ya estoy grabando.

–Sí, sí, grabá… Acá estoy significa que no estoy allá…

–¿Cómo te sentís con eso?

–Bien.

–¿La tenés puesta siempre?

–No. Esta es para el día. A la noche la cambio por una máscara.

–Yo te veo bien.

–Estoy en mi mejor momento.

–Eso parece.

–Es la hora. Me doy unos shots para arrancar y me levanto de la cama como un helicóptero.

–¿Estás siempre enchufado?

–Siempre, siempre… Desde hace dos años y medio.

–¿Y cómo lo llevás?

–Mirá… Mi prioridad es no dejar de respirar, ¿viste?

–Ah, igual que la mía.

–Ese es mi plan, todo el día. Comer y dormir son asuntos secundarios para mí… Vivir es un asunto secundario.

–Pero algo más debés hacer.

–Qué sé yo… Veo pasar el día, eso es lo que hago. De punta a punta. Cuando era joven, y hasta no tan joven, vamos a decir hasta mis sesenta y cinco, setenta, el día era un tren al que yo me subía.

Mejor dicho, había varios trenes que iban y venían todo el tiempo y yo me subía a todos los que podía. Me movía mucho, no sé por qué. Quizás pensara que el movimiento actuaba contra el tiempo, que lo frenaba. Fijate qué pelotudo. Ahora, el día es un tren que pasa y nunca para y yo lo veo pasar, cada vez más rápido.

–Y sí…

–Hoy por ahí la sensación es distinta porque viniste vos que, de alguna manera, sos un tren al que me puedo subir, pero generalmente las cosas pasan sin mí.

–Algo debe pasar.

–Sí, qué sé yo, no sé… A lo que más le presto atención es a la vuelta que da el sol. Sale por la ventana del dormitorio, pasa por encima del río y se pone detrás de la plaza. Es como que cae adentro de ese ombú. Si tiene un buen día, veo todo el recorrido.

–Si tiene un buen día, ¿quién?

–El sol. Bueno, y yo. O sea, si tenemos un buen día. Eso es lo más importante que me pasa. Me reporto al sol. Es mi autoridad. ¿Qué sería más importante que hacer eso? ¿Escribir? ¿Leer?

–La verdad que no.

–Ayer vi en la tele un programa horrible donde un conductor les pregunta a los invitados qué sueños quisieran cumplir. Y estaba este cantante ciego, Penazzi…

–Alejandro Penazzi. Es buenísimo. Tiene oído absoluto.

–Mirá vos…

–Toca la guitarra apoyándola en las piernas como si fuera un teclado.

–Sí, lo vi, es muy impresionante lo que hace. Entonces le preguntan eso: "¿Qué sueño te gustaría cumplir?". Y él dice: "Ver todo lo que hay". Obviamente, qué va a decir. Pero el conductor le dice: "No, todo no podés, tenés que elegir algo". Y Penazzi, que tiene hijos, creo que tres, y que es ciego de nacimiento, y que nunca los vio, nunca vio a la madre de sus hijos, ni a sus padres, ni a ese labrador, Lennon, que llevó a la tele, no vio el público que lo aplaude, que nunca vio nada, que está en la oscuridad total, tuvo que ponerse a pensar ahí para ver, bueno justamente para ver no,

qué quedaba afuera de su sueño. Y yo pensé que iba a decir: "Quiero ver a mis hijos". ¿Y sabés qué dijo?: "Quiero ver el sol y la luna". Estuvo muy bien, muy bien.

–¿Vos pensás que un poema sobre el sol y la luna podría reemplazar la imposibilidad de verlos?

–Pero, ¡por favor! De ninguna manera.

–¿Y el poder de la poesía?

–¿Qué poder? La poesía no tiene ningún poder.

–Entonces, ¿para qué sirve?

–Para nada.

–¿No es un consuelo?

–Puede que lo sea para el que la lee. Para el que la hace, no.

–¿Por qué no?

–Porque el que la hace, la hace por desconsuelo.

–¿Por qué?

–No sé por qué.

–¿En el prólogo a *Los mundos que faltan,* decís que no vas a volver a escribir poesía?

–Sí.

–Pero en los hechos, vos ya no escribías desde 2018, desde cuando publicaste *Bestias que hablan*. Si no me equivoco...

–Mirá… Tengo 82 años: 82. Si los cuento de a uno tardo un minuto y medio. Hace treinta, cuarenta, que no escribo un verso. Ya ni sé cuántos son. No entiendo cómo pude haber escrito alguno. No tiene sentido haberlo hecho.

–Pero alguna vez lo tuvo.

–Puede ser. Pero el sentido de las cosas tiene su momento. Te diría que tiene sus modas en uno. Hasta que ves que eso a lo que vos le adjudicas alguna posibilidad de grandeza, un poema, por decir algo, es nada. Cuando digo nada es nada.

–¿Eso pensás?

–Es que nunca pensé que la vida fuera esto.

–¿A qué te referís con "esto"?

–Con "esto" me refiero a lo poca cosa que es.

–Pero tu vida no parece haber sido poca cosa.

–Haber sido…

–Quise decir que sos un gran poeta, muy reconocido, acaban de publicarse tus poemas reunidos… Si uno mira lo que hiciste, no es adecuado asociarlo a poca cosa.

–No estoy de acuerdo. Yo no soy un poeta reconocido. Soy un poeta con suerte. Si *El fin del gaucho* no se hubiera dado en las escuelas no sé de qué hubiera vivido. No estaríamos hablando en este piso. Diría que soy un poeta obligatorio, eso es lo que soy.

–Es bueno lo del poeta obligatorio.

–Te voy a contar una anécdota. En marzo de 2013 o 2014, marzo era seguro, fui a comprarle útiles escolares a mi hija Laura a esa librería gigante de la Plaza 9 de Julio…

–La Gigante: 9 de Julio y Mitre. Se incendió.

–Mirá vos. Pasé el año pasado y me pareció ver que había una casa de deportes.

–Sí, hay un outlet de Anta.

–Fui a comprar los útiles y la librería estaba llena, y un cliente de cada tres, todos padres o madres de alumnos de escuela, por no decir dos de cada tres y, por momentos, tres de cada tres, se llevaban un ejemplar de *El fin del gaucho*, pero nadie reparó en mí. Nadie.

–¿Cómo que nadie?

–Así como te cuento. Ese año salió una edición de bolsillo muy barata que tenía un retrato mío a toda página en la contratapa y nadie lo vio. Por eso cuando vos decís que soy un poeta reconocido, yo creo que eso no es cierto. Soy reconocido como anónimo. Porque… ¿Vos sabés qué edad tenía yo cuando se publicó por primera vez una foto mía en un suplemento cultural?

–No sé. ¿25? ¿26? Tiene que haber sido cuando publicaste *Territorio desierto*.

–Tenía 40. Es una en la que estoy con una camisa rayada. Me la sacó Gonzalo Mainoldi.

–Ya sé cuál es.

–Yo ya había publicado *Territorio desierto*, *Sombras largas*, *Un día de caza mayor* y *Stenway & sons,* y ya había ganado la beca del

Fondo Nacional de las Artes. O sea que yo nunca tuve lo que se dice una imagen.

–¿Te acordás cuándo y por qué empezaste a escribir poesía?

–No, exactamente. Me veo encerrado en mi habitación, con doce, trece años, diciéndome que solo podía salir de ahí si terminaba un poema. Pero estoy seguro que eso no era empezar nada. Eso era estar escribiendo poesía o seguir escribiendo poesía, y yo creo que tiene que haber algo anterior. Si tengo que decir qué es, estoy seguro de que es un momento en el que se siente una necesidad de algo que no está en ningún lado, algo que hay que inventar. Así que te diría que eso es muy anterior a la escritura del primer poema. ¿Cuándo ocurrió? No lo sé. ¿Querés un café? ¿Mate?

–Café.

–¿Solo?

–Cortado.

–¡Marta! Un café solo y otro cortado, por favor.

–…

–Me gusta no saber cómo llegué hasta acá, y me gusta que nadie sepa quién soy.

–¿Cómo que nadie sabe quién sos? Yo sé quién sos.

–Sí, pero es muy raro que alguien me pare por la calle, debe haber sucedido tres o cuatro veces en toda mi vida, todas en el subte. Me da pudor cuando sucede, me obliga a decir algo.

–¿Por qué dejaste de escribir después de *Bestias que hablan*?

–Eso fue, según vos dijiste recién, en 2018… Digamos que… Esto no lo pongas… En 2018 yo estaba como atrapado en una historia…

–¿Qué tipo de historia?

–Una novela de amor.

–¿Qué es eso?

–Una broma.

–No es una broma.

–Yo quiero que vos creas que es una broma, así que vos haceme creer a mí que creés que es una broma.

–Ya que salió el tema… A vos no te pararán mucho por la calle

pero tenés muchos lectores, y todos quieren saber cosas, y sabrás que hace años que se dice que Marcial Ledesma, el personaje de *Otra novela de amor*, el libro de Basualdo, está inspirado en vos, por no decir que sos vos; y que la coprotagonista está inspirada en una editora de la que en este momento no recuerdo el nombre, pero seguramente vos sí.

–No me digas que viniste a preguntarme eso.

–Para nada, pero como vos empezaste a hablar...

–Mirá… Yo dejé de escribir porque después de *Bestias que hablan* sentí que cada palabra que escribía no decía nada. Era peor que hacer silencio porque el silencio es algo, y esto era nada. Todo lo que intenté hacer, lo hice desaparecer, borré los archivos, me daba vergüenza haber intentado seguir escribiendo. Una vez, después de borrar los archivos, como pensé que podían quedar registrados igual en algún lado y yo tener algún día la tentación de querer verlos, tiré una computadora a un arroyo. El mensaje del poeta que había en mí fue muy claro. Decía: "No doy más".

–¿Y cómo pudiste vivir sin poesía?

–¡¿Cómo no se va a poder vivir sin poesía?! ¡Por favor, Augusto! ¿Qué necesidad hay de vivir con poesía? La vida es el arte superior, y la poesía es un arte pequeño, artificial… Es ampuloso, es grandilocuente. La poesía es seria, es dramática… Es tan… cansadora. Los poetas me parecen nenitos que le hablan a la mamá.

–¡Pero vos sos poeta!

–No, no, no: yo fui poeta. Hace mucho que no lo soy. Mira… En 2018 a mí me pasa algo inesperado. Perdoname si no te doy muchos detalles porque son cosas muy personales y no estoy de acuerdo con vos en que mis lectores quieren saber de estas cosas.

–Bueno, viste que al lector siempre le gusta más la vida que la obra...

–Los lectores se gustan a sí mismos. Son muy pajeros.

–Eso puede ser.

–En 2018 me pasa algo, y eso que me pasa no sé qué fue pero sí sé qué produjo. Uno siempre piensa que controla todo, que se puede intervenir sobre la vida, tomar decisiones… Y la vida, que no sé qué

es…

–Es poca cosa...

–Muy bien… La vida, que es poca cosa, te aplica su poder, como si dijera: “Hola, piojo, hola pulga, Ahora, yo con vos voy a ser esto, te voy a convertir en esto”.

–¿Y qué es “esto”?

–No importa lo que sea porque vos creías que eras una cosa y resulta que sos otra. Pero no es que te convertiste en otra cosa sino que, por fin, ves la cosa que sos. No tiene nada que ver con la voluntad porque justamente lo que no cuenta acá es la voluntad.

–¿Podés dar un ejemplo?

–Un ejemplo. Vos querés un ejemplo… Te doy un ejemplo… Resulta que vos siempre pensaste que eras una madera y por lo tanto todo lo que hiciste en tu vida fue para mejorar esa madera: la puliste, la barnizaste, la cuidaste del agua, de los bichos, del sol… Bueno, todo eso. Le diste tu vida a la madera que sos y, de golpe, resulta que sos un metal.

–Parece un cuento de Kafka.

–¡Es un cuento de Kafka! ¿De quién va a ser el cuento? Creías que eras un humano y resulta que sos un escarabajo. Eso es mucho más que una metamorfosis. Yo de Kafka cuestiono el concepto tan difundido de metamorfosis. ¡¿Qué metamorfosis?! ¡Metamorfosis las pelotas! La metamorfosis es un proceso de evolución, y yo estoy hablando de un cambio de naturaleza: ahora sos madera, ahora sos metal, y no sabés cómo fue que llegaste a eso, pero eso a lo que llegaste es un hecho. Decime cómo hago para escribir poesía sobre eso.

–Tendrías que haberlo intentado…

–¡Es que lo intenté!

–¿Cuándo?

–Tengo chocolate amargo si querés… Al 80%, de Cerro Bayo. Hay un local acá abajo.

–Ahora lo pruebo.

–Ojo que es muy amargo.

–Yo lo como amargo.

–Pero lo que te quería decir recién sobre dejar de escribir, o no poder escribir… Yo creo que para mí dejar de escribir fue dejar de fingir. Así de simple. Ser un escritor argentino… No sé… ¿Qué es eso?

–No tiene nada de malo

–Claro que no tiene nada de malo. No maté a nadie. Lo que digo es: ¿qué es eso de reducir la vida de una persona a aquello a lo que más o menos se dedica? Mirá… Con los años fui como deseando vidas. No te digo aquella vida con la que soñé y no pude tener porque yo nunca soñé con tener ninguna vida. No tuve, por así decir, un ideal o un sueño de vida. Nunca dije: quiero ser piloto de guerra, quiero ser futbolista, actor, cantante, poeta… Se fueron produciendo algunos accidentes, y fui recibiendo empujones hacia la poesía y ahí quedé sin saber si eso era lo mío.

–Yo creo que es lo tuyo.

–Pero yo no lo sé. Es lo que hice, pero no sé si es lo mío.

–¿Qué significa “deseando vidas”?

–Eso. Un deseo de vidas. De todas las vidas que hay.

–Vos querés ubicuidad.

–Exactamente… “El don que no tiene el hombre”. No me acuerdo quién dijo eso.

–…

–Entonces, viene el plomero a casa, lo veo sacar las herramientas de la caja y quiero ser plomero, haber vivido toda su vida... Viene Marta a atenderme y quiero ser Marta. Lo escucho cantar a Penazzi y quiero ser Penazzi... Es enloquecedor.

–Me imagino.

–Hay una casa cerca de la estación de trenes de Wilde… Bueno, en Wilde hay muchas casas, y unas cuantas cerca de la estación de Wilde. Pero durante los años que tuve que tomar el tren a La Plata casi todas las semanas...

–¿Qué hacías en Las Plata?

–Daba clases en cárceles.

–No sabía.

–Habrán sido cinco o seis años… Primero en Abasto, después en

la Unidad 9. No sé en qué tiempo de mi vida sucedió, pero sucedió.

–Estabas hablando de Wilde.

–Sí… Esa casa de Wilde de la que te hablo se ve desde el tren, pero… Es una casa parecida a otras que están cruzando la vía. Hay por todos lados. Son las que tienen un comercio en la planta baja y, al costado, una escalera que va a la vivienda de la planta alta. Las habrás visto.

–Claro que las vi.

–Es una arquitectura de terror.

–¿Por?

–Porque hace que vivir y trabajar sea más o menos lo mismo. Bueno, pero esta casa de la que te hablo era una excepción, por ahí lo sigue siendo, pero no a esa regla sino a la que por lo general te indica qué negocio hay que tener. No sé, el que hace esa casa sabe que ahí hace falta una ferretería, o una carnicería. Algo tiene pensado, por eso desembarca en ese punto y con una idea específica. Pero en esta casa de la que te hablo, un año había una ferretería; otro, una carnicería; otro, un kiosco; otro, una verdulería… Un día pasé y vi una pinturería, y me bajé. Yo tenía que laquear una mesa porque había apoyado una bandeja caliente y se le había salido un circulo de brillo, era un aterrizaje de plato volador en el medio de la mesa, recién comprada… Bueh… Dije: me bajo, compro la laca y, de paso, lo más importante: averiguo qué está pasando acá…

–¿Y qué pasaba?

–Conocí al dueño, un tipo que en ese momento tendría unos quince años más que yo…

–¿En qué año fue?

–Eso tiene que haber sido en el último año que viajé a La Plata: 2007, 2008…

–¿Y qué te dijo el tipo?

–La explicación que me dio fue que, si hubiera tenido siempre una ferretería o una verdulería, las “variantes”, me acuerdo perfectamente de esa palabra, hubieran sido muy pocas. Me dijo que en la verdulería había ciertas modas que llegaban cada año. Un

día se ponía de moda la ensalada amarga; otro, el maracuyá, y después estaban los cambios de las frutas de estación, que era lo que más le gustaba, pero eso también tenía un límite; y que en las ferreterías pasaba algo similar: de golpe había que ofrecer muchas versiones de, por ejemplo, no sé, hidrolavadoras, porque todo el mundo quería tener una hidrolavadora, o una linterna láser, o un destornillador eléctrico. El resto, seguía igual: los clavos, los martillos, el pegamento…

–Entiendo…

–Y me dice: "Pero si yo cambio de rubro, paso de tener zanahorias y repollo a tener tira de asado y vacío; y de la tira de asado y vacío paso a tener artículos de librería, caramelos, mapas, bolitas… Cada rubro un mundo nuevo". Una cosa así.

–¿Por qué pensás que te interesan esas cosas?

–¿Qué cosas?

–Eso… "Desear vidas".

–Porque cuando te das cuenta de que la vida es poca cosa, ves tu tamaño, y contra esa sensación de verdad total es poco lo que se puede hacer. Entonces, entrás en la desesperación.

–¿Y vos qué hiciste?

–Bueno…

–Digo, si es que hiciste algo.

–Bueno… Hacer, no hice nada. Tuve suerte. Me hicieron algo.

–¿Quién?

–Vamos a decir una fuerza. Una fuerza cósmica.

–¿Vos te das cuenta que cuando empezás a decir algo te contenés?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque hablar en serio es un problema. Es violento. Esto te lo digo a vos, no a la nota que me hacés, y después seguimos hablando de poesía. ¿Por qué yo dejé de escribir en 2018? Eso es lo que querías saber, ¿no? En 2018 conocí a una persona. La novela de Basualdo es bastante precisa en todo lo que cuenta, demasiado. Mi vida cambió. Basualdo era el que daba fe de la historia que

vivíamos esta persona y yo, hasta que dejamos de verlo porque nos parecía que las cosas se habían puesto demasiado literarias.

–Estamos hablando de la editora que en el libro de Basualdo se llama China del Río, ¿no? ¿Cuál es el nombre en la vida real?

–Estamos hablando de esta persona de la que estoy hablando. No importa el nombre porque podría haber sido otra. Fue la que me tocó a mí.

–¿Y qué pasó?

–¿Qué pasó? Pasó que me quedé sin voluntad. En primer lugar, sin la voluntad de evitar lo que pasaba, y me dejé ir sin saber qué sería capaz de hacer, y fui capaz de hacer las cosas que hace alguien que está totalmente loco y siente que es lo más normal del mundo. Me arrastró…

–¿Qué te arrastró?

–Algo.

–¿Qué era?

–No sé. La enajenación.

–…

–Imaginate un amor de niños solitarios viviendo en su mundo… Una enfermedad…

–¿Qué tipo de enfermedad?

–Una enfermedad preciosa… Vos no vas a poner nada en la entrevista de esto que te estoy diciendo, nunca lo vas a hacer, pero si lo hicieras tendrías que poner en itálica la palabra amor, porque ya hace rato que tiene un sentido muy distinto del que le doy yo.

–¿Qué sentido tiene?

–Bueno… Ningún sentido. A cualquier cosa se la llama amor. Un perro es un amor, un chico es un amor, una planta es un amor, el que te trae los pedidos es un amor, una torta es un amor… Imaginate que a cualquier cosa se la llame mesa, termo… ¿Te imaginás? Mi vecina es un termo, esa orquídea es un termo, la Capilla Sixtina es un termo…

–Me imagino… Mis sobrinos son unas mesas…

–Es así. Todo es un amor.

–Esta persona de la que hablás, ¿vive?

–Si, claro, y está muy bien.

–¿Estás en contacto con ella?

–Sí, claro, siempre.

–En “Nubes” vos decís…

–Déjame decirte algo más del libro de Basualdo. Es otra de las cosas que no van a estar en esta entrevista. Basualdo… Pobre Basualdo. Unos días antes de que se matara me mandó un mail, y no se lo contesté. Estaba desesperado. Insistía en que teníamos que volver a su novela, ¡y la novela ya estaba publicada! Me decía: “Vuelvan, ¿dónde van a estar mejor que acá?”.

–¿Cómo lo conociste a Basualdo?

–En un bar que se llamaba Café Brasil. Lo que cuenta en el libro fue así. Le digo libro porque eso no es una novela. Es un espacio donde metió parte de mi vida, parte de la de él y, vamos a decir el nombre entre comillas, parte de la vida de la “China del Río”.

–¿Cómo fue ese encuentro?

–Se nos acercó. Nos dijo que nos había escuchado hablar varias veces. Después, no me acuerdo cómo, nos propuso escribir nuestra historia, y le dijimos que sí.

–Quería decirte algo de “Nubes”.

–Sí, perdón.

–En “Nubes” decís que la vida es “una tela de vapor”.

–¿Eso dije? ¡Por favor! Decime que no es mía. Parece una frase del Servicio Meteorológico en colaboración con una sedería.

–Perdoname, pero para mí es buena esa figura. Me hace pensar en la vida como un fantasma. A mí me parece un buen verso.

–¿En serio? Yo creo que ni siquiera es un verso. No porque sea horrible. Eso es lo de menos. Es porque no tiene nada que ver con mi sensibilidad. Nada.

–Es posible que cuando la escribiste sí tuviera que ver con vos.

–Sí, con algo falso de mí.

–¿Qué sentís como propio de lo tuyo? Si es que hay algo que sientas propio. Parece difícil, por lo que veo.

–Muy difícil.

–¿Cuál es tu poesía?

–Sinceramente, no lo sé. Me gustaría decir que es la que me olvidé. Pero me olvidé de casi todo, y ni siquiera sé si eso es triste. Nadie recuerda nada. Yo no recuerdo nada, lo que a mi edad es natural, pero tampoco soy capaz de inventar recuerdos. Cuando lo intento, me va mal... Cuando con la "China del Río" discutimos si aceptábamos que Basualdo escribiera sobre nosotros, ella no estaba para nada de acuerdo. Yo sí, y mi argumento era que me olvido de todo. La memoria de uno está en la de los demás, pero es una desgracia que esté tan dispersa. La gente que sabe algo de vos se pierde, se olvida, se muere, y todo lo que uno es o fue se va con ellos. Es una verdadera desgracia. Yo mismo, ¿de cuántas personas podría decir algo? De cientos. Pero ¿a quién se lo digo? Todo está organizado para perderse.

–¿Por qué pensás que cambiaste tanto?

–Yo no cambié. Hay operativos secretos que van cambiando las cosas.

–Pero vos podés tener la voluntad de negarte.

–¿A qué? ¿A cambiar? Estás loco. La voluntad es una fuerza menor, te sirve para modificar situaciones pequeñas: hoy pinto la pared, mañana me voy de viaje, el domingo hago un asado o veo un partido de tenis… Decís algo y lo hacés. Lo que decís y hacés es lo que podés. Pero ese poder, si querés llamarlo así, sirve para lo intrascendente. Después hay otro poder, el verdadero, el que actúa sobre uno. Y ese es el poder de la vida, y no es un poder que se tiene.

–¿Podés dar un ejemplo de ese poder?

–Te doy uno sencillo: un viento sin rumbo que arrastra una hoja.

–Puede dar para un poema.

–Sí, para un poema de mierda.

–¿Cuánto tardabas en escribir un poema?

–Mirá… Depende. En *Series de tiempo*, traté de escribir los poemas del capítulo "Horas" en horas; y los del capítulo "Minutos" en minutos; y los del capítulo "Segundos" en segundos. Con algunos lo logré, pero en otros tuve problemas. Por ejemplo, los primeros de "Segundos" los hice literalmente en segundos. Los tengo

cronometrados. Hay dos o tres que los empecé y los terminé en 30, 40 segundos. Pero hay uno, el último, que tardé seis meses en hacerlo, rehacerlo, reemplazarlo… Por eso decidí publicar todas las versiones, que deben ser unas veinte.

–Yo creo que son más.

–Es un poema de "arrepentimiento". Yo quería que se viera el interior del poema, sus malos momentos, el camino, las modificaciones que iba sufriendo, y que no se perdiera nada. Fue el único momento en que sentí que escribía algo que estaba vivo.

–No se sabe nada de tu infancia. ¿Dónde te criaste?

–Me crié yo diría que en las cuadras en las que estaba mi casa, las casas de los vecinos a las que entraba como si fueran mías, el club, la escuela y la plaza. Seríamos unas doscientas personas reunidas en cuatro manzanas.

–¿Cómo aprendiste a escribir?

–Creo que eso ya me lo preguntaste.

–No. Te pregunté cuándo, no cómo.

–Cierto. Bueno, como todo el mundo, letra por letra, cada letra un dibujo. Y yo trataba de imaginar qué había adentro de esos dibujos. Dibujaba la letra A y pensaba en todas las palabras que podían empezar con la letra A y las buscaba en el diccionario. Eran mundos enteros que aparecían detrás de una letra.

–¿Recordás cuál fue la primera persona que viste leyendo?

–Mi padre. Leía como si rezara. Me atraía el silencio en el que ocurría la lectura. Desde ese momento la lectura para mí no es tanto leer como hacer silencio; mejor dicho: hacer un espacio de silencio.

–¿Qué tipo de niño eras?

–Normal, tirando a anormal.

–¿Qué significa "tirando"?

–Que tenía tendencia a la anormalidad. Funcionaba bien en la normalidad, pero imaginaba mundos anormales en los que creía que podía vivir mejor.

–¿Cómo eran esos mundos?

–Me parece que no estaban muy definidos. Lo que yo sentía era que se podía vivir de otra manera, con otra organización, otras

relaciones entre personas. Todo me parecía demasiado cuadrado, encajonado. Cada movimiento tenía su cápsula: el trabajo, la escuela, la familia, los juegos… Todo reglado, sin improvisación...

–¿Y qué sentías?

–La sensación era la de no poder hacer nada. Me sentía como un muñeco radiocontrolado. A las 8 iba a la escuela, volvía a las 4, merendaba y entraba a música, o a dibujo, o a inglés… Todos los días. Nada de ese tiempo era mío. Era un tiempo totalmente adulto. Una cosa ridícula. La educación tenía una presencia asfixiante que hoy por suerte no veo, me refiero a la educación por medio de una autoridad. La destrucción de la escuela clásica, tipo misa, es un logro de estos últimos años. Pero en aquel momento se vivía para aprender de los otros. ¡Había maestros! ¡Por favor! La experiencia personal estaba prohibida en los hechos.

–Ahora, se supone que el niño se hace poeta por algún hecho puntual. Me refiero a una escena, un evento sensible, algo que lo conmueve y no puede ser dicho con el lenguaje común. Ya sé que hablamos algo de esto ya, pero me gustaría que profundizaras.

–En ese mundo en el que vivía, que era el de todos, un mundo falsamente compartido, empecé a prestarle atención a lo que faltaba. Es eso que decís. El lenguaje común no significaba nada para mí. Era como un idioma comercial, de transacciones: me das, te doy. Y lo que a mí me faltaba era hablar un idioma con el que no se identificara nadie y que si alguien lo leyera o escuchara pensara que era el idioma de un marciano. Aislamiento: eso era lo que yo quería. Un mundo mío, que solo se revelara para mí y que, de paso, me permitiera esconderme adentro.

–¿Recordás la primera escena que te conmovió?

–No, pero puedo inventarte una. Dejame pensar…

–Pensá tranquilo.

–…

–…

–Puede haber sido el día que vi la llegada del hombre a la Luna, varios años después de que sucedió. Yo creía que estaba pasando en ese momento. De chico no creía en que algo pudiera haber pasado

antes de que yo lo viera. Me costó mucho entender que los hechos se podían guardar, detener… Pero no tenía dudas de que ese delirio que estaba viendo era una realidad. Aun cuando fuera montaje, aunque no hayan ido nunca. Para mí eso era la realidad plena.

–¿Qué edad tenías?

–Tendría cuatro años. Supongo que sería 1979. Estaba extasiado. Veía esas manchas claras moviéndose en la oscuridad, en la desolación del espacio… El vacío, la negrura… Esas dos personas en medio de la nada. No había árboles, ni autos ni animales... ¿Qué carajo era eso? Era como si lo estuviera inventando yo. Era lo imposible sucediendo en la realidad. Me cagó la cabeza.

–¿Por qué?

–Porque era muy chico y tuve impulsos de detener eso que veía. Hoy pienso que fue un impulso de escritura, pero como todavía no sabía escribir… ¿Sabés qué hice? Puse un papel en la pantalla y quise calcar los movimientos. Casi me matan. Papá y mamá, y una tía que estaba en casa, empezaron a los gritos: "¡Correte, nene!".

–Una vez que decidiste ser poeta o fuiste dejándote llevar por la poesía, ¿qué pasó con tus relaciones? ¿Te aislaste? ¿Buscaste sensibilidades parecidas a la tuya? ¿Tu familia supo de tu inclinación desde el primer momento?

–Yo escribía a espaldas de las compañías, sin decirle nada a nadie... En esos momentos sentía que se armaban como unas cuevas en el tiempo, y que yo entraba ahí solo, hasta el fondo. La sensación de clandestinidad que me producía eso no tenía precio.

–¿Cuándo supieron tus padres que escribías?

–Cuando les regalé mi primer libro editado.

–Si me permitís…

–Todo lo que quieras.

–Vos tenés una característica personal extraña.

–¿Sí?

–Sí. Desde que te conozco, yo te veo por momentos muy sociable; y, por momentos, un poco misántropo. Un poco, no: mucho. Lo mismo ocurre con tus silencios. A veces hablás mucho; a veces, nada. Puedo darte ejemplos, como el día de la mesa redonda

sobre Juan L. Ortiz en el CCK. Estuve ahí. ¿Te acordás? Duró dos horas y no dijiste casi nada.

–No me acordaba de que hubieras estado ahí. ¿Eso fue en 2010, 2011?

–¡No! ¡Mucho después! Eso fue en 2015. Casi seguro. Estuve ahí, coordiné la mesa y después escribí algo en *La Nación* sobre eso.

–Lo que me acuerdo de ese día no es que no dije "casi" nada. No abrí la boca. Había preparado algunas notas para decir algo, y mientras iba pasando el tiempo, yo me decía: "Estás homenajeado al poeta del silencio, ¿y vas a hablar?". Además, los veía a Luciani y a Julio Vallejo que hablaban sin parar y dije: "Lo mejor que puedo hacer es citar a Ortiz", y para mí citar a Ortiz es hacer silencio.

–Pero todo el mundo lo tomó como una performance.

–Eso fue porque la gente va a lo fácil. Pero no fue ninguna performance. Nunca cité a nadie con tanta literalidad.

–Tu polémica posterior con Vallejo, ¿cómo empezó? Para mí fue raro verte discutir públicamente con alguien, y con tanta violencia.

–No fue violenta, para nada.

–¿Qué pensás de Vallejo?

–Que es un pelotudo.

–En "Edificios que se mueven" hablás de "el infierno interior de la materia...".

–No sé qué quise decir. Si tuviera que decirte qué quiero decir hoy, te diría que, efectivamente, hay un infierno en la materia. Bueno, quizás no un infierno, eso es mucho decir. Hay eventos, fiestas, estampidas de la cosa interior. No sé si se entiende lo que digo.

–Se entiende perfectamente.

–Hay actividad. Incesante. Eso hay. A veces puede ser un infierno; otras, un milagro. En cualquier caso, esa actividad de fondo que hay en el interior de uno es relativamente de uno. Lo veo como un espacio copado por fuerzas ajenas.

–Parece que estuvieras describiendo a un animal.

–Lo dijiste mejor que yo. Tendría que entrevistarte yo a vos.

–¿Para preguntarme qué?

–No sé, me gusta preguntar, y nadie pregunta nada. Para mí lo más importante del idioma son los signos de interrogación, y la palabra "no".

–En *Otra novela de amor* hay una entrevista que el personaje que vos representás, Marcial Ledesma…

–Que yo representaría…

–Que vos representarías… Ese personaje le hace una entrevista a "China del Río", para decirlo como te gusta a vos….

–Lo recuerdo perfectamente.

–¿Esa entrevista existió de verdad?

–Como a vos te guste. Si vos querés, existió. Si no querés, no existió… Volviendo al tema del que estábamos hablando, yo creo que el interior del hombre es el de un animal. Hay una… inocencia.

–¿Inocencia?

–Sí, inocencia… El hombre no puede ser nunca responsable de lo que le pasa adentro.

–…

–…

–Quería decirte… Me interesa tu manera de "desaparecer". Algo que se malogra con la edición de tus poemas reunidos. ¿Qué perdiste y qué ganaste con este rescate de tu obra y de tu figura?

–Bueno, creo que no perdí nada. Pero quiero decirte que yo no desaparezco, simplemente aparezco cuando quiero.

–No estás en Room, ni en Picturlife, ni en Memory ni en Twich. Sos famoso por no contestar llamadas ni mensajes, no das entrevistas. ¿Con quién hacés contacto?

–Esto es una entrevista.

–También… Con lo que te perseguí para que me la dieras.

–Hago contacto con algunas personas.

–¿Qué pensás de que te hayan leído y te lean y probablemente sigan leyéndote millones de argentinos?

–Que es un triunfo de la cantidad. Demasiado vulgar para mi gusto.

–¿Quiénes fueron tus maestros?

–¿Escritores?

–Escritores y no escritores.

–Es extraño lo que me pasa con los que alguna vez consideré mis maestros de la literatura. Los fui abandonando y los fui olvidando a tal punto que muchos de ellos ya no existen en mi recuerdo. Pienso mucho en por qué me sucedió eso. Me parece una injusticia, pero quiero decir a mi favor que es una injusticia que no está impartida por mi sentido de la justicia sino por una especie de abandono. Los fui viendo cada vez más lejos y, por lo tanto, más empequeñecidos.

–¿Quiénes eran?

–¡Qué sé yo! Yeats, Keats, Whitman, Gelman, Eliot, Pizarnik, Huidobro, Plath, Perlongher, Viel Temperley, Gianuzzi, Frenet, Parra, Montefinale, Shutterland, Had, Rivera, Maciel… Es más corta la guía telefónica. Y después están los maestros que van apareciendo y que no tienen nada que ver con la literatura.

–¿Quiénes son?

–Literalmente, cualquiera que pueda despertarme algún tipo de envidia por lo que hace. A esos necesito verlos en acción. Mirá… Hace poco… Yo tengo una casa de campo en Jáuregui…

–No sabía.

–No lo sabe nadie. Mi hija y mi mujer no lo saben, y ahora tampoco lo sabés vos. Un día me estaban pintando la carpintería de madera de la galería, yo muevo un tarro de cuatro litros de Cetol sin abrir, se me resbala la manija, se cae, se abre, se desparrama por el contrapiso de la galería… Un desastre. Menos mal que todavía no habían puesto las baldosas.

–Una desgracia con suerte.

–Se cae el tacho y yo veo la mancha inmensa, y los cuatro litros derramados en el piso, a los que por supuesto di por perdidos. Entonces, Isidro, uno de los pintores, una décima de segundo después de que se vaciara el tacho, le grita a Luis, el ayudante: “¡La pala!”. Luis le alcanza la pala con una velocidad de mago, como si la sacara de la manga, y entonces Isidro se pone a palear el Cetol, y llena la lata de nuevo. Todo esto en medio minuto. Si se perdió un cuarto de litro es mucho. Para mí eso es un maestro. Maestro es el que sabe reaccionar.

–¿Vos pensás que hay poesía de la vida?

–¿Vos decís una poesía escrita por la vida?

–Sí.

–Por supuesto. Es la única autora. Me causa mucha gracia que el escritor crea que escribe él. Con Basualdo hablamos mucho de eso. Estábamos de acuerdo en que no hay autores.

–Te noto negativo. Como si tu escuela fuese la de no creer.

–No estoy de acuerdo. Yo tengo dos escuelas: la de creer y la de no creer.

–¿Y cuál es el resultado de creer y no creer?

–No hay ningún resultado.

–¿Qué poema o qué poeta envidiás?

–Poeta: me envidio a mí, cuando tenía veinte años y pensaba que lo que hacía tenía toda la importancia del mundo. Nunca fui tan pedante. No tenía relación con la vida. Pensaba que todo era poesía. Poema, sin dudas, el de Frenet sobre la primavera: "… perfumes, lenguas muertas/que sólo yo hablo/cuando hago silencio…". Antes lo sabía de memoria.

–Yo creo que Frenet tiene una obra mala con un gran poema.

–Igual, vos sabes…

–Sí…

–No, que en realidad no sé si ese poema de Frenet es el poema que más me gusta. Si te soy sincero…

–Sí…

–Y, si te soy sincero, el poema que más me gusta es "Abrázame muy fuerte", de Juan Gabriel.

–¡No! ¿En serio?

–Muy en serio.

–Y ¿por qué?

–Por ahí no es toda la canción, pero sí los versos en los que habla del tiempo con ese rencor...

–La canción es linda.

–¿Linda?

–No sé, me parece…

–Qué sé yo... Dice que el tiempo nunca perdona, que hace

estragos, es malo, cruel amigo, hiere, no quiere a nadie… Dice que el tiempo no se detiene, no le importa saber quién es uno… ¡Eehh…! ¡La mierda! Si eso te parece lindo... Yo te diría que es tenebroso. Pero, bueno, sí… Es cierto que también habla del amor como una fuerza que detiene el tiempo, lo cual es cierto. Eso sí es lindo.

–"Abrázame que el tiempo es oro cuando tú estás conmigo".

–Así es.

–Así es ¿qué?

–Nada. Así es. ¿Querés más café?

–Te voy a pedir agua.

–¡Marta!

–¿Qué hace tu hija?

–Es ingeniera civil. Ahora está con los desarrollos de la Costanera Sur, no sé si viste las torres que están haciendo ahí. Si no me quedara poca cuerda, compraría algo.

–Sí, vi en el noticiero que los vecinos no estaban muy contentos.

–Es la cultura nacional del consorcio. Se discute todo. Ella está con eso. No sé si muy contenta, pero es el mejor trabajo que le ofrecieron y no pudo decir que no.

–Y, no…

–¡Marta!

–…

–Augusto quiere agua, ¿con gas o sin gas?; y yo, un mate cocido. ¿Podremos bajar un poco el toldo? Un poco, nomás.

–…

–Gracias, Martita

–…

–¿En qué estábamos?

–No sé, yo también me perdí.

–Sigamos con lo que quieras.

–Hay un asunto, el de la imagen, del que no hablamos lo suficiente. Vos dijiste hace un rato que nunca fuiste un escritor con imagen, y que la primera foto tuya que se publicó fue más a o menos a los 40 años.

–¿Eso dije? Ya me olvidé.

–No te preocupes que estoy grabando.

–No, si no me preocupo…

–Tu primera foto se publicó cuando tenías 40, pero también tuviste tu programa de televisión.

–Sí, a los 55, 60.

–Con más razón, ¿por qué aceptar dar una imagen cuando estaba todo dado para que no la tuvieras?

–Es cierto lo que decís: ¿para qué?

–Eso es lo que quiero saber.

–Es que no sé.

–¿Te gustó?

–No. Fue un infierno. Para mí el infierno es una situación exactamente igual a filmar. Estás detenido, las cosas no avanzan, pero sentís que el tiempo se acelera y cae a un pozo y no lo ves más. Como que el tiempo se va sin darte nada. Usás diez horas de tiempo real para que queden vivos tres minutos. Es una inversión que no se justifica. El sometimiento es terrible. Cada escena se grababa diez veces. Ese era el promedio. No exagero. Soy una persona casi sin memoria inmediata. Mientras lo hacía, me puse a pensar cómo es posible que alguien quiera ser actor. El actor no es adicto a la representación, es adicto a la repetición. Los actores están locos. Y todo para hacerse ver. Es ridículo. Das una imagen que, además, es una imagen que va a quedar, armada por gestos y palabras que están escritos por otros. Es desesperante.

–Pero el programa era bueno.

–Sí, como la poesía. Es bueno para el que no lo hace. Ni me acuerdo cómo se llamaba.

–*Parte del arte.*

–Increíble que haya aceptado ese título.

–No es para tanto.

–En los meses en que pasaban ese programa, un lector me reconoció por la calle. Fue una de las tres o cuatro veces de las que te hablé hace un rato.

–Entonces algo bueno pasó con eso.

–Sí, no sé... Yo estaba en el subte, llenísimo, serían las seis de la tarde. Entra un tipo de unos treinta y cinco años, abre la mochila, saca un libro mío, y de golpe levanta la vista y me ve y me dice: "¡¿Castillo?! Ah, no, esto es increíble".

–¿Qué libro estaba leyendo?

–No me acuerdo.

–¿Le dijiste algo?

–Nada. Me cambié de vagón.

–¿Qué pensás?

–¿Qué pienso de qué?

–De esa escena: alguien leyendo un libro tuyo en el subte.

–Que estaba viendo una persona consumir tiempo de mi vida envasado en un libro. En un libro no hay palabras solamente. Las palabras son secundarias. La obra es secundaria. La calidad es secundaria. Lo que hay en un libro es el tiempo del que lo hizo. Y estoy a punto de decir que es lo único que hay en un libro.

–¿De dónde sacaste el título *Los mundos que faltan* para tus poemas reunidos?

–De los mundos que me faltan a mí.

–Esas seis páginas en blanco a las que les ponés el título del libro, ¿qué significan? Hace años que no escribís, y que ese sea el único agregado a tu obra es, no sé...

–No significa nada en especial. Es una abertura en el libro, un agujero… Lo que sí puedo decir es que es mi poema más largo, y el más claro de todos los que escribí, el que mejor se hace entender.

–¿Lo llamás poema?

–Claro, si es un poema. ¿Cómo lo voy a llamar?

–Pero es un poema que no tiene nada adentro.

–¿Por qué tiene que tener algo adentro? No es una empanada.

–¿Ese ese es el sentido que le das al título, el del poema vacío?

–Yo quería que el título fuera el fantasma del libro, su porvenir, su pasado… Con los años me puse a pensar en todo lo que no pude escribir.

–Bueno, eso es una ley.

–¿Cuál es esa ley?

–La que dice que no se puede escribir ni leer todo. Un poco tu "la vida es poca cosa" aplicada a la literatura.

–Está bien lo que decís, pero yo me refiero a otra cosa.

–¿A qué te referís?

–Lo que yo digo no es que hay una infinidad de posibilidades fuera del alcance de las personas que escriben. Eso existe, pero existe como generalidad y se extiende a todo. Hay infinidad de posibilidades fuera del alcance de uno, no solo las literarias. Casi todas: manjares que no comiste, mujeres que no tuviste, viajes que no hiciste… Bueno, esa es la base de la melancolía, ¿no? Se pueden hacer millones de listas personales, y nos quedamos cortos. Yo hablo de otra cosa. Cuando hablo de lo que uno no pudo escribir, estoy hablando de posibilidades concretas desperdiciadas. Es algo que se puede identificar. Es lo que no se pudo escribir de aquello que había que escribir y, de alguna manera, eso también es una obra… Una obra importante. Lo inconcluso… Lo que no se alcanza a ver de uno.

–Es un poco dramático.

–¿Un poco? Es muy dramático. Pero así es la vida.

–¿Cómo te relacionás con frases como "así es la vida"? Me refiero a los lugares comunes…

–Bien.

–Qué sorpresa. Pensé que no. Se supone que los poetas escriben contra eso…

–Yo creo que escriben, en mi caso escribía, por envidia a eso. Por ejemplo, si vos decís: "Así es la vida", aplicado a una experiencia que no podés explicar, asumiendo de alguna manera la derrota de vivir, ¿qué más se puede decir que eso?

–Nada.

–Nada. Lo mismo vale para tantas cosas. Vas a un velorio, y entrás a una comedia de velorio, y escuchás que alguien dice: "No somos nada". ¿Qué otra verdad se podría decir ahí? Yo admiro mucho ese lenguaje de verdades anónimas totalmente probada por los siglos. Es poesía profunda, y no la hizo nadie: se hizo sola.

–Con ese criterio, ¿para qué alguien va a escribir? Es preferible

esperar que la poesía se haga sola.

–¡Es que se hace sola! No hay que hacer nada.

–Solo esperar.

–Solo esperar.

–¿Estás cansado? ¿Querés que paremos?

–Estoy cansado, pero podemos seguir un poco más.

–¿Seguro?

–Seguro.

–No escribís, pero supongo que leés. ¿Qué de lo que hayas leído últimamente te impresionó?

–No leo casi nada. Libros, ya no. Por ahí alguna página que ya leí, como para ver qué se siente al volver a algún lugar. ¿Sabés qué hago? Leo viejos subrayados míos de libros de otros, y nunca entiendo por qué los hice. No puedo entender qué me llevó a hacerlos, por qué me detuve ahí.

–En realidad, los subrayó otra persona.

–Exactamente. Una persona que ya no vive en mí. La vida será poca cosa pero se vive varias veces.

–¿Eso pensás?

–No. Pienso que se vive una sola vez, con varios disfraces.

–¿Solo leés los subrayados?

–Sí, eso, y algunas noticias en el teléfono cada tanto. Elijo una o dos por semanas, y a veces pasan dos o tres semanas y no leo ninguna. ¿Para qué?

–¿Y eso es todo?

–También veo cada tanto esas series con capítulos de dos minutos.

–Las series de “chispas”.

–Son todas horribles. Comprimen una vida en cuatro o cinco planos. Son como en los viejos álbumes de fotos de papel del siglo XX. Ridículo. La única que me gustó fue una en la que el tiempo real duraba el doble. Cada capítulo era un plano secuencia que duraba los dos minutos, pero en el reloj que estaba colgado de fondo pasaba uno. Los medí. Hay que prestarle atención al segundero. No sé si la viste. No tengo ni idea de cuál era la historia.

Solo me acuerdo de cómo manejaban el tiempo. La actriz era Florencia Larregle. Creo que se llamaba *La mujer indestructible*...

–*La mujer invencible.* A mí también me gustó.

–Es una pavada lo del reloj, porque uno podría decir que el tiempo corre a una velocidad en la que el segundo es dos segundos, y el minuto es dos minutos. Un sistema sexagesimal reducido, o aumentado, qué se yo. Pero el efecto es eficaz y en cada capítulo sentís que un minuto tarda dos en pasar. Con ese ritmo, yo ahora tendría 41 años; o con los 82 que tengo viviría hasta los 170. Imaginate la tranquilidad que tendría ahora…

–Igual no se te ve muy nervioso.

–¿Nervioso? ¡No! ¿Para qué?

–Es muy buena esa serie.

–Pero quisiera volver a algo que dije antes...

–No hablamos mucho de poesía.

–Es que es muy aburrido. ¿Qué puedo decir? No tiene sentido tratar de explicar lo que uno hizo, sea un poema o cualquier cosa. Si me preguntás por qué hice lo que hice en mi vida o escribí lo que escribí en mis libros, no sé cuál sería mi respuesta.

–¿Cuál sería?

–Sería: porque sí. Pero déjame decirte algo…

–Lo que quieras.

–No, me quedé pensando en lo que te dije de la casa de Wilde…

–Sí, lo de las “variantes”.

–Sí… Una vez fui a un lugar, que creo que todavía existe, que se llama Dos Mundos. Está en Flores.

–Me suena.

–Tiene cuatro pisos, alquilan cosas...

–Ya sé, es el rental adonde van a alquilar muebles y cosas las productoras de cine. Eso debe ser Rivadavia al 7000 y pico.

–Puede ser. Rivadavia es seguro. Es una esquina con entradas por Rivadavia y por la calle lateral, que no sé cuál es…

–Yo tampoco.

–No importa. Es en esa esquina. Debe tener más de cien años.

–¿Cuándo fuiste?

–Fui en 2019, 2020... Estábamos con esta mujer, llamémosle de nuevo “China del Río”, en un restaurante árabe de la calle Santiago del Estero, y teníamos unas horas libres por delante, y yo había leído algo en un diario sobre Dos Mundos, o lo había visto por televisión, no sé, no importa… Tomamos un taxi y fuimos hasta ahí porque yo sabía que ella… Lo que yo sabía era que ella iba a amar ese momento, y que... Perdoname…

–Está bien. No pasa nada.

–Es que…

–Tranquilo, no pasa nada.

–Perdón…

–¿Cómo me vas a pedir perdón?

–Viejo y, encima, llorón...

–No pasa nada.

–Es que no puede ser que el tiempo se vaya así. Es de una crueldad…

–¿Querés que cortemos acá? Yo ya tengo para armar una nota linda. Me sobra con esto. Ya llevamos casi una hora,

–Es que quiero contarte ese momento, así ella lo lee. La va a poner feliz.

–¿Qué hace ella ahora?

–Vive para sus nietos. Camina.

–¿La ves?

–La veo, por supuesto que la veo. Así como estoy y todo. La escucho reír y es como que no necesito la máquina.

–¿Dónde la ves?

–No importa dónde.

–Perdón.

–Bueno… Entramos a Dos Mundos y ella quedó totalmente petrificada. No se movía, no quería caminar, quedó ahí como una momia.

–¿Por qué?

–Porque es sabia para moverse, pero también para quedarse quieta. Es un talento que tiene. Ese día se quedó parada ante todo eso que tenía por delante, y yo creo que lo hizo para seguir

teniéndolo por delante.

–¿Qué tenía por delante?

–¡Qué sé yo!

–Dos mundos.

–Mil mundos.

–Me imagino…

–La estoy viendo… La imagen era la de una persona con todo el mundo por delante. Vos imaginate… Ahí había de todo, de todo, pero todo era viejo, tenía un pasado, cada cosa venía de lejos, del fondo de la vida. No era esa cosa limpia, sin historia, de los productos que hay que estrenar, que hay que hacer vivir... Eran cosas que ya habían vivido y si salían de ahí era para vivir otra vez.

–¿Por qué quisiste contarme esto?

–No sé. Para escucharlo.

–¿Puedo contarlo?

–No sé… Mejor, no.

–Te hago dos o tres preguntas más y cortamos, si querés.

–Sí. Se hizo largo.

–No te pregunté por tu economía. No es que quiero que me des detalles, pero no es común que un poeta en la Argentina viva así…

–¿Así como?

–Me refiero a tu buen pasar. No hay muchos casos de poetas…

–No creas que mi buen pasar, como decís, es tan extraordinario. Vivo bien. Tengo esta casa, la de Jáuregui, la camioneta, que vive en el garaje, unos ahorros. No te creas que hay mucho más.

–No, lo que digo...

–Además, te quiero recordar que la plata me llegó tarde. No te olvides que antes de ser un poeta obligatorio en las escuelas, fui un poeta opcional. Recién en 2017, 2018 empiezo a recaudar bien por las compras a granel de *El fin del gaucho*. Antes me iba bien hasta ahí nomás.

–¿En qué pensás ahora? ¿Qué hay adentro de tu cabeza en este momento?

–Nada.

–¿Nada?

–Ideas.

–¿Qué ideas?

–Ideas mezcladas.

–Listo. Si es por mí, ya estamos...

–Perfecto.

–Bueno, una última.

–…

–¿Cuál es tu verso preferido de todos los que escribiste, el que más cita tu memoria adentro de tu cabeza?

–A ver…

–Si te acordás. Si no, no importa.

–Es que no me acuerdo bien de ninguno. Tendría que ir a los libros.

–Listo. Cortemos acá.

2024

ESCRITOR JULIÁN BASUALDO MUERE EN UN ACCIDENTE

Sucedió en la madrugada de ayer, en la rotonda de ingreso. Viajaba solo y venía a visitar a su hijo, vecino de nuestra localidad.

El escritor Julián Basualdo falleció ayer al colisionar su auto contra un bolardo metálico de protección de la rotonda de Circunvalación “Ministro Gallardo”. Un playero de la estación de servicio Shell de la ruta provincial 66 que aseguró ver el siniestro, contó a este diario que la visibilidad era buena, y que el vehículo de Basualdo, un Honda Concorde patente 5G1W9Z, entró a la rotonda sin reducir la velocidad, lo que alimenta la hipótesis de que se habría quedado dormido.

Basualdo es el autor de *Otra novela de amor*, su único libro de ficción, publicado el año pasado. Luego de más de veinte años ejerciendo la docencia en la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires, decidió incursionar en la narrativa con una gran acogida de lectores y crítica.

Padre de Camilo Basualdo, el joven medio apertura del Bowen Rugby Club recientemente convocado a Los Pumitas Sub-15 para disputar la Copa Gales en el Reino Unido, se había convertido en los últimos tiempos en un asiduo visitante de nuestro pueblo.

Una vez ocurrido el siniestro, agentes de la comisaría 1ª al mando del Comisario Mayor Ramón Jardínez se dirigieron al domicilio que la ex cónyuge de Julián Basualdo y madre de su hijo, la concejala Natalia Abbatte (FFP), comparte con el escribano Oscar Pandolfi, para comunicarle la triste noticia.

Según manifestó Pandolfi, los restos del escritor serán trasladados a la Ciudad de Buenos Aires una vez que el equipo médico forense provincial concluya la autopsia programada para

mañana martes a las diez de la mañana en el Hospital del Oeste.

Basualdo es la cuarta víctima fatal ocasionada por la colisión de vehículos contra los bolardos metálicos de la rotonda de acceso desde su inauguración el 9 de julio del pasado año. En la última apertura de sesiones ordinarias del Honorable Concejo Deliberante, el intendente Julio Morán se comprometió a trabajar en favor de una solución a lo que ya configura la principal causa de mortandad de Bowen, pero hasta el momento no hay ninguna obra programada.

Según el Ingeniero Héctor Caruso, de la Asociación Rutas Verdes, el formato ovoide “demasiado pronunciado en sus ángulos”, así como la dureza de los bolardos, “no cumplen con los criterios de seguridad de la Organización Mundial del Transporte”. Lo que provoca “desaceleraciones violentas y desvíos ingobernables en los vehículos”.

Julián Basualdo había nacido en Vicente López en 1972. Egresó de la carrera de Sociología de la UBA en 1996 y realizó posgrados en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad de La Sorbona, donde fue discípulo de Phillippe Countreau. Estaba casado con la actriz Mara Martin. Camilo era su único hijo.

La Voz de Bowen, 12 de enero de 2024.

2023

OTRA NOVELA DE AMOR

Julián Basualdo

Gli innamorati restan sempre ragazzini.
Jovanotti

5 de mayo

Esta historia empezó cuando el 12 de febrero pasado la China del Río le escribió un mensaje de WhatsApp a Marcial Ledesma (sus nombres son falsos, pero ellos no) para decirle que le había gustado "mucho, pero mucho mucho", su último libro de poemas, *Animales parlantes*. Él le contestó que le gustaba que repitiera la palabra "mucho", y ella le dijo: "¿En serio? ¿Te gusta mucho?".

Después de varias citas postergadas, la China le escribió en un tono de comedia romántica sobre la que cayó el rocío del cansancio: "Ay, ay, ay… Me parece que lo nuestro es imposible". Fue un desorden pasajero. Las fuerzas profundas del universo que se habían aliado para unirlos siguieron en actividad, y hoy están más activas que nunca.

Se vieron un viernes en el Café Brasil de la calle Paso, adonde yo iba a escribir mis ensayos moribundos, una tarde en la que el sol helado del atardecer rodó sobre el asfalto en un rojo cambiante y enfermizo, de la consistencia de un líquido a punto de cristalizar, dando una luz irreal sobre los hechos que se perdieron para todo el mundo menos para ellos, que los llevan en el alma.

Fue un encuentro de dos bestias sedientas que dan por fin con el agua, o con la esperanzan de alcanzar el agua. Cada uno era la lluvia del otro. Eso vi desde la mesa de al lado. Después, como si entraran a una habitación oscura con el único plan de no darse la cabeza contra las paredes, escuché que presionaban delicadamente sobre sus secretos con la finalidad de obtener y no obtener algo de ellos.

El bar estaba casi tan vacío como las calles, a las que el frio les daba una nitidez de cosa recién lavada. Tomaron una cerveza, se despidieron con un abrazo de medio minuto, demasiado tiempo para dos personas que se separan por primera vez, y entraron cada

cual por su lado a la soledad de una noche en la que solo ellos existieron (estuve al lado, y no existí).

En esos días, yo trataba de escribir un libro por encargo sobre las nuevas modalidades del amor: las generales, las populares y las inminentes; y no podía concentrarme en lo que me había pedido Valerio, mi amigo editor, y que era adelantarme como un conquistador de idioteces a las costumbres de la época, inventarlas del algún modo, ponerles un nombre para el mercado del sentido e inaugurarlas antes de que llegaran con la época siguiente de la mano de cualquiera.

Yo estaba harto de las trampas del ensayo, de sus artificios argumentales desplegados como uniformes que alguien quiere hacerles vestir a la fuerza a quienes ya tienen puestos los suyos; y de esa lluvia insoportable de citas y nombres autorizados que caen sobre las páginas para producir una ilusión de sabiduría y bloquear las objeciones.

Me atragantaba con sus pestes: la frialdad, el desprecio por la experiencia personal, los modos narrativos conservadores, la seriedad, la arrogancia sacerdotal, el poder policial del concepto actuando contra la singularidad (o sea contra la vida); y lo peor de lo peor, que antes me parecía lo mejor: la postulación de ideas, a las que empecé a denigrar porque entreví en ellas, en todas ellas, la misma voluntad de imposición.

Las presencias de la China del Río y Marcial Ledesma en el Café Brasil iluminaron el momento de esterilidad que atormentaba al ensayista que se desintegraba dentro de mí. Me impactó de ellos una desesperación común bien llevada. Se miraban de una manera anormal, en estado de absorción mutua. Todo era cuenta regresiva, y viéndolos hacerle frente a ese infierno con tanta gracia, le dije a Valerio que no iba a hacer el ensayo acartonado que habíamos acordado sino “otra cosa”. “¿Qué significa ‘otra cosa’?”, me dijo. Le contesté: “Una novela de enamorados”. “¡¿Otra novela de amor?! Si ya se escribieron todas…”, me dijo. Le contesté: “No dije de amor. Dije de enamorados. No es lo mismo. Es como decir novela de asesinos. No son personajes, son personas de carne y hueso. Los

contacté en el Café Brasil". "¡Perfecto! ¡Una non fiction!", me dijo Valerio. "¡Non fiction la poronga! No sé qué es la non fiction. Te estoy hablando de vida real", le dije.

6 de mayo

En el camino de regreso, la China le escribió a Marcial, aunque me aclaró que no tanto a él como a algo de los dos que le dio terror imaginar que se alejara: “Todavía estoy en el Café Brasil con vos, y nunca me voy a ir”. Estaba reconociendo su dificultad de adicta para salir de los presentes breves que compartían, esas pequeñas islas, esos “pequeños pozos”, como dice él, en los que se escondían después de cavar a cuatro manos la realidad improbable e irrefutable del amor.

La situación los volvía locos porque lo efímero de los encuentros desentonaba con sus ilusiones de totalidad. Sentían que los momentos se evaporaban, y que las personas, especialmente ellos, no eran unidades materiales sino fugas de aire, relojes a sangre, agujeros invisibles por los que el tiempo se escurría.

Al irse del Café Brasil, a la China le pesaban las piernas. Terminó corriendo los trenes y llegando a su casa de noche, muy tarde, con cien corazones agitados latiéndole en la cabeza y una bola de fuego girando en el pecho, para desembocar en los gritos de sus mellizos, a quienes llamaré Bautista y León, pidiéndole que los bañara, les diera de comer y les leyera un cuento antes de dormirse encima de ella, escenas apuntaladas por el silencio nocivo de su esposo, a quien voy a llamar Miguel Vázquez.

El fin de semana tardó un millón de años en pasar, quizás no pasó nunca. La vida fue puro dolor de vivir, algo que no se compensaba con nada: era la muerte. Peor que la muerte, porque era una muerte que se sentía. Para sustraerse de las actividades ordinarias dijo que estaba enferma (no mentía) y se acostó, pero Miguel Vázquez allanó la cama a la hora de la siesta y empezó a meterle las manos entre las piernas y a pedirle que le hiciera o le dejara hacer “algo”.

A ella le gustaba que él supiera entretenerla desnuda después de tantos años, pero no ese día. Lo empujó con las plantas de los pies, salió del dormitorio y se echó en un sillón del living a leer. Fue una escena de inmersión. Lo principal, leyera o no leyera, era el epifenómeno de soledad mental de la lectura, en la que tanto podía perderse siguiendo la historia como colgarse de los blancos de las páginas como de sogas en el vacío.

El domingo se despertó a las siete. A las siete y media salió en el auto a escuchar en el Bluetooh los mensajes de Marcial. Era lo más cerca que podía estar de él, mientras pensaba si una vida nueva, una vida más, podía caber en el interior de la que ya tenía, y que sentía como una caja de zapatos con un solo zapato adentro.

En uno de los mensajes Marcial le decía cualquier cosa para que ella dedujera, como se le antojara, qué era lo que todavía no se animaba a decirle. “Eso es hacerse entender”, me dijo la China. Lo escuché varias veces y no entendí nada. Hablaba de los atardeceres de la pampa que le daban poesía a los trigales y un baile de sombras a la monotonía del llano, en el que la única actividad, además del crecimiento invisible de las espigas, lo único que ocurría, era la luz cayendo sobre los sembrados, los bosques, los animales. “¿Qué quisiste decirle?”, le pregunté a Marcial. Me contestó: “Nada”.

Me encontré con la China para aclarar unos puntos que me costaban entender de la correspondencia de textos, imágenes y voces que mantienen entre ellos y me reenvían sin censura, al menos eso dicen, y sin que tuviera algo que ver con el tema del que hablábamos me dijo, aproximadamente (no la grabé), que amaba a los mellizos, a sus padres y a sus amigas. Amaba los amaneceres soleados y los nublados, a sus dos hermanos, a los animales de cuatro patas, a los relojes, los árboles viejos, los postres con dulce de leche, los artículos de librería, las megaciudades, los pueblitos, las lluvias frías, los pobres, los que lloran, los tímidos… Y cuando terminó con la lista, me miró fijo: “¿Me podés decir, entonces, por qué tengo que amar a un solo hombre?”.

12 de mayo

En la noche de ese domingo de terror, Miguel Vázquez la invitó a ver la última película de Tarantino. La China aceptó porque en la órbita nueva en la que estaba girando a miles de vueltas por segundo, una voz le decía que para estar bien con Marcial tenía que estar bien con Miguel.

A él le gustaron las escenas de violencia. Su preferida era esa en la que Brad Pitt obliga al hippie drogado a cambiar la rueda del auto. Para la China era un abuso de poder físico de un profesional de la violencia contra un tarado que no sabía lo que estaba haciendo. “Perdoname, pero el tipo le pinchó la goma a propósito, y le dijo ¡fuck you!”. Cuando te hacen daño porque sí, te lo tenés que cobrar. ¿O no? ¿Vos qué harías si alguien te daña porque sí?”, le dijo, metiendo sus ojos en los suyos como dedos índices.

Ella no soportaba que él llevara las discusiones a un simulador de acciones y le dijera qué haría en el lugar de los demás. A Vázquez le costaba comprender las ideas sin una posición tomada. En su mentalidad, cada asunto era de vida o muerte y había que identificarse con una de las dos. Pero llegaba un momento en el que ella tenía que pedirle por favor que parara un poco. Para la China, la vida no es la guerra de lo que uno haría contra lo que harían los demás. No estuve de acuerdo: ¿qué otra cosa es la vida sino lo que uno hace contra lo que hacen los demás?

Para Vázquez, la película condenaba los actos de defensa y apoyaba los de venganza por considerar que el contragolpe era moralmente superior al golpe. “¿¡Qué?! Nada que ver”, le dijo la China. Para ella, el objetivo oculto de Tarantino era que los espectadores entraran a las salas atraídos por Brad Pitt y Leonardo Di Caprio. No importaba qué pasara con la historia, por otra parte bastante inorgánica, sino que la atracción por la pantalla los

enloqueciera al no saber con cuál de las dos bellezas quedarse. “¿Vos con quién te quedarías? Es blanco o es negro”, le dijo Miguel Vázquez. “Ya que insistís… Me quedo con el blanco y con el negro”, le contestó.

Marcial también la invitó a ver la película de Tarantino. Así de uniforme es la moda del gusto. Tenerlo al lado durante dos horas le hizo hervir la sangre que desde hacía unos años se venía enfriando. En algunos momentos, especialmente cuando escucharon “California dreamer” por José Feliciano mientras Di Caprio y Pitt viajaban por una avenida de Los Ángeles, o más bien por un atardecer de Los Ángeles, la China se inclinó sobre Marcial y pasó la cabeza por su hombro varias veces, rascándolo como el animalito con ganas de aparearse en el que la había convertido la oscuridad.

En la calle se desorientaron. Mi hipótesis es que les caía pésimo el mundo, la realidad, todo lo que fuese espacio común, convivencia con la especie, mezcla. Ahí, lo de ellos se debilitaba. Hablaron de la película. La China dijo que contaba una historia acerca de lo que uno quisiera decir de ella. “¿Y vos qué decís?”, dijo Marcial. Entonces, se soltaron unas palomas en su cabeza y la describió como una fábula sobre el poder sagrado de la maternidad.

Para ella, el personaje principal era el de Sharon Tate (para mí también). Dijo que era un ángel, una nena y una bomba sexual desactivada, todo junto, flotando en la virtud del embarazo. No la rozaba nada, nada la afectaba. Era un cuerpo feliz que iba y venía al cuidado de su halo y de los hombres que la adoraban. “Así quiero que me adores vos”, le dijo. Marcial se acomodó para abrazarla pero un apagón eléctrico interrumpió el gesto. A ella le gustó ver su esfuerzo de hombre nuclear. “Era como si estuviera levantando una pesa de una tonelada con un dedo”, me dijo. Lo vio rojo de contradicción, oliéndole el pelo como un perro antidrogas y tocándola con la mirada, en la que destellaban unas chispas de animal violento.

22 de mayo

Se volvieron a ver una tarde en la que la China recibió un mensaje en sus auriculares mientras caminaba bajo los árboles del Parque Del Sol: “Date vuelta”. Marcial estaba treinta metros atrás. A esa distancia dieron dos vueltas al circuito del lago mientras se mandaban audios. La China dice que a Marcial le gustaba verla caminar: “Me lo dijo la primera vez que nos vimos. Yo crucé la calle y él me dijo: ‘¡Sabés caminar!’”. Le contestó que todo el mundo sabe caminar, y él le dijo: ‘No te creas. No es fácil caminar… bien*”*.

En una carta que Marcial le mandó una Navidad, habla de aquella escena. Seleccioné algunas líneas:

Te vi cruzar.
Sabías caminar. Sola. Más sola que nadie en el mundo.
Yo quería mirarte por adentro.
Me parece que a este mundo le estaba faltando nuestro amor.
Decime si el amor no es la verdadera niñez, la única que hay.
Leí que hay unos gusanos abisales llamados osedax.
Viven en el interior de las hembras y eyaculan con la cabeza. Son mis héroes.

Les di mi opinión sobre las cartas: “No tiene nada de natural que una persona le escriba a otra. Que una persona le hable a otra tampoco es algo natural. La ‘naturalidad’ de las cartas es la de la falsa naturaleza que tienen las frutas enlatadas ‘al natural’. No sé… Mandarle una carta a alguien es como mandarle una obra de teatro”. “Perdoname, pero acá el tema no son las cartas sino el amor”, dijo la China. “Qué tampoco es natural”, le contesté. “Bueno, bueno, qué enojado está el sociólogo con el amor y las cartas”, dijo Marcial.

23 de mayo

Fecho los días en los que escribo para estudiar la frecuencia con que se presenta mi deseo de novelista nuevo.

2 de junio

La China llamó a Marcial para decirle que había podido salir antes de la editorial y que tenía dos horas para verlo en el Café Brasil. Él estaba en una escuela de baile de San Isidro acompañando a su hija, y ella no lo sabía, como no sabía casi nada de él. Había un hemisferio de su vida cotidiana que no estaba iluminado para la China; así como había uno de ella que no estaba iluminado para él. Ninguno conocía nada del otro. Flotaban en la perfección de saber todo lo que quisieran inventar de sus días, que pasaban uno tras otro, uno igual al otro, uno más rápido que el otro.

Para consolarse del desencuentro la China me dijo que no había que preocuparse, que ya se iban a encontrar porque las fuerzas aterradoras y silenciosas y lejanas y, por lo tanto, místicas del universo, ya habían decidido reunirlos del mismo modo que podrían hacerlo con dos partículas despedidas hace millones de años de explosiones diferentes: “Te juro que nosotros no hicimos nada. Nos tocó, y si te toca te toca”.

Marcial le pidió que lo esperara en el Café Brasil, pero ella tenía que volver rápido a su casa y retirar a los mellizos de un cumpleaños. En su mensaje de voz le decía: “Ay, no puedo, no puedo… Estoy viendo en la localización cómo te acercás mientras yo me alejo y me desespero. Estamos a una distancia… insalvable. Si al menos nos hubiéramos acostado alguna vez”.

3 de junio

Habían estado cerca de hacerlo después de que Marcial argumentó qué era lo que se interponía entre ellos: “El problema es que entre vos y yo siempre hay una mesa”. Se refería a que siempre se veían en bares. Ella le contestó: “Qué bueno lo que me contás, pero no estoy escuchando. Si me preguntás qué dijiste, te digo: ‘Ni idea’. Oigo tu voz como podría escuchar a un pájaro de muchos colores al que no le entiendo nada pero no quiero que se calle. ¿Entendés a lo que voy? Quiero mirarte hablar. Tu aleteo quiero. No me importa lo que digas”.

Fueron al Hotel Clásico, en la planta alta del Café Brasil. Era un hecho anhelado que venía madurando y desembocó en una habitación desde la que se veían pasar los trenes blancos con vidrios negros del ramal oeste. “Eso fue feo”, me dijo la China. Su versión es que se sentó en un sillón a esperar que Marcial saliera del baño: “Y agradezco a Dios no haberlo hecho desnuda”.

La puerta golpeó contra el lavabo y lo vio salir como un loco. Dijo: “Peor que un loco, porque tengo entendido que los locos hablan mucho en los ataques de locura, no pueden parar, dan discursos interminables para apagar el fuego que llevan adentro. Él era un loco silencioso, el peor loco del mundo. Se quedó parado, con el cinturón desprendido, me miró como lo que verdaderamente yo era para él, una desconocida, y me dijo: ‘Perdoname. Me voy’”.

Ella tuvo que bajar y decirle al conserje que no iban a tomar la habitación. Me dijo: “Fue desolador. Supongo que algo pasó con su hija, o con su mujer. Nunca le pregunté y él no volvió a hablar del tema. Estaba claro que había respondido a una llamada de su mundo, y yo reaccioné como pude. No sé cómo decirlo... Sentí que estábamos bailando al borde de un pozo muy profundo, y que nos íbamos a caer”.

4 de junio

En los momentos previos al incidente del Hotel Clásico, la China y Marcial estaban en su mesa habitual del Café Brasil. En la vereda había una actividad de movimientos provisorios. Varias personas entraban y salían de un punto en el que nadie se estacionaba, evocando la inquietud y las vueltas en falso del perro al que no lo convence el espacio en el que se va a echar a dormir. Había gritos en alemán. Salían de una joven altísima, con un rodete del que parecía estar colgada. Su sonrisa era un congreso de falsedades; lo verdadero eran las órdenes irreversibles que impartía a dos camarógrafos que empezaron a filmar.

Un hombre salió con una valija carro del Hotel Clásico y atravesó la vereda del Café Brasil. La escena se repitió varias veces en las que, según Marcial, se buscaba "la supresión de matices". El objetivo no era que la escena mejorara o empeorara, tampoco que evolucionara hacia lo inesperado, sino que el actor, durante la fabricación de su personaje, afianzara el espíritu de imperturbabilidad que deseaba representar. "La cara de nada que ponía era tremenda. Era la perfección en el peor sentido", dijo la China.

19 de julio

Averigüé que la película que estaban filmando era *Das abenteuer der einsamkeit* (*La aventura de la soledad*). El director es Bruno Hass. Los actores principales son Emma Seidel, Karl Schreiber, Carla Petroni y Lotar Heinze (no conozco a ninguno).

21 de julio

Después del enigma del Hotel Clásico, del que Marcial prefirió no decirme nada, el vínculo se enturbió. Los encuentros y las conversaciones por WhatsApp se espaciaron y sopló entre ellos el primer viento frío. Pactaron de hecho no mandarse mensajes, pero vigilaban si se los mandaban a otros, delegando la ausencia de contacto en la imaginación policial, una actividad llena de enfermedades mentales e ilusiones catastróficas (el ejemplo más dramático: la madre que se asoma cada un minuto a la cuna para ver si su bebé respira).

24 de julio

El reacercamiento fue lento y desembocó en la idea de almorzar un viernes. Cada cual tiró con fuerza de su cuerda. Marcial propuso El Interior. La China, el Bar Inglés. Ir a El Interior le parecía una arbitrariedad a la que había que responderle con otra arbitrariedad.

Revisé los audios y los textos que Marcial y la China se intercambiaron los días previos al encuentro. No sonaban a conversaciones entre dos personas sino entre muchas, y el tema en discusión, verse, cristalizaba y se disolvía con una inestabilidad incomprensible. No había progreso. Mi impresión es que ese momento en el que maduraba la unión pudo haber sido el del distanciamiento. Estaban a un paso de un acto irreversible, y tanto podían darlo hacia adelante como hacia atrás.

Se acercaba la cita y los mensajes eran contradictorios, ambiguos, nerviosos, manchados por la corrosión de la duda. “Va a llover mucho. No vas a llegar. Por ahí es mejor dejarlo para otro día…”, dijo la China. Marcial dejó pasar un poco de aire por los túneles de su cabeza incendiada, escribió y borró varios mensajes y soltó uno muy lento, de enfermero hablándole a un loco: “Bueno… Vamos a ver… ¿Vos tenés ganas de que nos veamos o no tenés ganas de que nos veamos? Me dijiste en el Bar Inglés y te dije en el Bar Inglés; me dijiste a las dos y no a la una, y te dije: ‘Perfecto, a las dos’. Y ahora me decís que va a llover. ¿Cuándo no llueve?”.

A las dos menos cuarto, la China llegó al Bar Inglés “con un dolor sentimental en el pecho”. Me dijo: “No sé por qué quise hacerle creer a Marcial que podía controlar lo que me arrastraba. Quería que no pasara lo que estaba pasando. Era como caminar entre las nubes negras que colgaban del cielo. Me aterraba desear así. Entiendo perfectamente por qué alguien mata o se mata”.

Marcial estaba sentado a una mesa contra la ventana. La

oscuridad se precipitó sobre las calles. Las luces del bar se encendieron. El despliegue de la noche sobre el día enloqueció la realidad. Un aire violento, de razzia policial, golpeó y limpió la cuadra. Las palmeras del Parque Lezcano se deshilachaban por delante de unas nubes azules inyectadas de oscuridad y suspendidas casi a ras del suelo. Los rayos estarían abriéndose en racimos sobre el río, y los truenos sonaban por sorpresa con ruidos de demolición. "¿Te gusta mi lluvia?", dijo la China.

El cielo se desplomó y luego se abrió una claridad de amanecer. Las calles volvieron a poblarse y ellos caminaron juntos por primera vez, amoldando sus ritmos personales a un paso común, y no quedaron en nada, lo que abrió un campo en el que crecían en simultáneo laberintos y desiertos.

25 de julio

Volvieron a verse unos días más tarde en San Juan y Balcarce, el punto que Marcial después llamó “La esquina de los ocho minutos” porque solo se vieron ocho minutos adentro de su camioneta. Él le mandó un mensaje: “Voy a pasar a diez cuadras de tu oficina. Sería un sueño para mí verte aunque sea un segundo”. La China le aclaró que solo podía salir unos minutos. Subió a la camioneta y le dijo. “Te aviso que hoy no nos vamos a besar”, y lo citó para el día siguiente en el departamento de una amiga.

En los mensajes de persuasión mutua que precedieron y orientaron el encuentro, se cuelan chistes nerviosos. El tono es el de una comedia de gestión con dificultades de gestión. Marcial llegó en taxi. La China bajó a recibirlo, y lo besó. Me dijo: “No tengo problemas en contar cómo fue. Si vas a escribir, algo tenés que saber. Yo me calenté mucho. Ya estaba caliente antes de que él llegara. Estaba caliente… conmigo. Por eso lo besé de golpe. Y después la seguimos parados, vestidos, porque… Bueno, que te cuente él”. “No nos daba el tiempo para desnudarnos, acostarnos… Pero nos refregamos bastante… Nos… sentimos*”,* dijo Marcial.

26 de julio

Anoche, antes de dormirme, volví a escuchar el mensaje que Marcial le mandó a la China después de ese encuentro: “Me gustaría estar ayer con vos y, ya que estamos, que toda nuestra vida sea ayer. ¿Te digo por qué? Porque ayer todavía no pasó, ni va a pasar. Si yo pudiese elegir un poder pediría ese. Aunque me parece que ya lo tenemos. Si alguien me dijera: ‘¿Por qué no hacemos unas pirámides enormes en Egipto o, no sé, un edificio feo de ochocientos metros y le ponemos Burj Khalifa’, yo le diría: ‘Boludeces, no. Acá, con esta China del infierno, estamos dominando el tiempo’”.

“¿Qué escuchás?”, me dijo Mara. No la vi venir. Entró a mi estudio descalza, deslizándose por una franja de sombra y me hizo la pregunta que, escrita acá, pierde sus resonancias de patrullaje nocturno. Le conté que era la voz de un poeta. Me dijo: “¿Dominar el tiempo? Mirá vos qué genio. ¿Es para tu ensayo sobre el amor?”. Para salir de la conversación a la que todavía no había entrado, le dije: “Sí”. Me contestó: “¡Muy bien!”, y se fue dejándome un peso cortante en la cabeza.

8 de agosto

No estoy seguro de lo que estoy haciendo. Escribo y borro.

9 de agosto

Le propuse a Marcial y a la China hacer un libro que no tuviese otra cosa que sus testimonios, todos los WhatsApps escritos y todos los mensajes de voz desgrabados, respetando la cronología de los hechos, sin omisiones, sin correcciones de estilo, con las impurezas y los malos entendidos de cualquier relación entre humanos. “Que la relación de ustedes aparezca tal cual es. Que se reproduzca”, le dije. “Pero es que no va a haber ninguna relación entre nosotros si alguien no la entiende, y el que tiene que entenderla sos vos. Nosotros no podemos”, me dijo la China.

Marcial estuvo de acuerdo: “Nosotros podemos hacerte el trabajo sucio, darte hechos. Pero vos sos el que tiene que decir qué es lo que estamos haciendo. Yo ya no escribo. Que te cuente la China cómo me fue cuando quise escribirle un poema”.

25 de agosto

El mismo mensaje de Marcial por el que me preguntó Mara, produjo un incidente en casa de la China. La vida es increíble. Ella estaba casi dormida, lo escuchaba por décima vez, y por un reflejo inesperado de esas descargas eléctricas con las que a veces se entra al sueño, enganchó con la rodilla el cable de los auriculares y lo desconectó del teléfono.

La voz de Marcial cayó a la oscuridad del dormitorio: "… y le ponemos Burj Khalifa". Miguel Vázquez estaba durmiéndose con el arrullo del televisor, y dio un sobresalto: "¿Qué pasó? ¿Quién es?". La precisión de las preguntas, que eran las mismas que ella se hacía todos los días, le dio miedo. Volvió a conectar los auriculares, aliviada de sentir que su teléfono caía otra vez al fondo del mar, y le contestó con una verdad automática: "No sé".

El costo del incidente, altísimo aun sabiendo que Marcial los conservaba, fue el de borrar todos los mensajes. "Recuerdo el dolor mientras lo hacía. Era como matar animales, animalitos lindos a los que una quiere mucho. Lo único que me consolaba era pensar que igual podía recordar la devoción con que nos hablamos, que es la única verdad de esta relación, y no está en las palabras", me dijo.

1° de septiembre

Imagino los sentimientos de la China y Marcial formando un objeto muy pesado, una piedra o un bloque de metal de gran tamaño girando en los bordes oscuros de un tornado.

8 de septiembre

La China viajó sola a Santa Fe un fin de semana que intuyó que no iba a poder tolerar la vida en familia. Desde el hotel vio pasar el río entre bosques de arbustos grises como fósiles que se quemaban bajo un sol enfermo. Marcial le mandó un mensaje (no sabe que la China hizo ese viaje, salvo que esté leyendo esto ahora): “Hola, mundo entero que vive en mi corazón. ¿Qué hacés? ¿Qué hacés… ahora? ¿Dónde estás?”. Ella lo escuchó muchas veces, letra por letra, hasta que el teléfono se cerró y vio su sonrisa muy sana, muy grande, reflejada en la oscuridad de la pantalla, y oyó “la fiesta” que estaba ocurriendo en su interior. Le pregunté si era una fiesta con él o sin él, y me dijo: “Con él y sin él. Una fiesta completa”.

14 de septiembre

Entre el 10 y el 22 de agosto no hubo encuentros entre la China y Marcial. Entre el 14 y el 18 hay un tráfico muy alto de mensajes eliminados, que para mí son imposible de traducir, pero es evidente que obedecen a un ritmo que quiere decir "algo".

El 15 de agosto, entre las dos y las cuatro de la tarde, se mandaron decenas de mensajes eliminados. Por ejemplo, entre las dos y cinco y la dos y siete de la tarde, la China le mandó diecinueve. Marcial le contestó con uno recién a las dos y media, pero inmediatamente le mandó veintisiete, separados en tres secuencias de nueve, con blancos de quince minutos entre una y otra.

Yo digo: tratándose de un poeta, ese rigor métrico ¿no podría tomarse como el de un poema de tres estrofas compactas, escritas para que no se entienda o para que solo se entienda al nivel de un idioma cósmico?

A partir del 19 de agosto, Marcial abandona los mensajes eliminados y empieza a mandar filmaciones breves, de un minuto o menos, en las que se ven los escenarios de la vida cotidiana, llamémosle "ambientes", y la China le responde con imágenes parecidas. Se ven trenes, bosques, dormitorios, livings, comedores, baños. "Yo quería que cada uno viera su ciudad prohibida", dijo Marcial.

El 23 de agosto a las nueve de la mañana, la China rompió el silencio con un mensaje de voz: "¿Podés creer que acaba de moverse el piso de mi casa?". Fueron cinco segundos, en los que habló de la "suavidad acuática" de la explosión. Me dijo: "Fue un terremoto. ¡Un terremoto adentro de casa! Sentí el temblor, rarísimo, porque no era algo que estaba abajo: pasaba por abajo, corría por abajo... Yo miré el piso como siguiendo un pez, y abrí la

puerta y la cerré de golpe… Se notaba algo nuevo en el aire, y me dio miedo. Los pájaros no cantaban.

17 de septiembre

Solo escribo cuando tengo ganas. Así no voy a llegar a ningún lado.

22 de septiembre

Volvieron a verse y a neutralizar de nuevo la velocidad ordinaria de la vida que hizo del tiempo una leyenda negra. Y yo estaba ahí otra vez, demasiado adentro de la historia. No podía salir de esa locura de a dos que me empujaba a la imaginación y a la envidia. Los cité en Pub Giuliano y les dije: "¿Ustedes son capaces de hacerme entender qué están haciendo? Porque solo no puedo". Marcial habló con frases cortantes que fui anotando en mi libreta: "No hay deseo de estar". "Hay deseo de ir". "Cuando digo 'deseo de ir' estoy diciendo deseo de ir otra vez", etc.

26 de septiembre

Marcial abrió una correspondencia “internacional” escribiéndole en chino con el traductor de Google: “我的心里有你，我的心是非常，非常，非常，非常，非常，非常，非常” (“Te tengo muy pero muy pero muy pero muy pero muy pero muy pero muy pero muy adentro del corazón”). La China la contestó en ruso: “Ты не знаешь, как важно сказать мне, влюбилась ли ты в меня” (“Vos no sabés lo importante que es que me digas si te enamoraste de mí”). Cuando cerraron esta conversación de cancilleres locos compraron dos pasajes de ómnibus a Mar del Plata. Salieron una mañana, bajo la lluvia. Marcial dice que no se veía el exterior. “Para mí no había exterior”, me dijo ella.

(La alusión a la lluvia como un hecho tan valioso como el viaje, me recordó una tormenta que me obligó a detenerme bajo un árbol, cerca de Bowen. A quién le importa mi historia, ¿no? Pero como el que la escribe soy yo… La estructura del auto vibraba bajo el peso del agua. Mi sensación era que pronto iba a ceder a la presión que lo empujaba hacia el interior de la tierra de la que habían salido sus metales, y que yo iba a morir compactado, como mueren los desechos. Y en eso, como si un fin del mundo surgiera de otro, un rayo envolvió el auto, enlazó al árbol con su infierno de voltios y lo volteó como a un animal).

Una curiosidad logística: se alojaron en dos hoteles. En el Dorá y en el Gran España. La China me dijo: “Fuimos y vinimos de un hotel a otro durante varias horas. No sé por qué. Bueno, sí sé por qué: porque nos sobraban espacios, lugares a donde ir, libertad de acción… Una idiotez llena de sentido. Al final, nos bañamos en el Gran España y cogimos por primera vez en la vida en el Dorá, o al revés, no me acuerdo, y él me dijo que yo ya le gustaba a su corazón y a su cabeza, y ahora le gustaba a su pija”.

27 de septiembre

Volvieron por separado. Ella tenía que reunirse con los mellizos y Miguel Vázquez en una fiesta en Lobos. Se fueron del Dorá después del desayuno. Marcial la acompañó en taxi a la terminal y le preguntó si quería que durara lo que estaban empezando, y la China le contestó: "¿Qué importa lo que yo quiera? Va a durar". Para ella, la separación fue "horrible". Para él fue "horrible y hermosa".

A las doce de la noche la China le mandó un mensaje de voz. Estaba borracha. Feliz. De fondo se oía música, gritos, carcajadas, los bienes artificiales de la celebración iluminando hasta el último rincón la angustia de vivir. Le contó que la fiesta estaba muy buena pero sucedía en un mundo donde ella no estaba: "Yo todavía no llegué del pasado".

20 de octubre

Lo vi a Marcial yendo a la confesión y comencé a grabarlo con el teléfono sin que se diera cuenta, en un acto del que me avergoncé mientras lo cometí, pero del que me enorgullezco ahora que está hecho. No se puede escribir sin traicionar. No sé si algún día seré un escritor, pero me di cuenta muy pronto de que no lo sería en la obediencia. Tampoco quiero pontificar, porque soy un novato, pero me parece que si se escribe es para violentar códigos, en especial los acordados.

Transcribo, sin agregar ni quitar nada de lo que me dijo, se entienda o no se entienda (de cualquier manera, nunca se entiende nada): "¿Viste alguna vez un oso atacando a su domador? Es lo más violento que se puede ver. Pero es muy lógico, tan lógico que cuando ocurre te preguntás cómo fue que no ocurrió antes. Y yo, antes de conocer a la China, estaba como los osos, con el domador entre ceja y ceja. Venía pensando muy seguido en el futuro en el que me iba a encontrar con ella. Lo único que me faltaba era ella, y tenía que aparecer. Aunque una cosa es imaginar algo, una idea suelta, no sé, y otra cosa es tener esa idea pensando que un día la vas a llevar a cabo cuando aparezca la oportunidad. Empieza a pasar el tiempo, esperás, sin expectativas, porque lo cierto es que se puede vivir en el hábito sin problemas, y un día aparece la oportunidad. Entonces decís: 'ahora o nunca'. Es ridículo, porque cada minuto de la vida es ahora o nunca, pero vos entendés lo que quiero decir. Y cuando apareció la China, dije: 'Esta es la persona indicada para hacer… otra cosa'".

Estábamos en el Café Brasil (casi siempre estamos en el Café Brasil). Pedimos una cerveza y siguió hablando: "Me emociona que la China exista... Vos sabés que… Hace como cuatro meses, por ahí cinco meses, salí a caminar. En mi barrio hay un parque enorme, el

Parque Davobe, que ese día estaba en el gran momento del año. Era el pico del otoño, con toda esa inundación de hojas amarillas. ¿Cuántas hojas puede haber en el piso la segunda o tercera semana del otoño? Millones. Y cada una es algo único que se pierde, pero antes se queda ahí, es algo que ya no está pero sigue estando. Ese es el mensaje del otoño: me llevo todas las hojas de todos los árboles, pero dejo de cada una el mejor recuerdo. Yo iba escuchando conciertos de piano. A mí me gusta mucho la parte mersa de la música clásica. Me gusta Chopin, me gusta el concierto N° 8 de Beethoven, me gusta mucho Bach, sobre todo el segundo movimiento del concierto N° 5 para piano, que es lo más cursi que escuché en la vida. Bueno, mi poesía es un poco así. Digo yo. No sé. Pero a mí me gusta eso. Escuchaba los conciertos y caminaba sobre las hojas secas, oyendo crujir los huesitos de las hojas, con el sol que se hundía bien grande a la izquierda. Bueno… Lo de todos los días. Y cuando estaba volviendo pasé por una casa que está metida en medio de un terreno muy verde y oscuro, húmedo, una especie de casa-hongo, y sentí un olor a curry que se escapaba por una ventanita cuadrada abierta en un borde… Entonces, recapitulemos: estaba el otoño con sus hojas amarillas, una puesta de sol, la vertiente grasa de la música clásica en un concierto de Bach interpretado por Glenn Gould, eso no te lo dije, un tipo que a mí me gusta como pianista pero más como esclavo del piano, como tipo que está adentro del piano, tan unido al piano que habría que haberle dado un hachazo en las muñecas para separarlos; y tenemos el olor a curry, que no me dice nada pero me lleva a esa cocina que algo me dice. No sé lo que me dice, pero me lo dice. Y todo eso me metió en un estado de fragilidad, de chico chiquito, ¿viste?, y estuve a punto de llorar. Y me di cuenta de que estar al borde del llanto es una experiencia espectacular si no te desbordás. Y toda esa… trama, esa mezcla de locos, me llevó hacia atrás, que es donde está la raíz de la emoción, y ahí apareció la China y su presencia en mi vida. No voy a poder explicarte eso porque, bueno, porque no se puede, yo no puedo. Pero te lo cuento como me sale: una persona, que casi no conozco, por alguna conexión desorbitada con algo que

conozco todavía menos, se me mete adentro de mi infancia, ‘es’ mi infancia… Entonces, cuando volví a verla, le dije lo que me había pasado esa tarde, y mientras le contaba más o menos lo mismo que te estoy contando a vos, se me apareció un resumen en la cabeza y le dije: ‘Estoy sintiendo mucho, vos me hacés sentir mucho’. Ella me preguntó qué era lo que sentía, y yo le dije: ‘Siento lo que soy, sin saber qué soy’”.

La cerveza estaba intacta y caliente. La tomó de un trago, aprovechó el cambio de aire que le pedía el cuerpo después de hablar y, apenas pudo, siguió: “Es un sentimiento que no nació para ser contado. Nació para darte esa emoción que te deja casi llorando. Es muy importante el ‘casi’, lo más importante. ¿Estoy muy boludo, no? Es una sensación de totalidad hecha de pequeñas partes que no sabés cómo se llaman, ni dónde están, pero de golpe las ves a todas juntas montadas en una máquina divina. La China me dijo: ‘Es lindísimo lo que me decís. Viajemos otra vez’. Así que el viernes nos vamos al Festival de Viña del Mar”. “¿Viña del Mar? ¿En octubre?”, le dije. Me contestó: “Sí, ¿viste? El mundo trabaja para nosotros”.

4 de noviembre

Mientras viajaban, uno al lado del otro, se mandaban mensajes y fotos. Pasaban por un viñedo, o veían un gato montés corriendo entre las piedras vivas de la Cordillera y se escribían para "diferenciarse". Cuando le pregunté a la China por qué no hablaron en vez de escribirse, me dijo: "¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?".

Salieron a las seis de la mañana de Retiro y llegaron a las siete de la tarde a Mendoza, y en Mendoza esperaron el trasbordo a Viña del Mar que salió a la medianoche y llegó a las siete de la mañana del día siguiente. Marcial no durmió, y sintió las variaciones del día en todas sus modalidades, que para mí no son tantas. Es cuestión de más o menos luz, más o menos calor, más o menos cansancio de vivir. Pero cuando se lo dije me contestó (como si el día se manejara desde una cabina con mil instrumentales a su mando) que las posiciones de la luz y el calor de un día son infinitas. "¡¿Infinitas?!", le dije. "No te hagas el superado, sociólogo. Es una manera de decir. Lo que digo es que son muchas más que las de tus más-menos, que son dos", me contestó.

Alquilaron un departamento en Reñaca con vista al mar. Ella le pidió que la peinara, versión particular de un pedido general desesperado: que se ocupara de ella como un padre de su hija. No tenían peine, pero Marcial encontró en el botiquín del baño uno de acero para piojos, y esperó sentado en la tapa del inodoro que ella saliera de la ducha, despejada, "desnuda por dentro". Quería cogerla, porque para esa tarea industrial vino el hombre a la Tierra; y también, sobre todo, quería cerrarse sobre ella como una bóveda de acero que la salvara de todo (de lo que llamamos todo: el pasado que nos tocó y el futuro que nos va a tocar).

Marcial escribió su programa de acción en un mensaje de

WhatsApp que le mandó mientras ella se vestía, después de secarla y peinarla (y desprenderle algunas liendres que se había contagiado de los mellizos): “Estás… Mejor dicho, sos tan… desnuda. Te juro por mi hija que voy a protegerte toda la vida. No me preguntes cómo porque no lo sé”.

“Cogeme vestida, así me ensucio”, le dijo ella, subiéndose el cierre del vestido. Se besaron con “un ruido de aguas bajando por ríos diferentes, o de choque de látigos mojados, si lo que querés es la poesía de un poeta retirado”, dijo Marcial. La noche siguiente me mandó un mensaje: “Te amplío lo de ayer… Después del beso le cogí la cara. Me gusta mucho verle la boca ocupada. Siento que vivo adentro de su cabeza. En realidad, no sé si es cogerle la cara lo que hago, porque yo prácticamente no me muevo, y ella menos. Yo lo que hago es meterme despacio y ahí me quedo, quietito. Te diría que es un asunto de trasmutación de almas. Me da ternura meterme en su cabeza”.

Al día siguiente me pidió por favor que borrara lo que me había mandado: “Estaba en pedo. La China me va a matar”. “La China no te va a matar. Dejame que le pregunte qué quiere hacer con eso, y que ella decida si va o no va”, le dije. Ella dijo: “¿Le da ternura meterse en mi cabeza? ¡No lo puedo creer! Tendrías que verle la cara cuando se mete. Te lo digo en total confianza porque sos nuestro escritor. Ternura… Pienso que me podría matar en un momento así. Pero, sí, qué se yo… Puede ser que sea ternura. Puede ser que sí. Lo que pasa es que yo siento que me mete una piedra en la boca, y no me deja mover. No me deja hablar porque dice que las cosas más lindas que le digo se las digo con la mirada. Está loco. Entra y se queda ahí, y presiona para no salir. Es una presión de… mantenimiento. Y yo quedo estaqueada, y a medida que pasan los minutos voy sintiendo varios gustos, distintos varietales que se le van escapando en gotitas muy chiquitas, ricas. Pero puede ser ternura, puede ser… No me voy a andar metiendo con lo que los demás sienten por mí”.

5 de noviembre

Fueron a la Quinta Vergara a ver el concierto de Miguel Bosé. “¡Miguel Bosé! ¡¿No había uno peor?!”, gritaba la China en el taxi que los llevaba por la costa, en la que una franja de espuma incandescente florecía en un mar negro. Me dijo: “No sé, nos tocó ese día, y nos tentaba el nombre, y su figura, como caída del cielo. Marcial lo odiaba, le parecía un heredero, sin talento, que es el tipo de humano que más detesta. Decía que nació protegido por millonarios y famosos que lo apañaron como a un producto, que lo ‘amamantó’ Picasso y que así cualquiera es una estrella”.

Por las tribunas corrían los nervios de la idolatría en ríos de electricidad discontinua, en los que la China y Marcial descargaron sornas. Para subrayarlas con hechos, se compraron unas vinchas de plástico con la inscripción “Miguel Bosé-Amante bandido”. Les vi las hilachas sórdidas de la arrogancia y les pregunté si no creían que el consumo burlón, o sea cagón, era un asunto de idiotas aterrorizados por su gusto personal oculto. “Sí, claro, pero te juro que es la última vez que nos pasa”, dijo Marcial.

Algo sucedía con la voz de Bosé. Sonaba enferma, incapaz de cantar palabras que no se rompieran por dentro al pronunciarlas sin el aire que las hiciera correr hacia adelante (se rompían porque se caían). Era una voz sin tracción, con la sangre estancada, que actuaba de espalda a los pulmones y sembraba agujeros por los que se escapaba la poca energía que la mantenía en pie. “Fue tremendo. Marcial, que lo odiaba, empezó a angustiarse porque veía el esfuerzo de Bosé por no caer al silencio devoto que lo rodeaba. Estaba todo dado para que volviera corriendo al camarín, para un final de carrera, pero te voy a decir algo y sé muy bien por qué lo digo: la debilidad es una fuerza, y no cualquier fuerza. Es una fuerza defensiva enorme, interminable, y usarla consiste en no

ceder, en no caer; y Bosé no cayó, y lo amamos con locura", dijo la China.

11 de noviembre

Anoche vi el concierto completo de Bosé. Llovía, y a mí la lluvia me llama a la introspección y me despierta ganas de coger en un encuadre de tristeza, pero Mara no aceptó mi invitación a verlo echados en el sillón, que es el lugar en el que nos evitamos. "¿Ahora te gusta Bosé? Cómo se nos va atrofiando el gusto, ¿eh?", me dijo bordeando el living como si fuera un campo de minas.

Tenía razón la China. Bosé no podía cantar, no podía hablar, pero hablaba y cantaba impulsado por la fuerza indestructible de la debilidad. Le mandé un mensaje para saber cuáles eran las canciones que más le habían gustado escuchar. Me dijo: "'La', no 'las': 'Hay días'".

Bosé la cantó en una situación muy visible de ahogo. Un ahogo de agua sucia en la pleura y, por supuesto, sumergido en el océano del recuerdo. Leí la letra en una página de fans y no me quedó claro si era de él. Para Marcial es buenísima, y no le importa de quién es. Puede ser de nadie y le da lo mismo. Estaba concesivo con la balada romántica, de la que una vez me dijo que era "la poesía de los ingenieros de sonido". Había encontrado en Bosé una excepción inesperada y no paraba de hablar de "Hay días": "Yo creo que si en un poema no se sabe dónde está la poesía y dónde está la experiencia, es porque el poema triunfó. Antes tenía mis dudas sobre eso. Ahora no tengo ninguna".

12 de noviembre

Marcial me contó el regreso desde la Quinta Vergara a Reñaca. Dijo que volvieron caminando por la costanera Almirante Montt, lo que es difícil de creer porque estoy viendo por el satélite de Google que es una avenida con tramos en los que desaparecen las aceras.

30 de noviembre

Marcial me mandó este mensaje a última hora de anoche: “La China acaba de mandarme dos mensajes de voz. Me dice que hoy a la mañana entró a su casa una paloma con un hilo de sangre en la cabeza y no puede sacarla. Pasan las horas y no puede. Ahora, recién, la paloma voló hasta el alféizar de una ventana que tiene vidrio fijo, la más alta, a la que no se puede llegar sin una escalera de cinco o seis metros. Me bostezaba, me suspiraba… Ahí te paso el último mensaje. Fijate que habla como desde otro mundo”.

La China decía: “Bueno… No sé… Me duermo... Odio esa paloma… Si pudiera, la mataría, pero… No es fácil. Tendría que buscar un palo, subir hasta la ventana… No, no, no… Es un delirio. Rompería toda la casa, despertaría a todo el mundo. Pero la mataría, te juro, y no sé por qué… Por ahí es porque se está muriendo. Nunca maté a nadie, nunca maté nada yo… Uuuaaah… No puedo parar de bostezar… No sé… Quiero que cuidemos lo nuestro… Estoy tan cansada de que se rompan las cosas… Tan cansada… Y todas se rompen... Por favor... ¿Me lo prometés? Prometémelo... Porque a vos te quiero mucho pero más quiero lo nuestro. Lo nuestro es como un animalito… Nunca tuve un animalito así, tan hermoso… Nunca fui un animalito así… No como esta paloma de mierda… Ay, me caigo de sueño… Chau, amor”.

3 de diciembre

Ayer, desgraciadamente, los asaltaron en la esquina de Independencia y San José. Estaban en el auto de la China, estacionado sobre San José. “Estoy llegando, objeto inconcebible que estremece mi corazón”. Ese fue el último mensaje de voz de Marcial antes de estacionar su camioneta en un garaje y caminar cincuenta metros hacia el auto en el que estuvieron entre las siete de la tarde y las nueve de la noche. Su voz sonaba sobreactuada, es decir cómica, pero montada sobre una melodía de felicidad, la mejor: la felicidad “concreta” del futuro inmediato que viene trayendo lo que uno le pidió.

La China me contó que hacía un frío de otra estación y que la llovizna como de cabeza de alfileres pegajosos formaba un tabique plateado en el parabrisas. La radio estaba encendida en FM Nueva. Recordaba las letras rojas del display entrando a su cabeza, donde se instalaron pese a su falta total de importancia, lo que mientras me lo contó la hizo reflexionar sobre el comportamiento extraño del recuerdo, sus criterios cambiantes, la manera displicente de concederle a un hecho banal un sitio constante donde arraigarse, al tiempo que se lo niega a un hecho crucial.

La llovizna caía, según la China, en su justa medida: “Parecía que la regulaba una máquina que no la dejaba convertirse en lluvia, ni en rocío; una máquina que estaba trabajando para mí, obvio. No debe haber cosa que me guste más que una llovizna que cae sobre un parabrisas. Aunque es algo que podría decir sobre muchas cosas. Viste que a mí me gusta todo”.

Hablaron del casamiento de Connie, una amiga de la China. Duró tres días. “En la fiesta había un puñado de austríacos. Todos guapos y borrachos. Yo coqueteé con dos. Iba al baño, me seguían al baño. Iba al parque, me seguían al parque. Me sentaba, y se me

sentaban uno a cada lado, como acompañantes terapéuticos. Me seguían juntos pero me abordaban de a uno, haciendo chistes en alemán, más para ellos que para mí. Hombres… Hombres alzados siguiendo su pija. La pija es la brújula del hombre. A mí me calentaba bastante la persecución porque la sabían controlar. Se les veía el conflicto interior. Yo tenía veintiséis años y estuve a punto de darles las señales correctas para que nos metiéramos en alguna habitación vacía. Pero no quise. No besé a ninguno. Me pareció el mejor final para esa historia. Te cuento todo esto porque ayer Connie me mandó una foto. Mirá", dijo la China, y le abrió el teléfono a Marcial.

Estaba en la sala de juegos de una casa de campo, apoyada de espaldas sobre el borde de una mesa de pool, con la cabeza colgando hacia atrás, como decapitada, y los ojos chinos cerrados por la risa, y la cinta con el anillo de la torta atada a una de las muñecas, tratando de pegarle con el taco a la bola blanca desde esa posición, rodeada de hombres. "'Un puñado de austríacos'. 'Todos guapos'. Me das miedo. La mesa de pool… No hay nada más degenerado que una mesa de pool", dijo Marcial.

4 de diciembre

El tiempo en el interior del auto no pasaba. No es una manera de decir: no pasaba. Ese es mi veredicto después de escuchar a la China y a Marcial contarme a dos voces todo lo que hablaron e hicieron esa tarde. ¿Cómo podían caber tantas cosas adentro de dos horas? Para la China, la llovizna, la oscuridad de la tarde, las voces encapsuladas en el auto, el viento arqueando las ramas afuera, formaron un escenario ideal para "retener" el tiempo y multiplicarlo. Me dijo: "Eso pasa porque es posible. Lo único que tiene que ocurrir para que el tiempo pase lento es hacerlo. Tenés que hacerlo vos. Y una vez que lo hacés, lo vas como chupando. Despacito".

El encantamiento terminó cuando Marcial vio una sombra ensancharse a espaldas de la China. De su interior saltó un hombre con pasamontañas que rompió el vidrio empuñando una piedra con una mano enguantada. Abrió la puerta y sacó a la China de los pelos para robarle la cartera, montarse a la moto de un cómplice e internarse en el impresionismo de la llovizna.

Marcial me dijo: "¿Podés creer que ella se reía? Lo primero que dijo fue: '¿Viste lo que hizo ese tipo? ¡La rapidez! ¡Es un genio!'. Por suerte no la lastimó. A mí me galopaban las sienes". "Yo me reía de los nervios. Igual, en serio digo que el tipo es un genio. Hizo todo en tres segundos. En su lugar, yo todavía estaría golpeando la ventanilla para ver si me abren. Lo único que lamento es que se llevó mi Conklin de fuente", dijo ella.

La escena del asalto, tomada por el domo de Independencia y San José, fue mariposa de un día de los noticieros. Nadie reconoció a los protagonistas, excepto un primo de Marcial, que le mandó un mensaje desde Olavarría: "¡Qué hacé' delincuente! ¡Te vi en la tele, hijo de puta, eras vos!". Marcial le contestó: "¡Marito, querido! ¡La

concha de tu hermana, mi prima! ¡Qué lindo que me llames para decirme que no viste nunca a ningún primo en ningún noticiero! Ni lo vas a ver. Mañana te llamo".

10 de diciembre

Marcial me llamó ayer a las doce de la noche: “Perdón la hora. ¿Tenés un minuto?”. Quería hablar del drama que hay adentro de “Hay días”. “¿Recordás la letra completa?”, me dijo. Yo no la recordaba, ni siquiera incompleta, se me había borrado, y no sé por qué le dije que sí cuando debí decirle que no. Creo que porque la diferencia entre decir sí o decir no es ínfima. Sí y no, no son respuestas, son las salidas rápidas de cualquier conversación, y están tan cerca una de otra que lo más natural es confundirlas.

Me dijo: “¿Viste que en un momento Bosé dice: ‘Hay días que hacen de lo imposible un llegar a quitarme más la vida’? No dice ‘a quitarme’, sino ‘a quitarme más’. Está diciendo que la vida se va quitando sola, y que la relación con lo imposible la quita todavía más. Bueno, lo que te quería decir es que está totalmente equivocado. Totalmente. La relación con lo imposible te la quita menos porque te obliga a vivir más. Eso es obvio. Decime si estás de acuerdo”.

Le di la razón porque hablaba como un loco y la locura a mí siempre me pareció una pasión llena de convicciones que se transmiten invictas en el aire (la locura de los demás es lo único que me convence). Pero cortamos y me quedé pensando qué de esa locura hay en sus libros. Busqué en mi biblioteca y saqué *Cantos mínimos*, *Barco vikingo se hunde en la noche* y *Un tratado sobre la emoción violenta,* donde está “Lámparas flamantes apagadas”:

De mi violencia,
me emociona
lo que nunca ve nadie,
sus lámparas flamantes apagadas,
esperando

el momento
de encenderse.

Media hora después me mandó un mensaje de voz: “Perdón. Otra vez yo. Ya sé que estoy medio pesado. Me quedó pendiente decirte que hay tesoros escondidos en los encabezamientos de estrofa de Bosé: ‘Hay días que amanezco en cruz’, ‘Hay días que nacen sin tu luz’, ‘Hay días que amanecen con llover’. Y habrás visto que ‘amanecen’ está puesto en lugar de ‘amenazan’, pero a mí no me importa porque, involuntario o calculado, el error es poético. Lo que importa es que ‘Hay días’ es un poema de verdad. Abrazo”. Le contesté que él tenía mil versos mejores que esos. Me dijo: “Para nada. No te confundas. Te cambio todos mis poemas de mierda por una canción de amor que tenga vida”.

13 de diciembre

Le comenté a Marcial que había estado leyendo y citando sus libros acá. No le gustó nada. Me dijo: “No, no, no… Eso, no. Es para cagada. Alguien se va a dar cuenta que soy yo”. Quedamos en que él se iba a encargar de recrear los títulos de sus libros y de las citas que yo vaya a utilizar. Me parece razonable.

15 de diciembre

Me gusta mucho “Piedras”, un poema de Marcial de 2011:

Si se la mira bien,
la piedra es blanda;
y muy blanda
si se la mira más.

19 de diciembre

El libro más conocido de Marcial está escrito en octosílabos y es de lectura obligatoria en las escuelas. Él vive de eso desde hace varios años (es un compromiso con la realidad decir de qué viven mis “personajes”).

20 de diciembre

Se me pasó por alto un mensaje de la China a Marcial al día siguiente del robo en Independencia y San José. Lo marqué en su momento, y luego me olvidé de montarlo (me olvido de todo). Lo transcribo íntegro sin editar para ver si puede conservar algo de su drama, patente en el modo en que la voz de la China lo reprimía mediante una entonación de comedia. Aunque no creo que sea posible. Ya descubrí cuál es el problema principal de la literatura: la transmisión de los hechos de la vida. Hay que conformarse con representarlos mal.

Decía: “Me estoy acordando de algo y no te quiero mentir, y no te voy a mentir. Cuando la tarde del asalto me preguntaste si había conocido a alguien que hubiera intentado suicidarse, no sé por qué no nombré a mi mamá. ¿Viste que me empecé a reír? Bueno… Fue para no hablar. No sé cuántas veces lo intentó. Habrán sido cinco o seis veces en diez años. Pero como los intentos fallaban, para mí fueron días felices. Aunque parezca mentira, tengo buenos recuerdos de esos días porque ella los terminaba con actitudes muy dulces, como de nena; nos pedía perdón y nos abrazaba a mí y a mis hermanos, y nos apretaba fuerte con los dedos. Nos dejaba moretones por todos lados. Era como si quisiera sentir nuestra realidad. No nuestra realidad de hijos sino nuestra realidad de cosas. Cosas-cosas: ni siquiera cosas vivas. Cosas que estuvieran ahí y ella pudiera tocar. Y cuando veíamos que el viaje había terminado, que ella había bajado de esa nube negra que la había llevado a la soledad total, para lo que había que dejar pasar un día, a veces dos, hacíamos una fiesta exactamente igual a las de cumpleaños, con el bizcochuelo borracho con crema y durazno que le gustaba a ella, y una vela grande, cotillón, masas, champagne… De todo. Le encantaba el champagne. Tiene bastante sentido nacer

de nuevo, ¿no?, y que te lo festejen. Eran momentos de paz total. Pero pasaban rápido y de a poco iba reapareciendo lo peor, que no eran los intentos de suicidio sino los planes de suicidios, las amenazas. Lo mejor era que estaba viva, pero que estuviera viva también era lo peor. Nos tenía hartos. De la nada, decía: 'Ay, qué ganas de tirarme abajo de un tren'. Me daba terror. Yo era casi una nena y me iba hasta las vías del Sarmiento, que pasaban a diez cuadras de casa, y veía los trenes y me decía: 'Se va a matar acá, la van a juntar con cucharita'. Miraba los tachos de basura, los bancos de la estación y yo me imaginaba que la seguía y tiraba los tachos y los bancos a las vías antes de que el tren la pasara por arriba. Pero nunca lo intentó, aunque es el día de hoy que veo un tren y pienso en mamá. Me quedó grabada la soltura con que decía que se iba a matar, y la obsesión, la falta de consideración con sus hijos, que la escuchábamos mudos, haciendo fuerza para que no fuese cierto lo que decía. Te lo cuento y me hace bien".

25 de diciembre

Nochebuena triste. Muy bueno el pan dulce de Nucha. Me emborraché mal.

28 de diciembre

Aburrimiento total.

1° de enero

Feliz Año Nuevo.

9 de enero

Empiezo a notar que luego del deseo primario de encontrarse con la China, Marcial no podía contener el deseo secundario de comentar los encuentros con la misma pasión de un deseo principal. Los hechos pedían su literatura y esa era la verdadera finalidad de su existencia. Y si necesitaba decir era porque necesitaba saber qué pasaba con ellos cuando estaban juntos: qué tipo de animales eran, y en qué tipo de memoria iban a ser capaces de convertirse.

12 de enero

Hoy aproveché el domingo para revisar mensajes de Marcial con su madre, su hermano, su hija y el grupo de WhatsApp “Los Inútiles”, que armaron sus amigos poetas; y de la China con sus amigas, su sobrina, el dueño de Línea de Corte, su profesor de tenis y el service de la heladera. Se los reenviaban para conocer cómo eran con los demás y los demás con ellos, y revelar, según la China, “la multitud interior” de la vida cotidiana, donde cada persona es distinta en cada escenario en el que le toca actuar, lo que la multiplica por varias, todas falsas y todas verdaderas.

Era “un plan para desconocerse”, dijo Marcial, para enajenarse y ver si, en ese salto hacia identidades alternativas, seguían gustándose. Me dijeron que era como pinchar teléfonos, y que lo que se filtraba en los mensajes (palabras que no se decían entre ellos, aspectos desconocidos del carácter) les producía la excitación de un acto de espionaje.

13 de enero

La relación de la China y Marcial sucede en una realidad hecha por ellos. Antes de ellos no existía, y cuando ellos no estén ya no va a existir (pero va a existir este libro).

18 de enero

Cuando Marcial cumplió años, hace unos meses, la China le regaló una foto de la casa donde pasó la infancia, un boletín de la escuela primaria, un barquito de papel metalizado, un pañuelo de su madre, el frasco vacío de su primer perfume, su primer DNI, un talismán mexicano, un jabón del Hotel Dorá de Mar del Plata, su primer teléfono celular, una horquilla para el pelo, una tarjeta SUBE a su nombre, una invitación a su casamiento con Miguel Vázquez...

Tengo momentáneamente conmigo ese coro de objetos extraídos de las profundidades de la China, y el comentario de Marcial: "Fue como si me regalara vida, pasado, lo que me había perdido de ella. Siento que tenemos una relación de treinta años. ¿Contaste los regalos? Son diecinueve. Los puse en distintos lugares, que es como ponerlos en el futuro. Yo sé que van a hacerse ver cuando menos lo espere. No sé… Me parece que me estoy volviendo loco".

No lo veía bien. Flotaba en remolinos de inteligencia sucia. Sus palabras cursaban el aire a ritmos discontinuos. Tenían algo de avión de exhibición dejando su estela de deshechos en el viento. Le dije que la realidad del amor enloquece a cualquiera. Me contestó: "No te apures. Solo dije: 'Me parece'. Y no te olvides que el amor es una fuente de razón… alternativa".

22 de enero

Un día, Marcial le dijo a la China que mientras la miraba sentía "una actividad creciente" en su interior. Crecía lo que sentía por ella "del modo en que podría crecer un organismo anormal, digamos un vegetal extraterrestre sembrado en un planeta de agua".

6 de febrero

Hace un rato estaba escuchando un audio que Marcial le mandó a la China, y Mara me atacó de golpe: "¡Por dios! Vivís para esos adúlteros. ¿Sabés qué pienso? Que ella te gusta, si es que no te gustan los dos. No estás nunca acá, y no me refiero a cuando estás con ellos. No estás acá ahora, mientras le hablo a esa nube en la que te convertiste".

Discutimos como dos bolas macizas de acero que chocan y se expulsan mutuamente, alejándose más allá del punto en el que tomaron impulso. Le dije que estaba trabajando en una "novela", y eso era todo. "¡¿Trabajando?! ¡No es cierto! ¡Estás viviendo ahí adentro!", me dijo, tejiendo de una manera terrorífica un grito con una risa falsa para luego dejarme solo en el comedor, con la palabra en la boca, una palabra que no sé bien cuál sería.

El audio tenía dos partes muy definidas, un blanco y un negro unidos por un extraño empalme mental. Marcial estaba hablando de un tema y, de repente, lo cambió por otro, algo natural si se asume que es más difícil seguir un asunto que abandonarlo.

La primera parte era documental, y se desprendía de la vida inmediata. Marcial salió a caminar y a una cuadra de su casa vio salir de la suya al Doctor Basterra, un abogado en constante crisis con su peinado, adicto a la autobiografía in voce y a interceptar vecinos para imponerla en charlas sin consenso durante lapsos superiores a los que puede conceder la cordialidad humana.

Lo vio salir y lamentó que ya hubiera dejado atrás la encrucijada por la que podría haberse escapado. Lo lamentó tanto que en su imaginación cerró los ojos y se vio saludando a Basterra con la mano en alto mientras lo tragaba el asfalto y luego lo escupía a alguna dimensión desconocida, cualquiera en la que las irrupciones del Doctor Basterra estuvieran prohibidas. Pero la realidad ejerce

sus maldades especialmente contra la imaginación, y Basterra era ni más ni menos que el horizonte real hacia el que Marcial estaba yendo. Peor aún: no era el horizonte sino el punto por el que tenía que pasar para alcanzarlo (era el precio de llegar al horizonte).

Para aplicar la vacuna que merecía el encuentro y de ese modo evitar primero que ocurriera y luego que se prolongara, las herramientas de supervivencia de Marcial (no es una exageración: tenía que sobrevivir al tiempo en el que Basterra literalmente lo mataba) se activaron todas juntas y desataron un cabildeo que Basterra aprovechó para atacar.

Marcial iba con jogging chupín, zapatillas de runner, campera dri-fit, gorra con visera y auriculares. Basterra le preguntó: "¿Vas a caminar?". Marcial podría haberle contestado barbaridades que empezaran con "no". Por ejemplo: "No, voy a bucear", o "No, voy a volar", o "No, estoy yendo a la concha de tu abuela". Pero se contuvo, y aspirando la ironía que se le escapaba como un globo al que se le desata el nudo que contiene el aire, le dijo: "Y sí, hay que moverse".

Lo dijo sin franqueza, dándole a cada letra una amabilidad que le pesaba como si llevara una mochila con varios hipopótamos adentro, y aceleró el paso para dejar pagando a Basterra, que venía en dirección contraria y que por un milagro que ni el régimen de privilegios del milagro podría explicar, no se detuvo. Sí alcanzó a preguntarle, sobre la hermosa marcha que lo alejaba, si había sido él a quien vio dos horas antes paseando un perro. "Sí, si te interesa te lo regalo", dijo Marcial, sintiéndose en un radio de inmunidad tan seguro que no le importaba dejar caer unas chispas de falsa confianza en el agujero negro del que ya lo separaban treinta metros.

Fue un error subestimar el poder de regreso de Basterra. En cinco segundos lo tuvo otra vez encima. Primero lo alcanzó y luego le bloqueó el paso en la medida en que él siguiera caminando. Se movía como un obstáculo inteligente. Cualquier iniciativa de Marcial para escapar por algún perfil intersticial era leída de antemano por Basterra. Se movía antes, podría decirse que se movía

en el futuro, anegando la evacuación de Marcial mientras le pulverizaba el tiempo personal, el tiempo en el que Marcial vivía, con anécdotas que crecían en ramas secas, detalles inconexos y una pasión loca por predicar en el desierto.

Basterra le dijo (voy a glosar lo que me contó Marcial para sentir que escribo), plantado como un ombú de mil años que brotaba a su paso, que él "no conectaba" con los perros, que entre los perros y él había una falta de registro mutua, cosa que una amiga que visitó esa mañana no había entendido.

El recuerdo del hecho, acaecido esa mañana a pocas cuadras de donde retenía, secuestraba a Marcial quitándole la última claridad del día que había salido a buscar, y a años luz del interés y la curiosidad que Marcial pudiera tener por algo, indignó a Basterra, que habló poniendo en un juego de vida o muerte su obligación de contar una historia, y la obligación de Marcial de tener que escucharlo (ambas obligaciones eran falsas, pero formaron un hecho verdadero en el que Marcial escuchó mientras Basterra hablaba).

El perro de la amiga de Basterra se abalanzó sobre Basterra cuando este entró a su casa para alcanzarle unos papeles. Con la finalidad de fijar distancia, Basterra adelantó una pierna, que salió del radio de movimientos ordinarios de su cuerpo, e invadió el espacio de dominio del perro, que era toda la casa. El perro, cilíndrico, compacto, enemigo de cualquier actividad física que no fuera la de entrar en confianza con cualquiera sin preparar el terreno, no tuvo reflejos para absorber la sorpresa, dio un medio giro en el aire y cayó de lomo golpeando las baldosas con un ruido de cadáver.

"¿Por qué le pegás?", le dijo la mujer. "¿A vos te parece que me diga eso?", le dijo Basterra a Marcial, y lo retuvo diez minutos más, una muerte de diez minutos transcurridos en plenitud de su conciencia (solo una lucidez extrema podía certificar que durante esos minutos estuvo muerto), en los que esculpió a mazazos la escena del perro, sin sacar de la piedra viva de los hechos, totalmente vandalizada por los golpes, nada que se pudiera recordar salvo la realidad irrespirable en la que sucedió.

Marcial me dijo que no sabe cómo se fue de allí. Técnicamente era imposible hacerlo, pero de golpe se vio hablando solo a dos cuadras del encuentro, insultando el don de impregnación de Basterra y su actitud inhumana de convertir las charlas en sesiones de sometimiento.

7 de febrero

En la segunda parte del mensaje, de la nada, empieza a hablar de su fascinación por el pañuelo de la madre de la China que, entre tantas otras cosas "insignificantes", le regaló para su cumpleaños. Decía: "No puedo entender que me hayas regalado un pañuelo de tu mamá. ¿Un pañuelo de tu mamá? ¿Para mí? Yo sé, China zorra, que ese pañuelo no es mío. Es algo tan tuyo que es como tenerte a vos. Es algo del fondo de tu vida, de antes de tu vida. ¿Me podés explicar por qué hiciste eso?".

Le dijo que lo que más le gustaría en la vida, y que es el sueño irrealizable de las personas enamoradas, tan impracticable que no ha escuchado a nadie siquiera formularlo, sería poder dar fe de cada acto de la vida de ella. Cada acto significa todos los actos. Por ejemplo, habría querido ver el parto de sus mellizos, y haber sido en ese momento el obstetra y la enfermera que la asistió y la administrativa que le dio el alta en el hospital; y verla nacer a ella, y ser su sombra en la escuela y en su casa y en el trabajo; y estar a su lado todas las veces que se bañó, y todas las que cogió con alguien, desde la primera hasta la última vez; y haber desayunado, almorzado y cenado con ella todas las veces que lo haya hecho. "Todo es todo", le dijo.

Le parecía una injusticia que nadie pudiera contemplar en su totalidad la vida de una persona, pero lamentablemente no se puede: ni la de la más cercana, ni la de la más amada.

10 de febrero

Ella nunca le contestó ese mensaje. Le pregunté por qué. En vez de contestarme algo, cualquier cosa, me mandó un video en el que ella y Marcial se veían juntos por primera vez, mezclándose con el mundo que tanto despreciaban. Caminaban como fantasmas, despreocupados e invisibles por un parque que no sé cuál era, pero al decir "caminaban por un parque" se entiende que caminaban por alguno, por cualquiera o por todos, dándole sentido al concepto "caminar por un parque", un acto genérico asociado a la calma, el recreo, la improductividad y el lujo de ver pasar las horas.

El único elemento curioso de ese acto trillado era que duraba dos horas y media. Dos horas y media sin cortes. O sea: tiempo real sin pozos, sin huecos de montaje, sin resumen: realidad real en el sentido de realidad vivida cada segundo de su largo transcurso, del que el parque era solo el inicio de un desplazamiento que seguía por avenidas, flancos de plazas, cuadras sembradas de torres y calles laterales.

De todo lo que escuché y leí y vi de ellos, si tuviera que opinar, y por qué no hacerlo si soy el que escribe, este video es lo más representativo. ¿De qué? Bueno… Ahora tengo que ponerme a pensar lo que digo, o dejarme llevar por la respuesta más natural que salga de mí, por los impulsos de la mente que bajan como cantos rodados a ese campo lleno de incógnitas llamado conciencia donde, se supone, yo armo frases con algún criterio de razón.

La cámara los seguía a una distancia constante, excepto cuando ellos se detenían en algún banco de plaza, en el kiosco donde compraron agua y chocolates, o ante los semáforos en rojo y, entonces, los tomaba desde un perfil ladeado a una distancia más corta. ¿Quién los seguía y los filmaba en un plano sin cortes de dos horas y media, sin dirigirles la palabra ni recibirla de ellos, invisible

hasta la incredulidad? “¿Vos querés decir de quién nos olvidamos mientras caminábamos?”, me dijo Marcial, pero no me contestó la pregunta.

Por la descarga radiante de luz sobre la ciudad, la caminata debe haberse dado más o menos entre la una y las cuatro de la tarde. Por la dinámica de vehículos y personas, y el concierto de ruidos que se concentraban en el aire como nubes, debió haber sido un día de semana. Por las hojas de los árboles flotando y luego cayendo, acumulándose en parvas de láminas amarillas en las que se activaba una transparencia fosforescente, fue en otoño, y no en cualquiera de sus fases sino en la primera, su fase “artística”, en la que los colores del reino vegetal caducan, se tiñen, se desprenden en vuelo y enloquecen el mundo del que se despiden a lo grande antes de morir (veo que el 20 de octubre escribí que Marcial habla de una caminata solitaria de otoño de “hace cuatro, por ahí cinco meses”. Es posible que este video haya sido grabado en esos días).

Y ellos caminaban y caminaban. A veces él le tocaba la espalda, a veces ella le apoyaba la cabeza en el hombro (y se lo besaba repetidamente en una especie de rareza erótica que no parecía del todo humana). Controlaban el ritmo uniforme de la caminata con la mirada, y lo ajustaban si se producía un desarreglo de velocidades y potencias, del modo en que se sincronizan los esfuerzos en las bicicletas de doble pedal.

Como de ninguna otra experiencia, Marcial y la China podrían haber dicho que la estaban viviendo en el presente, un presente firme, lento, que se desplegaba paso a paso junto a ellos al ritmo de un reloj humano: pasos, pulsos. El sol era el elemento permanente, lo que no pudieron sacarse de encima en las dos horas y media, además del aire tibio que les hacía llegar.

Pero aunque no pudieran advertirlo en el paisaje plano y aparentemente fijo en el que se desplazaban, el mundo seguía girando hacia la oscuridad, su desembocadura natural. No en el video. En el video, nunca. En el video solo caminaban bajo el sol. Allí no progresaban salvo en el espacio, y la escena conquistaba algún tipo de eternidad. Era un acto de fe en lo imposible de la

vida, por lo que de algún modo caminaban hacia atrás, dando pasos suspendidos, detenidos, de los que las escalas para comprar algo o colgarse como de un arnés de momentos en los que levantaban una hoja del piso o se abrazaban de golpe, eran las armas para resistirse, y con bastante éxito, a la cuenta regresiva del monstruo invisible que les mordía los talones.

Quizás no sea del todo preciso describir como un acto de libertad una caminata que progresa por una trama de canales preexistentes. Pero así como a las condiciones para moverse en la ciudad las definen las construcciones, los obstáculos fijos y los móviles, los desvíos de algunas calles que giran en recodos que recuerdan los de los ríos, ¿no imponen las suyas los desiertos, las salinas, las llanuras? ¿No imponen los vientos, las lluvias y las nevadas las condiciones en las que vuelan los pájaros, llenando de impurezas su libertad platónica?

Por donde se mire hay obstáculos. Hay aquí y hay allá, y todos echan sombras sobre cualquier destino si quien lo persigue no hace caso omiso de su existencia. Ignorar los obstáculos es la única manera de dejarlos atrás, y eso fue lo que vi en la caminata de la China y Marcial, que se deslizaban como una bola de intuición, encontrando los huecos, el aire, los vacíos para penetrar cada vez más profundo en ellos.

Caminaban como animales concentrados ¿en qué? La China dio un salto cuando se lo pregunté: “¿Concentrados? ¡Distraídos! Nos olvidamos de todo. Salvo yo de él y, creo, él de mí. Soy fanática número uno de le distracción. Para mí la distracción es un tipo de concentración, es la concentración pura. El distraído está concentrado en vivir como si vivir no fuese un problema. ¿Está mal?”.

11 de febrero

La China y Marcial me confirmaron que, efectivamente, el video de la caminata otoñal ocurrió en días cercanos a aquel sobre el que escribí el 20 de octubre. Sobre quién los filmó, no quisieron decirme nada.

3 de marzo

Les propuse que leyéramos lo que escribí hasta acá. La idea, que podía justificarse como un derecho de mis "personajes" a saber algo de sí mismos, un derecho que los personajes de novela nunca tienen, les gustó a los dos.

La China propuso "un acto" de lectura. Coincidimos en que no hay actividad más intensa que leer. "A los que dicen que leer es de sedentarios y pasivos, te lo desmiento con un hecho de la vida salvaje", dijo Marcial, y me dio el ejemplo del león que, inmóvil en la oscuridad de la sabana, lee a su presa como a un libro que sí o sí tiene que terminar antes de mover una garra.

Dijo: "No solo tiene que leer lo básico, por ejemplo, si la jirafa que quiere comer está o no está, y a qué distancia. Tiene que leer en su imaginación los problemas que se le van a presentar cuando decida empezar el asalto, la historia de su especie y la de la presa, y la de las pérdidas y ganancias entre ambas, y preparar su cerebro de cazador para que el plan no fracase. El león es un gran lector. Si yo tuviera uno, lo llamaría Borges. Su verdadero trabajo es la lectura. Ahí se resuelve el éxito del ataque. Matar es, cuanto mucho, el 20% del acto completo".

22 de marzo

La editorial Línea de Corte tuvo su convención de verano un jueves y un viernes en el Sofitel de Cardales. Las oficinas iban a estar cerradas. La China nos dijo: “Voy a pasar parte de enferma, así que podemos ir a leer el jueves o el viernes”. Quedamos en reunirnos en la planta alta el jueves a las seis de la tarde. Me pidieron que fuera un rato antes, los viera llegar y los describiera desde el bar de enfrente. También me pidieron que fuese “eso” lo último que leyéramos de este libro. O sea, lo que sigue:

Marcial baja serio del auto. Es la primera vez que lo veo en una situación de soledad. Me llaman la atención las cuerdas gruesas de su ceño. Mi imaginación me dice que está cayendo o que ya cayó a la geografía más escarpada de su carácter, a su noche, a lo que quisiera evitar de él (si pudiera).

Es una estaca clavada en el desierto de la existencia (¡bien, “novelista”!), bajo un aire helado, defendiéndose en malas condiciones del signo negativo de la vida que señala sin cesar su finitud y sus precipicios. ¿Ese es su carácter de fondo? Se lo voy a preguntar algún día, no hoy.

***

Ahí viene la China. Tarde, como siempre. Escribir sobre lo que está sucediendo, sobre lo que todavía no entró al pasado: qué shock, y qué sensación de poder, aunque sea de un poder inútil. La China camina con pasos largos. Tiene una pollera de hilo, una camisa azul y unas botas bajas con punta.

Digo que camina pero quizás sea más preciso decir que se mueve en ondas anulando las funciones de marcha (marcha al trabajo, marcha a casa) de las caminatas modernas. Su seriedad, a diferencia

de la de Marcial, no se mezcla con la amargura. A unos veinte metros del auto de Marcial, lo llama por teléfono. Lo sé porque Marcial alza el suyo y lo mira. Una sonrisa lo saca del pozo. El vuelco es asombroso. Con la existencia de la China se hace presente la claridad del alba en la espesura de Marcial.

Atiende. Le leo los labios. Dice “Hola” a una velocidad en la que podrían caber tres o cuatro. Ella pasa al lado de su auto y no se miran, sea porque no se ven, porque se ven y simulan que no se ven, o porque la cápsula en la que viven no necesita señales para reconocerse en la cercanía.

Ella levanta sus anteojos de sol y los encaja sobre la coronilla, abre con la llave magnética y un golpe de caderas la enorme puerta metálica de la editorial y se pierde en las sombras. Por el estado de arrobamiento en el que lo veo, experiencia sublime por la que alguien está y no está en algún lado, Marcial sigue hablando con ella. Cortan. Él baja del auto, y yo recibo en mi teléfono el mensaje de la China, la montajista de todo lo que está pasando: “No te vi. ¿Estás viniendo?”.

23 de marzo

Crucé la calle (estas tres palabras se alzan como una muralla entre lo que vamos y no vamos a leer), toqué timbre, pasé a un descanso de escalera y subí muchos escalones, yo diría alrededor de sesenta si no fuese porque no me convence que hayan sido tantos. Pero aunque no me convenza, sí, eran más o menos sesenta, porque sobre el recuerdo difuso del número, cuya precisión no tiene importancia (un número no dice nada si no lo acompaña una idea), florece el de la altura descomunal de la escalera, diseñada en defensa de un gusto por el vértigo y, quizás por el accidente y los modo de evitar el accidente, es decir por las posibilidades parejas de caer o no caer por su plano de dientes inclinados.

Por suerte llegué. Lo hice sin mirar, lo que entonces me sirvió para subir y ahora para tomar del pasado una enseñanza medio japonesa, de las que imparten los maestros en los montes (estoy inventando): “Si quieres llegar alto, no mires atrás”.

La sala estaba iluminada por unas pantallas circulares de un metro de diámetro colgadas de un techo altísimo que le daba al espacio la frialdad de una cueva sepultada en el hielo. Por el friso de vidrio calado en las paredes de cemento entró la última reserva de luz diurna, esa fuga que se acelera en un punto mágico del atardecer y aterra a los pocos humanos atentos, capaces de sentir que esa fracción de segundo no es solamente la del punto infinitesimal de la curva en el que un día se pierde en la noche sino, también, la que registra lo poco, la nada que un día es capaz de durar vivo en la hoguera del tiempo.

Le di a la China mi archivo de lo que íbamos a leer y lo conectó al puerto de una impresora de la que comenzaron a salir las hojas, arqueadas, cortando el aire durante un minuto y dejándonos al cabo una sensación de poca cosa. Compacta, pero poca cosa.

La parva era decepcionante, prueba de la diferencia entre la impresión de un documento de Word (que no vale menos que la impresión de un libro) y la realidad extraviada que lo hizo posible. ¿Es esa la diferencia entre la experiencia del amor y lo que se puede contar? ¿Eso es lo que queda? Como si me hubiera leído el pensamiento, enredando las palabras en un nido de risas que sonaron sospechosas de tan bien colocadas, la China dijo: "¡No! ¿Esta miseria es todo lo nuestro? Malísimo. ¿Quién lee?". "Yo no", dijo Marcial.

Pasamos a un cubo de paredes rojas con un pequeño escenario y unas cien sillas negras, en el que Línea de Corte hacía la presentación de sus libros en streaming. La China encendió el sonido y las luces, se sentó junto a Marcial en la primera fila y me dijo: "Cuando quieras, escritor". Leí a una velocidad pedestre, caminando, trotando un poco a lo largo de una hora, releyendo las líneas en las que me equivocaba y abriendo pausas de varios segundos en los puntos y aparte porque me gustaba ese efecto de crear silencios para romperlos como lo hace la música.

"Faltan cosas", dijo la China cuando terminé. "Bueno, falta lo que todavía no pasó", le contestó Marcial. "De lo que pasó también faltan cosas. Millones", dijo ella, y me buscó con la mirada: "No te estoy criticando para nada, ¿eh? Es lógico. ¿Cómo no van a faltar? Pero, no sé… Por ejemplo: falta mi audio del Luna Park; y también falta el primero, ese en el que dije: 'Si te vas a bajar del tren al que te estás subiendo, avisame ahora'".

24 de marzo

Busqué en mi carpeta de estadísticas para defenderme de la acusación solapada de la China sobre mi falta de "totalidad". Tengo los números de los documentos recibidos hasta ahora: 1912 mensajes de voz y 69 mensajes de "ambiente"; 4409 mensajes de texto, 2026 fotos, 101 videos, 97 videos de canciones y 453 mails.

Tenía razón. Faltaba su primer audio, Es del 8 de marzo del año pasado. Dice: "¿Estaba prohibido el audio? Pensé que tenía cosas para decirte pero tal vez no sean tantas. A partir de ahora, nada de lo que diga va a ser importante. Ni siquiera sé qué voy a decir. Acabo de almorzar en una cantinita a la que, por ahí, si esta amistad prospera, un día te puedo traer. Ahora estoy volviendo en auto, y llueve. ¿Sabés por qué llueve? Porque yo quiero. Me dormiría una siesta, pero los mellizos me van a saltar al cuello apenas me vean. ¿Te gusta que tenga mellizos? ¿No te gusta? ¿Vos ya te ibas a la Feria de Puerto Madryn, no? Eso me dijiste, creo. ¿Mañana? ¿O te ibas hoy? No sé… Siento que me voy a despedir. ¿Podremos hablar estos días? De las… ballenas. Ay, este mensaje… Pero no lo voy a borrar. Tengo el impulso pero ya está, no lo voy a borrar. Si te vas a bajar de este tren en el que estás a punto de subirte, mejor que te bajes ahora. Igual no creo que hayas llegado hasta acá. Es muy largo esto. ¿Escuchás la lluvia? Bueno: ¿te bajás o no te bajás? Quiero saber".

26 de marzo

Encontré dos mensajes más que no había escuchado. En el primero, se oían los pasos de la China desde un estacionamiento de Corrientes hasta una oficina frente al Luna Park. Mientras caminaba decía que le pasaban cosas hermosas en el cuerpo, las cosas que se le atribuyen al alma, una especie de presión buena en el pequeño hueco del pecho donde habitualmente hacen nido las espinas más gruesas de la angustia.

El segundo mensaje, enviado cinco minutos más tarde, era de Marcial y decía únicamente: “412 pasos”.

7 de abril

Un día, no recuerdo por qué, pronuncié la palabra “condiciones” adelante de Marcial y la China. Él se transformó. “Condiciones…”, dijo, y me miró como por encima de una red de tenis. Me contagié del estremecimiento que lo hizo hablar, y perdí el hilo de la reconstrucción. Pero puedo decir que estaba obsesionado con la palabra “condiciones”. Me dijo: “Ustedes, los marxistas, que creen que todo es ‘condiciones’, tendrían que pensar un día que es contra las condiciones que uno vive. A ver, decime: ¿qué hay que hacer con el amor? ¿Hay que esperar las condiciones? ¿Hay que crear las condiciones? ¡No! ¡Hay que e-vi-tar las condiciones!”.

Como es posible que haya detectado alguna suciedad en mi silencio, la barrió sin dejarme salir de su mirada: “Y no estoy hablando de amor romántico. Eso es literatura de llorones, una moda de retardados... No sirve. Les sirve a los snobs del amor, a los consumistas. Está clarísimo que el romanticismo es un producto. Yo hablo de asumir un amor feliz ahí donde aparece, al margen de sus condiciones. Un amor feliz es capaz de suprimir las condiciones en las que brota. ‘Brota’ es, a mi juicio, la palabra correcta para hablar de amor. Y uno está obligado a asumir ese brote escapándose de las condiciones porque es ahí, en ese momento o nunca, cuando sentís el poder de vivir”.

Intervino la China: “Estoy de acuerdo en casi todo. Pero te haría una pregunta, y no vale que pienses. Solo vale dar la respuesta con el corazón. ¿No te gustaría que alguna vez las condiciones fueran otras? Imaginate pasar juntos una noche en una casa, en el campo, con el fuego encendido, y después dormir abrazados, no sé: diez horas. ¿Te gustaría? Vos decime sí o no”. Marcial no dudó: “Sí. Me encantaría, es lo que más me gustaría hacer en la vida, sueño con eso, pero puedo soportar no tenerlo. Lo que no podría soportar es

que este amor sea algo que no valga la pena contar". "Era 'sí' o 'no', sin 'pero'", contestó ella. "Sí", dijo él.

10 de abril

Pasé una tarde estudiando las canciones que se mandaban, y me detuve en “Chiaro di luna”, de Jovanotti, que empieza así: “Ey, ey, ey, ey, ey, ey…”. ¿Qué es eso? Para mí es el modo susurrante, deslizante, anhelante con que una persona llama a otra que está en otro mundo. Digamos que podría ser el silbido de un marciano llamando a un terrícola.

La letra desprecia la razón para concedérsela con ironía a los “inteligentes”. Dice que el amor es un plan revolucionario donde no hay anestesia ni red, ni un segundo que perder (no perder un segundo: eso es amar); y que los amantes siempre son niños, y que no hay experiencia más mística y más terrenal que bailar abrazados bajo “un chiaro di Luna, ey, ey, ey, ey, ey, ey…”.

Les propuse a Marcial y a la China escuchar juntos “Chiaro di luna”. Lo hicimos en el auditorio de Línea de Corte un sábado a la mañana. Las calles estaban vacías. Mientras escuchábamos la canción vi cómo ellos tendían entre sus miradas un puente de acero muy alto. Cada mirada, una cabecera de puente; y luego, el puente colgado del vacío, dando su bellísimo efecto de derrumbe suspendido.

Se miraban como entre largos corredores de luz y brisas nocturnas de verano, flotando invictos contra la gravedad de los hábitos. Cuando la canción terminó, la China me reprochó no darle al tráfico de videos musicales entre ella y Marcial la importancia que tenía. “No le das bola. Me da pena. Da para varios capítulos”, me dijo. No soporta que el libro diga menos de lo que dice la vida, pero así son los libros (y así es la vida).

11 de abril

Llegué a casa, cené, me serví un whisky doble sin hielo con una confianza ciega en mí como borracho, y me solté. Esa es la palabra: me solté. ¿De qué? No sé. Y digo me solté porque Mara vio la escena y me dijo: "Veo que te soltaste".

Voy a contar esa sensación a mi manera, a diferencia de cuando escribía sociología al modo de la Escuela de Frankfurt o de Foucault, o contra los modos de Durkheim o Parsons o Merton. Ya hay algo que puedo decir a favor de la literatura: es cualquier cosa. Puedo mentir y decir la verdad a un mismo nivel (y siempre voy a estar diciendo la verdad).

Me solté, estoy seguro, para mostrarme como soy: un extranjero en mi casa. Sentía la inyección del cambio. Encendí el televisor del living y puse en YouTube "Chiaro di Luna" a todo volumen. Los parlantes vibraron en sus sarcófagos, los libros bailaron en la biblioteca dando pequeños pasos hacia adelante, los vidrios de las ventanas se arquearon al borde de la rotura (una de mis fantasías domésticas: que un día exploten los vidrios), el gato corrió a la casa del vecino y yo canté a los gritos, sin ninguna necesidad melódica, corriendo por las banquinas de la entonación.

Mara enmudeció el control remoto del televisor, entró al silencio violentísimo que cayó al living como una enorme piedra hueca, dijo con un golpe ganador: "¿Se te rompieron los auriculares, Pavarotti?", volvió a restaurar el volumen al nivel insufrible con que yo la había desafiado y se perdió en el dormitorio.

Yo seguí en lo mío hasta las dos de la mañana, tomando whisky y cantando varias veces esa canción más otra de Jovanotti que se llama "Per te"; y canciones de Juan Gabriel, Marco Antonio Solís, Roberto Carlos, Miguel Bosé, Claudio Baglioni, Joan Sebastian, Franco Simone, Rocío Durcal, Alejandro Sanz, Julieta Venegas,

Julio Iglesias, Los Divanes, Manuel Moretti, Alejandro Fernández, Carlos Rivera, todas cargadas por la China a una playlist de Spotify llamada “Hotel Dorá”.

El último recuerdo de esa noche es que apagué el televisor con algo de mi cuerpo que no sé qué fue y me quedé dormido en el sillón. Mejor dicho: ya estaba dormido antes de apagarlo. Me desperté a media mañana. Mara se había ido, para suerte de los dos, y en el espacio de libertad que se abrió como un campo sin alambrar desayuné hundiendo la mirada en el aire.

20 de abril

Escribo sin ajustarme a ningún criterio. Incluyo y excluyo palabras sin saber por qué. Tiene lógica: cualquier decisión es en el fondo una sorpresa para quien la toma.

30 de abril

Vi una foto de un iceberg desde un dron. Me impactó el tamaño de su estructura oculta, mucho más grande de lo que hubiera imaginado. Ocultar es la tendencia de las fuerzas naturales.

2 de mayo

El 12 de abril pasado, Marcial hizo un cuestionario y se lo mandó por mail a la China para que se lo respondiera. Lo copio:

¿A qué hora naciste?
¿Dónde?
¿Cuánto pesaste?
¿Hasta qué edad tomaste la teta?
¿Cómo se llamaban tus escuelas primaria y secundaria?
¿Dónde está la casa a la que te llevaron recién nacida?
¿En cuántas casas viviste?
¿Sabés de memoria las direcciones de todas?
¿A dónde fue tu primer viaje en avión?
¿Cómo fue tu fiesta de 15?
¿Por qué no te casaste?
¿Cuál es la canción que más cantaste?
¿Cuál de tus mellizos nació primero?
¿Te gustó algún amigo de tu papá?
¿Algún tío?
¿Sabés qué es el árbol de leva?
¿Cuál fue el primer libro que te leyeron?
¿Cuál fue el primer libro que leíste sola?
¿Cuál fue tu primer trabajo?
¿Alguna vez te desmayaste?
¿Sabés algún poema de memoria?
¿Te tocaron el culo por la calle?
¿Quién te dio el primer beso?
¿Quién fue tu maestra preferida?
¿Sabés dibujar?
¿Cada cuánto vas al médico?

¿Robaste?
¿A qué edad empezaste a fumar?
¿Cuál fue el dolor más grande que sentiste en el cuerpo?
¿Alguna vez pensaste: "Me estoy muriendo ahora"?
¿Cuál fue tu primera separación y cuánto duró el dolor?
¿En qué auto aprendiste a manejar?
¿Rebozás las milanesas con una o dos pasadas de pan rallado?
¿Te gustaban los amigos de tus novios?
¿Te gusta el pan dulce?
¿Cuándo estuviste más sola?
¿Cuándo más acompañada?
¿Cuánto dura tu llanto?
¿Cuál fue tu peor borrachera?
¿Y la última?
¿Odiás?
¿Qué sobrenombre tenías de chiquita?
¿Cuál es tu recuerdo más antiguo?
¿Cuál fue la primera palabra que pronunciaste?
¿Te gusta cantar el Himno?
¿Se te pasa el arroz?
¿Se te hierve el agua del mate?
¿Cuál fue tu mejor fiesta?
¿Cuántos hombres creés que te amaron?
¿Y cuántas mujeres?
¿Qué te da miedo cuando estás mal?
¿Qué te da miedo cuando estás bien?
¿Cuál es la frase que más recordás de tu mamá?
¿Cuál fue tu caminata más larga?
¿Cuántas noche seguidas pasaste sin dormir?
¿Qué deportes practicaste en la infancia?
¿Mataste algún animal?
¿Viste morir a alguien?
¿Te gustan las flores?
¿Tuviste pulgas?
¿Manejás armas?

¿Cuántos disfraces usaste?
¿Cuándo pasaste más vergüenza?
¿Sabés cambiar ruedas de auto?
¿En qué materias te iba mal en el colegio?
¿Escribiste cartas de amor?
¿Cuál es el objeto que más querés?
¿Te gustan los hombres a los que les gustás?
¿Cuál comida comiste más veces?
¿Qué vida que no fuera esta te hubiera gustado tener?
¿Sabés andar a caballo?
¿Te peleaste cuerpo a cuerpo con alguien?
¿Te pegó algún hombre?
¿Robaste novios?
¿Cuál es tu helado preferido?
¿Tu ciudad preferida?
¿Tu torta preferida?
¿Tu ropa preferida?
¿Qué fue lo primero que cocinaste?
¿Cuál fue tu viaje más lindo?
¿Dónde aprendiste a nadar?
¿Tu mamá y tu papá se besaban?
¿Tuviste tortugas?
¿Roncás?
¿Tenés cosquillas?
¿Qué porcentaje de niña tenés?
¿Te reís de la desgracia ajena?
¿Te gustaría no estar obligada a hablar?
¿Te chuparías la concha si pudieras?

Rastrillé los mails siguientes y no encontré las respuestas. “Es que todavía no las contesté. Ni las voy a contestar por ahora”, me dijo la China. Su idea es que mientras haya asuntos pendientes, lo que llama “agenda atrasada”, el amor seguirá su curso lentamente.

5 de mayo

Marcial intentó volver a escribir un poema, pero no pudo. Me dijo: “Voy a tratar de escribir una canción”.

15 de mayo

Hoy cumple 12 años mi hijo Juan. Hace tres años que no lo veo y la amargura que tengo es total.

21 de mayo

Marcial me dijo que el cuestionario que le pasó a la China estaba dirigido a una niña: “A la niña que es. Porque la China es una niña. Esa es su parte más seria”. Después hizo un silencio, como si se le hubiese caído al suelo la pieza más importante de su maquinaria mental y no pudiera encontrarla.

29 de mayo

Marcial y la China no me contestaron los mensajes durante varios días, pero los leían. No los transcribo por vergüenza. La ironía del silencio me devastaba. Me puse denso, que es lo que ocurre cuando no hay una explicación rápida de los hechos que se viven con malestar. Pensé en continuar el libro sin ellos, es decir con ellos sometidos únicamente a mi invención, y podría haberlo hecho si no fuera por mi adicción a sus vidas.

Reaparecieron anoche para invitarme a almorzar hoy. Se disculparon. Dijeron que estaban preocupados porque me veían demasiado pendiente de los documentos, lo que no es cierto, y que eso volvía demasiado irreal esta historia, "demasiado judicial". "Preferimos contarte y que vos cuentes. Cuando lo hacés, te sale bastante bien; y si te sale mal, no nos importa", me dijo la China, la voz cantante de los cambios.

Hablaban como integrantes de una fórmula presidencial. Uno tensaba la cuerda y el otro la aflojaba. Me resistí durante unos minutos, esos en los que uno lucha por ajustar su precio, y terminé cediendo a las presiones. Querían que glosara lo que habían hecho durante los días que desparecieron. La China me dijo: "Pensamos que tendrías que escribir lo que te decimos, pero solo si lo hacés como te parece a vos. No nos va la literalidad. Agregá, quitá, hacé lo que quieras…. Faltá a la verdad. Te lo decimos porque es justamente verdad lo que necesitamos. Verdad deducida, no declamada. ¿Brindamos por este golpe de Estado blando?".

30 de mayo

Lo que hicieron estos días fue entregarse a una deriva de impulsos que la China llamó “ocurrencias”. La primera duró cuarenta y dos horas, el tiempo que estuvieron juntos entre las seis de la tarde del 22 de mayo y el mediodía del 24 de mayo.

La aventura empezó en la Catedral de Buenos Aires, donde quedaron en encontrarse. Había una misa de evocación histórica, con formación de granaderos que entraron y salieron atacando el piso con sus pasos de dañados motrices, guiándose por una memoria de seriedad y obediencia y las líneas rectas de las baldosas. Es negando el universo de las curvas como se llega a granadero. “¡Qué rectitud!”, le dijo Marcial a la China, mientras las botas de los soldados inscribían en la tierra de Buenos Aires el poder del combate en variante turística.

Marcial y la China estaban en el último banco de la nave principal, apoyados sobre una pared de la que irradiaba un frío estabilizado desde hace doscientos años, inmune al gusto de las estaciones por los cambios. Había turistas con ropa de montaña y feligreses que circulaban como moscas en la dirección del aire. Una procesión por dentro.

Primero llegó Marcial, como ordena la costumbre de esta historia. Caminó a la misma velocidad que los rebaños y burló su flujo con un golpe de quietud. La mujer que estaba en el banco en el que Marcial se sentó, adelantó su salida cuando sintió presencia humana corriendo como hormigas por la superficie de la madera. “Por ahí te vio cara de hombre con ganas de cogerme a mí y se asustó. ¿Era linda? ¿Te gustó?”, dijo la China.

Hablaron en susurros, casi pegados, bajo el influjo de la cultura de la confesión, siguiendo el curso de la misa que llenaba de repeticiones atemorizantes el espacio. Y no les importó no ver al

sacerdote, bloqueado por la columna de la que Marcial dijo que va a sobrevivir a ese sacerdote y a decenas de sus sucesores. “Y a nosotros también”, dijo la China. “No. A nosotros, no”, dijo Marcial.

1° de junio

Oscurecía cuando se fueron. No había rumbo definido porque el rumbo es una necesidad secundaria respecto de la necesidad primaria de moverse. Caminaron internándose en la noche nítida y antigua, como de piedra mojada por la lluvia, cruzándose con bandas de empleados, jefes, lúmpenes, vigilantes y perversos, todos los matices de la humanidad descargando las montañas de apuro y hastío que cargan cada mañana. Animales: animales de todas las costumbres que vuelven de la cacería respondiendo al llamado del reparo y el descanso, es decir al llamado de la fragilidad y del plano inclinado del tiempo por el que resbalan hacia lo negro.

Cae la noche y la vida vale menos (lo sabe cualquiera). Se libera el terror de vivir sin entender, y los humanos se estremecen de recogimiento hacia el silencio, la distracción y el sueño. Y ardiendo en medio de la resignación de ese ambiente, cuyo color exagero para esculpir a mayor profundidad la escena que viene, la China y Marcial pasaron por la fachada del Hotel Claridge y ella clavó las botas en los adoquines. ¿Qué será más humano?: ¿seguir o parar?

Se detuvieron. Fue la forma que encontraron de seguir hundiéndose en la libertad de la noche. Entraron. El conserje los ignoró por respeto a las transiciones típicas de la hotelería, que deja que los pasajeros floten en la invisibilidad hasta que ellos sean capaces de sentir cuándo asumen que llegan a un hotel. Y ellos ignoraron al conserje, que los vio pasar en el silencio grueso de la alfombra roja y entrar al bar, una cápsula de vidrieras con la suciedad del agua turbia y una atmósfera de club de hombres, de paraíso abandonado sin mozos ni barman, sin música, donde el vacío del pasado crecía entre los viejos muebles de madera tallada, las sillas cuyo estilo me avergüenza un poco ignorar (aunque más me avergonzaría averiguarlo), los mármoles, las lámparas de

filamento que hervían en el interior de las tulipas de tela y un perfume inolvidable a moho de café y tabaco.

La China sabe cómo moverse en los lugares que no conoce. Su cuerpo tiene el movimiento específico para cada espacio que desconoce, y que allana y descubre apenas lo pisa. Es posible que sea (Marcial dice que es), si se hacen con seriedad las cuentas, la persona que entró a más lugares cerrados en todo el mundo.

Entra adonde tiene que entrar y adonde no tiene que entrar, y los lugares a los que va sin obligación superan en proporciones de abismos a los que va por hábito y comodidad (no sé por qué escribí "hábito" y "comodidad" si con una de las dos alcanzaba), y que son los lugares en los que se queda: su casa, su oficina, algunos bares y los puntos de abastecimiento diario.

Si tiene que encontrarse con alguien en un bar a veinte cuadras de su casa, sale unos minutos antes, destinados a perderlos entrando a viveros, farmacias, cotillones, carpinterías, supermercados chinos, distribuidoras de rodamientos, casas de pastas, jugueterías, clubes, academias de yoga, comisarías, tintorerías, inmobiliarias, mayoristas de golosinas, peluquerías, lubricentros, lavaderos de autos, casas de sepelios, corralones de materiales (algo me arrastra: no puedo parar), tapicerías, agencias de lotería, bazares, bodegas, librerías, bancos, gimnasios, veterinarias, iglesias, restaurantes, ferreterías, cerrajerías (tengo que parar ahora) y dietéticas sin otra causa que la de saciar la curiosidad viendo y tocando la mayor cantidad de cosas de las que está hecho el mundo para que existan en ella.

2 de junio

Volvamos al Claridge. La China enfiló con la decisión de una mujer-bomba hacia los sillones amurados bajo los ventanales. Marcial la siguió, por no decir que la imitó. Ella acercó una silla y apoyó las botas en el asiento; y él, también. Pero el espejismo de la igualdad se rompió cuando Marcial comenzó a tocarle las piernas que el ruedo del vestido había remontado al sentarse, y se supo que no es tan fácil para un hombre imitar a una mujer. “Me encanta”, dijo la China, refiriéndose a la composición de ese momento en el que desapareció en un pozo de felicidad.

Se acercó un mozo con un andar de rendimiento motorizado, del que se advertía un poder físico superior al poder mental que lo guiaba. Su violencia en reposo no tranquilizó a nadie cuando le tocó el momento de hablar, y la razón fue que no habló. Se plantó como un árbol de cemento, presionando en ondas su bragueta contra el borde de la mesa alrededor de la que estaban extendidos Marcial y la China, juntó las manos a la altura del ombligo como lo hacen los funebreros que escoltan los féretros, incluso como tienen enlazadas las manos los propios muertos, y colocó una sonrisa de máscara sin cabeza.

El escenario se comprimió en esa escena de emboscada, y consumió de golpe el espacio y el oxígeno. Cesó la vida. Los átomos que apuntalaban la materia se disolvieron. Es una revelación monstruosa descubrir el poder de las personas que no hacen nada y le dan a esa pasividad el estatus de un acto radical. ¿Cuánta horas podía estar ese mozo sosteniendo en silencio su sonrisa de la nada? ¿Cuántas historias de amor? ¿Cuántas novelas? ¿Cuántas vidas?

La China captó por adelantado el futuro de inactividad que se veía venir, y le habló con una voz en la que se asomaron las púas del maltrato: “Traeme quesos en cubos. Hola. Los tres más ricos.

Cien gramos de cada uno. Aceitunas negras y aceitunas verdes. Con carozo. Y papas fritas sin sal. La sal tráela aparte. Y dos cervezas rubias. Heladas".

Mirando el más allá desde los orificios de su careta, el mozo le dijo: "Papas fritas no hay". "Entonces, mejor no las traigas", le contestó la China con la misma sonrisa que había recibido de él, recrudecida por la parodia. Lo vio deslizarse en las pequeñas ruedas de su locura hasta perderse detrás del mostrador, y le salió al cruce a Marcial, que preparaba un reproche: "Te pido por favor que no me digas que es un pobre mozo. Es un perverso hijo de puta".

El mozo empezó a hablar unos diez metros antes de llegar a la mesa con los tres platos de quesos adheridos a sus antebrazos por las ventosas de la gravedad, y emitiendo señales de mea culpa a las que la China respondió con la desconfianza del silencio. La mesa se pobló del futuro que pronto iba a desaparecer, y brindaron por los jardines florecidos del presente.

3 de junio

Se inició un proceso de etapas fulminantes: acostarse, desnudarse, moverse uno encima del otro, desprenderse. Viajaban hacia el lugar común. ¿Cuál era la diferencia entre ellos y quienes hacían lo mismo, y cuál la que había entre eso que hacían entre ellos y lo que ellos mismos habían hecho con otros? Quizá la variante de seriedad que se instala en la cara de la China cuando coge. No se ríe. Un aire trágico cruza todos los estados de su emoción sexual. Marcial jura no haber visto antes algo así, ni anhelarlo tanto. La ve literalmente perdida, concentrada en algo situado muy lejos de él, incluso muy lejos de todos los hombres. Ella misma es el abismo en el que se pierde. Cae a su interior, y quién sabe qué encuentra para regresar con ese semblante de fin del mundo. Él cree que obedece a una angustia buena, la angustia de alguien que sabe que está sobreviviendo y recibe las pruebas en su salvación.

Se besaron en un sillón y pasaron a la cama. Ninguno pensó: "La cama del Claridge", o: "Una cama del Claridge", ese tipo de títulos mentales por los que las experiencias entran a la realidad. De golpe montaron los cuerpos como dos piezas de una máquina que empezó a andar llevándolos a un paraíso de indolencia y confusión en el que desaparecieron. El trabajo físico se limitó a algo parecido a hacer nudos con las piernas y los brazos. Por el ensimismamiento que produce, se pierde de vista que coger es un trabajo de fuerza y, todavía más, una fuerza actuando contra otra bajo la modalidad del encuentro.

Fueron chupando lo que encontraban por el camino con reciprocidad, sin reciprocidad. La distribución de las ofrendas se sucedió en la anarquía, con tendencia al equilibrio y la compensación, y los minutos se alargaron, tensos y resistentes,

antes de cortarse.

En un punto infinitesimal del tiempo, por una combinación de arrugas y ángulos rasantes de la luz de la noche que entraba al Claridge por sus flancos, Marcial la vio “como si no existiera”. Me dijo que verla como si no existiera trastocó los vínculos con lo que él creía que eran las expresiones habituales del mundo. “Lo que te quiero decir es que estaba existiendo como ilusión, que la ilusión se concreta, que es algo que se puede tocar, que se puede… coger. Era como hacer contacto con la eternidad, no la eternidad eterna sino una eternidad que ves pasar cerca. Una eternidad para humanos”, me dijo.

Pidieron bebidas. La China, una copa de crema irlandesa; y Marcial, un bourbon con dos hielos. Tiene que haberles sucedido algo vinculado a la sensación de gloria para ordenar esos tragos arrogantes (esto me pasa por tener personajes de clase media argentina).

Hablaron de ellos. De cómo se veían y se sentían, es decir de cómo se imaginaban habitando el mundo inexpugnable que inventaron. Los deslizamientos hacia otros asuntos sólo se aceptaban por concomitancia. Por ejemplo, hablaron de cine porque lo redujeron a las historias de amor que habían visto, y que la China enumeró una tras otra como los cantantes de lotería los números premiados, hasta que Marcial la frenó: “Disculpame, pero película de amor hay una sola”.

4 de junio

Dijo: "*King Kong*", y habló de las tres versiones de *King Kong* como si fueran una. Las tenía mezcladas en su cabeza con un montaje enloquecido, lo que le daba a la confusión una lógica similar a la de una súper película.

Recordó varios momentos de las tres y fue decantando en la última versión, de la que le quedó clavada una espina que le pidió a la China que se la sacara: "Cuando en ese amanecer en la cima del Empire Estate, Noamí Watts le dice a King Kong: 'Hermoso', ¿se lo dice al amanecer o a él?". "Ay, no sé, yo se lo hubiera dicho a los dos", dijo ella.

Se internaron en un desvío de la conversación acerca de lo que es y no es bello. Hablaron de la belleza relacionada con las proporciones, la discreción, lo nuevo, los enigmas y las razones que la sostienen, lo inexplicable de su halo, lo natural y lo creado, la violencia en la que se la puede encontrar; y también, de la belleza que hay en la timidez, en la ira, en los colores...

"Estamos diciendo cualquier cosa", dijo la China. Marcial le contestó: "Vos dirás cualquier cosa. Yo digo que *King Kong* es la única historia de amor porque el que la escribió sabe que el amor es amor si es imposible, y esa es…". "Mirá vos… Entonces decime por qué es posible nuestro amor imposible. Te escucho, gorilófolo", dijo la China. Él le pidió que lo dejara pensar, y después de unos segundos le contestó: "No sé por qué. Ni idea. ¿Vos sabés?". La China dijo: "No. ¿Cómo se llamaba ella?".

Buscó en su teléfono las fichas técnicas de las tres versiones de *King Kong* y dio un grito de incredulidad: "¡¿Cómo que tiene tres nombres?! ¡No puede ser!". Leí las fichas y, en efecto, King Kong siempre se llama King Kong; y la Isla Calavera, de la que lo traen con ríos de cloroformo corriendo por los canales de su carne salvaje,

se llama en las tres versiones Isla Calavera. Entonces, ¿por qué la mujer que enamora y ama a King Kong se llama primero Anna Leonownes, finalmente Ann Darrow y, en el medio, simplemente Dawn? Marcial le dijo: “¿Cómo que no? Sí que puede ser. Tres mujeres en una… Me parece bastante normal”.

5 de junio

Dieron la charla por agotada. Eran las tres de la mañana y decidieron pasar a otra cosa, siempre adentro de lo que llaman "nosotros", esa cápsula de diamante en la que el tiempo transcurre en un lentísimo desfile de cronones.

Unas nubes cisterna, fosforescentes, llevaban el agua absorbida del Río de la Plata hacia la pampa cortando la negrura del cielo. Las miraron y clavaron como arpones sus cuatro ojos en el transcurso que imaginaban dominado. ¿Cuántas horas les quedaban por delante? No se lo preguntaban, pero sentían que eran muchas: todas las que le quedaban al mundo.

La calma que les daba esa abundancia los hundió en un silencio en el que se oyeron las respiraciones. La China dijo: "¿Escuchás? ¿Cómo puede ser que tengamos un cuerpo sin enloquecernos? Uno solo, para toda la vida". "¿Y quién te dijo que no nos enloquecemos?", dijo Marcial. Se abrazaron parados, descalzos, sobre la alfombra del último piso del Claridge donde cien años atrás había aire.

Son un misterio las construcciones, la realidad momentánea que designan, su certeza de existencia. Tienen algo de dibujo sobre un papel mojado, algo de magia. Solo en nombre de su propia fragilidad es que los humanos pueden delegarle el don de la duración a lo que con suerte puede aguantar en pie algunos siglos.

Encendieron el televisor para introducir un poco de mundo innecesario en el cuarto, y le dieron la espalda. "Haceme reír", dijo la China. Marcial se puso serio y se mantuvo así varios segundos, mirándola a los ojos como podría mirarla una piedra. Ella ya tenía la risa adentro, y la soltó.

A las cuatro de la mañana les dio hambre y sed porque pensaron en el hambre y en la sed, lo que les creó la falsa necesidad de

combatirlos. Así es la vida: una lucha contra fantasmas. La cocina estaba abierta porque recién había llegado un grupo de extranjeros, y el conserje les concedió la excepción de llevarles carne y papas a la habitación.

El postre fue un chocolate con almendras gigante que ella tenía en la cartera, y dos Coca-Cola Zero en botella de vidrio del tamaño de tres tragos rápidos que tomaron de la heladera. Cuando todo eso quedó atrás, se abrió paso una resaca de cuerpos endulzados, felices en la inactividad, y se vieron las primeras arenas de una playa vacía, lista para que ellos hundieran sus actos pendientes. ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde empezar otra vez de cero?

Comenzó una conversación giratoria sin temas, mejor dicho sobre temas de una importancia nula, una especie de silencio manchado por las voces, que sí importaban (era lo único que importaba). La China dijo que quería volver a coger, pero "raro". "¿Raro como qué?", le preguntó Marcial. Ella le dijo: "No sé, algo que no se parezca a coger. A ver, ponete la remera. Y después ponete la pija que la voy a usar".

Marcial me contó que a la China le gustaba retorcerle la remera cuando cogían. Le levantaba el bode inferior con un pulgar y bajaba el cuello con el índice y allí cerraba la mano y giraba la tela hacia uno y otro lado al modo de la bestia que desgarra a su presa cambiando la dirección de su violencia. Según ella, lo hacía porque a un hombre no se lo puede tener sino a través de algo. "El hombre necesita riendas", me dijo

Los besos fueron largos como caminos de los que no se ve el final. En realidad, como un camino que lleva a otro y a otro y a otro: caminos girando en círculos sin desembocar en ningún lado. Pero la China se despegó de golpe y le pidió a Marcial que durmieran uno adentro del otro: "Como si nos muriéramos cogiendo".

Marcial entró al túnel de la China y ambos se entregaron a la prohibición de movimiento. Los dos corazones del monstruo que hibernaba en el Claridge sonaban como una cuerda de tambores bajo el agua. La conexión perdía líquidos por las juntas, y ellos

aspiraban a granel el aire climatizado controlando (no sé cómo: tal vez me hayan mentido) los tiroteos de sangre que se desataban en sus interiores.

La China dijo: “Shhh… No hablemos”, y unos minutos después se desprendió hacia la nada. Él lo supo por la manera en que la vio descargar una respiración de animal más grande, más antiguo y más irreal que ella. La dejó caer a las profundidades del sueño y la rescató a estocadas, de menor a mayor, como si clavara en la pared, primero enderezándolo, el clavo que va a sostener lo que se está cayendo. “Buen día”, dijo ella cuando sintió la actividad en su interior.

Les gustó la performance de momias vivas que compusieron para demostrarse que en la disciplina puede brotar la semilla del placer como una gota de agua que sale de la piedra. Y les gustó el suspenso, que es la acumulación de un deseo específico: el del que espera que pase lo que tenga que pasar en la medida en que todavía no pase.

La China acabó anunciándolo a la manera española: “Me voy, me voy…”. El lamento de vocales estiradas al borde de la ruptura tenía algo de la despedida en un muelle entre personas que no se van a ver por un tiempo largo. Mientras, el sol se anunciaba, con la discreción de una luz debutante, en discos cada vez más amplios de claridad que fueron llegando a Buenos Aires importados del Uruguay.

6 de junio

Se ducharon, se vistieron. La luz externa ya transmitía calores administrados por las nubes con su operatoria de filtros. Marcial buscó en Airbnb casas de dos ambientes y compró un día en una. "Hoy vamos a vivir acá", le dijo a la China, mientras le mostraba las fotos.

A las siete de la mañana bajaron a desayunar. El bar estaba vacío pero en preparativos para la ocupación masiva de las ocho. Una voz se filtró entre los ruidos de vajilla: "¡China!". Era Augusto Bazán. Su nombre no nos dice nada, pero a la China sí porque es el de un amigo secundario de su esposo. Y fue ese carácter secundario lo que situó a Bazán en un círculo de peligro relativo, y animó a la China a darle un contragolpe a lo inesperado, incluso a lo inverosímil que se había desplomado como un techo sobre la mañana. "¡Augus! ¡Vení! ¡Sentate!", le dijo, y sacó la agenda de la cartera para darle a la escena un componente laboral. "No, no, gracias... Me estaba yendo y dije: 'Esa es la China'", dijo Bazán.

"¿Cada cuánto se frecuentan los amigos secundarios?", dijo Marcial, después de que ella le dijera quién era. "Solo cuando uno ve a la mujer que cree que es del otro con alguien que no conoce. ¿Vamos a casa?", le contestó con su sonrisa ladeada por la ironía y la despreocupación, y el mundo volvió a girar luego de una escala en la incertidumbre.

7 de junio

La casa era un PH de San Telmo. Tenía un living con un paño de vidrio enorme que daba a un patio con dos limoneros, una enamorada del muro trepando hacia las plantas altas y un verde generalizado en el que podían distinguirse los matices cercanos al blanco y al negro si se les prestaba la atención suficiente para despegarlos con la mirada.

La China dijo: “Hay que hacer las compras”. Recién habían llegado y ya estaban otra vez en la calle caminando hacia la Feria de San Telmo a la velocidad con que lo cuento. No había transiciones. Un acto iba pegado al siguiente y ellos respondían como a un dictado (un dictado sin puntos).

Entraron a la feria extasiados por el show de la vida cotidiana girando alrededor de una naturaleza fragmentada en cajas, bolsas, bandejas, platos; extendida en mostradores, colgando de ganchos, mezclando perfumes vivos y muertos y dejando aquí y allá hilos de sangre, granos de tierra, discos de agua. Todo sucedía al ritmo de la contemplación y el regateo, un transcurso medieval del tiempo al que la luz natural que bajaba de los techos aportaba un refuerzo de pasado.

Volvieron y la China cocinó milanesas de peceto con papas fritas mientras miraba de reojo el televisor encendido en un noticiero, sobre cuyos menesteres ideológicos Marcial tuvo cosas que decir. “No sabía que hablabas con la tele”, le dijo ella. “Es con quien más habló”, dijo Marcial. Estaban viviendo juntos. Tenían una casa. Cocinaban mientras miraban televisión. Eran hechos concretos de la realidad. Lo que durara no era de su competencia, aunque a favor de la brevedad en la que se habían embarcado podían decir (Marcial lo decía) que no sería más breve que la de los matrimonios que duraban cincuenta años

Pidieron helado por teléfono, tomaron té, lavaron los platos, revisaron la casa, abrieron y cerraron las ventanas, leyeron en un sillón, escucharon música, tomaron sol en un banco de plaza atornillado a la plataforma de cemento del patio, tomaron mate, regaron las plantas, se cepillaron los dientes, barrieron y cuando se acabó la acción, es decir los verbos que los hicieron actuar sin tregua, como ojos que no pestañean, la China alquiló por teléfono un auto.

8 de junio

Manejó ella muy despacio, y decidió la música que escucharon y cantaron a los gritos hasta que dos horas más tarde entraron a Villa Flandria por una calle de tierra, después de dejar atrás los bosques de cemento poblados de injustica y ansiedad. De las ruedas del auto brotaban hongos de polvo oscureciendo el horizonte que abandonaban. En el horizonte del futuro hacia el que iban se dibujaban líneas de caseríos apuntando al este, nítidas, como caladas contra un cielo sin manchas que por pereza voy a llamar celeste (la China me dijo que era uno de esos días a los que es imposible adjudicarle un color).

Se detuvieron y bajaron del auto en un margen del pueblo. La China suspiró varias veces. Muchas. Es su manera normal de respirar en las emociones. En vano Marcial esperó que hablara. ¿Para decir qué que no estuvieran diciendo mejor los suspiros? Una gota de tiempo libre compartido cayendo a unos pocos kilómetros de donde vivían separados, y ya el universo ofrecía relaciones nuevas entre sus fragmentos. La tierra perfumada, el calor desenrollándose del cielo, los sembrados convertidos por la brisa en instrumentos de cuerdas, las bandadas de pájaros escribiendo en el aire sus planes secretos de migración y supervivencia, las vacas con sus pasos de carruajes moliendo la hierba. Un mundo nuevo. Pero un mundo nuevo ¿para qué?

"Para que lo deseemos", dijo la China. Siguió una discusión creciente, edificante sobre el deseo, en la que Marcial y la China, la China y Marcial, se fueron turnando para construir un argumento de dos cabezas mediante pequeños bloques que apilaron con limpieza y paciencia sobre el silencio de Villa Flandria, hasta formular sus conclusiones en una pregunta: ¿y si el deseo fuese una disciplina en la que hay que probarse para ver si uno es apto para

afrontarla? ¿Y si no es un impulso ni una ilusión sino un arte marcial? “Cada deseo aprende de sí mismo”, dijo la China en un tono cómico de aforismo. “¿Qué aprende?”, le pregunté. “¡Aprende a seguir!”, me dijo.

9 de junio

Caminaban por las calles de Villa Flandria. La falsa quietud de la naturaleza se expresaba en la tensión de los hilos invisibles que la contenían. Era cuestión de esperar que los hilos se cortaran para que llegara el movimiento, que llegó a través de una mulita asomada a las puertas de su cueva. Salió, miró, giró y entró. ¿Cómo había que entender ese gesto milenario? ¿Como indiferencia, amenaza o temor a la presencia humana?

Las casas anchas de ladrillos sobre las que daba el polvo blanco de la tarde se alzaban desde la tierra como árboles. "¿Crecerán como los álamos, como el trigo?", dijo Marcial, dando un golpe con sus anteojos oscuros hacia la esquina en la que una vieja regaba la vereda con un balde de lata. La vieja los miró, y es y será un misterio lo que vio de ellos con sus ojos lluviosos, y del mensaje que la China y Marcial emitían como un arco voltaico entre sus cuerpos (no se puede saber qué significan juntos un hombre y una mujer, qué verdades y que engaños derivan de su cercanía).

10 de junio

Caminaron en círculos, y en idas y vueltas. ¿Qué es un humano? Algo que va y viene. La China pidió detenerse en una esquina para sentir la presencia de la inmediatez, la experiencia un poco real, un poco mística, de estar ahí. Abrió el localizador de su teléfono. Estaban en la esquina de Gonzaga y Castelli, un vacío abierto en el espacio sobre el que caía la lágrima roja de la aplicación y una foto de 360° girando alrededor de un punto de vista tecnológico que estaba en el pasado y se restauraba en ellos. En ninguno de los dos días, el de ese "hoy" de ellos y el del pasado que archivó Google Earth, había nubes en el cielo. "¿Puede haber un día exactamente igual al otro?", dijo Marcial. "Por qué no?", dijo ella.

Era tan equivocado considerar que un día fuese parecido a otro como que un bosque se pareciera a otro bosque en todas las hojas de todos sus árboles y en todos sus pájaros. Pero Marcial no escuchó la respuesta y volvió a preguntar: "Lo que te pregunto es si a vos te parece un delirio que un día del pasado, cualquier día, sea capaz de volver". "¿Por qué no? Esa es mi respuesta a todo lo que me preguntes sobre lo que puede pasar", contestó la China.

Comenzó a hablar de Villa Flandria con la neurosis enciclopédica de una guía de turismo. Dijo que se pobló mientras se vaciaba Carlos Keen, el pueblo vecino. Fue una reacción eléctrica entre polos. En uno había el trabajo y el dinero que faltaban en el otro. La migración se deslizó en pocos días como por un tobogán e introdujo innovaciones enfermizas en la historia de las mudanzas, que en gran parte se hizo a pie.

Algunos intentaron desmontar sus casas fijas clavadas en la tierra. Cavaron los cimientos intentando llevarse paredes enteras en carros tirados por tractores, para montarlas en baldíos como si trasplantaran árboles; y hombrearon puertas, ventanas, mesadas; y

levantaron baldosas, y desarmaron cielorrasos, lámparas, cañerías. Fue un espectáculo triste en el que flotaba la voluntad de conservar. “Será imposible, pero no me digas que no tiene sentido llevarte tu casa y plantarla en otro lado”, dijo la China.

Se levantó una brisa baja seguida de unas serpentinas de polvo. Los cambios de aire le dieron al vacío un tráfico de energía contenida, y la China y Marcial se dejaron estimular por la novedad que los arrojó otra vez al movimiento. Caminaron en dirección a la claridad que se iba. Entraron a un frigorífico, compraron carne y llegaron a un puente sobre el río estancado. Compraron pan, leña, verduras y buscaron un sitio donde asar la carne, mientras la noche los iba borrando.

En el Club Náutico vieron parrillas bajo los sauces y entraron saltando la tranquera. Encendieron la leña. Los fuegos azules y rojos iluminaban desde adentro los núcleos de aire ardiente. Y la carne se asó a un ritmo infinitesimal, goteando una sangre lavada sobre las brasas, mientras ellos miraban extasiados el milagro de la lentitud.

La China no toleraba ver el fuego sin que en su interior incendiario surgiera la tentación, incluso la orden, de reproducirlo. Deseó con toda su alma encender el monte que llenaba de una segunda oscuridad la noche del Club Náutico, tocar con la lengua de una antorcha las ramas secas para que se hiciera una luz antigua proyectada entre las copas de los árboles y la negrura retrocediera como en el amanecer.

¿Por qué le gusta tanto encender el fuego en su casa, siempre el mismo, una y otra vez, todos los días, aunque haga calor? Marcial dice que es porque el que hace el fuego hace a su manera el día. Son pequeñas mañanas rojas las que nacen de un fogón, y la China las implanta en su estufa hogar cuando cae en su casa el terror a la noche. Es un acto de conjuro que le aplasta los filamentos de los nervios. Apenas ve cómo las llamas flamean, cómo la luz anida en la madera perforándola en columnas de claridad alucinantes, su ánimo desmayado renace bajo el placer de sentirse protegida por el poder de los comienzos.

Juntó ramas bajo los sauces y las encendió en el piso. Un ataque

de resplandores la sacó de unas sombras para proyectar otras, intermitentes, sobre su rostro blanco. Después echó una rodaja de tronco que encontró entre las parillas. Dije tronco: debí decir tiempo, porque es por sus funciones de cuenta regresiva que la China ama hacer fuego y odia la curva decreciente que lo apaga.

"Bueh… Visitas", dijo, marcando con su sonrisa un punto en la oscuridad, de la que brotó un hombre con su perro caminando en situación de sociedad, sin roles de amo ni de esclavo, ni de animal ni de humano. El perro se echó sobre un nido de raíces, y el hombre se presentó como Ángel Bermúdez, el casero del Club Náutico, y se quedó a comer con ellos.

12 de junio

Desde el último 30 de mayo, el día después de que mis personajes me anunciaran el "golpe de Estado blando" contra este libro, no paro de contar una misma secuencia. Lo consigno hoy, que no puedo escribir (tengo cosas que hacer), para que no se olvide que estoy condicionado por las experiencias que Marcial y la China salieron a buscar para mí. Ya van doce días (y no sé cuántos más me va a llevar) que vengo contando un encuentro de 42 horas.

13 de junio

Todo fue excepcional esa noche. En principio, que Bermúdez no los hubiera echado del Club Náutico, donde no se podía hacer fuego, ni asado ni entrar sin permiso; y, también, que ellos le concedieran la iniciativa de contar, es decir de desaparecer por un momento como personajes de este libro.

Bermúdez tenía cosas que decirles, a ellos o a cualquiera que se le cruzara por los extensos salitrales de su soledad. Pero lo más importante para él era llevarlos al escenario en el que se concentraba su drama: la pileta olímpica techada, y en proceso de destrucción detrás de los árboles, a la que los invitó a conocer después de cenar.

Abrió las puertas pegadas por el óxido, encendió una lámpara que colgaba como una lágrima de luz del techo en el que se expandían extensos territorios de líquenes y les describió la historia de lo que quedaba en pie con el afecto con que se habla de una persona querida que acaba de morir de golpe.

Me faltó decir que la pileta vacía, de la que la escalera que llevaba al trampolín podía convertirse en una plataforma para suicidas, era donde Bermúdez vivía. Adentro, sumergidas en el vacío, había una cama de una plaza, una mesa, una silla, todas con dos de sus patas más largas que las otras para compensar el declive. “Esta es mi casa. Cuando empiece la temporada de agua me mudo a la cantina”, dijo.

Les dijo que, si lo consentían, iba a hacerles ver y oír algo. Lo consintieron, y Bermúdez puso en un viejo reproductor (viejo pero sin uso, lo que alteró el concepto de pasado) un DVD sobre el que estaba escrita con tinta indeleble la palabra “Banda”. En otro artefacto de museo, un televisor de tubo enorme del que salía un sonido potente y leal a los matices que reproducía, se veía actuar,

allí mismo donde estaban, a la banda de Villa Flandria, Rerum Novarum, dando su versión resignada, desafinada, como derretida del Ave María, al que hacían rodar como a una piedra cuadrada.

"¿No nos quiere casar?", preguntó la China, cuando dejaron de oír la versión despedazada del Ave María (cada instrumento de la banda, una cosa suelta), y le contaron su historia de amor (la China dijo que su apellido era Guzmán y el de Marcial, Cáceres). "Entonces, los declaro marido y mujer", dijo Bermúdez, con el perro enrollado a sus pies.

A la una de la mañana se despidieron y volvieron al auto. La China se sacó las medias, se puso un pijama apoyó los pies sobre el parabrisas y dijo: "¿Vemos una película?". Vieron una película de amor en el teléfono de Marcial, y luego otra, sentados en el asiento de atrás, abrazados como niños a sus padres, comentándose impresiones al oído, besándose sin sacar la vista de la pequeña pantalla, mordiendo chocolates, con un auricular que compartieron mientras que con el oído libre no dejaban de escuchar los rumores del campo dando vueltas alrededor de sus cabezas.

Cogieron también, por obra de la contigüidad, y luego de acabar discutieron acerca de eso: ¿se coge con cualquiera?, ¿se coge por cercanía?, ¿se coge para achicar distancias? ¿se coge por melancolía?, ¿se coge por coger? ¿se coge con todo el cuerpo, con la concha y la pija, con la cabeza, con la memoria? Y en la sucesión de dudas dijeron al mismo tiempo, como si jugaran con la voz a piedra, papel o tijera: "¿Se coge por miedo?".

14 de junio

Vieron aparecer un primer disco púrpura de amanecer. Era un monstruo de belleza, lo que no puede existir. Era una nada y la totalidad de lo que pudiera apreciarse de la infinitud. Ver amaneceres es una patología optimista, y ya era el segundo que veían de un modo sucesivo. “A ver… ¿Con cuántas personas viste dos amaneceres seguidos?”, dijo la China.

En el cielo rodaba lentamente el milagro de la transformación. Las estrellas se replegaban en los mismos puntos por el que se escurría la luz que habían gastado con soberbia. “Qué insistente es el sol, ¿no? ¿Cuántas veces salió ya?”, preguntó Marcial. “No sale ni entra. Está ahí. No seas tan poeta”, le dijo la China.

A lo lejos se oyeron los primeros motores del alba ensuciando el silencio. En el display del auto daban las cinco y media. “¿Vamos a casa?”, dijo Marcial. Por las cuentas que sacaron, llevaban cuarenta y cinco horas despiertos y treinta y siete juntos, y el cansancio los puso en un estado de hipersensibilidad y ensoñación en el que desplegaba sus alas una intensidad simultánea de experiencia extrema e inexistencia.

15 de junio

Llegaron a Buenos Aires escuchando conversaciones en la radio que no les dejaban dudas de estar viviendo en un país. En una segunda dimensión, se separaron mentalmente para pensar con libertad en lo que estaban haciendo. ¿Qué era, y por qué lo hacían? Marcial me dijo que no lo estaban haciendo: lo estaban aceptando, dado que era algo que venía de una fuerza que no podían enfrentar.

Compraron pan, manteca, leche, café, mermelada y fueron a desayunar a la casa de San Telmo de la que les quedaban unas horas más de crédito. Tostaron el pan, casi lo quemaron para perfumar el ambiente, se bañaron, tomaron café con leche sentados en el banco del patio y sonrieron como en un brindis por el pasado al que estaban viajando estas escenas que intenté contar sin dejar de preguntarme cómo se organizarán en sus memorias y cuáles, un día inesperado, cuando crean que las olvidaron, serán capaces de reaparecer.

Los últimos minutos juntos se abrieron por la mitad y entró a ellos una pausa, fenómeno sobre el que quisiera reflexionar con independencia del enciclopedismo que lo encuadra. Porque se entiende por pausa el hueco entre suspender y retomar un acto, un evento de descanso, o de olvido, o de inactividad bien llevada. Pero ese no fue el caso. En la pausa que entró a esos últimos minutos de las cuarenta y dos horas que Marcial y la China compartieron sin dormir, pasó algo que contrajo el tiempo de la despedida como un elástico estirado al que le sueltan una punta.

La China lo ocupó con la descripción de un deseo que duró lo que su descripción necesitaba (ya tengo mi sentido de la palabra "pausa": un tiempo grande que se abre dentro de uno más pequeño). Dijo: "¿Te digo que me gustaría hacer con vos?". Antes de que Marcial abriera la boca, se contestó: "Ir a Roma ahora".

16 de junio

La China le contó su fantasía en pasado, como si ya se hubiera hecho realidad. En ese mundo, un remís los llevó a Ezeiza. Despacharon las valijas, volaron, y ella comparó la situación de felicidad con lo que podría pasar en el interior de una semilla que acaba de recibir su primer riego. De golpe, estaban en Italia. “Vos perdoname, pero en Roma fue todo chlichés y verbos: comer, coger, caminar… También nos peleamos un poco”, dijo la China.

La pelea surgió porque los dos querían pasear, pero no estaban dispuestos a hacerlo sin imponerle su parecer al otro, lo que derivó en una típica crisis de pareja en viaje, ocasionada por la reivindicación radical de los egoísmos. Se separaron a los gritos. La idea principal de la escena era perderse y buscarse en la ciudad desconocida. De golpe, las calles cercanas al Tévere quedaron vacías y dieron paso al silencio, es decir al pasado de Roma.

Estaban perdidos al borde de un río a miles de kilómetros del patio de San Telmo en que lo imaginaban. Estaban donde querían. Rechazar la esclavitud del espacio: eso es estar en algún lado. Caminaban bajo la misma brisa herrumbrosa, oyendo la voz fantasmal del viento, girando en falso y acercándose a un encuentro alentado por los procesos propios de la fantasía que los había separado.

Se vieron de lejos en la soledad repentina de Roma, libre de turistas, incluso libre de italianos y hasta de la propia Italia. De la ciudad solo quedaba en pie el mito, el poder de su idea. Una Roma platónica convertida en un decorado del amor liberado para ellos. Todo era escenario. Se abrazaron al borde del río. Un oleaje de maqueta rompía en los bordes de hormigón. “Me gustaría acompañar la escena con esa canción de Claudio Baglioni que no sé cómo se llama en la que nombra al Tévere. Te la canto en español”,

dijo la China: “Es largo el río, que andaba lento, lento…”.

“¿Volvemos?”, dijo Marcial. ¿Qué quedaba de su aventura de 42 horas? Vida vivida, nada que pudiera ser detectado por los otros. Los próximos inquilinos de la casa de San Telmo entrarían a una tabla rasa. “Qué pena que, aunque sea un poquito de lo que hicimos, no se quede acá adentro”, dijo la China.

2 de julio

Marcial salió a caminar por el Parque Dabove. Los árboles se perdían en la oscuridad y absorbían en su espesor las luces de las pistas. Evidentemente, la única materia del universo es la oscuridad. O para decirlo con una cuota más baja de terror: ¿y si todo, cualquier cosa, apenas si logra permanecer hasta que la oscuridad llega?

Marcial bajó la velocidad de su marcha para entender lo que veía (entender es bajar la velocidad). Mezclado entre las sombras, un hombre encastraba en la tierra una cubierta de auto pintada de blanco. Luego hizo un pozo en el centro del círculo y plantó un gajo de rosal. Más allá, decenas de cubiertas de auto pintadas de blanco sembraban los corredores del parque, perforándolos, destruyéndolos.

Marcial esperó que se fuera y arrancó uno por uno los canteros, respiró hondo la humedad de la noche y volvió a su casa. Los derrames de creatinina, las contracturas, las distensiones lo marcaban por dentro. Sintió dolores nuevos, buenos, de recién nacido, y cayó pesado, sin sentir el golpe, sobre los algodones del sueño que lo esperaba.

5 de julio

Al día siguiente volvió al parque y se encontró con que los neumáticos pintados de blanco y los brotes moribundos de palmeras y rosales y calas habían vuelto al lugar de donde él los había desterrado.

El hombre de la bicicleta estaba ahí, sin la bicicleta, sentado al pie de un árbol, tomando agua de una botella de dos litros. Marcial le echó su sombra encima como una manta: "¿Me podés explicar por qué hacés esto?", le dijo. "Si supiera quién sos… Yo soy Palo", le dijo el hombre. Empinó la botella. En la superficie circular se abrió un pozo de transparencia. Un pozo en el agua: ¿por qué no? Palo tragó la última gota y apartó la botella con un movimiento de pinzas. "Perdón. Tenía mucha sed", dijo.

20 de julio

Supe por Marcial que Palo vive a seis cuadras del Parque Dabove. Pensé que podía ser un buen personaje secundario para que entrara y saliera de este libro cuando yo quisiera. Fui a verlo a un lugar que no puedo llamar casa sin decir que lo que podría tener de casa el punto del espacio como borrado del mapa donde vive, se escondía detrás de unas montañas de tierra tosca, escombros, yuyos selváticos y un nido de ligustros y alambres oxidados.

Recién detrás de ese camuflaje podía entreverse, y no completamente, el frente de una construcción con una puerta tapiada y una ventana a cuyos vidrios esmerilados por la mugre se le adherían dos triángulos de tela fluorescente. ¿Entraba y salía por la ventana? Palo se asomó de perfil como si hubiera atravesado un flanco de la construcción, de la que era difícil creer que dividiera un interior de un exterior.

Su cuerpo, en el que se enlazaban manojos de fibras longitudinales como un tejido de sogas, encajaba como ningún otro en la idea de "espigado". No habló. Me correspondía hablar a mí. A eso me estaba invitando su pasividad. Los brazos en jarra le daban relieves de fastidio controlado a su indiferencia. El ladrido de un perro viejo electrizó el aire con unas notas gruesas. "No te asustes. Es el perro de al lado. Pasá", me dijo.

Pasar ¿adónde?, ¿por dónde? Pasé a esa incertidumbre entre lo cubierto y lo descubierto a través de las montañas de obstáculos y atravesé un óvalo abierto en una pared lateral. A las preguntas que yo me había hecho las respondía la realidad. Del cielorraso de tierra cocida colgaba una lámpara. En la abertura ovalada se presentó un chimango. Bajó de las sombras, dio dos pasos y se detuvo. Los ojos salvajes destilaban premeditación. "Disculpame", me dijo Palo.

Se levantó de la silla en la que acababa de sentarse, atravesó un

arco de hierro que daba a otra oscuridad y salió dos segundos más tarde con una caja de Mac Donald's. Se agachó y la dejó a un paso del chimango, que perforó el cartón con el pico. Por el piso de tierra rodó una hamburguesa con cheddar envuelta en papel, y cayó con las puntas del envoltorio hacia arriba. El chimango lo abrió como si tuviera dedos en el pico, comió un poco y se la llevó volando en un simulacro de caza, escena que no comentamos (en honor a aquel silencio, tampoco voy a comentarla ahora).

Después de esa pausa le dije que quería hablar con él porque estaba escribiendo sobre Marcial. "Necesito testimonios", le dije. "No sé quién es Marcial", me dijo. Le conté que era el hombre con el que había tenido un incidente por los canteros del Parque Davobe y me dijo que seguía sin saber quién era. "Es un poeta conocido", le dije. Abrió los ojos como si viera venir el objeto que lo va a derribar, y dijo: "¿Poeta?". Le cité los primeros versos de "Cantos mínimos":

Yo sé muy bien,
lo sé,
muy bien,
que siempre estoy adentro de la tierra.

Quedó pasmado, afectado por un veneno bueno que se inyectó desde su interior. "Me gusta", dijo. Le pregunté por qué nada de lo que sembraba en el Parque Davobe tenía raíz, según lo que me había dicho Marcial. En otras palabras (estas son más "literarias"), le dije que lo que sembraba era degradación, agonía celular, de algún modo fósiles, lo que lo obligaba al reemplazo constante. "Las siembro muertas para ahorrarles tiempo. Pero tu amigo poeta también habrá visto que están muertas en plenitud", me dijo.

Después de un blanco en la charla me preguntó a qué me dedicaba. "Era sociólogo", le contesté. "¿Eras? Me gusta la gente que no dice 'soy'", me dijo. Armó un cigarrillo con una sola mano (sé que estoy diciendo la verdad, pero no lo puedo creer), lo encendió y caminó hacia los montículos de tosca, desde donde marcó la finalización del encuentro ajustándose la cola de caballo

con la delicadeza de una mujer con manos de hachero.

Me fui. Pasé por la casa de Marcial. Es una linda casa, alta, con árboles en el jardín anterior y líquenes bonitos en las tejas. No estaba en mis planes llamar a su puerta. Apareció la oportunidad de actuar en libertad, y lo hice pasando de largo. Me gustó la soledad de las calles, y la ausencia de máquinas rompiendo el silencio, los cantos enloquecidos de los pájaros nocturnos, los perros ladrándose en conversaciones interminables, y caminar hasta cualquier hora, solo, un poco perdido, por el Parque Davobe.

21 de julio

No sé cómo fue que se me hizo tan tarde. El tiempo da saltos largos hacia adelante. Mara me llamaba por teléfono. Mejor dicho, me rodeaba con sus llamadas, me inundaba. Lo que para ella no es indiferencia, es vigilancia. Son sus dos únicas estaciones que se conectan conmigo. No atendí. No soy un call center. Atiendo si tengo ganas, y si no tengo ganas no atiendo.

Al regresar viví momentos inolvidables. Es una gracia que a los flujos de rutinas les broten accidentes. De golpe, surgió la aventura como una flor nocturna que había que mirar. Hubo un corte en la Autopista. Indeterminado, turbio. Un policía, que administraba el tránsito con decisiones arbitrarias que se reabsorbían en otras de dirección opuesta, no dijo cuál era la causa por la que quienes íbamos hacia el norte teníamos que desviarnos hacia el sur.

En representación de la fuerza antiargumental que lo había contratado para ejercerla en su nombre, abrió la mano derecha en una dirección y se miró la palma, como si en sus líneas destellara el mapa que debíamos seguir. Un minuto más tarde quedé compactado entre cuatro camiones semirremolques: uno llevaba combustible; otro, autos nuevos; los otros, no lo sé. No había salida. Estábamos todos en el mismo punto inmóvil a metros del puerto, desde donde avanzaba una bruma combustible.

El fantasma del peligro me excitó. Era el cosquilleo de la vida. Todo el mundo estaba desesperado, retrocediendo marcha atrás o avanzando a contramano en un infierno de balizas. Todo el mundo, menos yo. Empecé a escuchar canciones en la radio, y a cantarlas a los gritos. Estaba totalmente colocado de anormalidad. Como si hiciera falta algo más, llegó el guionista callejero que el momento estaba esperando. Era un chofer de camión, que me golpeó la ventanilla y me dijo que había un corte más adelante: personas

pidiendo que vuelva la electricidad al barrio: “Olvidate, pa: no vuelve más. Esto termina a los tiros. Yo que vos me meto por ahí, ¿ves?, salgo por Mitre y a la mierda, después veo cómo sigo…”.

Meterme “por ahí” era pasar a presión por un orificio del embotellamiento, apoyar dos ruedas en el asfalto y dos en una vereda con guarda rail, rayar una puerta y avanzar quinientos metros en contramano hasta Mitre, la avenida por la que podría “salir”, mientras en la noche se perdían preciosos poemas de ruta: “¡Concha de tu madre!”, “¡Contramano, la puta que te reparió!” “¡Mové el culo, pedazo de puto!”.

Llegué a Mitre y remonté el Conurbano Sur. ¡Qué belleza! ¡Por favor! No hay un lugar en el mundo con tanta realidad. No hay nada más vivo que sus paisajes dinamitados donde todo es tensión, lucha al aire libre y muerte casi total de la apariencia.

Seguí la línea recta de la avenida en la que desemboqué, interminable, a veces a oscuras o mal iluminada, a veces iluminada como bajo un incendio de fuego blanco, con autos humeantes que no se sabe cómo siguen andando, camiones con los guardabarros colgando, sin luces ni paragolpes (que a cada cosa le falte algo: eso es la realidad), motochorros, policías bonaerenses con los patrulleros abiertos como pollos, delíverys suicidas cruzando por las calles transversales sin mirar a los costados, fábricas muertas, rejas oxidadas.

Descripta la línea, me faltan las interrupciones. La primera fue en un semáforo de un lugar al que me gustaría nombrar, si supiera cómo se llama. Una camioneta frenó en rojo y un motociclista se estrelló contra la caja. Vi todo, pero es obvio que lo vi como en un sueño porque yo no estaba en mi realidad. ¿Se mató o no se mató? ¿Había alguna diferencia en ese hervidero de reproducción y muerte?

Al fondo, un desvío del tránsito. ¿Otra vez? ¿Otro más? ¿Hacia dónde? De ninguna manera me iba a fijar en el teléfono en qué punto del mapa estaba. Fui siguiendo la onda y volví a la avenida de la que había salido, donde había una camioneta dada vuelta sobre un charco de vidrios rotos. Y otra vez el desvío, acompañado

de una sensación tan bonita: la sensación de no entender nada, lo que desintegraba el concepto de rumbo.

Avancé como en el aire por calles con perforaciones, filamentos de hormigón mal terminados, banquinas con ciénagas, perros raquíticos comiendo basura, humedad, mucha humedad, y mucha oscuridad, y más autos humeantes del color ocre de la masilla, y motos con jóvenes encorvados adentro de joggings y capuchas enormes, y ranchos y toldos; y al lado de los ranchos, granjas; y al lado de las granjas, talleres mecánicos, gomerías, mayoristas de lubricantes, parrillas, bulonerías. Todo salido de los sueños laborales de la pobreza. Pensé: ¿esto es triste? ¿O me parece triste a mí porque estoy formado en la alegría idiota de las posesiones y el terror a la intemperie?

Volví a casa muy tarde. El aire estaba helado. Mara dormía, dormían juntos el gato y el perro, dormían los vecinos, los pájaros. En se momento, el único habitante de este mundo fui yo.

22 de julio

Al día siguiente fui a conocer el barrio de la China. Quería ver el ambiente donde transcurría su vida con Miguel Vázquez y los mellizos. Estacioné al atardecer en la plaza del barrio, y allí estaba (a veces la realidad se organiza como un libro), leyendo en un banco. Los mellizos desaparecían con sus amigos detrás de los árboles, y reaparecían rodando por los planos inclinados. Los cuidaba un dios aparte.

Me acerqué. Su sorpresa duró unos segundos, hasta que le pareció lógico que un novelista siguiera a sus personajes. Una escuadra de aves negras en forma de V entró al cielo limpio, seco y de un color incierto. ¿Era blanco, azul, violeta, rojo, negro? ¿Era un cielo o su reemplazo alucinatorio? ¿De qué color es la luz cuando se desata una lucha por el brillo en su interior? No se sabe, ni se sabrá, porque lo que no hay es un color que se imponga sobre los otros. Eran flashes que enloquecían la percepción, pero se podía ver que todo era absorbido por la oscuridad creciente del crepúsculo.

Crepúsculo: qué palabra grande. Cierro los ojos y aparece la belleza torturante que designa. Una belleza en movimiento, a diferencia de las palabras “noche” y “día”, incluso a diferencia de la palabra “tarde”. Las tres nombran líneas extensas de tiempo. Hay mañana a las ocho de la mañana, a las nueve, a las once; y noche a las veinte y a las veintitrés; y tarde a las trece, a las catorce, a las quince. Se puede entrar en esos arroyos de tiempo sin estar demasiado atentos a su curso. Pero el crespúsculo es un proceso fulminante de declinación que aplasta lo claro con el peso insoportable de la oscuridad, por la que sabemos que la relación más importante del planeta es con las sombras.

La luna en el barrio de la China era una hoz recortada sobre un fantasma circular hecho como de vapores. Estábamos entrando

(hablo por mí y por quienes estaban en la plaza) al momento del día en el que todo, cosas y personas, contrasta con la claridad agónica del cielo y su lucha de colores y reduce el mundo a figuras negras muy nítidas recortadas contra el aura de un fuego lejano.

La China saludaba a todo el mundo. A los barrenderos, los policías, los paseadores de perros, los niños y los ancianos; y a todos los llamaba por sus nombres, incluso por los apócopes de sus nombres. Con todos tenía alguna relación basada en un historial de conversaciones y guiños; y para todos parecía tener un idioma puntual de atenciones personales y confianza.

Filmaba con el teléfono a sus mellizos rodando por el plano inclinado de la plaza. Hasta que uno de ellos perdió el ángulo de seguridad por el que bajaba, por llamar así el instante en que empezó a enfilar hacia las escalinatas de hormigón, y ella, sin dejar de filmar, llenó de alarma la plaza con un grito: "¡No, León!".

Algo pasó en el instante en que León tenía que haberse roto la cabeza, algo que ni ella ni yo vimos mientras sucedía ni cuando volvimos a ver las imágenes filmadas en el teléfono. Hubo un desvío infinitesimal operado por las fuerzas inexplicables de la suerte, tan poderosas como las de la desgracia.

El universo tiene regímenes secretos de intervención en cada hecho que ocurre, pero solo produce la fascinación de un pase mágico cuando interviene a último momento, el momento del rescate, cuando el tiempo se detiene y la cadena de causas que marchan hacia la catástrofe se corta y se vuelve a soldar sin el eslabón destinada a consumarla.

León se tomó la cabeza con las manos para ofrecerle a la madre una comedia dramática que disfrazara la inesperada realidad de salvación. Bautista, que no había protagonizado la escena (ni siquiera la había coprotagonizado) se acercó a recibir algún reconocimiento, aunque más no fuera el de estar ahí. Y ella los abrazó de una manera en la que se hacía muy difícil ver un futuro que los separara. Estaban tan unidos que, al soltarse, la unión que había terminado siguió operando en ellos.

La China cruzó a su casa a dejar a los mellizos con Miguel y

regresó. “Mi terror es que se queden sin madre, como me pasó a mí”, me dijo, y entró al fondo de su frase para traer el sentido hundido que la inspiraba. Me dijo que se había quedado sin madre antes de que se muriera. La había perdido en el huracán de la locura: “Todo era sobresalto. Todo. Me aterraba. Una madre no puede estar y no estar: tiene que estar siempre. Bueno, no sé… A los melli los amo con toda mi alma, y cuando no los aguanto los abandonaría por uno o dos días. Una madre puede hablar así, ¿no?”.

Me contó que estaba pasando por situaciones de tristeza sin causas a la vista. Tenían como factor común anunciarse un día antes. “Aparece una señal que me dice: ‘Preparate, China, preparate bien que mañana se te viene la maroma’. Y yo la espero con buena onda porque siempre me gustaron las intensidades del cuerpo. Todas. También las que me da la tristeza. Pero algo me pasa con esto que no me gusta. Es como si al final me hubiera alcanzado la bestia de la que me escapo hace veinte años. Yo corro igual que siempre, pero ella corre más rápido que antes”.

23 de julio

Miguel Vázquez le mandó un mensaje a la China para decirle que sus hijos la estaban esperando para que les encendiera el fuego del hogar. “Hace 22° C”, le dije. Me contestó que el fuego no era para calentar ambientes: “De lo que empieza y termina, es lo más barato de ver. A los chicos les encanta. Acompañame”, me dijo.

Cruzamos la calle, que de golpe parecía abandonaba. Con una precisión que no voy a describir en detalle por temor a que suenen exagerados los comportamientos mágicos de la realidad, la China abrió en una décima de segundo la puerta metálica de tres cerraduras y entramos por un pasillo hacia el living, donde me presentó con mi nombre verdadero, Julián Basualdo.

Durante unos instantes elásticos que Miguel estiró con la agresividad invisible del desinterés, sentí su desprecio perfecto en el sentido en que se dice que es perfecto un crimen. Luego se levantó del sillón de mala gana, por tramos, con una irritación creciente que se fugaba en suspiros equivalentes a insultos, y me saludó con una mano de muerto. La China le dijo: “Le voy a mostrar la casa. ¿Podés creer que compró una exactamente igual a como era esta cuando la compramos? De acá no se va sin la refacción en la cabeza. Vení, Juli”.

Vi el enorme baño de azulejos blancos y la bañera de loza con patas de león, el descanso de la escalera con un vidrio fijo que daba a la copa de un árbol de la calle, el jardín interior con un compost y un banco de plaza sobre el que el sol se encuadraba al mediodía, y el dormitorio de la China y Miguel, con tres paredes altas de vidrio y cortinas desenrolladas por las que el mundo entraba como un vapor o un fantasma de reflejos, o sea como lo que es.

Los objetos son claros si los ilumina la luz del día, y tienen forma y peso y algún grado de belleza, y nos gustan o no nos gustan

apenas los vemos. Y las personas son horribles o bellas, o invisibles. Las montañas y los mares estremecen por su tamaño, que reducen al ser humano a un punto pasajero del espacio; y de los polvos y microgotas que flotan en el aire a contraluz, nos conmueve el misterio de su actividad. Pero el mundo es lo que está detrás de eso, es un hecho turbio como el que pude ver a través de las cortinas del dormitorio, hasta que la China las enrolló y el mundo volvió a manifestarse mediante sus apariencias.

Bajamos las escaleras. Miguel nos esperó en el descanso con un silencio que rodeaba como una isla a su sonrisa falsa. Era una señal de mil bocinas que decían que mi visita había terminado. Por si hacía falta una hostilidad hablada, dijo: “Ya puse la mesa, amor. Julián no se queda, ¿no?”. Acostumbrada a esos desplantes, y a contragolpearlos, la China le contestó: “No, no. Ya quedamos en que almorzamos mañana”.

24 de julio

Me fui pensando por qué se vive en un solo lugar. Por qué yo y la China y Marcial y todo el mundo vivimos en una casa y no en dos o tres. No es una fantasía patrimonial. No quiero otra casa para mí, incluso la casa en la que vivo podría ser de otro. Me refiero a que a nadie se le pasa por la cabeza la idea de vivir en más de un lugar: en dos, en tres, en diez. Un día acá; el otro, allá: rotar, moverse, turnarse, entrar y salir con familiaridad de varios sitios, adaptarse a varias cosas a la vez sin añorar ninguna, y que todas parezcan igualmente propias y ajenas.

Entre la casa de la China y mi auto estacionado del otro lado de la plaza, pensé qué habría podido hacer en las horas siguientes si mis movimientos no estuvieran decididos por el hábito de regresar a casa (uno se la pasa regresando). Podría, por ejemplo, no subirme al auto y caminar siguiendo rumbos inesperados, cenar solo, preguntarle a mi amigo Sergio Ruiz (este nombre es falso) qué le parecía la idea de que yo durmiera con la belleza atómica de su mujer, Agustina Rojas (este nombre también es falso); y, al día siguiente, contarle a Mara cómo me fue la noche anterior sin que su curiosidad se mezcle con el juicio o el dolor. Hay tantas cosas en la vida, y yo voy a haber tenido tan pocas el día que me muera, que por qué no podrían armarse secuencias con todas las experiencias deseadas, aunque se superpongan (siento que tengo en la cabeza un millón de hormigas gobernadas por la China y Marcial).

En la plaza había una pelea de gatos. Se revolcaban sobre el césped formando una esfera transparente de violencia. El dúo de aullidos inflaba el silencio negro de la noche. Una mujer que caminaba en dirección contraria a la plaza, ilusionada con aplicarle a los animales sanciones humanistas, se detuvo a luchar por la paz. Lo hizo como un policía, dando gritos de alto y tirando patadas de

persuasión que los gatos registraron como un llamado al descanso.

Quedaron enfrentados en situación de espejo, a milímetros de rozarse las trompas, lo que no impedía que se rozaran los bigotes. Se miraban a los ojos, mejor dicho al vacío que se abría en el fondo de sus ojos. Si hubiera que deducir su estado por la electricidad que los petrificaba, estaban vivos y muertos.

La mujer se fue y los gatos siguieron en la misma posición, sin matices ni vibraciones que alteraran un milímetro el monumento de agresividad contendida que habían esculpido. Me senté a verlos, quiero decir a esperarlos. En algún momento volverían a unir el hilo de la lucha que se había cortado. Es lo que indica la vida salvaje. Pero pasaron cinco minutos y la guerra de paciencia entró a una fase de consolidación. Se movían menos que antes, si se pudiera hablar así de algo que antes ya no se movía.

Me cansé, me fui y entré a un kiosco. Compré una lata de Coca-Cola y caminé por el barrio de la China, donde tomé fotos y se las mandé a Marcial. Le escribí: “Barrio de tu China”. Me contestó con unos emojis sin criterio, sacándome de encima de su teléfono y echándome al pozo del silencio (era obvio que me envidiaba).

Volví a la plaza. Los gatos seguían cristalizados exactamente en la misma figura. La paciencia es suspenso. Me lo enseñaron esos dos gatos tarados, a los que volví a contemplar desde el mismo banco, hasta que la escena entró en su etapa de deshielo. El gato negro comenzó a transmitirle al plateado su capitulación. La manera en que se retiró fue similar a la de una imagen en movimiento que sale de un dibujo fijo, y lo hizo a una velocidad que no era fácil asociar con algo que se estuviera desplazando. Estoy tentado de decir que se fue quieto, y si lo digo es porque el efecto que producen los hechos es la única verdad de los hechos (todo lo que pasa es un “como si”).

15 de agosto

Transcribo este mensaje de voz de la China a Marcial sobre uno de sus mellizos (no dice cuál). Es, por decir así, una pieza suelta, de la semana pasada: “Acaba de delirar. Debe ser por la fiebre. Anoche dormí más o menos porque él se despertaba con 39°, con 40°… No le bajaba con nada. A las seis de la mañana me vomitó encima. Me dio la sensación de que eso era lo que quería. Después se durmió. Pero el delirio de recién… Me da un poco de risa, y de miedo. Gritaba como un loco, señalaba cosas en el aire, me llamaba estando encima de mí. Horrible. Y misterioso. Muy misterioso. Porque el delirio es una realidad del que lo tiene. ¿O no? Estoy sola en casa con él, y tenía que contárselo a alguien, ¿y a quién se lo voy a contar si no es a vos?”.

16 de agosto

Después de transcribir el mensaje de ayer, y de volver a escucharlo esta mañana varias veces, pienso qué podría decirme el editor de este libro, si es que alguien lo lee algún día y lo publica (no creo que sea Valerio: no me atiende el teléfono), sobre la posibilidad de agregarle archivos de audio con los mensajes de voz de Marcial y la China. Al menos los que sean más representativos de sus emociones. ¿No es lógico que estando a disposición la materia de esta historia se les conceda a los lectores la posibilidad de tenerla? Es la prueba de que son personas, no personajes

23 de agosto

Le pregunté a la China si lo que yo estaba contando en este libro eran cosas que estaban pasando o las inventaban ellos para mí. Me dijo: “Nos pasan, pero antes las inventamos. Eso es fácil de explicar. Lo difícil es entender en qué época están pasando esas cosas. Marcial dice que están pasando en la infancia de los dos, y tiene razón”.

6 de septiembre

Volvieron a desaparecer. Me bloquearon de sus contactos de WhatsApp. Fui varias veces al barrio de la China. Vi a los mellizos y a Miguel, pero no a ella. Y fui al barrio de Marcial, y caminé por el Parque Dabove en los horarios en los que suele caminar él. No estaba. Si no rompí relaciones con ellos es porque no me conviene.

7 de septiembre

Anoche me emborraché mal.

22 de septiembre

La reputísima madre que los reparió a los dos.

26 de octubre

Reaparecieron ayer, cosiendo como si nada los bordes del tiempo que habían abierto para apartarme. La China dijo: “Empiezo por el principio… Fue así… Un día Marcial me manda un mensaje a las ocho de la mañana, y me dice: ‘¿Estás viendo esta lluvia que se armó de golpe? Quiero tomar un café con vos en la ruta’. Le digo: ‘No generalices. ¿Qué es la ruta?’. Y él me contesta: ‘La 6. Te espero a las diez y cuarto en la YPF del cruce de Cañuelas’”.

La China puso el teléfono en modo avión para no darles lugar a los repliegues asustadizos de Marcial que a él tanto le gusta presentarlos como argumentos, y le dijo a Miguel que necesitaba el auto para hacer algo urgente, lo que era verdad. Entró al bar de la YPF de Cañuelas y, desde una mesa sobre la que caía una luz sin sombras, como de quirófano, vio llegar la camioneta de Marcial.

Todavía no llovía en Cañuelas, y no hay muchas cosas que le gusten más a la China que cuando todavía no llueve y el cielo se va cargando de cosas. Ama la violencia natural, la ira eléctrica de las tormentas, las amenazas del cielo. Marcial bajó de la camioneta y abrió el paraguas apuntando el mástil al viento que de un golpe quebró las varillas del armazón y lo envolvió en su tela negra. Caían unas líneas blancas de agua helada y, según ella, “el frío se veía como se puede ver una montaña”. “A que te reíste de mí”, le dijo a la China cuando entró al bar de la YPF. “De vos, no: del paraguas”, le contestó.

Por el bar pasaron viajantes de comercio, turistas, policías rurales y vagos de pueblo, es decir locura individual aceptada como teatro de la calle. Hubo cambios de turno de los empleados, arqueos de caja, risas, gritos, golpes de albañilería que salían de los fondos. Todo pasaba, menos ellos, que estuvieron siempre, como la lluvia descargándose al mismo ritmo a lo largo de horas, las horas que

nunca pasan cuando llueve.

Ese día Marcial vio a la China como algo que se extendía en el espacio: “Imaginate una persona que se parezca a un campo, a una estancia. A donde mires, está”. Ella se había levantado a buscar un abrigo al auto. Tenía un vestido largo azul, y zapatillas blancas con plataforma. La vio salir y caminar unos cincuenta metros bajo los enormes techos montados como alas, entre los surtidores, obedeciendo al baile que su cuerpo aprendió en la infancia imitando (y erradicando) el andar de su madre. ¿Cuántos kilómetros, cuántas horas habrá caminado para terminar haciéndolo como si flotara?

Volvió con una campera de jean en una mano y el teléfono en la otra, ante el que se inclinó para escuchar un mensaje y sonreírle al fantasma que se lo había grabado. ¿En qué estaría pensando? La vio en otro mundo, en un mundo sin él aunque él la estuviera viendo, cayendo a la soledad en la que pasa la mayor parte del tiempo, ese tiempo ensimismado al que verdaderamente pertenece, interrumpido por el trabajo, los mensajes de Marcial y sus mellizos rompiendo en las costas de su intimidad con olas gigantes de amor que la ahogan y la rescatan, sin rescatarla ni ahogarla del todo.

La miró como a un museo de movimientos. La amaba. Lo veía claro desde su observatorio de aspirante a llegar a los recodos, los subsuelos, los entretechos por donde corrían las bestias interiores de la China. Amaba sus viajes solitarios, verticales, de clavadista cayendo a un mar negro, y los puentes que conectaban su cabeza incendiada con universos poblados de intrigas; y su belleza sin terminar, indecisa, de niña creciendo, como si estuviera esperando una orden definitiva de su ánimo, que nunca llegaba, para enfriar por fin la porcelana de su máscara.

“¿Qué te pasa que me mirás?”, le dijo ella cuando volvió a sentarse en el bar y cruzó las piernas, dejando ver los moretones negros en las rodillas y los muslos blancos entre los que se asomaban, a lo lejos, las costas de la bombacha: “¿Qué te pasa que me la mirás?”.

Cuando la electricidad de la comedia se agotó y regresó el

silencio, quizá lo único que regresa siempre, la China empezó a ablandarse y a dejarse ir hacia Marcial. Hay un modo cursi (el único verdadero) de darle un nombre a esa reacción: dulzura. La dulzura de la China: inmensos sembrados florecidos y escondidos bajo el perfil de seguridad de la ironía, que a veces empleaba para negar ¿qué? "¿Qué negás?", le dijo Marcial, y en los ojos de la China se formaron unos aros como de silicona transparente, donde giró pesada la rueda de la emoción.

27 de octubre

De golpe, la China le dijo: “¡Soñé con vos!”. No es fácil recordar un sueño. Tiene algo de barrer vidrios. Aunque sobrevivan todos los elementos, muere la forma general. Salvo que el que sueñe se reserve el lugar del espectador que interviene sobre lo que va sucediendo y haga él mismo el sueño desde adentro. Desde ese punto de vista, se sueña que se es un dios. No hay muchas alternativas: o se sueña que se es un dios, o se sueña que se lucha contra un dios al margen de la forma con que se presente (perdón por esta reflexión, que no sé a dónde me lleva).

Su impresión, mientras se esforzaba en recomponer las piezas dinamitadas por la vigilia, era que el sueño concentraba todo su espectáculo en una sola escena. La China (y digo la China porque cuando le contó su sueño a Marcial dijo: “yo”) estaba en una casa que era y no era la de ella, una situación trillada de los sueños que quieren dejar en claro que los lugares propios lo son al precio de estar enajenados.

La casa tenía la iluminación invertida. Las zonas más iluminadas en la realidad, eran en el sueño las más oscuras; y las más oscuras, las más iluminadas. Y la acción no sucedía en el living, la cocina o las habitaciones sino en toda la casa. Pero como, además, no había afuera, la casa era un mundo completo del que no se podía escapar.

En esas circunstancias de representación por las que el sueño definía su geografía de asfixia, la China, que estaba adentro del sueño, más adentro que nadie, vio que en un punto de la casa (el punto más visible, como si se viera bajo un chorro de luz) aparecía un escritor muy conocido en todo el mundo que no lograba engañarla (ella sabía que era Marcial) y le decía: “Me voy”. ¿A dónde, si no había exterior?

La China quiso en el sueño que la rueda del mundo y las agujas

de los relojes giraran al revés, y que no cayera la noche y que la piedra que se arrojó al aire no llegue al piso y que el mundo no sea mundo para que no pasara lo que estaba pasando. Negar es negar lo específico de la vida: sus desequilibrios de composición, la velocidad del tiempo, sus ataques por sorpresa y sus injusticias cotidianas (estos cuatro componentes ya definen su carácter infernal), y eso fue lo que intentó hacer.

Entretanto, creyó que Marcial, encarnado en ese escritor "internacional", se iría para siempre una vez que lo hubiera anunciado. Es que solo hay fe en lo que se oye. Se cree exclusivamente en la palabra. No hay fuerza más grande que la de creer en algo dicho, aquella que se filtra como una corriente de plomo por las venas de la debilidad y se convierte en letras de piedra.

Entró en una nada llena de materia oscura. Quiso gritar y no le salió una palabra. Si hay una actividad mental que le da al lenguaje el lugar de impotencia que verdaderamente se merece es la del sueño malo. Todos los recursos de la representación se reducen a una especie de hiperventilación que impide hablar. Es un trauma que revela el estado real del expresionismo: en el momento en que se debe decir algo de vida o muerte, en el momento en que debe decirse todo, las palabras no salen porque no están.

"Escuché: 'Me voy', y te juro que aunque estuviera soñando lo escuché en la realidad de mi casa, en mi cama. Fue como si me hubieran metido en el cuerpo una bomba que explotaba a una velocidad lentísima para hacerme sentir, y para hacerme ver, milésima de segundo a milésima de segundo, sin pestañear, todo lo que iba destruyendo en el camino", me dijo la China.

El relato del sueño la dejó extenuada y con un pie todavía adentro de sus efectos. Lo miró a Marcial y le dijo: "Vos sos tarado, ¿no? ¿Cómo te vas a ir?", mientras la lluvia caía sobre los techos formando un rumor de fábrica con grandes máquinas en marcha.

29 de octubre

La China le pidió a Marcial que le recitara de memoria "Sherman", de su libro *Cantos mínimos.* Marcial lo intentó, pero se perdía, trastabillaba con los versos que se le presentaban en desorden. Lo buscó en Google y leyó:

¿Cuántos aserraderos,
tronos,
cetros,
camas de reyes
de reinas
y de príncipes;
y cuántas mesas,
ruedas,
bancos de plaza,
puertas de celdas,
cepos,
carruajes,
lanzas de carruajes,
ataúdes,
urnas,
puentes,
libros,
culatas de fusiles,
tranqueras,
estuches de fusiles,
canoas,
escritorios
y papeles de escritorio
podrían caber

en el interior del viejo Sherman?
A ver, ver…
Hagamos una lista.
¿Cuánta leña harán del viejo Sherman cuando muera?
¿Cuántas astillas?
¿Cuánto calor saldrá de él, sin él ?
¿Cuántas llamas azules?
¿Cuántas chispas rojas?
¿Es cierto, como se dice, que toma agua de la niebla?
¿O no es cierto?
¿Y se puede saber por qué no muere,
por qué no cae?
Evidentemente, digo yo,
porque no es un hombre, amigos,
y se debe a sus raíces,
a sus topos que cavan en las sombras.
Y sin embargo…
yo diría…
también…
que se mueve la tierra
en la que el querido Sherman no se mueve.
¿O no se mueve la tierra?
Entonces,
si ella se mueve,
Sherman,
inmóvil,
se mueve con ella.

Marcial propuso ir a ver a Sherman. “Por supuesto”, le contestó la China, que asumía los planes mesiánicos como un destino. Miró alrededor y vio en los estantes del bar de la YPF unos artículos de librería (lamento en el alma si desean otro escenario, pero seguimos en la YPF de Cañuelas, donde sigue lloviendo). Compró lápices y un block de hojas. Buscó en el teléfono información sobre vuelos a Los Ángeles, precios de alojamiento y restaurantes, y dibujó a Sherman, los picos de Sierra Nevada y una hoja de ruta que marcó con cruces

de colores.

30 de octubre

Marcial buscó desesperadamente los dólares que había guardado en unos libros, pero ¿en cuáles? Tiene seis mil. Estuvo horas aspirando los ácaros del papel, estornudando con gritos de alergia hasta que aparecieron y entonces volaron a Los Ángeles y llegaron al Parque Nacional de las Secuoyas de California. Había nevado. Bajo las ruedas del auto de alquiler crujía el agua en polvo. Pasaron por adentro de una secuoya calada en forma de túnel rectangular. El aspecto de la obra era atroz, y empeoraba la idea que lo inspiró. Tiene que haber sido el resultado de un largo proceso: proponer la afrenta (al árbol y a quienes lo vieran mutilado), sostener el deseo de cometer el desastre contra la burocracia conservacionista que intentara impedirlo, resolver el acto del calado de una madera dura como el acero. ¿Por qué el proceso triunfó sin que nadie lo interrumpiera?

Marcial me dijo que lo más importante de esa área, donde el tamaño de la vegetación engaña los sentidos porque ninguna percepción humana está preparada para admitir como árboles unas columnas de cien metros de las que solo puede reconocerse explícitamente su materia como madera si de manera implícita se la reconoce como un hecho metálico, ocurre en los subsuelos de piedra, donde las raíces serpentean a una velocidad apenas superior a la de la quietud.

"¿Sabés por qué no se mueren? Porque tienen raíces colectivas. Si un árbol del bosque se está muriendo, la raíz común detecta la falla, reorienta el flujo de la alimentación automáticamente y lo salva. Desde mi punto de vista, los vegetales son animales superiores", dijo Marcial.

El auto era una cápsula de aire helado. El frío salía literalmente del interior de los vidrios. Estacionaron en un mirador y bajaron a

ver el General Sherman. Eso de ningún modo podía ser un árbol. Su presencia inaceptable no cabía en las miradas de la China y Marcial (no cabía en sus cuatro ojos helándose bien abiertos), ni en la palabra que la designaba. ¿Un árbol? ¿Eso?

Contaron los segundos que tardaron en darle la vuelta al tronco: cuarenta. Miraron hacia arriba, y de pronto Marcial recordó las moles de acero y vidrio de Nueva York, y dedujo que eran una emulación de ese poder vegetal que la naturaleza ejercía en la montaña. Me dijo: “Estados Unidos, ay, Estados Unidos… Es todo voluntad. Por eso les salen tan bien las cosas malas”.

Para él era un delirio representar el poder del capital, su ascenso, su ilusión de escalera que desemboca en el cielo, inspirándose en la rectitud y la longevidad de un árbol: “¡¿Qué tendrán que ver?! Decime si las Torres Gemelas no se inspiraron, pobrecitas, en el bosque de gigantes de California, donde las secuoyas parecen clonadas. Edificios nuevos, horribles, dorados, plateados, queriendo ser árboles de tres mil años en una ciudad de cuatrocientos. ¡Qué poca poesía! Me dan pena”.

En la nieve, las secuoyas y las montañas se veía un choque violento de eternidades. ¿Quién representaba mejor lo que no termina? La grandeza, el poder material del General Sherman no era nada si se lo comparaba con lo que había durado izándose lentamente contra el peso de la gravedad y el frío de compactadora de California. La China le preguntó por qué había escrito sobre algo que era y no era un árbol. Marcial le contestó: “Porque cuando supe que existía no pude hablar”.

Cuando volvieron al auto, el guía que les había glosado la historia del General Sherman les dijo que podía llevarlos al Bosque Nacional Inyo a ver el pino de casi cinco mil años llamado Matusalem, el ser vivo más antiguo del mundo.

2 de noviembre

A la mañana siguiente viajaron a Nevada y dejaron el auto en un estacionamiento de las White Montains, donde los esperaba el guía con dos motos. Lo siguieron. El guía hizo una seña para que se detuvieran a la entrada de una cueva. Dejaron las motos y se internaron caminando en la transparencia hiperrealista de la helada.

Fueran hacia el norte o hacia el sur, lo hacían bajando, clavando la punta de las suelas en los pedregales aceitados por las capas de nieve. No se podía caminar sin fracturar lo que pisaran, rompiendo el silencio inhóspito, el silencio de existir en la libertad de la soledad y el terror. Fue la primera vez, según me dijo la China, que acompañada de Marcial se sintió sola. La montaña aportaba el estremecimiento de la antigüedad, pero era una antigüedad muerta, no la antigüedad viva de Matusalem hacia la que estaban yendo.

Caminaron una hora, muertos de sed. En la piedra crecían pinos de un verde reluciente. No vieron un solo insecto, ni un solo pájaro. Respiraban mal. La presión de la altura golpeaba las sienes de Marcial. El sol alumbraba desde lo alto, pero no había que confiar en su constancia. Las nubes tienen su ejército de reserva en la montaña, y se acopian en depósitos invisibles.

Los únicos animales agrediendo con sus pasos de campaña la paz del bosque eran Marcial, la China y el guía, que dijo: “Estamos llegando”. La frase, ordinaria, aplicable a todos los tránsitos que desembocan en su destino, llenó el aire puro que corría entre los pinos y las piedras del plano inclinado por el que bajaban hacia lo vivo más viejo del mundo o, de los seres vivos más viejos del mundo, el más famoso y arrogante, cuyos protectores habían tenido la delicadeza (la única) de no revelarle su paradero a todo el mundo.

El guía se frenó de golpe y se cortó el seseo de las botas sobre las piedras molidas. Las ráfagas heladas se hundían como lanzas en las camperas. La China y Marcial quedaron frente a un grupo de pinos nevados del otro lado de una línea que dividía dos laderas. Había que cruzarla con la mirada y adivinar dónde estaba Matusalem.

¿El nombre aludiría, además de a la longevidad, a la decrepitud, incluso a la agonía? ¿Y si era un árbol-niño de apenas cinco mil años, capaz de vivir hasta los cien mil? Lo vieron como una mancha entre los pinos. Un dibujo se asomaba en el interior de otro. Explotaron los contrastes del anacronismo. ¿Esos pinos de cien o doscientos años estaban conviviendo con "eso"? "Era como si un recién nacido tuviera en brazos a su decabuelo", me dijo Marcial.

Mientras lo contemplaban, entraron en un éxtasis de confusión en el que se hubieran quedado años. Lo asociaron a un insecto gigante sin cabeza, a unas sogas gruesas de mármol blanco retorcidas, a un tótem tallado en un bloque de hueso, a un serpentario fósil y a un gigante normal (digamos una secuoya enana) castigado por una tormenta de rayos, aunque no era justo compararlo con algo.

El guía percibió el recogimiento y se apartó unos pasos. La China y Marcial sintieron que ellos o el pino longevo no estaban en el mismo mundo. No podían ser contemporáneos. Se acercaron a ver las vetas de sus raíces planas y espiraladas, de animal que se cubre el rostro con las patas. "¿Cómo puede ser que esté vivo?", dijo la China, y le explicó a Marcial que si lo tocaban tocarían tiempo del modo en que se toca tiempo si se mete la mano en un río.

Ella estiró sus dedos hacia la madera como dormida de Matusalem y los apoyó en un perfil plano de la raíz, aunque no me pudo asegurar que fuera la raíz. Si lo era, no se distinguía con claridad del tronco, ni el tronco de las ramas. "¿Qué sentiste?", le pregunté. Me contestó con una de sus hondonadas de silencio sobre la que se volcó, desbordándola, una emoción yo diría preventiva. Algo en los generadores de afectividad de la China se soltaba de un modo precoz y, con la misma precocidad, se replegaba. Ocurría

antes de que el proceso de la emoción concluyera y pudiera ser descubierto por sus efectos, principalmente los asociados al llanto o a la contención del llanto.

Como si se anticipara en varios segundos a lo que pudiera emocionarla (Marcial dice que podía anticiparse en días y, estaba seguro, también en años), la China sentía los hechos mucho antes de experimentarlos porque su imaginación les daba un estado de realidad que a la realidad siempre le faltaba completar (si hay algo que se puede decir de la realidad es que es un fenómeno subejecutado). Me dijo: "¿Qué sentí? No sé… De todo. Pensé en mí y en Marcial, en que estábamos ahí sin saber cómo habíamos llegado. Y pensé… ¿Sabés en qué pensé? ¿Querés que te diga de verdad? No pensé en nada. ¿Eso es un pensamiento?".

15 de noviembre

Lo que escribí de California me lo contaron en el Café Brasil. “Pago yo”, dije, y extendí unos billetes de los que me paga la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, últimamente a cambio de nada. Y antes de despedirnos, ya perfilados hacia la salida, la China me dijo: “Queríamos pedirte ayuda para ver cómo seguimos”. “¿Cómo siguen?”, le dije. Me contestó: “Exacto. ¿Cómo seguimos? ¿Se te ocurre algo?”.

19 de noviembre

Salí a caminar después de una tormenta. Se respiraba la humedad de la vida. A la luz turbia de la tarde la clareaban los vientos, pero seguía pesando el orden líquido del cielo. Comenzó a caer un vapor de pequeñas astillas. No me quejé. Nunca me quejo, y menos de lo que actúa sin tenerme en consideración.

Me quedé inmóvil bajo el agua, que caía sobre mí como podría haberlo hecho sobre una piedra o un árbol o un lago, es decir sobre una naturaleza inhumana, que es lo que de algún modo también soy (algunas veces es lo único que soy). Y en mi cabeza, sobre la que golpeaba la lluvia con sus puntas, se fue formando un monólogo por el que desfilaron varías propuestas para que la China y Marcial siguieran viviendo en esta novela.

Nos vimos en un bar que aconsejé adoptar en reemplazo del Café Brasil y en honor a lo nuevo que nacía. Lo elegí con vista al Río de la Plata. Los ríos, incluso este, que no discurre, en el que se arremolina el barro y que lo único que tiene de río es el agua, llaman al horror del vacío y a la reflexión que lo calma.

Les presenté alternativas con “desarrollo”. Eran propuestas serias que pedían actos. La que más les gustó fue la de la convivencia de medio turno: que Marcial entrara a la casa de la China cuando estuviera ella sola, y viceversa. Yo me inclinaba por que se vieran en las dos casas porque eso le daba elasticidad a la dinámica de reuniones, y bajaba riesgos, básicamente los de la observación del vecindario porque ver algo un día y al día siguiente no verlo debilita la fe en su existencia (existe a medias).

25 de noviembre

Murió Maradona. Lo considero un hecho inaceptable.

28 de noviembre

Ultimamos detalles y una nueva historia comenzó. La China bajó del tren y caminó hasta la casa de Marcial. Todo era nuevo. De golpe había caído a una especie de extranjero, al que llegó transportada por la respuesta fulminante de su cuerpo a un impulso oscuro. Su mirada de profundidad se activó y penetró hondo en cosas que veía por primera vez. Nada la conmovía tanto como las novedades, esos pozos de la realidad en los que se dejaba caer como una piedra en el vacío.

Cuando la absorción completa de las cosas le dio un descanso, aunque más no fuese para almacenarlas, miró el piso y vio entrar y salir de las baldosas, a toda velocidad, las puntas de sus botas. ¿Por qué tanto apuro?

Marcial oyó el timbre de su casa y vio a la China en la pantalla del portero eléctrico. Estaba en el espacio exterior inmediato, separada del interior por el paso que había ido a dar. La situación, totalmente anormal, tan anormal como podría ocurrir con una realidad que acaba de ser totalmente reemplazada por otra, se naturalizó en un segundo.

La China oyó unas guitarras españolas y una ovación y un silencio construido, como se podría decir que se construye un edificio, al que entró para habitarlo en todos sus huecos la voz de un cantante, a la que la voz de Marcial acompañaba gritándole a un micrófono inalámbrico con los ojos comprimidos por el esfuerzo.

Le faltaba aire o le sobraba aire, por lo que su respiración era un drama. En la pantalla enorme empotrada en la biblioteca donde vibraban los libros se veía a Joan Sebastian en el centro de un estadio de corridas, con los bigotes negros y el cabello rojo, y un sombrero blanco de jinete, montado a un caballo árabe del color cambiante de los reflectores que lo iluminaban, con un saco oscuro

de mariachi bordado con hilos metálicos. Estaba cantando en la pantalla. En la vida estaba muerto desde hacía varios años, pero ¿a quién podía importarle? ¿O no es para seguir cantando después de muertos que cantan los cantores?

La puerta se cerró y la China quedó rodeada de un anillo de música. Marcial me dijo que ensayó la canción en el karaoke durante varias mañanas, a los alaridos, desviándose hacia los abismos de la discrepancia tonal, convirtiendo las palabras en ruidos sin idioma, pero conservando la angustia tallada en piedra del cantante, cuya voz Marcial seguía como un perro viejo, ciego, rengo, que corre a su dueño sin alcanzarlo:

Cruzaré los montes,
los ríos los valles
por irte a encontrar.
Salvaré tormentas,
ciclones, dragones (sin exagerar)
por poder mirarme en tus ojos bonitos
y sentir la gloria de estar a tu lado…

Sonó el timbre. Por la ventana vieron una retroexcavadora subiendo la vereda. En una burbuja de humo oscuro resplandecía el chaleco fluorescente de la persona al mando. El motor lo hacía vibrar al ritmo de una electrocución. Marcial desconectó el karaoke y salió a atender. La máquina entró por una galería lateral y la China la vio pasar por un paño de vidrio abierto en un flanco de la casa, hediendo un sudor a aceite quemado e instalando en el núcleo de su sorpresa una escena de exploración lunar.

Detrás de la máquina entraron seis obreros en una procesión lánguida, o más bien en un regreso de procesión. Los músculos atrofiados por el trabajo físico a destajo comenzaron a ablandarse cuando agarraron las palas de punta y marcaron un perímetro rectangular de ocho metros por cinco sobre el que se precipitó la retroexcavadora para hundirse en la tierra.

Marcial me dijo que no había alcanzado a componer un juicio sobre el baile con el que la retroexcavadora estaba destruyendo el

césped con sus cubiertas de dientes en diagonal que, en un giro descontrolado, la vio clavar un ángulo de la pala balde en la medianera. Los obreros no giraron la cabeza para saber qué había ocurrido. Tenían aplanada las reacciones para lo que no fuera una catástrofe.

La China salió del parque porque es una reacción muy humana seguir un ruido para hallar lo que lo explica (siempre hay una historia detrás de un ruido). El operador saltó de su aislamiento y clavó sus borceguíes Ombú en la tierra, levantó los auriculares de silencio y dijo: “Mil disculpas, doña. No sé qué pasó. Se me enloqueció la máquina”.

Una brisa de éxtasis golpeó el rostro de la China. El operario se estaba reportando a su autoridad, la de la señora de la casa, que no pudo menos que debutar perdonándole la vida con una frase hecha. “Cosas que pasan”, le dijo. Lo miró con un aire de control de calidad, ratificado por el silencio que, ejecutado ante desconocidos, siembra fantasías de reproche. Luego miró a los obreros y les dijo: “Sigan, sigan…”, para hacerles notar que a partir de ese momento sus libertades, y por lo tanto el cercenamiento de esas libertades, vendrían de ella.

30 de noviembre

La China dirigió la obra durante las dos semanas que duró. Decidió que los jets del circuito de filtrado fueran tres y no dos como le sugirieron, que las baldosas térmicas fuesen con borde de ballena y que los escalones de ingreso tuvieran forma de medialuna. Marcial la dejaba moverse en los intersticios de un poder ejercido en su nombre, y delegado por el silencio (lo ejercía porque nadie le dijo que no lo hiciera).

El día del colado del hormigón en la base, se sentó a tomar mate y ver cómo los obreros aplanaban las olas grises y espesas en un plano inclinado, hasta que el aire cuajó el material y le dio densidad de fortaleza. “Yo los miraba como si supiera lo que estaban haciendo”, me dijo la China. Le pregunté en qué consistía ese “como si”. Dijo: “En mirar. El que mira siempre parece que sabe algo”.

Las agujas del proceso giraron varias veces hacia la consolidación de la estructura y, luego, hacia la acumulación de detalles, y una mañana la pileta estuvo terminada y Marcial y la China la llenaron hasta que el agua se alisó como un metal, o mejor dicho como un vidrio, si se quisiera ajustar la metáfora al máximo de su rendimiento visual.

“Inaugurala vos”, le dijo él. Ella caminó en círculos (rectangulares) sobre las baldosas térmicas, rodeando la transparencia con un paso de víspera olímpica en una villa olímpica, digamos en una pausa de competitividad, y se detuvo en la mitad de las baldosas recién pegadas sobre uno de los anchos del perímetro.

Había traído una malla entera que no respondía plenamente a ningún color. Parcialmente, sí. Podía ser un coral encendido, un fucsia apagado, un burdeos detrás de una bruma. Era un color perdido en el espectro visible, escondido en la luz, y sin que Marcial

me lo dijera intuí que la piel de la China, pálida como un blanco de hueso (un blanco con un lejano pasado negro), podría haber sido la causante de una mezcla problemática para la percepción.

Marcial me dijo que la vio detenida sobre las baldosas, defendiendo con una concentración psicópata su punto en el espacio. “Estaba existiendo. Eso es algo que se ve en quien lo siente”, me dijo. Levantó varias veces los talones sobre la aspereza como de goma de las baldosas. Tenía los brazos pegados al cuerpo y la mirada extendiéndose por encima de la casa de Marcial, en un ángulo rasante que se deslizó por las tejas y se hundió en el celeste extraño del cielo.

La pileta no estaba pintada, por lo que el interior de cemento, de un hermoso gris mojado sobre el que se extendían vetas ondulantes que le daban un prestigio de pozo cavado en la piedra, contrastaba con la malla de la China que, del color que fuera en ese momento, despedía una pigmentación eléctrica. Era un contraste del que derivó, según Marcial, un tercer color imaginario que se abrió entre ambos como una buena idea sin concretar.

Me entusiasma contar, no sé bien con qué propósito (aunque el único propósito de contar es no callarme), que el rectángulo color arena de las baldosas bordeando el cemento, el verde de la grama brasilera que Marcial hizo implantar la mañana de la que estoy hablando y de algún modo viviendo, el cielo sin nubes dándole luminiscencia a la malla de la China y la transparencia del agua, inmóvil como una gelatina, están formando en mi cabeza un mundo real, actual, del que soy testigo, y comprendo que eso es escribir, y no me importa si lo hago bien o mal.

La escena giraba menos alrededor de un teatro que de una escultura. La China seguía parada en el borde de la pileta, saboreando la víspera antes de romper la lisura del agua. Era la experiencia de rotura la que la tentaba, supongo que porque la quietud creaba la ilusión de que iba a atravesar el piso. Muchos actos, tal vez todos, llaman a ser consumados por la felicidad que produce lo que les parecen esos actos a quienes los cometen, al margen de lo que sean.

Bajó la mirada, vio el doble de su cuerpo en el agua, absorbió una franja de oxígeno del parque y se lanzó al vacío que separaba su impulso de la pileta. Aunque decir que se lanzó es darle una aceleración inadecuada a la minuciosidad que pide la descripción del hecho (y que la China me pidió considerar). Entró al agua, que se abrió y se cerró sobre ella, y se deslizó durante cinco o seis segundos con los ojos abiertos: “Te quiero aclarar que esos cinco o seis segundos estuvieron llenos de pensamientos y recuerdos que me llevaría horas contarte. Son las cosas que siento cuando estoy en el agua”.

Entrar al agua era hacerlo a un silencio de dimensión poética. El agua fría la calmaba, la “templaba”, como ocurre con el acero incandescente que se fortalece al sumergirlo. La estremecía y la sacaba de una tensión malsana. “No sé cómo decirlo: el agua me despierta y me apaga”, me dijo, y siguió argumentando con pedazos sueltos, como rescatados de una demolición, con los que fue levantando una idea que, según mi opinión, significaba que el agua fría la apagaba en un lado para encenderla en otro. Me dijo: “¡Bien! ¿Ves que cuando querés, entendés?”.

En la realidad de la pileta de Marcial, después de dejar atrás bancos de burbujas blancas enloquecidas sobre el gris tormenta del cemento, la China asomó la cabeza a una luz incomprensible. Por algún lado se fugaba la claridad y el calor. No había nubes en el cielo, pero el sol rebotaba en un aire enfermo y no terminaba de caer. Levantó la vista y sintió un golpe en la raíz de los ojos. “¡No mires!”, dijo Marcial. Encerrados en su burbuja, se habían olvidado del eclipse lunar del que hablaba todo el mundo.

El disco oscuro de la luna bloqueaba la luz del sol, de la que solo se veía un círculo de resplandor absorbido por su propia sombra. “Vivimos en un universo donde la luna opaca al sol. No se puede creer la falta de respeto”, dijo la China. Por el parque se desplegaba una luz con una sombra adentro. Las paredes de ladrillos a la vista, los pequeños árboles creciendo en las macetas de barro cocido, los horneros extrañamente sin brillos ni cantos impusieron un manto de tristeza. ¿Sería posible una vida sin sol? Todo es posible. Pero un

mundo sin sol solo podía serlo de ese modo fúnebre, algo que la China entrevió en toda su verdad: “Un mundo sin fuerzas. Qué triste, por Dios…”.

1° de diciembre

La escena de la pileta continúa, pero hoy no voy a escribir. No tengo ganas. Veo niños por todos lados (es lo único que veo, lo único que hay), y yo tan lejos de mi hijo. ¿Por qué me pasa esto? ¿Qué fue lo que hice tan mal?

2 de diciembre

Ayer tomé coraje y llamé a mi hijo. Me atendió su madre. "Bueno, por fin", me dijo, y me pasó con Juan. La voz de un hijo… Me quedo sin palabras.

3 de diciembre

La China entró mojada a la casa. Marcial la siguió con una toalla en la mano, la desnudó y la secó, y la llevó, empujándola con suavidad, levantándola en el aire, como si le enseñara a caminar a alguien que no tuviera piernas, hacia el apoyabrazos de un sillón del living, sobre el que ella se sentó y abrió las piernas.

"Yo te cuento y vos quitá y agregá lo que quieras", me dijo Marcial. Dijo (ya estoy quitando y agregando) que la China abrió sus piernas blancas y entonces su cara, por la que había pasado una sonrisa, cayó de golpe a un páramo de seriedad. Me dijo: "El color de su concha es único". Recuerdo que me defendí de ese detalle diciéndole: "Bueh…". "Ningún 'bueh'. Es único". Sea del color que sea, la China abrió la concha "como una carpeta". Me dijo: "Le hice un poco de bullying ahí. Pero no me interesaba la concha, lo que yo quería era iluminarle los ojos. Me desesperé cuando vi que no le brillaron en el patio, como si el eclipse se le hubiese metido adentro".

La China caminó hasta la estación de trenes, a un paso que ella misma llamó "de flotación". Marcial la siguió unos pasos más atrás, y le dijo cosas durante varias cuadras, provocándole risas y un estado de felicidad y cansancio postraumático que ella vinculó con "amar así".

4 de diciembre

Según nuestro plan, dentro de tres días le toca a la China recibir a Marcial en su casa.

5 de diciembre

Quisiera momentáneamente cambiar de tema y contar, y sobre todo contármelo a mí, que por dolor lo estoy negando desde entonces, que el 1° de octubre pasado murió mi mamá. No sé por qué no lo conté antes. Yo no estaba con ella cuando ocurrió. Vivimos (vivíamos) a seiscientos kilómetros de distancia. Me llamó mi hermano para decirme en una secuencia fulminante, muy representativa de la velocidad de la muerte, y también de los eufemismos que la retienen, que mamá se estaba yendo. A las diez de la mañana me dijo: "La internamos: no está bien". A las doce volvió a llamar: "Está grave". Y a las tres de la tarde cerró el círculo de la transición para contarme una noticia vieja (mamá había muerto la noche anterior): "Se fue en paz. Avisale a papá".

Tardé una semana en decírselo. Una semana que, para mí, transcurrió en un sueño cumplido de poder, y no de cualquier poder sino del poder que hace vivir y morir a las personas. Mientras no le dijera a mi papá que mamá estaba muerta, para él estaba viva. Solo me preocupó la posibilidad de que alguien se lo dijera en la calle. Las noticias fúnebres van muy rápido y llegan lejos, salvo que me toque divulgarlas a mí.

La vi por última vez en el SUM del Hogar Virgen del Parque una semana antes de que muriera. La trajeron en silla de ruedas con una ropa que no era de ella. Es la característica principal de esos lugares: no hay nada propio. El lugar, la ropa, las decisiones, el tiempo, el voto (a veces también la voz) y el cuerpo son de los demás, y es llamativo ver cómo todo el mundo se acostumbra a la enajenación como si vivir fuese exclusivamente hacerlo bajo el poder invencible de alguien, por no decir de cualquiera (como si vivir fuese obedecer).

Por seguridad sanitaria, lo que tributa con ganas a la vocación

de control policial, la estacionaron adelante de un paño de nylon transparente abrochado a un marco de madera astillada. Del nylon colgaban dos guantes de apicultura a los que entré para tocarla. Ella estaba de un color ceniza sobre el que se marcaban unas líneas de oscuridad en los ángulos del rostro, como dibujada al pastel. Era un cuerpo de papel, hecho de trazos, ya sin carne, ondulando dentro de la ropa. No me reconoció, pero igualmente se dejó tocar y me tocó. Le dije que la quería y me dijo que me quería. Era todo reflejos, orientados a la devolución de estímulos que pasaban por alto la maquinaria del recuerdo, totalmente destruida. Después de haberme enseñado a comer, a hablar y a caminar, supongo que también a amar (a amar, no: a ser amado), ahora me imitaba de un modo servil y sagaz como un cachorro a su madre.

De pronto se manifestó en ella el esplendor del ocaso. La amnesia es una variante de la felicidad, por no decir que es la felicidad concreta. No ser nadie, no haber sido nadie, vivir de manera inconsecuente los últimos días, las últimas horas: ¿puede haber un vínculo mejor con la inmensidad de la naturaleza cuando se la está por abandonar?

Mamá estaba bailando en su cabeza una danza de la muerte llena de dulzuras. Se reía como una niña (el lado monstruoso del hecho era que su voz era la de una niña), entonaba villancicos con vocales, decía: “¡Oh!”, “¡Ah!”, reaccionando a las sorpresas que se sucedían en su fiesta interior. Ya no tenía noción especulativa de la vida ni de la muerte. Me dije: “Es la última vez que la veo”; y le dije: “Nos vemos pronto”, y no mentí.

Pasé a buscar a Mara por el hotel. Me preguntó cómo estaba mamá, y le dije: “Creo que ya está muerta”. “Hay que resignarse. Ya tiene muchos años. Te estaba esperando para ir a comer. No sé si vamos a encontrar algo abierto a esta hora”, me dijo, como si hablara por teléfono con alguien que no era yo.

Cuando volvíamos a casa, vi un camión jaula repleto de vacas recostado de perfil sobre la banquina. Que había habido un accidente, estaba claro, pero para entender sus efectos había que inventar algo, digamos componer la realidad con el sentido oculto

que le estaba faltando. “Te pido por favor que no pares”, dijo Mara, que dedicó gran parte de su vida a detectar mi curiosidad para abortarla.

Frené y bajé la ventanilla, por las que entraron un gas de bosta y un coro de mugidos agudos en representación del terror. ¿Por qué la voz de un animal asustado suena a la de otro animal? Había vacas vivas y muertas. De las moribundas, aplastadas contra el perfil de rejas apoyado en el piso, con las patas y las columnas partidas, las cabezas hundidas y el ojo de una colgando como de una banda de goma, se oían las respiraciones de máquinas de vapor falladas.

El chofer del camión descargó la electricidad de una picana sobre varias. Hasta los cadáveres reaccionaron, atando o desatando los nudos de sus músculos, abriendo o cerrando los ángulos de sus articulaciones y descargando oxígeno de los pulmones muertos con un sonido a tuba.

Del otro lado de la ruta llegó un grupo de jóvenes. Traían azadas, picos, palas, con las que empezaron a castigar a los animales, sin distinguir los vivos de los muertos. Era un ataque y una fiesta. El chofer tuvo el reflejo suicida de activar la picana contra los invasores y otro, de asistencia al suicida, por el que se hizo a un lado para dejarlos pasar como una lluvia de piedras.

Los jóvenes golpeaban los lomos y los flancos de las vacas con las puntas de sus herramientas. Al desconocimiento de las técnicas de faena le agregaban la peor compensación: el conocimiento de las técnicas de agricultura. En esa extrapolación hallaban la eficacia de su violencia. No sabían matar, mataban mal. Pero igual mataban, y eso era lo único importante para ellos y para los que mirábamos extasiados la alegría con la que llevaban a cabo el desastre.

8 de diciembre

Marcial entró a la casa de la China por un pasillo de baldosas que se alargaba bajo un techo de glicinas florecidas (lo del florecimiento de las glicinas no sé si es cierto, pero lo pongo porque me recuerda algo personal). En el patio había unos esqueletos de alambre con vajilla sucia. “Parece que tuvimos fiesta”, dijo Marcial. “No parece: tuvimos”, dijo ella. “¿Se puede saber qué ‘festejamos’?”, dijo Marcial. “Por supuesto: cumplimos veinte años”, contestó la China. “¿Cumplimos quiénes?”, dijo Marcial. La China le contestó sumergida en una sonrisa de fastidio: “Miguel y yo. ¿Quiénes van a ser? No te hagas el boludo que vos de boludo no tenés nada”.

Luego, según me dijeron, ocurrió de todo: desayunaron, conversaron sobre la Argentina y los argentinos, hicieron silencios a los que entraban como balas los pensamientos, cogieron en la cama matrimonial de la China y Miguel Vázquez, se ducharon y almorzaron. Pero Marcial pensaba en una sola cosa: “¿Y? ¿Cómo estuvo la fiesta?”. “Qué sé yo… Fue algo sencillo”, contestó la China. “Conté ciento veinte copas. Tan sencillo no fue”, dijo Marcial. “Contaste mal. Son ciento veinticuatro”, dijo la China.

14 de diciembre

Hice algunas averiguaciones sobre la fiesta del 20° aniversario de la China y Miguel Vázquez. Fue en el parque, donde instalaron unos livings que eran clichés de livings, con sillones de cuero ecológico y mesas de un tejido plástico que imitaba al ratán.

La China me mandó fotos y videos de la fiesta, y me contó cómo estuvo y quiénes fueron y qué tomaron y qué comieron en tres mensajes de audio de diez minutos cada uno. Marcial sabe los detalles por mí ahora, acá; y yo solo cuento lo que vi, ordenando el material al que le agrego la pólvora mojada de mi escritura, inspirada en la lejanía y la impureza de los hechos que cuenta.

En uno de los videos vi los preparativos de la fiesta, la instalación con idas y vueltas de los gazebos y los niños corriendo por el parque al atardecer, sabios, disfrutando de las vísperas. La China les daba órdenes a sus hermanas en todas las variaciones de las que es capaz, regulándolas en frecuencias de dulzura y autoritarismo, mitad madre primeriza hablándole a su cría, mitad general de división.

Me gustaron las cumbres apoteósicas de la madrugada, cuando los que quedaban en la fiesta desembocaron en la dicha de la desinhibición. Una fiesta lo es solo si puede garantizar que los invitados caigan en un estado de emancipación animal. Es el olvido, no la diversión, la finalidad de la fiesta, y a las cinco de la mañana todos estaban abocados al acto de olvidar quiénes eran, dónde estaban y qué hacían allí.

La brisa que anunciaba tormentas infló los gazebos. La China y Miguel Vázquez salieron a bailar una balada. Se abrazaron con cariño. Según ella, con una familiaridad de primos. Los parientes gritaron, desde el fondo de su idiotez: “¡Que se besen, que se besen!”, y ella lo besó. Conté los segundos, que fueron seis.

Entonces, Miguel se desprendió de ella de una manera muy delicada, cansado, como si se desabrochara la camisa antes de dormir, y ella se acercó a DJ Fast, el animador de todas sus fiestas, y le pidió “Hay días”, de Miguel Bosé, que cantó en el karaoke.

El viento golpeó la voz de la China contra los árboles como un trapo mojado. “Canté para vos. Fue lo más importante que me pasó en la noche. ¿No lo sentiste?”, le dijo a Marcial. Él le contestó: “Qué mística que estás”. “No es mística. Las voces se graban en el aire para siempre. Las de los vivos y las de los muertos. Son el aire. Es una pena que nadie haya estudiado la voz humana con seriedad”, dijo la China.

19 de diciembre

La China nunca le pregunta a Marcial por su mujer. Sí por su hija.

1° de enero

Otro año que no duró nada.

18 de enero

Primera semana de vacaciones en la playa. Llueve todos los días. El aburrimiento es total, y no puedo escribir.

3 de febrero

Marcial le contó a la China que sus padres tenían un lote cerca del Club de Paracaidistas de Haedo, en el que nunca edificaron nada. “¿Se puede ir?”, dijo la China. Él quiso decirle que no. Le dijo: “Sí, claro, vamos cuando quieras”.

4 de febrero

Ayer tuve que dejar de escribir de golpe. Otra vez las palomas volvieron a estrellarse contra los vidrios del estudio. Me levanté del escritorio y llamé a Bonifacio, el marido anestesista de Valeria Laso, la amiga de Mara. Colecciona armas, según él, para poder eliminar algún día todas las cosas vivas de esta tierra.

Cuando lo dijo borracho en una cena en la que se la pasó haciendo chistes sobre la violencia (la violencia de él), fui al baño, busqué en el teléfono algunas rarezas de la fauna abisal que tanto le gusta a la China, volví con mucha información nueva en la cabeza y le pregunté si algún arma de su arsenal podía matar, por ejemplo, al pez de cabeza transparente, o al pez diablo negro. "¡Pará! ¡Tampoco soy Jacques Cousteau!", me dijo, con una irritación que le salía de los ojos en rayos de hiel.

Le contesté: "Es que como dijiste que tenías armas para matar a todas las cosas vivas, pensé que me estabas hablando en serio". Me dijo que, llegado el caso, podría solucionar el problema comprando arpones de profundidad. Me reí en la variante de la perversión, que es la de la risa que continúa, loca, aunque se haya perdido la causa que la originó, y cerré la conversación con otro dato del teléfono. "Lo dudo, lo dudo… Con el arpón podés bajar a cuarenta, cincuenta metros, y estos bichos están a una profundidad de miles. Pero te reconozco el esfuerzo, Boni", le dije.

Me prestó un rifle de gas comprimido marca Shark con mira telescópica para balines de 5,5 milímetros. Me senté en el banco de plaza que tengo en el fondo, y comencé a apuntarles con la mira a las palomas colgadas de la araucaria del lote vecino. Eran unas sesenta. Sin saber los mecanismos que establecían las jerarquías del grupo, imaginé que mandaba la más grande, un razonamiento de fetichismo por el tamaño que los humanos no nos podemos sacar de

la cabeza.

Le apunté al pecho, el típico pecho arrogante de las palomas, en el que las plumas fingen musculatura y poder pulmonar. En el círculo graduado de la mira se la veía inquieta, vibrante como un espejismo bajo el efecto de la lejanía, pero a vista de ojo parecía una estatua de paloma, un dibujo de paloma.

Disparé. La bala le perforó las plumas, los huesos, el órgano que estuviera a su paso e, inexplicablemente para mí (era la primera vez que le disparaba a algo vivo), quedó suspendida sobre la rama dos segundos, aparentemente intacta, como si no hubiera pasado nada, y se desplomó de costado.

Me entregué a la magia de matar: ahora una paloma viva, ahora una paloma muerta. Las fui bajando una tras otra. Sospecho que la puntería era del rifle y no mía. Las baleaba preferentemente en el pecho, lo que les producía una muerte yo diría blanca, insensible; y en la cabeza, lo que quizás les produjese lo mismo pero era mucho más espectacular porque en este caso saltaban los pedazos por el aire.

Las que se salvaban (momentáneamente, como todo lo que está a salvo), giraban en círculos y regresaban a las ramas, intuyo que a proteger a sus pichones y sus huevos, y lo hacían con una indiferencia suicida por el peligro, lo que me posibilitaba nuevas rondas de masacres que terminaron cuando el vecino del otro lado de la araucaria se asomó por su ventana con el mismo cuidado que el soldado tiene al asomar la cabeza en la trinchera, y me dijo con la voz enterrada en un pozo de angustia: “¡Pará! ¡Pará! ¡Te lo pido por favor! ¡Pará!”.

Mara salió al parque y gritó: “¡¿Qué hacés?! ¡¿Qué hiciste?! ¡¿Qué te pasa?!”. Eran muchas preguntas, casi un reportaje. Le dije: “Perdón, pero hace meses que me decís que no aguantás más a estas palomas de mierda”. Me contestó: “¡Que no las aguante no significa que haya que matarlas! Mirá si uno matara cada cosa que no aguanta. En esta casa no quedaría nadie, ¿no? ¡¿Qué mierda te pasa?! ¿Ahora sos francotirador?”.

Seguí buscando palomas. En vano. Alertadas por un peligro de

extinción que el radar de la especie ahora sí tomaba en serio, desaparecieron. Le apunté a unos gorriones y a un hornero y a un gato y a una vecina que colgaba sábanas en un tender, pero mi adicción era a la eliminación de palomas, a ver el punto rojo en sus pechos blancos y, al no verlas, bajé el rifle y solo volví a levantarlo para apuntarles a las nubes que pasaron por la mira telescópica.

No podía desprenderme del Shark. Bonifacio me dejó mensajes en el teléfono durante tres semanas, hasta que Mara me preguntó si pensaba robárselo y salí a devolverlo. No estaba. Su mujer me hizo pasar al parque, donde charlamos un rato, yo sin desprenderme del rifle, que apoyé en mis piernas mientras miraba los árboles vecinos.

Apunté. En la mira apareció una paloma de perfil, enorme e inmóvil. Parecía de yeso en contraste con las ramas del árbol que se agitaban con el viento. Pensé: ya está muerta. Sin dejar de apuntar, abrí el ojo cerrado para mirar a la mujer de Bonifacio. “¿Puedo?”, le dije. “Por supuesto”, me contestó.

16 de febrero

Ayer, cuando volví a casa, Mara salía en su bicicleta como todos los jueves. Se iba a las ocho de la noche y volvía a la madrugada. “Me estoy yendo”, me dijo, como si me hubiese cruzado en la calle. Pegué rápido unas cintas negras sobre los detalles fluorescentes de mi bicicleta para que Mara no la reconociera, me puse un casco viejo y salí disimuladamente detrás de ella.

Iba hacia el bosque que da al río, donde había reunión de ciclistas. Luego, arrancaron en enjambre. La noche se abría hacia la sorpresa, y yo me dediqué a vigilarla pedaleando rezagado, mientras atendía dos paisajes: el de la noche y el aire y los árboles con sus sombras extendidas sobre el asfalto y las veredas; y el de las piernas desnudas o forradas en calzas de las mujeres que se adelantaban, competitivas, exigiendo sus maravillosas máquinas de sangre.

¿Y Mara? Reconocí sus zapatillas con ojos de gato girando en la oscuridad. A su lado iba un hombre, fuente de su diversión nocturna. Cerca de ellos cualquiera podía oír de qué hablaban. Entonces, ¿por qué, para mí, era una charla íntima? Porque no es el tema el que hace la intimidad. Lo sé por Marcial y la China, que pueden estar hablando del precio del pan o de una guerra y, sin embargo, las voces me dicen que su único tema, el tema del que no pueden salir, del que nunca van a salir, es el amor (siempre están hablando del amor, aunque hablen del odio).

Hubo una parada frente al río, sobre la que se deslizó el reflejo blanco de la luna. Las luces encendidas de las bicicletas le daban a la costa un resplandor de incendio forestal. Se armaron grupos, y se desarmaron. La única cercanía estable entre los doscientos ciclistas era la de Mara con este hombre, este capo, este genio de dos ruedas que la hacía reír tanto, ja, ja, ja... Qué risa.

17 de febrero

No sé por qué todavía no dije que Mara es actriz.

28 de febrero

La China y Marcial fueron al lote de Haedo. Yo también fui, por iniciativa de Marcial, que dice que hay cosas que tengo que verlas si quiero escribirlas.

Cuando pasamos por el Club de Paracaidistas, ella hundió su mirada en el aire caliente del campo y vio a alguien que se lanzaba desde un avión. Llegó al lote como desde otra dimensión. Lo recorrió lentamente, paso a paso, como si lo mirara con los pies, y le pidió a Marcial que la acompañara al Club de Paracaidistas, donde se anotaron como “matrimonio” en el curso rápido para principiantes.

11 de marzo

Hace una semana que la China y Marcial se la pasan en el Club de Paracaidismo de Haedo.

6 de abril

En estas semanas tomaron una clase casi todos los días, a veces dos clases por día, y completaron los treinta saltos para poder tirarse en tándem.

Marcial, que tiene muy desarrollado un temor que la China llama "de víspera", lo que lo hace empalidecer antes de afrontar sus actos más deseados, le dijo rumbo al avión desde donde iban a dejarse caer: "¿Y si nos matamos?". "Si nos matamos, nos matamos, ¡cagón!", le dijo ella. Ya estaban en una posición irreversible, a segundos de dar el paso hacia el abismo, con la puerta del avión abierta y el viento presionando los trajes con golpes de aire pesado.

Marcial abrazó a la China desde atrás. El instructor revisó los mosquetones, le sugirió dominarla, llevarla en el aire como si estuviera sacándola del agua, y gritó: "¡Ahora!". Demasiado tarde para arrepentirse. Los corazones se les salían por la boca. Flotaban en la luz. Y hablaban, pero mi pedido de que grabaran la conversación en la altura fue un fracaso. Solo se escucharon gritos de euforia quebrados por un ruido de huracán sobre las velas de un barco que se va a hundir, y ninguno recordó qué se dijeron.

Cayeron quinientos metros cabeza abajo. El velocímetro marcó casi cuatrocientos kilómetros por hora, la velocidad en picada del halcón peregrino. Las mangas de los overoles dibujaban figuras filamentosas. El planeta viajaba hacia ellos como un proyectil. "¿Qué sintieron?", les pregunté. Ella dijo: "Lo único que puedo decirte es que lo peor de todo es cuando se te abre el paracaídas. Ahí se acaba la fiesta".

Marcial recordó que le dio terror ver los relieves cordilleranos del cumulonimbus que se alzaba como un dios adelante de ellos. En ese éxtasis de insignificancia activó la desaceleración y luego el aterrizaje, para caer oscilantes, al modo de una pluma que se

desprende de un pájaro en vuelo. La China le bajó el cierre del overol, le metió la mano entre las correas de las piernas y la hebilla de fricción, y le dijo al oído: “A ver cómo me respirás lindo…”.

8 de abril

A Marcial se le rompió el embrague de la camioneta y me pidió que lo llevara a una casa de repuestos en Ituzaingó. “No veo nada de malo en que un novelista sea chofer de sus personajes”, me dijo. A la vuelta hablamos de la China y él me contó que en el viaje que hicieron a Mar del Plata, del que ya escribí (no recuerdo qué dije), vio cómo ella hacía con el tiempo lo que llamó “extensiones”.

Estaban en uno de los dos hoteles en los que se alojaron, o ¿por qué no? en los dos. Alrededor de las seis de la tarde, la luz se apagaba en el aire del mar. Marcial vio en esa presencia, la llegada de la depresión. Quiso salir, quiso escapar, y alcanzar en la calle una última visión del ocaso. Hacerlo en el interior del hotel lo trastornaba. Simplemente no podía ver desde el encierro que la grandeza de ese día se fuera por una ventana. “Salgamos, te lo pido por favor”, le dijo a la China.

Ella le pidió cinco minutos más de descanso en la cama, sobre la que giró varias veces con falsos movimientos de incorporación. Luego se levantó y se vistió con la lentitud de una hemipléjica, y se desvistió y se volvió a vestir con otra ropa. Fue al baño, volvió. Fue y volvió por el túnel de espejos del pasillo para verse pasar, contestó varios mensajes de WhatsApp, le mostró a Marcial un video de los mellizos, volvió a entrar al baño, se cepilló los dientes, salió al balcón, lo abandonó, prendió un porro y Marcial vio, con los nervios destrozados, cómo la llama del encendedor se hundía en la tarde ya irremediablemente negra.

Cuando más tarde él le reprochó con amargura haberlo retenido, ella dijo: “Es que yo quería que ese momento no se fuera. Y no se fue. No sé por qué te quejás si el único beneficiado ahí adentro fuiste vos. No digo adentro del hotel sino adentro de ese momento, que no se terminaba porque yo estaba ahí estirándolo”.

11 de abril

La China marcó un punto en el lote de Haedo con las cintas plásticas que se utilizan para no contaminar los escenarios de delito. En el interior de esas cintas fue materializándose, durante meses, como el bosque que sale de un puñado de semillas, lo que llamaron "Museo" y yo llamo "Museo de Ellos".

Compraron un galpón obrador prefabricado de chapa galvanizada, de tres metros por dos, y lo instalaron en el lote. Era una presencia irreal, como todas las novedades. Les pregunté si la existencia de lo irreal no era un hecho bastante frecuente en la vida, quizás el más frecuente. La China dijo que sí, y Marcial dijo que no; y yo dije: "Lo tomo como un 'ni'".

12 de abril

"Me dijo Marcial que estuviste hablando con él del viaje a Mar del Plata. No sé por qué nunca te conté que casi me tiro del balcón del hotel. Tendría que haberlo dicho. Es importante", dijo la China.

Marcial bajó a comprar comida y la China quedó asomada al balcón del quinto piso, desde donde lo saludó; y luego vio, desde el ínfimo punto del planeta en el que estaba aparentemente quieta pero trasladándose en la incomprensible realidad cósmica a ciento siete mil kilómetros por hora, una luna llena, enorme y cercana y plana, como de aluminio sucio, viajando a su vez a cuatro mil kilómetros por hora, sin que nada de esa monstruosidad, ni siquiera su idea, pudiera percibirse (a estas velocidades, por supuesto, las estuve googleando recién).

Miró otra vez hacia abajo, donde Marcial ya no estaba, y pensó: "¿Y si me tiro? ¿Qué podría pasar? ¿Qué podría perder el mundo? Nada. Es tan fácil irse…". Esas consideraciones, cada vez más abismales, se detuvieron en la resignación: "Pero si no existo, esa es la verdad. ¿Para qué me voy a tirar?".

"¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta?", le dijo Marcial a la China cuando recordaron aquel momento. Ella contestó: "Lo mismo digo. Con lo atento que sos… Por ahí me viste la cara y tuviste miedo de preguntarme. Me acuerdo que mientras comíamos me contaste que habías visto en la puerta del edificio a una pareja de gays fisicoculturistas, culones, desnudos de la cintura para arriba, abrazados del cuello, y que estabas impresionado porque en la espalda se habían tatuado medio corazón cada uno, y que las mitades formaban un corazón entero cuando se abrazaban. No parabas de hablar de ellos. Por ahí era para no hablar de lo que veías en mí".

"Es increíble que no me haya dado cuenta. Los secretos que

debés tener…”, dijo Marcial. “Muchos”, dijo la China. Abrió un documento en el teléfono, una especie de diario escrito solo para ella, y empezó a leerle algunos párrafos para que le llegara lo único que quería transmitirle: un estado de complejidad.

Tengo una copia de ese diario, y puedo decir que si ese día ella hubiese leído otros pasajes, los que ocultó para no lastimar a Marcial, esta historia tal vez habría dado un vuelco, no sé cuál. ¿Quién puede saberlo? Le ocultó, por ejemplo (no me importa que la China me lo haya prohibido: algo contra ella tengo que decir si quiero ser escritor), que el 4 de enero cogió con Marcial y con Miguel. No agrega ninguna consideración. Solo consigna, como un oficial de justicia al que le piden que constate dos domicilios, que con Marcial fue a la tarde, en el apart Los Arcos; y con Miguel, a la noche, en su cama. La ausencia de pormenores, y la frialdad del reporte, abre un enigma de profundidad en este libro, que no puede llenarse con nada.

16 de abril

Vi cómo dos herreros abrieron el frente del obrador para instalar paños fijos de vidrio templado, puertas y ventanas. Marcial y la China pintaron de blanco el interior y encapsularon decenas de objetos en cajas de acrílico de varios tamaños. Había cartas, lapiceras, tickets de restaurantes y bares, botellas, piedras, sobres de azúcar, jabones, libros, ropa, zapatos, vasos de plástico, entradas al cine, tazas, billeteras, medias, corchos, tapas de botellas, anteojos, una bombacha, envoltorios de golosinas, vouchers de hoteles, dibujos de la China, viejos poemas manuscritos de Marcial, llaveros, selfies copiadas en papel fotográfico…

Los recuerdos flotaban en sus relicarios, cada cual con su ficha técnica pegada a la base con cinta doble faz. Eran testigos imperecederos de los hechos que se habían ido. Sí: los hechos se habían ido, y eran imperecederos. ¿Cuál es la contradicción? Es evidente que el tiempo se va, pasa, flota, resbala, pero desprende sobre las superficies una especie de humedad, de rocío espectral que no se va (es lo único que su paso es capaz dejar, y lo deja para siempre).

18 de abril

Dos mensajes de la China a Marcial del 8 de enero pasado. Uno: “No te conté que la semana pasada le pedí a la psiquiatra que le bajáramos el antisicótico a papá. No sabés… Es un hombre nuevo. Llama a los chicos por teléfono, arma programas con amigos. Desde que vivía mamá que no lo veía tan vivo”. Otro: “Mi amiga Sofía casi prende fuego la casa. O sea… Fueron los bomberos, ¿entendés? Encendió el secador de pelo en la mesa de luz para dormirse con el ruido blanco del motor y se le recalentó la resistencia. La despertaron las llamas. Decime si se puede ser tan pero tan boluda en la vida. Bueno… ¿Vos sos mi amor, no?”.

20 de abril

Querían más realidad, más acción. La China me dijo: "¿Cómo no te das cuenta de que tu libro se está hundiendo?". Me pedían itinerarios nuevos, "sorpresas", "más luz". Les propuse que fueran a cenar como "matrimonio" a la casa de alguien. La China eligió como anfitriona a Ana Meza, una nueva compañera de trabajo del área contable de Línea de Corte con la que había entrado rápidamente en confianza (para variar).

Dijo: "No creo que conozca a una sola persona de las que nosotros conocemos". "¿Quiénes somos 'nosotros'?", le dijo Marcial. La China contestó: "Nosotros. Todos: vos, yo, tus hijos, los míos, tu mujer, mi marido, mis amigos, mi mamá, tus vecinos, mi perro… Todos... Además, está sola, recién separada".

Estaba. Antes de aceptar el encuentro de la China con su "marido", Ana le contó, susurrando entre los algodones de la vergüenza, que había conocido a un hombre: "¿Puedo invitarlo?". "¡Pero, claro! ¡Lo que falta es que la dueña de casa pida permiso!", dijo la China, y se dejó caer sobre las ruinas de la euforia, entre las que se asomaban como clavos los peligros que no había entrevisto. ¿Y si esa persona era su cuñado, que acababa de separarse? ¿Y si era su hermano, un ex novio, un vecino, algún escritor de Línea de Corte? ¿Y si era Miguel, que organizaba cenas desde hacía años con personas que no nombraba?

Los llevé en mi auto y los dejé en el corazón del barrio Rawson: una plaza en miniatura con dos bancos y un árbol y un mástil, rodeada de una calle circular con robles y casas inglesas; y gatos, muchos gatos. Casi no hablaron durante el viaje. Luego los vi perderse en la oscuridad de un edificio. Subieron a la casa de Ana, un segundo piso por escalera. Me senté en un banco. Hubiera vivido allí, así, muchos años, envuelto en la noche, sin necesidad de nada

más que del milagro de estar.

La casa de Ana tenía un balcón que daba a la copa de unos cedros gigantes, muy anteriores a los edificios que se fueron construyendo al cobijo de su sombra. Entreví a la China y a Marcial como mezclándose con las ramas, abrazados de perfil. Los vi, efectivamente, como el matrimonio que simulaban ser y por lo tanto eran, delante de Ana y de su sorpresivo partenaire, el actor Gustavo Marré.

Me cansé de ver a Marré actuar en comedias, policiales, dramas, tragedias. Y me gustó mucho en *Faltar a una promesa*, donde hacía de vendedor de cuadros falsos adjudicados a pintores famosos al que lo detiene la policía mientras él da una cátedra espectacular sobre lo falso y lo verdadero. Creo que en un momento dice algo así: "¿Cómo algo va a ser verdadero si todo es falso? ¿Y cómo algo va a ser falso si todo es verdadero?".

Ser famoso es algo a lo que, supongo, estaba habituado, por no decir que era para lo que vivía. Pero Marcial no lo reconoció. En cambio, Marré sí reconoció a Marcial y, después de hacer un trabajo de tacto sobre el lenguaje con que Marcial espolvoreaba la cena, un lenguaje en cuyo interior no podía no estar escondido un poeta, le dijo: "¿Vos sos Marcial Ledesma? ¿El de *Lámparas flamantes quemadas*?". "Apagadas. Por el momento, quemadas no están. Soy", dijo Marcial mirando a la China.

Marré le dijo que le habría gustado ser poeta. Hablaron de Nicanor Parra, y de Auden, de Baudelaire y de Yeats, que Marré confundió con Keats sin que Marcial lo corrigiera. Me dijo: "¿Para qué lo iba a corregir si para mí la desesperación de todos los poetas es la misma? Todos los poetas son iguales: Yeats, Keats, El Choto… No es una cuestión de calidad. Por ejemplo, yo: ¿soy bueno o malo? Nunca lo voy a saber. Aunque para mí soy malísimo".

Cuando Marcial le preguntó a qué se dedicaba, Marré le dijo: "Gustavo Marré". "Es actor. Famoso", dijo Ana. ¿Quién no conoce a Marré? ¿Hay alguien que no lo haya visto en *La noche interminable*, en *La estafa*, en *Un amor de locos*? Sí: Marcial. Ana encendió el televisor del living para mostrarle en un archivo on demand la

escena final de *Un amor de locos*. Marré estaba incómodo. La ignorancia de Marcial sobre sus éxitos lo hacían sentir un debutante. De algún modo estaba empezando otra vez de cero. "Parece una audición", dijo Marré.

Ana les preguntó a Marcial y a la China si tenían hijos. La China dijo: "Tres: Catalina, Lautaro y María", y comenzó a describirlos en detalle, extendiendo sobre la curiosidad de Ana una comedia del crecimiento. Luego detuvo su cuento con un suspiro de madre orgullosa y cansada de su factoría, se levantó para ir al baño y, a la pasada, le dijo a Marcial al oído: "¿Te gustaron los trillizos que te hice en un minuto?".

Al regreso encontró que ya se estaba desprendiendo en pequeños granos de eufemismos la propuesta swinger de Ana y Marré. Comenzaron por un repaso histórico de las relaciones humanas, de las que cuestionaron con falsos tecnicismos sociológicos sus "formatos conservados". "No hay más individuos en el mundo", dijo Marré. "Eso no es cierto, Gus. Si te animás a ser un individuo, lo sos", dijo Ana.

Marré afirmaba algo y Ana lo contradecía, o completaba una frase si Marré la formulaba de un modo inconcluso. Poco a poco crecía un discurso, una cierta lección de ataque contra las trabas que le impiden al mundo hacer girar con naturalidad la rueda del deseo humano.

Sobre la farsa de una discusión, fueron acordando una idea acerca de vivir: o vivir es libertad de vivir, o no se vive. "¿Ustedes viven en libertad? Quiero decir… ¿Son verdaderamente libres? ¿Se dejan llevar por el momento o más bien son contenidos con esas cosas? Gustavo y yo nos conocimos hace nada, pero es como si estuviéramos juntos de toda la vida. Tenemos la misma libertad de… O sea: seguimos el momento. A full", dijo Ana. Marré hizo una de esas pausas que son leyenda en su vida laboral y sabe estirar como nadie antes de introducir un parlamento, y dijo: "Nadie es de nadie".

"¿Ustedes quieren que hagamos un intercambio?", dijo Marcial. Así entró a la dimensión de realidad que tanto habían trabajado

Ana y Marré para imponerla sin costos. Les dijo que con la China se dedicaban de una manera ocasional a intercambiar parejas sin un régimen estable. Todo estaba atado a si querían o no querían "seguir el momento", y ese impulso no era constante. No les parecía bien hacer de "la libertad de vivir" un concepto propagandístico.

La China dice que Marcial hablaba sin parar, desplegando un caudal impresionante de información, variantes y extensiones filosóficas sobre los intercambios de pareja. Lo que decía estaba lleno de inexactitudes, neologismos que iba inventando sobre la marcha y fechas y nombres apócrifos. Estaba escribiendo una novela en el viento. Dijo: "Tendría que haberlo grabado".

Marré se sintió superado. Dejó de insistir en su oferta, sabiendo que ya había sido hecha y que en algún momento la China y Marcial tendrían que responder. Respondió Marcial: "Ana me gusta. Mejor dicho: Anita, querida: me gustás. Tengo varias cosas en la cabeza para hacerte, y varias para que me hagas. Cosas nuevas, lindas. Pero esta reunión depende de que a la China le gustes vos para mí y Gustavo para ella. Ese es nuestro… perfil".

Le pedí a la China que me contara qué pensó mientras Marcial hablaba. Me dijo: "Yo no pensaba: veía. Lo vi a Marcial con Ana, a mí con Marré, a Marré con Marcial, a Ana con Marré, a mí con Ana, a todos con todos… Me gustó sentir que lo vivía mientras lo veía. Viviendo las cosas en mi cabeza vivo más. Qué sé yo... Es tan poca cosa la vida, tan chiquita. Me desespera".

22 de abril

Anoche, muy tarde, quise ver el sol. Esperé que saliera mientras veía en YouTube imágenes de su locura tomada con un telescopio desde el centro Goddard de la NASA. Es inconcebible su violencia, la actividad incesante de sus ebulliciones, su naturaleza volcánica con erupciones de 900 millas por segundo. ¿Es eso una velocidad? Que la vida dependa de ese monstruo de luz es muy preocupante.

Antes de que Mara se despertara salí a caminar. El sol de la realidad terrestre se asomó por un flanco del barrio en su versión infantil, engañosa, como de utilería del bien. El contraste entre lo que había visto en YouTube, una bomba flotante de cuyas catástrofes nos salvaba la distancia, y el deslizamiento de su aura delicada dándole colores sanos a las superficies, de algún modo creándolas, no podía venir de la misma cosa, y sin embargo eran la mima cosa.

Cuando volví, Mara ya no estaba y mi casa se abrió a un porvenir de soledad, y por lo tanto de libertad, que se extendía en el espacio. Mi sensación era la de estar al borde de un desierto (un desierto mío), pero ¿cuánto puede durar una sensación?

En el parque, un chimango, el segundo chimango de este libro, intentaba levantar una rata muerta, enorme, con destino a la intimidad donde pudiera disponer sin apremios de la inanidad de la presa, pero al no poder hacerlo intentaba perforarle un flanco para llegar a las entrañas. Los vi luchar porque, en efecto, el cadáver también luchaba a su manera, hacía valer su peso y su forma escurridiza para las garras que respondían sin eficacia a la orden de traslado.

Salí al parque a ver mejor. El chimango me miró con el cuello encorvado y un destello de alarma en las semillas luminosas de sus ojos. Pero el verbo mirar no es suficiente para abarcar el plan

fulminante de escape que se activó por orden de un largo viaje por la evolución. Es mejor decir que repasó en su cabeza vertical la distancia que había entre nosotros (traducida a segundos de supervivencia), para que todos los aparatos de la acción se encendieran y le permitieran mirarme con su legendaria rapacidad, cazar la presa con sus garras y levantar vuelo fuera del radio de la muerte.

Todos los esfuerzos que el chimango era capaz de hacer, todo el valor (digo valor porque lo considero una categoría animal), la fuerza, la velocidad y la precisión de la maniobra de escape se concentraron, estoy seguro, en un punto de reunión épico.

El chimango realizaba por fin, la proeza de su vida. Después de carroñear perros destrozados en las banquinas de la autopista, lanzarse sobre sapos en las noches de verano y tragar con humillación nubes de insectos, había llegado a la cima escapando con una rata gigante en una maniobra de evacuación y regocijó.

Si no fuese por mi aparición de figurante y, por supuesto, por mi casa y el parque de mi casa inspirado en revistas de casas y parques, y los árboles que yo planté y crecieron ante mi indiferencia, y el banco de plaza que instalé en el fondo y los trabajos de jardinería de Mara llenos de tensión y de control del desborde, la escena de un chimango secuestrando una rata habría sido la misma que podría haberse visto cuando mi barrio era un espacio más de la pampa y ellos, las ratas y los chimangos, ya dirimían sus asuntos mediante un concurso de sagacidades.

Yo, el “dueño” del espacio, era el nuevo ahí. Yo era el intruso, el personaje anacrónico, el tercero en discordia. El que no tenía que estar. Pero estuve y rompí la escena, al tiempo que produje otra. Y me quedé sólo, mirando el cielo durante más tiempo del que el chimango tardó en desaparecer con su presa. En la soledad total, sin relaciones con el mundo ni conmigo, fui una nada que estuvo ahí, en el centro de la confusión humana, protagonizándola.

27 de abril

Lo llame a Marcial para proponerle un encuentro con la China en el bar que da al río. “No vamos a poder. Nos separamos”, me dijo. En la melodía de comedia fingida con que me lo contaba florecía la verdad de su devastación. Lo pasé a buscar y fuimos a otro bar del río. Mi experiencia me dice que ver pasar algo, sean autos, trenes, nubes o ríos conjura la angustia, que se hace invencible en la quietud. Su triunfo es la sensación de inmovilidad, la inoperancia, la anulación del acto, cualquier acto, sobre todo los de escape; y a Marcial lo vi en esa situación como de momia, con un circuito eléctrico recalentándose en su pecho, sobre el que se pasaba una mano con los modales delicados, suspensivos, con los que se acaricia un animal enfermo.

Estaba en mitad de una caída a la que todavía no le había llegado su peor momento. Había quedado en verse con la China un martes pero algo había fallado en la agenda. De repente, ella estaba demasiado ocupada en otras cosas, lo que bloqueó el encuentro, curiosamente sin reprogramación. De golpe, no hubo cita, y se abrió un vacío que Marcial intentó llenar al día siguiente acercándose a la casa de la China.

Estacionó y mandó señales sobre su posición. La China respondió con una serie de mensajes eliminados, “de los malos” según Marcial, hasta que soltó uno en el que le decía: “¡Ay, qué cabeza dura que sos! ¡Por favor! Te dije que habláramos antes de que vinieras. Estoy en el banco por una transferencia que hice a una cuenta equivocada, tratando de solucionar eso desde las siete de la mañana. Dormí mal… Tengo que retirar a los mellizos de la escuela, darles de comer… Ramona no vino, para variar. El perro vomita. Se rompió la caldera. Mi casa es una mugre. Estoy sola con todo. Y me estresa mucho que estés dando vueltas esperándome sin saber a qué

hora voy a poder ir a verte, si es que puedo ir. Y encima… estoy mal con lo nuestro. Estoy para decir cosas horribles sobre nosotros. Horribles…".

Marcial sintió en la entonación de la China, sobre todo por lo que trataba de contener, un cansancio profundo de él y de los encuentros con él, y de la logística megalómana y el despilfarro emocional que los sostenían. "¿Qué hiciste?", le pregunté. Me dijo: "Desaparecí. Le mandé un postre con una moto a la casa y le dejé un mensaje para decirle que me iba. Tenía los nervios destrozados. Todos juntos, agarrados en una mano, como un manojo de cables pelados. Fue todo muy violento, y no sé de quién era esa violencia, que no asumía nadie. Seguramente era de los dos. Le dije: 'No tendría que haber venido. Es mejor que hoy no nos veamos, que no nos hablemos… Vos no estás para hablar. No quiero conversaciones con bombas adentro'. Ni sé cuántos 'no' le dije. Fueron como diez".

Salió a la ruta a despejarse, se detuvo en una estación de servicio y comió un yogurt adentro de la camioneta, con las ventanillas abiertas. "Me sentí un jinete perdido en el desierto, comiendo arriba del caballo", me dijo. Sentir el viento del campo le dio una experiencia de libertad sin los hechos de la libertad. Miraba cada cosa con una fascinación fúnebre. "Me parece que no sé si entiendo un mundo mío sin ella", me dijo, y dio un salto hacia algo que pudiera aliviarlo: "¿Te dije que al final escribí esa canción de la que te había hablado? Después te la paso para que me digas qué te parece".

Hablamos mientras el río se iba. Aunque no sé por qué digo "hablamos", si el que hablaba era él. Tenía una extraña música de euforia en la voz que, como todas las euforias, como todas las fiestas, era falsa. No hacía falta que yo hablara porque lo que Marcial no toleraba era su silencio, sobre el que extendía inmensos mantos de ocurrencias y asociaciones forzadas.

Lo importante para él era no parar de hablar. Si dejaba de hablar un segundo, capitularía ante el vacío que no era mío, ni del río ni del mundo sino una sustancia propia de él. Hablaba como una máquina, como una fábrica, sin que pudiera advertir que nada

podía parecerse más a esa locura de la lengua que el silencio que quería evitar.

Pasó algo en el río que no puedo asegurar que sea una regla del atardecer porque no puedo declarar en nombre de todos los atardeceres de ese río, ni de todos los hombres que los ven, aunque comprendo la tentación humana de generalizar, en la que este libro ya cayó mil veces. Los colores del cielo y del agua, que habían estado conservando las ilusiones características que despiertan en la percepción humana por la que se ganaron un nombre, se mezclaron a la manera de dos paisajes que forman otro.

Fue un problema para mí atestiguar el fenómeno sin los recursos para describirlo. Para Marcial también, porque dejó de hablar y se hundió en el pánico que crecía en la nada de la tarde, una soledad inabarcable que lo dejó mirando el horizonte que absorbía en su ranura negra toda la actividad del mundo.

Se tocó varias veces el pecho con tres dedos. Le pregunté si le pasaba algo. Suspiró profundo y dijo: “Sí. Siento algo suelto acá, como si se me hubiera salido una pieza, digamos un resorte. Debo tener miocardiopatía de Takotsubo. Se te agranda el músculo por el sufrimiento. Leí en un PDF de medicina que los japoneses lo llaman ‘Síndrome del corazón roto’. Te puede matar. A mí me está matando”.

Volvió suspirar. “¿Vos te diste cuenta a la velocidad a la que entran las cosas al pasado? ¿No te parece demasiado rápido?”, me dijo, y juro que no miraba el río sino las profundidades de los abismos que la superficie rugosa del agua ocultaba para el bien de todos. “No. La verdad es que no me di cuenta”, le dije, y por primera vez se rio, aunque ni él ni yo supimos de qué. Ni falta que hace. Cuando se ríe, como cuando se llora, se ríe por todo, y la risa de Marcial apareció esa tarde como una erupción en la crisis, el único momento de descarga que tuvo, porque hablar no había sido descargarse sino dar vueltas alrededor de algo que no estaba.

Todo lo que alguna vez le dio risa en la vida, las cosquillas, el porro, los chistes cordobeses a los que era adicto, los gags de la vida cotidiana en los que alguien resbala y cae como una media res al

piso, todo eso, más todo lo que se le pueda sumar a eso, brotó de Marcial en esa risa de lado, incompleta, que lo sacó por un momento de algo muy oscuro.

Me dijo: "¿Qué pensás de mis libros, o sea de mí?". ¿Qué pensaba de los libros de Marcial? La verdad es que nunca había pensado en los libros de Marcial. Perdón: sí había pensado, y me había olvidado completamente de esos pensamientos. Se me mezclaban sus libros. Le dije: "Pienso que vos y tus libros están obsesionados por la velocidad a la que las cosas entran al pasado. Y como es un asunto sin solución, yo que vos no me haría malasangre por eso".

Me dijo que estaba "limpiándose la cabeza" con música electrónica. Le gustaba porque no remitía a nada, ni a nadie. Casi que ni tenía que escucharla. Eran melodías ahogándose en ritmos de máquina, ruidos sin representación, o sea sin mundos. Quería olvidarse de la China. "Pero te juro que es más fácil pegarle un tiro", me dijo. En algún momento la música, o como quiera que haya que llamar a ese coro inane de samplers, se cortaba y entonces entraba a su cabeza un silencio de nieves antiguas.

Un reflejo lo impulsó a escribir, pero enseguida sintió (otra vez) que ya no era un poeta. ¿Qué era? No lo sabía. Pero un poeta, no. La noticia era vieja. Su último poema, llamado "Ruedas que giran sobre piedras", que leí y no me gustó, era confuso y acumulaba ideas sin hechos, que es lo peor que podía pasarle a la poesía de Marcial. "Soy un poeta muerto", me dijo, y me preguntó si recordaba la entrevista de casi cien preguntas que le había hecho a la China. Le conté que ella me había dicho que no las había respondido. "¿Cómo que no? Claro que me las respondió. Hace meses. Anoche me basé en eso para hacer su biografía. No me podía dormir. Te la paso", dijo Marcial, y me mandó esto:

China del Río nació a las 23:05 del 15 de junio de 1979 en el Hospital Sirio Libanés de Villa Pueyrredón, luego de que el Hospital Posadas, donde debió haber nacido, le impidiera a su padre presenciar el parto.

Pesó 4,700 kg. Tomó teta hasta los 8 meses. La primera palabra que

pronunció en su vida fue "mamá".

El recuerdo más antiguo del que puede dar fe es de los tres años, cuando desde abajo de una mesa vio a su prima Cecilia caminando sobre un piso de madera.

Entre los 8 y los 12 años practicó gimnasia artística en el Club Gimnasia y Esgrima de Villa Pueyrredón.

Entre los 10 y los 14, en diversas circunstancias, se disfrazó de gitana, Caperucita Roja, bailarina de charleston y punk.

Aprendió a nadar a los 6 en la pileta de una casa alquilada. A los 7 viajó por primera vez en avión (a Bariloche).

Desde los 8 dibuja con lápiz en cuadernos de papel pesado.

A los 13 cocinó por primera vez (panqueques).

Se desmayó una sola vez, a los 16. Se despertó sola en el baño de una sala de primeros auxilios sin saber qué hacía ahí, por lo que suele decir que también fue su primera experiencia de teletransportación.

La escuela primaria la hizo mitad en la N° 1 General de San Martín y mitad en la N° 8 Bartolomé Mitre; y la secundaria en la Escuela de Enseñanza Media N° 5 Alfonsina Storni, todas de Villa Pueyrredón y en un radio de 500 metros tomando como centro su casa de la infancia, un departamento luminoso de un complejo de monoblocks.

El departamento de Villa Pueyrredón fue la primera casa de las seis en las que vivió. Las otras están en las calles Villalonga (Belgrano), Adolfo Alsina (Congreso), Luis Conde (Colegiales), Quesada (Almagro) y 25 de Mayo (San Telmo), donde vive desde hace veinte años con su esposo, sus mellizos y un perro llamado Turco.

Su mejor fiesta de cumpleaños fue a los 30. Acababa de comprar la casa de San Telmo. Contrató a DJ Fast, que instaló un set de bandejas para cada una de las tres salas de la planta baja, a la que demolieron una semana más tarde para construir un living gigante con entrepiso y un jardín de invierno. Fueron cien personas. Recibió de regalo vinos, tortas, libros, DVDs, cuadros, flores, ropa, una camiseta de Boca firmada por Juan Román Riquelme, varios adornos de la casa Morphe de Recoleta y una lapicera pluma Conklin.

El primer libro que leyó fue Las aventuras de Huckleberry Finn.

No sabe ningún poema de memoria.

Nunca leyó dos veces un mismo libro.

Las canciones que más veces cantó en su vida son el tango "Traicionera" ("Vivir es un sueño que cuesta la vida"), y "Eu vim da bahía", de Gilberto Gil.

Empezó a fumar tabaco a los 17 y porro a los 18, caminando por la calle, después de coger una madrugada con un chico llamado Leopoldo Azcárate.

Aprendió a manejar a los 20 años en un Rover Serie 400.

Su primer trabajo fue dar apoyo escolar a alumnos particulares. El segundo: encuestadora de calle.

A los 22 murió su madre. El impacto fue muy grande, pero no tan grande como ver que su padre no lloraba.

Llora mucho, en lapsos cortos sin pausa.

Cuando coge no se ríe.

No odia a nadie.

Nunca se casó, y no sabe por qué.

Durante una temporada le gustaron los hombres de la edad de su padre, entre ellos su tío Ricardo, del que recuerda una noche en el campo (ella tenía 10 años) en la que lo vio parecido a Gene Kelly.

Se sintió amada por cinco hombres: Lucas, Pablo, Juan, Alejandro y yo; y por una mujer cordobesa: Melina.

La vez que más caminó en su vida fue una noche de invierno, embarazada de los mellizos, mientras se despedía de un amante.

El máximo tiempo que soportó sin dormir fueron 48 horas en vísperas de un examen.

La primera vez que la besaron fue a los trece años en la matiné de la disco Chocolate.

No sabe usar armas.

Nunca mató un animal.

Nunca vio morir a nadie.

Le gustan las flores blancas.

Escribió once cartas de amor, de las cuales seis fueron a la misma persona (guarda las copias).

El objeto que más le gusta es un anillo con piedra azul que le regaló el padre de sus hijos.

Le gustan todos los hombres a los que ella les gusta.

La comida que más veces comió es milanesas acompañadas de fideos con manteca y queso.

Se arrepiente de no haber estudiado ciencias.

Una vez la golpeó un hombre, y ella tembló de frío.

Se pajeó por primera vez en una cama de hotel, en Florianópolis, en el verano de 1993 (lo hizo pensando en ella).

Su helado preferido es el dulce de leche "con cosas".

Su ciudad preferida es Río de Janeiro.

Su torta preferida es la de chocolate, frambuesa, mus de chocolate y crema.

Su película preferida es E. T.

Le gusta la ropa de una sola pieza, el pan dulce y el mes de diciembre.

28 de abril

Le mandé un mensaje en el que le decía que me sorprendía su giro prosaico, como de edicto policial. “Muchas gracias”, me dijo, y me contó que había tratado de hacer un poema basado en esa prosa. Estuvo horas esperando en vano que se le ocurriera algo. La conclusión a la que llegó es que no se puede decir nada. Lo supo toda la vida, pero se animó a decirlo ahora porque se le fue el miedo al vértigo de la verdad.

No sabe qué es esto, y nunca lo sabrá. Este baile que bailamos, digo. El baile de la vida. “Te juro que no lo sé. Estoy totalmente en cero. Y encima la China no me llama... Bueno, yo tampoco la llamo”, me dijo. La llamé yo. No puedo seguir escribiendo esta novela sin mi protagonista principal. Me dijo: “Estoy mal. Dame unos días y te llamo”.

2 de mayo

Marcial me llamó anoche muy tarde para decirme que con la China habían estado "haciendo cosas" que no me contaron: "Por ejemplo, una noche, hará tres meses, fuimos a su casa de la infancia. Está en un complejo de monoblocks sobre la General Paz, a dos cuadras de un Chango Más, en el tercer piso del bloque 18, desde el que se ve la olla del Centro Atómico Constituyentes. Tiene dos dormitorios, una cocina-comedor, un living amplio y un balcón cerrado con mamparas que da a un mini bosque de pinos iluminado con unos faroles de poste".

Hablando como un agente inmobiliario, montó en mi memoria esa escenografía, esa planimetría, y me describió la noche: "Preciosa, preciosa… Para empezar: ella, feliz de la vida. Nueva. Y la brisa, la limpieza del aire como subrayando esa realidad ideal... Todavía tengo en la nariz el olor a pino de ese día".

Él la pasó a buscar con su camioneta y le preguntó a dónde le gustaría ir. "Al pasado", dijo ella, y buscó una ubicación en el teléfono. "Fue un viaje trascendente. Todo tenía importancia. No me dijo a dónde íbamos, pero yo sabía a dónde íbamos. Pasamos por unos túneles de colores y por lugares que parecían salir de otro mundo. Yo me sentí de nuevo un poeta. En realidad, me sentí un poema escrito por ella", dijo Marcial.

Llegaron a los monoblocks. Recién vengo de ahí. Fui a relevar lo que me parece un territorio clave de esta novela. Efectivamente, son 18 bloques sobre un lote en triángulo, sin terrazas, de tres pisos cada uno, cada cual con frente y contrafrente, todos apuntando al este.

Imagino que durante gran parte del día pasa la luz por esos interiores a la manera de un hilo larguísimo (el hilo de las horas) por el ojo de una aguja. Los departamentos deben ser de 1970, no

tienen ascensor, y las escaleras no tienen pasamanos, pero suben en espirales angostos que se comprometen con una ilusión de seguridad.

Les costó estacionar. El predio no tiene cocheras y los autos forman un cerco cerrado alrededor de los edificios. Caminaron unos trescientos metros hasta el perfil del bloque 18 por el mismo sendero de piedras en el que la China aprendió a correr y a sentir en su cuerpito la libertad de escapar, y llegaron a la entrada. De fondo, el tránsito de la Avenida General Paz llegaba en un registro de silencio y de luces blancas y rojas arrastrándose en la noche.

La China iba adelante, un poco acelerada, con los ojos abiertos como cráteres, absorbiendo la aventura del regreso. Marcial la abrazaba desde atrás ("la envolví", me dijo), hundiendo su nariz en la nuca, en el cuello, entre el cráneo y las orejas, oliendo una mezcla de piel y shampoo. Me dijo: "Imaginate abrazar por las alas a un pájaro en vuelo".

En el extremo que daba a la avenida, el bloque 18 tenía una escalera de piedra que bajaba hacia los barrancos artificiales del barrio, flanqueada por dos planos inclinados. Ella se sentó sobre uno de ellos, trabó el deslizamiento de su cuerpo clavando los tacos de las botas en la tierra y posó para Marcial. "A los cinco me saqué una foto acá, con las piernas abiertas, así, a lo bestia. Tenía una medibacha rajada. Mirá", le dijo, y le mostró la imagen en el teléfono. Marcial le sacó una foto en la misma posición y luego las compararon. "Estás igual. Bueno… Un poco más nena ahora", le dijo.

Llamaron al 3° A. Eran las nueve de la noche. Atendió una mujer. La China le dijo en varias versiones que escalaban el drama que ella había vivido allí, y que quería pasar. El argumento era trillado y podía ser peligroso para quien lo aceptara. Pero, según Marcial, lo que la mujer sintió de la China fue su estado de necesidad y, por lo tanto, su derecho a entrar, y le abrió en un segundo.

Los esperó en el pasillo con las luces encendidas. Unas luces de filamento gastadas, con fragmentos de insectos adheridos a las

bombillas. Vivía sola. La China no hablaba, aunque en su cabeza explotaran frases sentimentales en racimos. Flotaba en un éxtasis de restauración. Todas sus sondas de profundidad se encendieron y clarearon los rincones, los muebles, las cortinas y el plafón del comedor, el mismo que había iluminado las primeras noches de su vida.

Entró al baño, a los dormitorios, a la cocina; y miró los pisos, las paredes, las molduras de yeso en el cielorraso. Todo estaba intacto y en su lugar, especialmente ella, o lo que ella sentía que era. Mientras la mujer se acercaba para saber, por fin, algo de esa presencia que se movía por las venas de la casa con tanta naturalidad, Marcial se deslizó a espaldas de la charla, desarmó los picaportes de la habitación en la que la China durmió, lloró, se enfermó y se curó y soñó por primera vez, se los llevó al bolsillo y pegó dos mil pesos a la heladera con un imán de delivery.

Mientras caminaban hacia la camioneta, según él, al ritmo exacto que se necesita "para sentir que la vida entra en vos", algo que no era una velocidad sino una manera de pasar como un arroyo entre los monoblocks, le dio los picaportes. "Gracias, hermoso. Te vi, y te amé cuando los sacaste", le dijo ella.

Salieron en la camioneta al mismo ritmo al que habían llegado a ella caminando. Marcial me dijo que recién registró esa continuidad entre seres humanos y máquina cuando lo apuraron a bocinazos en la Avenida San Martín: "Me costó salir de ahí después de dar en la tecla sobre cómo hay que moverse adentro de una felicidad". Le pregunté: "¿Una felicidad?". Me dijo: "Sí, la felicidad se cuenta de a una".

Estacionaron la camioneta en una calle empedrada de la zona de mansiones y garitas. ¿Cuántas cámaras de seguridad estarían encuadrándolos al mismo tiempo desde diferentes ángulos y distancias sin saber nada de ellos? Imagino que no menos de diez. Marcial se enredó al querer describir el momento, prácticamente sumergido en el anterior. Le pedí que lo hiciera con una sola palabra. "Unidos", me dijo.

Se besaron media hora. Marcial me lo contó sin alardear. Al

contrario. Le intrigaba que la pasión se estabilizara tan arriba. Cogieron en la camioneta con la ropa colgando de la cintura, de los hombros, de los tobillos, como si fuesen marionetas o tenders en el viento. “Fue una hora de vida de altísima calidad”, dijo Marcial, “aunque no tanto como cuando nos acariciamos los antebrazos antes de besarnos”.

Me mostró lo que filmaron varios minutos después de empezar a hacerlo. “In media res, como si filmáramos el paso de un río”, me dijo. El antebrazo izquierdo de Marcial está apoyado en su pierna derecha, y la China mete la mano allí como una cuña deslizante, de la manera en que una serpiente entraría a una cueva (no a cualquiera: a la suya). Penetra con sus dedos “boca arriba” hasta el codo y luego vuelve hasta tocar la punta de los dedos de Marcial y recorrerle ahora la palma y el interior del antebrazo con el reverso de su mano, hasta que después es él el que hace lo mismo. No sé si se entiende la descripción. No puse ninguna coma porque el contacto entre ellos no las tenía: era una rueda girando por la superficie más lisa. “¿Qué te parecieron las manos?”, me dijo. Le contesté: “Dos cachorros defendiéndose de algo malo”.

3 de mayo

Un rato más tarde (yo ya dormía), me pasó una captura de imágenes reproducidas en un televisor. Me dijo: “Mirate este inédito. Es del año pasado”. La China lo había esperado en la puerta del Bar Inglés para pedirle que la acompañara a la casa de la hermana, que estaba vacía. Entraron, y ella se movió suavemente de un ambiente a otro, “como nadando pecho”, y reapareció en el living con una pila de videocasetes en VHS.

En la captura de pantalla de Marcial, la bruma del VHS documentaba una realidad de ensueño. El padre de la China susurraba palabras cómicas al oído de su esposa, y ella se reía siguiendo la corriente del coqueteo blanco en el que estaban. Al margen de lo que esa escena haya tenido de parodia de vida hogareña o de realidad concreta, lo que imperaba era una luz de felicidad, de la que la China estaba impregnada y reacia a su impregnación.

El padre de la China estaba sentado en un sillón de un cuerpo. La madre, en un extremo de un sillón de tres. La China, extendida en el resto de ese sillón, mirando y no mirando a sus padres, en situación huidiza, girando con discreción el cuerpo al modo de quien gira dormido en la cama, un tipo de fuga inmóvil tan eficaz como no lo hubiera sido echarse a correr.

Yo estaba tomando notas de lo que veía en esa imagen que abrí a las nueve de la mañana, cuando me llegó un mensaje de voz de Marcial: “Perdón, Julián. Ya sé que estoy medio pesado. ¿Viste lo último que te mandé? Por ahí te sirve que te diga que, mientras lo veía, la China me dijo que no se acordaba para nada de esa felicidad, aunque le parecía evidente que había existido. Yo le pregunté por qué quería desaparecer de la escena, y ella me dijo que no sabía, no se acordaba, pero que tal vez fuera porque sentir

felicidad le parecía una ostentación. Le daba miedo expresarla. Y yo… Te puedo decir qué sentí cuando la vi tan chiquita. ¿Cuánto tendría?: ¿catorce?, ¿quince? Yo sentía que estaba ahí, que no era un espectador. Estaba adentro de la escena, sintiendo esa felicidad como si fuera mía, como si yo fuera ella. Me da un poco de miedo el amor que le tengo".

30 de mayo

Marcial volvió a desaparecer, así que voy a escribir lo primero que se me ocurra. La materia que yo daba en la Facultad de Ciencias Sociales era Teoría Sociológica, pero por una corriente de aire que ventiló mi cabeza quedé atrapado antes de una clase en un artículo de una revista de domingo. El título era: "La dificultad de nacer". Se lo comenté a Mara. "Tan difícil no debe ser. ¿Quién no nace? Vos naciste, yo nací, tu mamá y mi papá nacieron…", me dijo. "¿Ah, sí? ¿Y Brasil?", le contesté. Mara me miró: "¿Sos consciente de que dijiste Brasil? ¿Estás bien?". Le dije que sí. Me contestó: "¿Seguro? Mirá que a Ravelli le descubrieron el ACV porque pronunció una palabra que no tenía nada que ver con lo que estaba diciendo".

Detrás de la palabra "Brasil" llegó en su auxilio la cantidad "doscientos millones", el número aproximado de sus habitantes, y sobre eso monté mi argumento acerca de "la dificultad de nacer", que terminé dictando como un loco una semana más tarde en la cátedra Teoría Sociológica, en la que tendría que haber dado una introducción a Bordieu.

Entré, saludé y empecé inmediatamente a hablar, sin sacarme la campera ni la gorra de lana ni cerrar el paraguas. Por las ventanas del aula entraban unos rectángulos de oscuridad. Las luces blancas que se descargaban del techo contra la campera negra, me recortaban como un espectro. Un espectro de presencia pura, de tajo negro en la claridad.

Pero quizás mi impresión (mi impresión sobre mí como el tipo más extraño que vi en mi vida) tuviera que ver con las cuerdas que sostienen el gesto de la cara, tirantes, a punto de cortarse y revelar, por fin, qué había adentro mío, qué de lo que nunca pude ver con claridad.

Esta reconstrucción surge de un video que me mandó una alumna con la que luego tuve un romance inolvidable que daría para otra novela (¿qué no da para una novela?). Entro, saludo y digo, textualmente (en este momento, el protagonista de este libro soy yo):

"Bueno… Hoy teníamos a Bordieu, pero lo vamos a dejar para la próxima. Si en esta facultad hay alguien que puede esperar, ese es Bordieu. Lo tenemos hasta en la sopa. Lo que no hay en ningún rincón de este edificio es una sola alusión al milagro de la existencia. No se asusten… Lo que quiero formular ahora es una hipótesis de la existencia como milagro. Porque es así… Viene un maestro y nos dice: 'el individuo es una posibilidad que se realiza en ciertas condiciones'. Al rato viene otro y nos quiere convencer de que el individuo 'es una entidad superior', digamos un ángel, ¿no?; y después viene un tercero que nos quiere asustar: 'No, no, no, de ningún modo… Un individuo es una persona atada a otra, es una persona al lado de otra o actuando contra otra o asociada a otra'. Y así están: que el individuo esto, que el individuo es aquello… Mientras que acá adentro no hay nadie que haga la pregunta clave, yo diría la única pregunta que hay que hacerse: ¿por qué nacimos? ¿Alguien lo sabe? Mi respuesta es: porque tuvimos suerte, mucha suerte. Más suerte que una persona que gana la lotería. Les traje una lista… Yo sé que a ustedes les gustan los números… Anoten… Lotería Nacional: la gana 1 en 600 mil. Loto: 1 en 14 millones. Quiniela: 1 en 5 millones. Quíntuple Plus de la Hípica Nacional: 1 en 60 millones. Quini 6: 1 en 9 millones... Conclusión: para nacer hay que tener más suerte que para ganar la lotería, que tiene una lógica de milagro, en el sentido de que el milagro es algo que no pasa nunca, algo que no le pasa a uno… Ahora vamos a ordenarnos un poco… Supongamos que tiene cierto nivel de verdad esa idea, bastante cómoda, de que las posibilidades de que estemos en esta clase sean de 1 en 200 millones. Es una especulación muy popular porque está representada por, digamos, 200 millones de espermatozoides nadadores que deben cruzar un mar, y de los que solo llega uno a la otra costa. La imagen es impresionante por la

cantidad de competidores en juego, y porque podemos 'verla'. Entonces, allá van los 200 millones de nadadores, a una velocidad de 3 milímetros por minuto, vivitos y coleando. Ese número de 200 millones, como sabrán, surge de un promedio de espermatozoides por eyaculación. Que pueden ser 100 millones, que pueden ser 300 millones, pero la cabeza humana presiona sobre la generalidad y tiende a ver como solución de un problema los términos medios, que son los más alejados de la mejor solución y los más cercanos a la idea, al concepto de solución. Perfecto, vamos con los 200 millones… 200 millones es el número de habitantes de Brasil. Siguiendo la analogía de la carrera de natación, podemos imaginar a los 200 millones de brasileros, a todos, vamos a suponer que mientras dure esta clase no se muere ninguno, apostados en sus costas, para nadar digamos hasta África, uno al lado del otro, cada cual con su bikini, con su sunga, niños, jóvenes, adultos, ancianos… Algunos están con una caipirinha en la mano, con una cachaza, un coco, que para eso son brasileros… Pero… Hay un problema… Si cada uno ocupara un metro lineal de costa, necesitaríamos un litoral de 200 mil kilómetros, y Brasil debe tener unos siete mil kilómetros de playa: no nos entran los nadadores. ¿Se dieron cuenta por qué el poder de la imaginación es superior al de la realidad? Un día voy a ser novelista. La realidad es represiva. Pero la idea se entiende, ¿no?: salen 200 millones y llega uno. Por ejemplo: llega Caetano Veloso, o Neymar. Los demás, mueren. Esa es un poco la representación dramática de la carrera de la vida. Pero es falsa porque hay elementos que no se tienen en cuenta. Por ejemplo, que el espermatozoide supremo, 'ese' espermatozoide que hizo el mérito para no morir entre 200 millones, o mejor dicho entre los 500.000 millones de espermatozoides que produce un hombre entre los doce y los ochenta años, tiene que conectarse con uno de los escasos cientos de óvulos maduros que las mujeres dan en su vida. Dando por sentado que ambos son fértiles, por supuesto. Pero nos siguen faltando elementos para considerar la suerte que hay que tener para nacer. Ejemplos… Un hombre y una mujer que van a concebir un bicho como nosotros se encuentran después de una serie de

rigurosos filtros probabilísticos. Ustedes me dicen si los canso… Con total confianza. Acá no hay autoridad, ni sabiduría, ni Universidad de Buenos Aires ni las pelotas. Mi idea es compartir estas inquietudes con ustedes para que hablemos del 'individuo' con un poco más de cuidado que el que tenemos. Entonces, resulta que el hombre y la mujer de los que venimos vienen a su vez del azar, o sea de la timba de la vida. La timba de la vida… ¿Conocen la Ecuación de Drake? Es un blef. La inventó un inglés chanta para imaginar las señales extraterrestres de esta galaxia, y la traspoló al amor, por así decir, y la conclusión probabilística a la que llegó es que de cada 30 millones de personas solo podríamos tener afinidad o 'suerte reproductiva' con 26, entre las cuales podríamos quedarnos con una, dos, a lo sumo tres a lo largo de la vida tal como está planteada. Van llevando la cuenta, ¿no? Son números y números y más números y ya la probabilidad 1 en 200 millones, Caetano Veloso en 200 millones de brasileros, nos parece poco, por una causa puntual: ¡es poco! Aunque hay más posibilidades de nacer si la suerte le toca a uno en 200 millones que si nos dejamos llevar por ese cálculo budista por el cual nacer equivale a dar con el único salvavidas que flota en los siete mares, lo que por las dimensiones del salvavidas en relación a la superficie de los mares es de una posibilidad en 700 trillones. Eso dice un budista, que no sé cómo se llama. Y unos matemáticos de Oxford hicieron otra cuenta y el resultado que les dio es de uno en 400 trillones. Es una exageración, es cierto. Pero la idea es realista. Entonces, ¿qué quiero decirles? Lo que quiero decirles es que al margen de con cuál 'cociente de ocurrencia' de vida nos quedemos, nacer es casi imposible".

5 de junio

Ayer a la tarde reapareció la China. Me citó en el restaurante Brandsen hoy al mediodía. Son las tres de la tarde y no aparece (estoy escribiendo en el teléfono). Marcial tampoco. Me tiene harto este libro.

11 de junio

Ni noticias.

14 de junio

El 4 de junio, a las siete de la tarde, después de que la China me dijera por teléfono: “Tranquilo, novelista, que estoy volviendo”, y me citara para almorzar en el Brandsen al día siguiente, Marcial la llevó a su casa en la camioneta. Como les costaba separarse, él comenzó a girar alrededor de la manzana y, al pasar por tercera o cuarta vez por la esquina de su casa se les apareció una Kangoo con la marca de Aguas Argentinas y los chocó en la puerta del acompañante.

Todo el barrio giró en dirección al ruido: los chicos que jugaban en la plaza, los vecinos que caminaban por las calles, los comerciantes y los que se asomaban por las ventanas de los edificios, impulsados por el resorte generalmente oxidado de la curiosidad. Pero la violencia del choque fue moderada, casi nula si se la compara con la explosión que salió del impacto de las chapas y los plásticos.

La China quiso abrir la puerta, que se trabó por el golpe. En el forcejeo, una lucha cómica entre una mujer y una manija, movió la cabeza varias veces por el esfuerzo sin inteligencia que estaba realizando y, en medio de la ceguera del cuerpo vio en el espejo retrovisor un ejército de personas que se cerraban lentamente en círculo sobre el auto, entre ellas Miguel.

“¡Arrancá! ¡Arrancá!”, grito la China, y Marcial arrancó llevándose a la rastra el paragolpes de la Kangoo que se había acoplado al guardabarros de su camioneta. Ahora la escena introducía en sus espectadores el elemento policial que fueron a buscar. Escaparon en eles a lo largo de treinta cuadras y estacionaron en Plaza Alsina. “No te vio. No conoce mi camioneta”, dijo Marcial. La China estaba en un estado de alteración catatónica. Sin memoria, sin sentido del porvenir, acompañada por una

voluntad firme de desaparición. Se veía congelada en la memoria de Miguel. Era todo lo que veía de ella. Era todo lo que ella era: la escultura de una mujer chocando en la esquina de su casa en la camioneta de su amor.

"¿No me vio? ¿Te pensás que es pelotudo?", dijo ella, y entonces vio en el espejo un pequeño corte en la ceja. Unas gotas de sangre crecían en su camisa blanca. Gritó: "¡Ay, no, lo que me faltaba! ¿Cómo hago para entrar a casa así?". "Mintiendo, como hacés siempre. Escuchame… En media hora te voy a dejar a dos cuadras de tu casa, y cuando Miguel te pregunte qué te pasó les vas a decir que te golpeaste con la heladera de un kiosco. Ibas a sacar una gaseosa y un chico abrió la puerta de golpe y te cortaste la ceja. No tenés que hacer *Hamlet.* Son veinte palabras pronunciadas como si hablaras de otra persona. Total, vos siempre sos otra persona", le dijo Marcial.

La China entró a su casa. Mientras los ojos de Miguel y los de los mellizos se clavaban en la ceja herida, ella expuso con naturalidad su teatro de hierro: "¿Pueden creer que fui a buscar agua a la heladera del kiosco que está al lado del trabajo, y un chico abrió la puerta y me dio con el filo? ¿Y ustedes? ¿En qué andan? ¿Qué hicieron hoy?". Miguel dijo: "Qué mala suerte. ¿A ver?", y le pasó un pulgar por la frente en una maniobra de bendición que la llevó por un camino de emoción y felicidad inesperada (la felicidad insuperable del alivio).

Después de cenar, Miguel pidió un envío de helado que incluía el dulce de leche "con cosas" que le gusta a la China. Tenía chips de chocolate con leche y chocolate amargo, trozos de merengue y vetas de dulce de leche repostero y crema chantilly. "¿Qué es lo que más te gusta de todo eso?", le dijo Miguel, con una sonrisa que colocó la pregunta en el mundo de complicidad en el que habían vivido tantos años.

Se conocían, con el tiempo habían formado una realidad compacta, y la rajadura que se había abierto en la piedra para que se instalara Marcial de una manera sorpresiva y más concreta que la piedra que se había abierto, se volvió a cerrar momentáneamente

por una fuerza que la China reconoció como lo que queda del amor y nunca se va, aunque algo o mucho o todo de ese amor se haya ido.

"¿Y? ¿Qué es lo que más te gusta?", volvió a preguntar Miguel, trayendo a la China como de la mano del limbo de recuerdos del que estaba colgando y en los que Miguel la acompañaba con radiaciones de tibieza. "Ah, perdón… Lo que más me gusta… Sí… El chip de chocolate amargo porque es lo que menos tiene", dijo, y le sonrió con un gesto de reblandecimiento sexual (no lo inventé: me lo dijo ella).

Se movieron por la casa con esos movimientos de la convivencia que, generalmente, están destinados a que cada habitante se deslice hacia los espacios donde puede hallar las pocas gotas disponibles de silencio y soledad. Los mellizos se durmieron abrazados, mirando televisión, y quedaron ellos solos, dando vueltas uno alrededor del otro.

La China subió al dormitorio. Me dijo: "No sé por qué, y como no sé por qué no se lo voy a contar a Marcial. Prefiero que lo sepa por vos, por acá... Digo que no sé por qué me dieron gana de coger con Miguel. Por ahí fue por agradecimiento a que ya era seguro que no me había visto con Marcial en la esquina de casa. Era como si le agradeciera a mi suerte recompensándolo a él. Estaba caliente de estrés post traumático. Me suele pasar cuando me salvo de algún peligro y me termino pajeando".

Se desnudó adelante de Miguel para ponerse el pijama, ella dice que con inocencia. No tuvo en cuenta que es problemático para el hombre detectar inocencia cuando ve a una mujer desnudándose. Aun suponiendo que la haya, las señales que llegan al hombre lo hacen con la distorsión de un mensaje animal. Hacía muchos meses que no cogían. Miguel se metió en la cama pero antes le hizo ver a la China, sin mirarla, mientras acomodaba su ropa, el bulto atravesado bajo el calzoncillos como un dedo de gigante.

"Cogimos. Bien. Qué sé yo. Yo estuve bastante activa, no sé… Ya pasó", me dijo la China. Miguel la acarició después de acabar. Lo hizo como si alisara una tela arrugada con la palma de la mano. Un

radar implantado en los dedos tomaba con anticipación las curvas y contracurvas del cuerpo. De lejos se oyeron los cantos de unos pájaros nocturnos en diálogo con unos ladridos. ¿Hasta qué punto se entenderán los animales? ¿Hasta qué punto un animal es capaz de comprender algo del idioma de otro?

Miguel la miró a los ojos atravesando la oscuridad, y le dijo: "Te podrías haber muerto en el choque de la esquina. Te imaginás cómo estarían los chicos en este momento, ¿no? Tenés que decirle a Marcial que tenga más cuidado. Era la Kangoo la que tenía el paso, no ustedes. El que viene por la izquierda, frena. Está en la Ley de Tránsito".

"Me quedé como embalsamada", me dijo la China. Miguel siguió acariciándola, paralizándola con su mirada de estacas cursando la oscuridad de la habitación. Eran una escena y un parlamento típicos del crimen pasional. La China esperó una escalada de algo, de cualquier cosa: del tono de voz bajísimo en el que Miguel estaba hablando, de la velocidad con que entonaba, de agresividad, de nervios desatándose. Algo que le diera más realidad a esa cordialidad volcánica.

Me dijo: "Después me contó todo lo que te puedas imaginar. Si no me contó más fue porque se cansó. Sabía todo. Me contó esta novela, ¿entendés? Me dijo que sabía que habíamos viajado con Marcial al Festival de Viña del Mar, y dónde nos habíamos alojado; y también sabía que nos veíamos en el Café Brasil hasta que cerró, y hasta me hizo la crónica de por qué cerró el Café Brasil. Me acariciaba y me hablaba de todo lo que le oculté. Me recitó de memoria versos de Marcial y me dijo que era muy lindo el barrio donde vivía, y cómo se llamaba su hija y a qué se dedicaba su mujer, cosas que yo no sabía ni quería saber. Y en un momento me di cuenta de que no iba a matarme y, entonces, la conversación pasó a ser algo normal, todo lo normal que puede ser una conversación entre una persona que habla como un mensaje grabado y otra que lo escucha un año más tarde. Yo no abría la boca, esperando que se equivocara y me diera una posibilidad de negar algo, pero acertaba en todo. Le pregunté qué quería que

hiciéramos con nosotros, y me dijo: ‘¿Hacer? Nada. ¿Por qué habría que hacer algo?’”.

15 de junio

Me contó estas cosas sonriendo en un ángulo extraño, como purgando una tensión de la cabeza, cuando decidí ir a buscarla a su casa. No me contestaba los mensajes, ni los tildaba. A Marcial, tampoco. Pero entreví en su bloqueo una indiferencia irreal y la esperé varios días, y cada uno varias horas, en los lugares de los que entraba y salía habitualmente: la heladería San Gabriel, el supermercado chino Las Rosas, la panadería España, la pescadería Oceánica, la dietética Machu Pichu, la casa de pastas de la que no recuerdo el nombre y la verdulería de la esquina de Saldaña y Ocampo.

La vi salir de su casa por una puerta negra de metal, en realidad un marco metálico con una transparencia esmerilada en el centro, protegida con tres barrotes macizos y delgados, que se abrió entre dos paneles de una enamorada del muro. El negro, el verde, el gris cemento asomando entre las ramas, del color de las nubes de las que inexplicablemente se colgaba una lluvia que no caía, fue el paisaje boscoso, incluso nocturno a las dos de la tarde, en el que la China apareció como perforando un decorado. ¿Entraba a la realidad? ¿Salía de la realidad?

Estaba con su perro Turco, que daba saltos de libertad atado a la correa. Lo soltó en la plaza y se sentó en un banco. Es fácil especular en situaciones así, por no decir en todas, pero yo estaba seguro de que se había abandonado a pensar en nada. Me acerqué a saludarla. Me dijo: “¡Novelista!”. Su sonrisa no tenía fuerza para mantenerse en pie, y la dejó caer. Los mellizos llegaron corriendo. Miguel los había vigilado desde la esquina mientras cruzaban hacia la plaza por un blanco del tránsito. La rodearon y le hablaron de varias cosas a la vez, y a dos voces, y por un milagro de la recepción ella fue relacionándose con cada tema que le plantearon,

con cada palabra, hasta llevarlos a una pequeña isla de silencio, de la que salieron disparados hacia el punto de la plaza en el que Turco corría en óvalos encogiendo el cuarto trasero.

Le pregunté por qué no le contestaba los mensajes a Marcial. Me dijo que sí se los contestaba. Eran mensajes de voz interminables. No se los mandaba, lo que era otra cosa. Y los escuchaba encerrada en el baño, o en el escritorio, para saber quién era ella. ¿Y quién era ella? "Una extranjera", me dijo. Hablaba bajo, como si gritara hacia adentro: "No sé por qué creo así en el amor. Yo sé que es un invento de alguien. El speedball también es un invento de alguien. No existe desde siempre, y un día no va a existir más y se va a hablar del amor como ahora se habla de las locomotoras a leña. Pero soy adicta. ¿Qué puedo hacer? Marcial se ríe de mí porque un día le dije: 'Me gustaron muchos, me gusta el amor'. Hace bromas con eso. ¿Estaré enferma?".

Las palabras de la China se deslizaban por su voz recibiendo unas puntadas de aflicción que le desfiguraban la entonación, como si pisara vidrios descalza. No le dije nada porque vi venir a sus hijos y a Turco y era cuestión de segundos para que el poco espacio que tenía para hablar se poblara de energía infantil y animal. Antes de que llegaran me dijo: "No sé cuándo, pero lo voy a llamar".

28 de junio

El domingo me llamó la China a las siete de la tarde y me dijo: "Te morís cuando te diga de dónde estamos volviendo". Le hice algunas preguntas, y me contestó: "Te escucho mal. Después llamalo a Marcial y decile que te cuente". Llamé a Marcial más tarde. Después de muchos días sin hablarse, la China le había dicho que "bloqueara" unas horas de ese domingo porque tenía pensado un programa para él.

Lo citó en Retiro y fueron en tren a La Plata. Caminaron hasta el Bosque, lleno de niños, madres, perros, vendedores ambulantes, humos de grasa, botes a pedal en un lago verde. "Un cuadro espeluznante", me dijo. Entraron al Museo de Ciencias Naturales a ver los meteoritos. Según Marcial, fue como girar sin detenerse en un cul de sac para reorientar la caminata hacia su destino misterioso.

Pasaron por unas canchas de tenis y un club de equitación. Había ginkos y robles con hojas de unos amarillos inyectados de luz. Los grupos de personas, las voces, los ruidos de motores y la música pública fueron quedando atrás y se detuvieron ante una garita policial. Un policía abrió la ventanilla y ella dijo: "Venimos de parte del Ministro Gustavo Cabrera. Soy China del Río, y él es Marcial Ledesma. Gustavo ya habló con el comisario Randazzo".

El policía llamó a alguien, anotó los números de los documentos en una planilla y les indicó el camino. En la puerta de lo que la China llamó "La Casita Encantada del Bosque" había una mujer policía, que los saludó, les abrió las puertas vaivén con la cadera y les dijo: "Es por este pasillo. Van hasta al fondo y doblan a la izquierda, y de ahí hasta el final. Es el que no tiene nombre. Lo que les voy a pedir por favor es que no lo toquen. Hay cámaras".

Entraron al pasillo. A cada lado había estantes metálicos

similares a las góndolas de supermercados y en ellos unos frascos enormes con órganos en formol: hígados, incluso pedazos de hígados, riñones, y pedazos de riñones, y una mano como de gigante, ojos, una cabeza de bebé, trozos de piel enrollados como pergaminos. El resplandor de las lámparas gastadas le daba a los frascos una luz de profundidad submarina. El vapor del formol estacionado les irritó los ojos pero, según Marcial, si se consideraba que estaban en las entrañas de un tugurio forense, la dificultad era llevadera, y aceptada en nombre de la curiosidad de la China, y de la curiosidad de él por la curiosidad de la China.

Llegaron al fondo y doblaron a la izquierda hasta llegar a un panel de yeso con un sticker que decía “No pasar”. Allí terminaba el circuito. Una manera de decir que empezaba lo verdaderamente desconocido, tal vez la sección de los cadáveres enteros.

La China se detuvo en la punta de la última góndola y miró una línea de frascos de cinco litros, algunos con tapas de clip, otros lacrados. Se desentendió de los que tenían carteles y se acercó al último, hundido en la oscuridad, y lo iluminó con la linterna del teléfono. Adentro había un corazón enorme, inclinado hacia un costado. “Volcado, como si te dijese en medio de un giro, con los caños de la aorta que parecían arrancados con los dientes”, me dijo Marcial.

“¡No! Me desmayo”, dijo la China. “¿Qué es eso?”, le preguntó Marcial (estoy tratando de ser todo lo fiel que pueda a la emoción de esos segundos que desgraciadamente no viví). La China desvió la luz de la linterna y abrió un blanco entre ambos: “El corazón de Maradona, así que no le digas ‘eso’”. Marcial me repitió varias veces la misma frase con distintas entonaciones: “¡El corazón de Maradona!”, “El corazón de… *Maradona*”, “El-corazón-de-Maradona”.

Pero en ese momento no pudo decir una sola palabra. Se fue dejando caer, y allí quedó, con los ojos clavados en el frasco. La China se sentó al lado y lo abrazó y, según Marcial, estuvieron mirando el corazón del modo en que se mira un incendio desde adentro del incendio. Me dijo: “Parecía un planetita, una frutilla

gigante moviéndose en el espacio. Por supuesto que no se movía en la realidad, pero entre la luz del teléfono y el efecto lupa del formol y el vidrio, parecía animado".

Estuvieron abrazados en silencio varios minutos. Después, la China le dijo: "Tocame el pecho". Se le estaba saliendo el corazón por la boca. Se acercaron un poco más, arrastrando las piernas por el cemento sucio, y quedaron a centímetros del frasco. "Todo lo que debe haber pasado en ese corazón… ¿Te imaginás? Todo el amor, toda la malasangre… Las fiestas… Esas noches tomando merca como un enfermo, esos goles divinos… Todas las veces que estuvo por reventar. Para mí es el corazón humano que más sintió", dijo la China. "¿Y vos?", le dije a Marcial. Me contestó: "¿Yo? Yo no podía hablar. Si hablaba, lloraba".

"¿Viste esto?", le dijo la China, y abrió el teléfono. Era un video de YouTube: "Investigué para vos… El del piano es Gigi D'Alessio, un cantante napolitano; el lindo de camisa blanca es Canavaro, el futbolista; y atrás no sé quiénes son los que están, deben ser futbolistas más viejos; y a Maradona lo conocés, ¿no? Escuchá".

En el video Maradona canta "Perdere l'amore", la canción que ganó el Festival de San Remo en 1988. La cantó Massimo Ranieri. El año anterior la había cantado Gianni Nazzaro, pero no tenía una altura de voz acorde a la canción, que hay que cantarla gritando, trepando. Pero me estoy yendo por las ramas de Google, mientras lo importante es lo que pasó al lado del frasco, donde la China también cantaba.

Copio algunos pasajes traducidos del Diccionario Reverso y reinterpretados por mí: "Ahora andate, que quiero volar solo en el cielo de la melancolía", "Te arriesgás a volverte loco, tu corazón puede reventar", "Perder una mujer y querer morir", "Golpear la cabeza mil veces contra la pared", "Querés gritar y ahogar el cielo", "Perder el amor, qué noche del orto", "Tratás de razonar y te hacés el indiferente, pero no sirve de nada", "Y ahora lo que queda de todo el tiempo juntos es un hombre muy solo que todavía te quiere", "Respirar hondo en tu almohada y echarle la culpa al destino porque no estás cerca", etc.

“La China Maradona”, me dijo Marcial. Pero se ve que en los depósitos forenses es un tabú el canto, lo que atrajo a la mujer policía para decirles que iban a cerrar el edificio. Tuvieron que irse. Marcial me dijo que mientras caminaban “sobre el domingo” hacia la estación de trenes, la China le dijo que quería que se hicieran una ecocardiografía tridimensional. Me dijo: “Quiere que nos veamos los corazones y los comparemos. Les dice ‘nuestros bebés’. El jueves tenemos turno en Cardio Express”.

3 de julio

Ayer, feriado nacional, Marcial me mandó un mensaje a las diez de la mañana: “Si estás en tu casa, vamos a almorzar con la China”. Yo acepté, ¿qué iba a hacer?, y le conté a Mara. “Buenísimo. ¿Dónde te parece que comamos? ¿En casa o adentro de tu libro?”, me dijo.

Tuvimos una sobremesa amigable, con una versión de Mara desconocida, de integración al conjunto, que es lo que tanto le cuesta y le sale tan bien cuando decide fingir; y yo no dejaba de ver que esa realidad que componíamos, como de metales derritiéndose, era un encuentro entre la literatura de este libro (si es que la tiene) y lo que sucede afuera. Porque yo digo: ¿no pertenecen todas las cosas al mismo mundo? O, mejor dicho, ¿no pertenecen todos los mundos a una misma cosa?

Marcial le dijo: “¿Hablás vos o hablo yo?” y, sin esperar la respuesta, habló diez minutos sin estacionarse en ningún tema. La China lo miraba con anuencia, o censurándolo, no estaba claro para nadie, ni para ella. Hasta que él le dijo: “Mejor hablá vos”. Entonces, ella me miró, situándome muy lejos de donde yo estaba, digamos en el horizonte, y me dijo: “Bueno… ¿Cómo te lo digo? Me parece que nos vamos a ir de este libro… Perdón, Juli. Me parte el alma, pero hace varias semanas que estamos con la idea en la cabeza. Preferimos seguir solos”. Y se fueron una hora más tarde, abrazados y felices, y no los vi nunca más, y no puedo explicar la desolación que sentí y siento todavía. Mara me vio caer dentro de mí, donde no había nadie, y me dijo: “Tendrías que ver a tu hijo”.

5 de julio

Me vine a Bowen a ver a mi hijo después de varios años sin verlo, ya ni sé cuántos. Cuando me metí en al auto al alba, sentí un extraño poder. ¿Se podrá decir el poder de poder? No encendí la radio ni conecté música al Blutooh. Solo escuchaba las manifestaciones de la inmediatez: el roce de mi mano en la palanca de cambios y el volante, el golpe del llavero metálico contra el tambor de arranque, el seseo de la campera contra la barba (no me afeité para darle la chance a mi hijo de que simulara no reconocerme), los crujidos de la estructura.

En un segundo plano se oía la música del mundo: bocinas, motores y, en los intersticios, el canto de los pájaros pasando como el viento. Lo que me dio ganas de volar. De las ilusiones humanas, es la que nunca se va de mí. Sueño con volar como un pájaro, como cualquier pájaro, incluso como el peor, los que apenas vuelan, y tener la experiencia extrema de la libertad y la felicidad de "echarme a volar" (estoy soñando como un humano desinformado, porque es evidente que el pájaro vuela por necesidad, no por libertad).

Abrí todas las ventanillas. No me molestó el viento que entraba al auto y giraba en espirales fríos, ni los golpes del aire en los filamentos de la carrocería que formaban un ruido de velas, de alas desplegadas, porque era eso lo que le daba efecto de realidad (¿y qué es la realidad sino un efecto?) a mi experiencia fraudulenta de vuelo.

Llegué a Bowen a las ocho de la noche. La entrada era un hervidero de autos, camionetas, motos de pequeña cilindrada que bajaban del pueblo en arroyos contaminados de ruido. Un cartel anunciaba la Fiesta Nacional de la Ciruela ese mismo día, a esa misma hora, con un recital al aire libre de Abel Pintos.

Bajé a las calles de tierra y pasé por la casa de Juan. La luz pública caía en un disco de claridad sobre el jardín anterior, desde el que se extendía el perfume de la noche. ¿Así que en esa casa, en ese living, en esa vereda que desembocada en la tierra arenosa de Bowen vivía su vida mi único hijo? ¿Por qué había decidido amarlo a la distancia? ¿Por qué me cuesta tanto amar de cerca?

No quiero contar acá toda la historia (no puedo). Viví con él hasta que cumplió tres años, y luego su madre y yo fuimos regresando cada cual a la isla de la que había salido antes de reunirnos en, digamos, altamar; y no sé si tengo algún detalle más que aportar a una situación que no iniciamos ni terminamos nosotros sino las fuerzas de la vida.

El pálpito de que Juan estaba en la multitud tenía respaldo estadístico: todo el pueblo estaba ahí. Dejé el auto a quinientos metros del escenario y lo busqué entre los resplandores. Pintos cantó: "La noche brilla con tu luz en la distancia/ tu imagen reina y es su brillo el que me alcanza". Lo grabé y se lo mandé a la China y a Marcial por separado, y al grupo de WhatsApp "Novela", por el que nos comunicábamos al principio de este libro. Les dije: "Acá en Bowen están hablando de ustedes". Me tenían bloqueado.

El concierto terminó y se fue extendiendo una neblina muy blanca, casi negra por su cerrazón, y comenzó a llover. Desde donde yo estaba, a unos cien metros del escenario, no se veía nada. Y si no se veía nada no había nada. La lluvia se hizo cada vez más pesada y los espectadores corrieron hacia sus autos. Hay una desorganización metódica en el caos, que actúa como una organización de hierro (la peor). Manda la ansiedad y la precipitación idiota, escoltadas por paciencias como la mía, que se desenvuelven mejor en el segundo momento de la confusión.

Me costó llegar al auto y moverlo en la tierra mojada. Y me gustó el ruido del agua golpeando la carrocería, me daba una sensación más realista de la protección humana que las casas de ladrillos, que evocan en vano la voluntad de solvencia. Los vidrios de un auto, el contacto cercano con el agua, el techo bajo, la manera en que la cápsula se mueve con el viento, en cierto modo

como una hoja en el viento, dan más emociones que un living.

Se armaron caravanas de fugas rectas, ondulantes, circulares; algunos autos quedaban encajados esperando que alguna camioneta los sacara de los pozos de barro y oscuridad a los que caían. Se oían bocinazos y se veían balizas encendidas correr adentro de la niebla. Las vías de escape se multiplicaban en la misma medida en que caían a la trampa de la inmovilidad. No me quedó otra cosa que hacer que moverme un poco hacia la primera tierra firme que encontrara y esperar a que lo que sucediera en el colapso ocurriera sin mí.

Cuando esa aglomeración de abejas sin reina se alejó, me moví en soledad hacia la casa de Juan bajo la poca lluvia que quedaba pendiente caer del cielo blanco. Sería la una de la mañana. Estacioné frente a su puerta, puse el despertador del teléfono para que sonara a las siete y me dormí. Nadie podría decirme que no lo hice junto a él. Cuando me desperté, miré hacia el frente de la casa e imaginé cómo iba a ser ese domingo en la vida de mi hijo, con quiénes iría a vivirlo, haciendo qué cosas, y me fui con un resabio de experiencia. Que lo que uno imagina sea una realidad: eso es sentir como un escritor (lo digo y pienso: ¿quién podría no serlo?).

6 de julio

La mandé un mensaje a Mara: “Necesito manejar un poco más”, y puse el teléfono en modo avión. El día aclaró de una manera anormal. Costaba creer que en el mundo hubiera existido alguna vez una lluvia, una sola. O una nube. Sobre las curvas negras del horizonte se asomó el sol, demasiado artificial para mis expectativas sobre los milagros de la naturaleza. Demasiado redondo.

Seguí el camino que se abría en rotondas, cruces, desvíos perpendiculares de tierra. Ir, sin saber a dónde: una de las maravillas de la soledad. Dormí media hora al borde de un pueblo que no sé cómo se llama y desemboqué, como si yo mismo fuese un río, en dirección al horizonte en el que se veían los filamentos nevados de la Cordillera. Y me dejé llevar por la recta hasta la ciudad de Mendoza; y ahí tomé una calle transversal para subir por la avenida Colón, como me indicaban los mapas de la memoria, que comenzó a activarse en el temblor de los enormes plátanos australianos y en la luz inimitable del oeste, que me decían: “Estuviste acá y, en cierto modo, seguís acá”.

Cansado de la montura de los anteojos para ver de lejos que me marcaban la nariz por el peso de las horas, me los saqué para ver la realidad tal cual fuera, aunque se presentara más turbia, y los apoyé sobre el torpedo justo en el momento de girar a la derecha. Iba a treinta kilómetros por hora, pero salieron centrifugados por la ventanilla abierta a unos (no quiero exagerar) ¿cien mil kilómetros por hora?, y cayeron al asfalto.

Bajé. El semáforo todavía estaba en rojo para los que venían por la avenida Colón. Se abrió cuando quise acercarme a los anteojos que yacían intactos, destellando en la grisura. Con el corazón en la boca vi salir la estampida de autos. El tablero de la cuenta regresiva marcaba cincuenta segundos para cortar el paso. Empecé a

contarlos: cuarenta y nueve, cuarenta y ocho, cuarenta y siete... Los pares de ruedas, (los pares de pares), pasaban siguiendo las líneas rectas que traían desde que empezaron a moverse sin tocar los anteojos, como cortejándolos en una maniobra de protección tan sofisticada que mientras duró me pareció natural.

Estaba sucediendo un milagro, paro algo falló en el proceso. Desde el punto oscuro en el que hicieron contacto una rueda y los anteojos, se desprendió un vapor de astillas transparentes y la música quebradiza de metales y acetato que le dio una realidad irreparable al hecho, al que le sucedieron varios aplastamientos secundarios.

La pregunta es qué auto, moto, camión y trolebús que se movió ese minuto por la avenida Colón de Mendoza no pasó por encima de mis anteojos. Mi estadística emocional es terminante: ninguno. Una niña que estaba a mi lado esperando cruzar la avenida cerró los ojos y dio vuelta la cara contra las piernas de su madre, como si hubiese visto atropellar a un perro. Quizás me vio implorar con la mirada que el mundo se detuviera. Pero ¿cómo se va a detener el mundo?

Me senté en un bar y pedí un café, y después otro, y luego otro más, mientras veía la ciudad cubrirse de sombras. Estuve allí tres horas, tal vez más. Los autos pasaban espaciados y lentos como caballos viejos. Caía algo más que el sol. La energía de la vida declinaba hacia los valles del descanso. Entonces fui a recoger los anteojos y vi, sobre el polvo del cristal orgánico, un desguace de patillas, montura y bisagras retorcidas e, inesperadamente sin deformaciones, los aros de bronce del armazón. ¿Cuántas cosas amadas, cuánto mundo vi a través de ellos durante los diez años que los tuve?

A la madrugada siguiente salí hacia la Cordillera. En la salida del túnel a Potrerillos, un cuadro que se perdía por el arco de medio punto hacia la claridad que empezaba a encender los lomos de las montañas, vi el agua azul, el cielo azul y la vegetación de un verde áspero colgada de las piedras pero, sobre todo, una idea de Paraíso que no estaba tanto en el paisaje, aunque estuviera, como en la sensación de llegada. Pensé: “El Paraíso es la entrada al Paraíso”.

Giré en una explanada que se abría a un mirador y regresé en el sentido contrario, para volver a atravesar el túnel de ida y de vuelta unas diez veces, y luego seguí hacia Uspallata, sobre la que cae un polvo de la lejanía que apaga los colores de las cosas pero no el del cielo, en el que se forman días inolvidables, interminables.

Ahí estaba yo. Por un lado, perdido; por el otro, como un apéndice de mi voluntad (que no conozco). Y digo "ahí" y me recuerdo en una rotonda sin canteros, desde la que se toman los caminos hacia la montaña, conversando con una vendedora de piedras. Tenía un tercer ojo de bijouterie pegado en la frente, y me hablaba del agua. Del milagro del agua, la bondad del agua, la necesidad evidente del agua, la escasez del agua y la Guerra del Agua, en una escalada de inquietud que le fue borrando la sonrisa y cortando en secciones emotivas su voz lastimada.

Estar sin planes en una rotonda es una experiencia que puede parecer pobre si no se le da a su oferta de desorientación la importancia que tiene. Había que tomar algún camino, y yo no sabía cuál era el mejor. Por lo que di unas vueltas al círculo amarillo en buena medida borrado por el polvo y salí sin saberlo hacia un bosque de álamos, negándome a ver los carteles. Dos minutos más tarde me encontré en un desierto de piedra molida rodeado de montañas, sobre el que la caída del sol daba una fiesta de luces, creo que solo para mí.

Lamenté pertenecer a una especie con sentidos tan poco desarrollados. Con qué poco nos emocionamos los humanos, con qué poco de todo lo que hay. No podríamos haber tenido radares más precarios. A un costado de la ruta despejada, como hecha en el momento en que estaba utilizándola, mientras iba cayendo por una pendiente con el motor del auto descolgado de su tracción, vi un hotel y bajé. Hubo crujidos de fractura cuando las gomas pisaron las piedras. Estaba muy cansado. Me dormí vestido viendo las montañas, que a la noche son fantasmas de montaña, y me desperté con unas risas de borrachos lanzadas desde la habitación de al lado.

Salí a los jardines. La claridad del cielo daba miedo. Las estrellas se agrupaban en coros de luz. Levanté la vista hacia el cénit, donde

brotaban en intermitencias sobre mi cabeza. Nunca vi nada tan de cerca. Estaban “ahí”, pero de lo poco que sé del universo recordé que lo que fuese que las estrellas estuviesen manifestando desde su locura de helio, lo que estuviese sucediendo en ellas ahora (el ahora en el que yo recibía la información de su existencia en el desierto de Uspallata) estaba sucediendo en el pasado.

Es un asunto para enloquecer a cualquiera si se insiste en imaginarlo. Pero no había realidad más pura, no podría haber menos ficción en el hecho de levantar la vista al cielo y ver ya no lo que pasó sino lo que está pasando hace diez, cien, miles de años atrás (el mareo verbal es lo único que se puede ajustar de alguna manera a la comprensión del fenómeno).

8 de julio

Volví a casa. No sé para qué.

14 de julio

No tengo más ganas de escribir.

16 de julio

Me había quedado pendiente agregar un episodio que había escrito en un documento aparte, no sé por qué. Es, creo, del verano pasado, o del anterior. Lo pego abajo en dos partes, tal como lo encontré:

La China y Marcial se fueron de vacaciones, cada cual con su familia. Marcial eligió un lugar frente al mar, y la China alquiló entre las mismas fechas en un sitio a unos veinte kilómetros de él. Durante quince días se bañaron en el mismo mar, tomaron el mismo sol, miraron el mismo cielo, respiraron el mismo aire, los mojó la misma lluvia.

Una tarde se citaron en los acantilados. Él llegó antes y apuntó la trompa de su camioneta hacia el vacío. En el agua azul, los brillos como de peces negros recién pintados de los surfers. Ella estacionó al lado. Tardó en bajar. Le costó "pasar de una escena a otra". En la primera había dos autos, o sea nada vivo; en la segunda, dos autos y un hombre y una mujer abrazados, mirando el mar con los ojos cerrados (el mar se ve mejor cuando solo se lo oye). Se besaron, se olieron. ¿Dónde estaba la realidad? ¿En ese punto del universo inventado por ellos?

Citarse al borde de un abismo para refrendar sus existencias de ensueños ¿en qué cabeza podía caber? Los arbustos crujían con ruidos de bisagras y resortes. Una violencia armónica, sin poder de destrucción, controló el paisaje llevando al extremo las resistencias. Digamos que se oían las quejas de la materia maltratada por la energía. El mar golpeaba el acantilado. Habría sido un hecho bellísimo ver caer lentamente, desde la lejanía de un barco, a los autos y a ellos, abrazados, abrigados, desde lo alto del precipicio. Pero todo se mantenía ileso y triunfante.

***

El día del regreso de ambos, a la noche, muy tarde, cuando ya todos estaban en sus casas, la China recibió de Marcial una serie mensajes. Los reproduzco en su totalidad, numerados, para respetar la cadencia, que tiene algo de poema:

1. Vi tu Honda City AC-75-AB mal estacionado frente al monumento a la expedición Atlantis que, habrás visto, al pie tiene esta frase: “Que el hombre sepa que el hombre puede”. Eran las 10:12.
2. Y eso no fue todo…
3. A las 12:29 te vi pasar por la Exxon de General Uriarte. Yo estaba cargando nafta. Vos amagaste a frenar y se me heló la sangre.
4. Entonces…
5. A las 12:43 retomé la ruta para alcanzarte.
6. ¿Y qué pasó?
7. ¿Te alcancé o te perdí?
8. ¿Te alcancé? Claro que te alcancé.
9. A las 13:20 vi tu Honda a lo lejos, muy fácil de distinguir por tu valijón de techo gris de unos ¿400 litros? Sé que se llama valijón porque acabo de googlear “valijas para portaequipaje de auto”. Cuesta veinte mil pesos en Mercado Libre.
10. Ahora, bien. ¿Te alcancé para pasarte?
11. ¿Sí? ¿No?
12. No, por supuesto que no. Te alcancé para tenerte más cerca. Vos adelante, yo atrás.
13. ¿Tenerte a cuánto de cerca?
14. Perdón. Primero: ¿Que es cerca en una autopista?
15. Para mí 1000 metros es muy lejos y 100 es muy cerca.
16. Y yo no quería ni muy lejos ni muy cerca sino “más cerca”.
17. Más cerca son 300 metros de distancia entre tu Honda y mi camioneta: vos, 300 metros, yo.
18. ¿Cuánto estuve así, siguiendo la estela del valijón?

19. Media hora. Manteniendo la distancia de 300 metros. Y no más o menos 300 metros: 300. Ni más, ni menos.
20. Hasta que llegó el embotellamiento de las 14:26. Kilómetro 121.
21. Entonces…
22. Entonces…
23. Entonces…
24. Quiero decirte que…
25. Me empecé a acercar un poco más, y otro poco, hasta llegar a…
26. ¿Cuántos metros?
27. Te lo digo: 100.
28. Vi que manejabas. Te veía cruzar de mano una y otra vez. Ilusionada con que se agilizara el carril lento, te cruzabas a la derecha, y después volvías a la izquierda, y entonces el carril rápido se atascaba. Sé lo que sentiste porque yo hacía lo mismo que vos.
29. Los 100 metros se mantuvieron hasta…
30. Hasta que…
31. Un reacomodamiento de los carriles me dejó a mí avanzando más rápido por el lento, mientras que vos te retrasabas en el rápido.
32. 14:56 ¿Distancia? ¿100? Ya no.
33. Ahora estábamos a 50 metros, a 30… Empecé a medir la distancia en autos: tres. En un radio de 20 metros estábamos nuestros autos, mi familia y la tuya, más tu perro: siete personas y un animal.
34. Me decía: “Ahí, acá, va mi China. Debe estar hablando, o cantando, con la voz que amo tanto. El corazón le está latiendo ahora ahí nomás, casi que se lo puedo tocar”.
35. Era tan hermoso saber que estabas ahí.
36. Me sentí un Dios. 15:06.
37. Nadie en el mundo podía saber cómo se movía tu sombra adentro de tu Honda. Ni vos. Yo sí.
38. Y te amé mucho mucho. Eras mía en ese auto. 15:09.

Kilómetro 91.

39. Pero…
40. Ya estábamos en el peaje. Kilómetro 90. 15:16. Vos pasaste por el del medio, yo por el de la derecha. A unos cuatro, cinco metros uno del otro. Se me reventaba el pecho de la emoción.
41. Y te dejé ir, para recordar durante el resto del viaje lo que había pasado.
42. ¿Te gustó mi historia de Hombre Invisible?

2 de agosto

Días sin saber qué hacer con este libro del orto, hasta que ayer me pregunté: ¿y si invento una nueva sociología del amor basada en estos dos hijos de puta desagradecidos, la sostengo con estadísticas apócrifas e ideas viejas moldeadas a mi gusto, y le doy al mundo la novedad del amor imposible por fin realizado bajo el rótulo de "amores imposibles realizados"?

11 de agosto

Empecé a moverme por territorios en los que imaginé que seguían moviéndose Marcial y la China. Busqué rastros en la marea oscura de la ciudad. Hice guardia en el Bar Inglés, en el Hotel Claridge, en las puertas de sus casas, en los cafés del río. Habían desaparecido. Pensé: desaparecerán, claro que desaparecerán, como desaparecerán el Claridge, el Bar Inglés y yo mismo, y todo sucederá más o menos pronto. Pero no pueden desaparecer ahora.

3 de septiembre

Recién, mientras cenábamos, Mara levantó la cabeza de su plato y me dijo: “Ah, me olvidé de contarte. El miércoles, o el jueves, ya ni me acuerdo, vi a tu China y a tu Marcial almorzando en El Globo”. Comían puchero en una mesa que daba a la calle. Estaba lloviendo.

Miré en el teléfono cuándo se anunciaba lluvia, y ese día fui a El Globo a almorzar un puchero sentado a una mesa que daba a la calle. Los imaginé allí, en el punto de su historia que yo estaba usurpando, rodeado por un silencio sucio de misa, o limpio, pero amenazado por rumores mal contenidos, golpes, ruidos fugaces extendiéndose sobre el blanco de la vida. ¿De qué habrán hablado?

Todas las conversaciones entre la China y Marcial de las que podría dar fe entraban a mi memoria como por la boca de un maelstrom. Era una totalidad giratoria e inabordable y, en el descontrol, brotaban las figuras de ellos unidas, enteras, hechas de un vapor compacto como el metal. Hasta tal punto estaban en mí que me pregunté: ¿y si yo soy Marcial? ¿Y si soy la China? ¿Por qué no pensar que esta historia me ocurre a mí, que soy uno de ellos, o los dos, y que por vergüenza me replegué para darle paso a la farsa de invención que ocupa el lugar de le experiencia? ¿Y si soy el que figura como autor en la tapa de este libro, cuyo título podría ser…? No se me ocurre ninguno.

Los vi salir de El Globo en la nave de mi imaginación. Fueron al estacionamiento, sacaron el auto de la China, tomaron una avenida interrumpida por la presencia de un cadáver en el asfalto al que el servicio de emergencia y la policía le montaron una carpa de plástico para aislar lo que está de lo que no está (a esto último lo saqué de las noticias de hoy). Entraron a un bar, se sentaron, tomaron café, salieron, entraron otra vez al auto y fueron a un

hotel, y aquí me quiero detener para contar la forma en que cogieron.

Las veces que describí a la China y Marcial en una cama fue a través de una elección pobrísima de recursos, todos basados en la omnisciencia, que es la obsecuencia a la idea de que el que cuenta la historia es un dios. Conté sus enlaces como desde un dron. Los miré desde afuera. Pero ahora quiero dar un salto de ubicuidad y percibir en mi imaginación la totalidad del acto compartido, sentir los dos cuerpos al mismo tiempo, estar adentro de ellos como en el interior de un laboratorio que se ocupa de las emociones que nadie puede describir.

Entraron al hotel (al hotel que hay en mi cabeza), y se desnudaron, por lo que debería decir algo de la temperatura del cuerpo humano y preguntarme, sin responderme, si ese calor de la carne entre 36° C y 37° C, fue siempre el mismo. Un dato preciso no le sirve de nada a la escena, pero sí a la poesía biológica del encuentro que sucede en ella. Con lo que quiero decir que no fueron la China y Marcial los que entraron a ese hotel (supongamos que se llama El Mayoral) sino una representación de la larga vida que los precede, y de la que los va a suceder.

Dos animales, entonces, en el Hotel El Mayoral, que no sé si existe, ejerciendo una presión o resistiéndola alternativamente uno sobre el otro. ¿No es esa lucha lo que se dice coger? Pero lo que más me importaría saber es qué sentían esos cuerpos. Que sentían juntos. ¿Dónde estaba la chispa de ese misterio de unión? ¿Qué era? ¿Eran cuerpos que se tenían? ¿Se le puede llamar “tener” a ese acto? Quizás, con la salvedad de que lo que se tiene es lo que se está yendo, lo que pasa. Un humano siente que tiene entre sus brazos a otro humano como si abrazara un río. ¿Qué realidad es esa?

6 de septiembre

Le pedí una entrevista a Daniela Lemos, una de las antiguas subordinadas de la China en Línea de Corte que siempre se movió como su sombra y su competencia inadvertida, a la que la China describía como “la persona más servil y más retobada del mundo”.

Hablaba con dificultad, como con una parálisis facial sin el paisaje de la parálisis facial. Yo la había estado buscando haciéndome pasar por el emisario de Carlos Valverde, mi amigo dueño del Grupo de Inversiones Valverde. Le dije que estábamos desarrollando un plan de negocios que apuntaba a la compra de editoriales del tamaño de Línea de Corte. Es tan fácil fingir que uno es otro. Se resuelve creyendo el papel que se representa. Y como creer es hacer creer, Daniela Lemos me creyó de inmediato, y más todavía cuando le propuse una compra en firme con pagos a corto plazo y le pregunté, con un implante teatral de rostro que reemplazara el del gerente por el del humanista que puede bajar del poder al chisme, si la China seguía trabajando con ella.

“¡¿La conocés?!”, me dijo, asombrada de que una persona conociera a otra. “Digamos que la conocía”, le dije, agregando a la frase un gesto auxiliar de ambivalencia. Y ya fuese por agradecimiento a ese momento en el que su ilusión sostenía el peso de una realidad inviable (¿quién, con dos dedos de frente, iba a comprar Línea de Corte cuando un plazo fijo daba un interés del 70%?), o por un rencor contenido que por fin saltaba su cerco, me contó que la historia de la China en Línea de Corte había terminado mal. “Robó”, me dijo.

Línea de Corte compró los derechos de traducción de las obras completas de Klaus Vanneger, el tremendo collar de melones alemán ultra sobrevalorado que se puso de moda porque ya habían pasado las anteriores. La operación fue fulminante porque había

que incitar el consumo de sus bodrios antes de que se descubriera la farsa que encarnaban, aprovechando que la prensa europea lo había catapultado hacia las alturas desde las que Vanneger se mantenía colgados de los dientes.

La China era la encargada de girar el adelanto de 200 mil euros (casi todo lo que había en las cuentas de Línea de Corte) al agente de Venneger. Nunca llegaron. Cuando se quiso rastrear el trazo del dinero se lo vio pasar por varias cuentas transferidas entre sí, de ida y de vuelta, y varias veces, hasta que alguien lo retiró. Todos los dedos índices y las miradas del área de finanzas de Línea de Corte apuntaron a la China, y el directorio la obligó a renunciar.

Pero había un misterio en el móvil. Ella no necesitaba dinero. Tenía dólares guardados. Lo supe porque aun cuando se quejara ante Marcial de la falta de dinero en su vida cotidiana, lo hacía sin angustia y terminando la queja por el lado del autorrescate: “Voy a tener que cambiar dólares”. Consigno el detalle, que hasta ahora estaba merecidamente afuera del libro, porque apareció este incidente extraño, lo que me transforma de algún modo en un escritor de policiales (o en un policía).

10 de septiembre

No pasa nada.

16 de septiembre

Mara se fue a San Juan, al “Primer Encuentro Nacional de Ciclismo Nocturno de Montaña”. Supongo que también habrá ido el genio rodante que la hace reír.

12 de octubre

Esta mañana me tomé un taxi para ir a renovar el pasaporte (no sé para qué, si no voy a ningún lado). El taxista me dio un discurso sobre la pena de muerte y el derecho ciudadano a matar. No podía parar. Pero por suerte dejar de hablar es más humano que seguir hablando y, cuando paró, se oyó una canción en la radio. Transcribo la letra, que lamentablemente pierde muchísimo sin su melodía. Es el último éxito de Los Divanes:

La Luna no sale, el sol no se pone,
no hay agua en los mares
ni viento en el aire,
y hay nieve en las plazas.
Pero yo estoy siempre muy cerca de vos.

Se detiene el mundo, y nosotros no.
Todo se detuvo: menos vos y yo.

Se apagó la vida, y en el Universo
solo hay dos personas
flotando abrazadas.
Somos vos y yo.

Se detiene el mundo, y nosotros no.
Todo se detuvo: menos vos y yo.

Hay luz en la bruma,
hay oro en el barro.
Somos vos y yo.

Se habla en el cielo,

y hasta en el infierno,
de mí y de vos.

No hay niños, no hay hombres
no hay perros ladrando,
no hay bosques,
no hay brisa,
no hay nubes,
no hay campos,
no hay autos ni trenes.
No hay nada de nada.
Esto es un desierto
donde estamos vivos
solo vos y yo.
Solo vos y yo,
solo vos y yo...

El locutor dijo: “Pasaron Los Divanes con ‘Se detiene el mundo”, y contó que era la primera vez que Dante Milano, el líder de la banda (los nombres de la banda y de Milano son falsos, y el título de la canción también), aceptaba que la letra no fuese de él. Dijo: “Es de un poeta no muy conocido, que… A ver si alguien me ayuda... ¿Pablo Neruda? ¿Benedetti? ¿Ah, no? ¿Bukowski? ¿Tampoco Bukowski? No te puedo creer… Como dijeron poeta... Tampoco es que hay tantos. A ver si averiguamos… Shakespeare no, ¿no? No, digo, por ahí… Acá me dicen que se llama Ledesma. Sí: Marcial Ledesma es el nombre del poeta que escribió ‘Se detiene el mundo’ para Los Divanes. Y te lo digo ya, anotalo: va a ser un hi-ta-zo”.

13 de octubre

Entre ayer y hoy les mandé mensajes a los integrantes de Los Divanes, al ingeniero de sonido de la grabadora donde hicieron las tomas de “Se detiene el mundo”, a los plomos, al sonidista, a la jefa de prensa, al iluminador, al road manager... Nadie supo decirme nada de Marcial.

19 de octubre

El vacío me empujó de nuevo a los archivos. Los revisé durante días, y anoté detalles a los que en un primer momento no les había dado importancia (la importancia de los detalles, y también la de los hechos, van y vienen).

Encontré un mensaje de Marcial que nunca había escuchado. Eso creo. Si lo escuché, no lo recuerdo. Hablaba de "este momento". Pero ¿de cuándo era? ¿Del 17 de marzo del año pasado, día en que mandó el WhatsApp? ¿O del momento en que lo grabó, que tanto podía haber sido un minuto, una semana o seis meses antes de mandarlo?

Dice: "En este momento me doy cuenta de que me encantó verte hoy en tu panal. Me encantó. Increíble todo lo que hiciste en dos horas… Lo anoté. ¿Te lo digo? Llevaste a un melli a lo del amigo, fuiste al Coto, llevaste la carne congelada a la oficina, llamaste al service de la heladera, fuimos a la bicicletería, nos tomamos la Coca-Cola parados en la puerta del kiosco, entraste a dos Zoom, hablaste con Salvador, paseaste a Turco, fuimos al cajero… Y yo ahí, como tu sombra. Ah, ¡pará!: cuando me fui pasé por la casa del amigo del melli y los vi por la ventana. Estaba totalmente abierta. Podría haber entrado apoyando un pie en el macetero que da a la calle. Esas luces de colores en la habitación… Los sahumerios… Tu melli y el amigo se estaban tirando con una pokebola de plástico por la cabeza, y el padre del pibe era el referí. Hinchaba para el hijo, obvio. Pasé despacito para mirar bien, y estuve parado varios segundos. ¿Vos te pensás que me registró? Para mí, estaba fumado… Fumado, no: fumadísimo. Supongo que no le coquetearás también a ese… referí bombero, ¿no? ¿A quién no le coqueteás, vos, China horrible hermosísima piojosa del infierno? Y de mi corazón... Cuando estaba subiendo a la camioneta me crucé en la plaza con tu

amiga cara de ojete, la del PH. Me parece que me reconoció porque me miró seria, como si yo fuera un ladrón que acabada de robarle la billetera. Creo que no le gusta para nada que yo te guste, si es que te gusto… Qué lindo pueblito es tu barrio. ¿Cuántas cuadras serán? ¿Dos por dos? ¿Tres por tres? No es un pueblito, es un patio de conventillo. Me mudaría con vos mañana. La cantidad de cosas que me diste en esas dos horas no tiene nombre. De lo más lindo que me pasó en la vida, y eso que yo no hice nada. Te miré, nomás. Me da mucha ternura tu vida de madre niña".

24 de octubre

El fin de semana fui a Bowen a ver a Juan. El sábado anduvimos a caballo, y el domingo almorzamos en una parrilla. Cuando nos despedimos, me pidió que habláramos más seguido: “Aunque sea mandame mensajes”. Mensajes. ¿Por qué no? ¿Acaso no son un hecho los mensajes de amor, tanto como los hechos de amor?

En el viaje de regreso entré a Villa Flandria a buscar las huellas de Marcial y la China. Le pedí auxilio al Word de este libro, que abrí en el teléfono para leer los pasajes en los que conté su visita. Como quizás ustedes recuerden, habían estado en al Club Náutico, donde hablaron con el casero, Bermúdez, al que tuve que saludar tres veces para que me respondiera.

Lo hizo con un golpe de cabeza que apuntó al vacío del campo. Le mostré una foto de Marcial guardada en mi teléfono: “Este es mi hermano. Se volvió loco. No lo encontramos por ningún lado, y yo sé que venía por acá”. Bermúdez descendió al desconsuelo cuando escuchó la palabra “loco”. Lo hizo con un silencio diferente al que estaba haciendo, un silencio doble, de cercanía, al que entré para mostrarle una foto de la China. La miró y me dijo: “Claro, hombre, que los conozco”, y los describió como “domadores de tormentas”. Iban a verlo cuando se pronosticaban lluvias negras procedentes del oeste, las peores, y estacionaban su casilla rodante, que no sé de dónde la habrán sacado, en un punto apartado del bosque. Qué hijos de puta, no habérmelo contado a mí.

Cuando la tormenta crecía en formaciones monstruosas, Bermúdez los veía fascinados, sentados en sus reposeras, hasta que la lluvia rompía en torrentes fuera de control, vientos en caída y rayos blancos abriendo la tarde violácea. “Una vuelta se les complicó”, dijo Bermúdez. Quebrado el silencio en el que vivía como en el interior de un cofre, de golpe hablaba para él (él era el

que escuchaba) y transcribía, del pasado que sobrevivía en su cabeza, un cuento de catástrofe sin épica, de catástrofe pura, protagonizado por Marcial y la China, dos suicidas enfrentando la muerte en un éxtasis de indiferencia.

Bermúdez cerró los ojos y bajó dos dedos por la nariz: “Les grité desde acá donde está usted, pero la tormenta era muy ruidosa. Volaban los gajos de los eucaliptus. Los alambrados chiflaban. Los animales habían desaparecido, y yo sé que cuando pasa eso hay que buscar un techo firme. La señora me vio hacerle señas, pero me dio vuelta la cara. Yo nací acá. Vi muchas tormentas. Esta fue brava, de las que tragan cosas grandes. Era como un puma que va a comerse dos cuises. La casa rodante tenía pararrayos, pero eso no sirve con un cielo enojado. Ellos estaban ahí, se habían parado, y se veían negros como los árboles; y blancos, cuando caían los rayos. Los tenía a cien metros. Los fui a buscar corriendo, pero no llegué. Me tuve que volver y me subí a la camioneta y los cargué y los llevé a la casa del club, y desde ahí vimos cómo el viento le dio varias vueltas a la casa rodante, que quedó trabada entre dos árboles”.

Antes de irse, la China le dijo a Bermúdez que estaban buscando lugares donde pudieran cazar arcoíris. Habían hecho algunas averiguaciones y el método de captura era similar al de las tormentas. Tenían que leer los pronósticos meteorológicos extendidos y atacar el fenómeno en el momento justo. Pero Bermúdez me dijo que la China no quería ver el medio arcoíris que se ve desde la tierra, lo que ve cualquiera. Quería ver el aro completo, lo que solo podía hacerse desde un avión en vuelo, o desde edificios de una altura que no había en Buenos Aires. “Le dije que eso era imposible y que, además, si pasaba por adentro se iba a convertir en gaucho, que es lo que se dice por acá…”, dijo Bermúdez. Le pregunté qué le había dicho ella. Me dijo: “Ella se reía, y me decía: ‘¿cómo va a ser imposible?’”.

25 de octubre

Yo creo que Marcial y la China tienen poderes.

26 de octubre

Antes de bajar de la autopista hacia casa de vuelta de Villa Flandria, fui a la par de un BMW deportivo alrededor de un kilómetro, hasta que desapareció en las profundidades del horizonte después de dejarme el recuerdo de los radios plateados detenidos o girando en el sentido contrario al de las ruedas.

Busqué información sobre el fenómeno sin saber cómo se llamaba. Me fui acercando al asunto con palabras erradas y terminé en unas páginas que explicaban ese delirio de la realidad. En una, que describía el Teorema de Nyquist-Shannon, no entendí nada. El texto era ilegible para alguien que se pasó la vida evitando las ciencias duras como yo, y sin duda estaba escrito para alguien que ya sabe qué es el Teorema de Nyquist-Shannon.

Insistí en vano en abrirme camino contra esa pared de acero, y terminé escapando hacia el PDF de una revista de autos en la que el ingeniero Jorge Valente explicaba el teorema de un modo sencillo, que voy a tratar de rebajar aún más para dejarlo al nivel de la literatura de entretenimiento y de las series para infradotados que consumen ustedes.

Resulta que los ojos de todos los animales capturan una pequeña muestra del mundo real. Por ejemplo, el campo visual de la liebre se orienta hacia la nuca, por lo que puede ver a sus espaldas al costo de que entre sus ojos surja un punto ciego y, en una huida, se choque con obstáculos que cualquier otro animal esquivaría con facilidad. Mientras que la oveja, por dar otro ejemplo, ve dos mundos, uno a la derecha y otro a la izquierda, que no coinciden en una misma imagen y quizás tampoco (esto es una cosa mía) en un mismo tiempo.

Y el hombre, un hombre cualquiera que mira en un encuadre de 130° en línea vertical y 180° en línea horizontal (con un punto ciego

absoluto a sus espaldas), captura cada varios segundos secuencias de imágenes que, una vez en el cerebro, “crean la ilusión de ver el movimiento de un modo natural”. La palabra clave es “ilusión”, lo que significa que el verdadero movimiento de las cosas no puede verse. Lo que vemos son alucinaciones, paisajes acaecidos en la mente, extrapolaciones que nos hacen creer que estamos viendo lo que no está.

Valente dice que el ojo humano es “un aparato de captura” que toma una determinada “tasa de muestreo” de lo que el mundo ofrece pare ver, y esa tasa es muy baja. Conclusión: dependemos en gran medida de la vista para contemplar el mundo, y no vemos casi nada y, sin embargo, esa casi nada tiene el efecto de una totalidad. Y hay algo más. Si la tasa de muestreo es muy baja, la señal reproducida no será fiel a la señal real, y por lo tanto, ¡atención, atención!, “veremos cosas extrañas” cuyo ejemplo clásico, para Valente, es justamente el del efecto que nos hace ver girando hacia atrás una rueda que en la realidad gira hacia adelante.

27 de octubre

Le mandé a Daniela Lemos un mensaje para decirle que el Grupo Valverde no iba a avanzar en la compra de Línea de Corte. “Me lo maginaba”, me dijo. Me llamó. Charlamos un rato. Le pregunté si sabía algo de la China del Río. Me dijo: “Cero”.

30 de octubre

Discutí con Valerio, que me dice que este libro no es nada, y tiene razón. Me dijo: “Te hice un contrato por un ensayo de sociología sobre las nuevas formas del amor, que es lo que va, lo que anda bien, lo que está saliendo ahora. Lo cobraste, me dijiste que querías hacer una novela, te dije que sí, ¿y ahora me das cualquier cosa? Te aviso que no lo voy a publicar”. Ay, qué miedo.

3 de noviembre

Volví a revisar los mensajes de la China y Marcial. Los fui subiendo en la pantalla del teléfono con ese gesto soberbio del dedo índice que tiene mucho de arrojar a un pozo el tiempo atrapado. Llovía. Me dormía. No me dormí porque detecté varios mensajes sin abrir. Voy a reproducir tres, sin tomarme el trabajo de insertar cada episodio en el sitio cronológico que le correspondería. No tengo ganas de abrir el libro para emparchar los agujeros que se abren en el tiempo con aquello que se me pasó por alto. Lo que no está en su lugar, estará en otro.

El primero es una "crónica" de la China del día en el que entraron al Hotel Centenario, frente a Plaza Alberdi y tomaron pastillas para dormir: "Eso de estar medio muerta y que estés ahí… Es tan lindo". El segundo, tiene más actores. Marcial había llevado a la China a la casa y ella, para variar, estaba llegando tarde para dejar a un mellizo en teatro y al otro en fútbol. Entró corriendo, armó las mochilas a los manotazos y pidió un auto "para ya" a Cabify, Uber y Taxis Barzola. La respuesta de la realidad, en todos los casos, fue: "Para ya, imposible".

Una astilla de crisis, de apoteosis de ópera, se clavó por enésima vez en la vida cotidiana de la China. Los mellizos la apuraban a los gritos y parecía que ella no iba a poder dar respuesta. Pero impulsada por una fuerza sobrenatural que solo podía brotar de la debilidad más honda, digamos de una fuerza cero, y que Marcial compara con la de quien lanza al aire un elefante adulto y lo detiene con el último aliento a un milímetro del piso, con la punta de un dedo, donde pesa el doble, el triple, lo llamó y le dijo: "¿Ya te fuiste? Te necesito de remisero".

El tercer audio es de Marcial: "Lo que me faltaba: remisero y comentarista de la Champions League para niños… ¿Vos te das

cuenta que los flequilludos esos se imitan, no? Se imitan y te imitan. Se veían muy lindos en el espejo. Ellos y vos. Parecían trillizos. Lo que te diría es que si pudieras llevarlos a la peluquería a acomodarles esos lampazos que tienen en la cabeza, sería mejor para todos, habría menos efecto invernadero, menos guerras… ¿Te parece bien lo que digo, bola de fuego?".

15 de noviembre

Me está gustando esta sensación de pasividad, de “autor” que ya no escribe este libro. ¿A quién le importa quién escribe un libro?

22 de noviembre

Sigo esperando las novedades que no llegan.

2 de diciembre

El fin de semana le enseñé a manejar a Juan en los caminos de tierra de Bowen.

12 de diciembre

Empecé a dividir los días en actividades deportivas, a las que me estoy dedicando para competir contra el fantasma de la quietud. A la mañana, voy a nadar; a la tarde salgo en bicicleta a los suburbios; y, cuando cae la noche, ese momento en el que el mundo se despide del que lo contempla, la hora del horror, camino hasta el agotamiento.

Anoche terminé mis tres vueltas al circuito largo y salí del Parque Natural con música en los auriculares. No había nadie en la calle. Lloviznaba. Caminé mirando el interior de las casas y entreviendo en los comedores y las cocinas sus fábricas de hábitos a la hora de la cena. Qué extraño es que las personas, en pequeños grupos cerrados, se reúnan todos los días a dormir, comer y conversar de asuntos sin importancia (especialmente sin importancia para ellos) en un mismo sitio. ¿Qué deseo oscuro mueve eso? ¿Qué deseo incapaz de desbordarse, si es que puede llamarse deseo a lo que no se desborda?

En una esquina que conozco bien, me distraje viendo a través de una ventana horizontal a una mujer que veo cocinar cada día (tengo el vago recuerdo de que a Marcial le ocurrió algo parecido en las primeras páginas, pero no me dan ganas de revisar el libro ahora). Mi paso veloz por la imagen que ella me da dura dos segundos, o menos, y en ese parpadeo nos miramos. Yo podría pasar más lento, o detenerme en la ventana para mirar cómo cocina para su familia y un poco para mí; o ella salir a la puerta, para mirarme más “largo”. Pero ninguno de los dos ha sido hasta ahora capaz de violentar el contrato que nos une sin saber qué significa (aunque creo que lo que significa es que nos gusta vernos).

Luego bajé al asfalto húmedo y vi a un hombre de unos treinta años en cuclillas, vestido con un pantalón bordó de gabardina y una

camisa blanca arremangada. Estaba descalzo, lo que agregó un anillo de misterio al enigma de su posición. El evento parecía suceder en otro mundo, pero ocurría en este, en forma de un accidente en la ruta de la costumbre. Era lo que en un curso normal de la vida de esa cuadra no debería haber estado. Pero estaba, y era evidente que su violencia comprimida tenía algo que decir.

Mirando el fondo negro de la noche con las manos abiertas apoyadas en el piso y los brazos entre las piernas, se desplegó con la firmeza de un resorte gigante, dio un salto mortal hacia atrás despeinándome con las aspas de sus brazos y sus piernas, y cayó parado del otro lado de la línea que había planeado cruzar, en posición de Hombre Araña. Y se habría ido, derramando a su paso la soberbia física que quería imponer, si no fuese porque me oyó cuando dije: "¡La puta que te parió!".

"¿Qué te pasa con mi vieja, pelotudo?", me dijo, y se acercó hacia mi dando otro salto mortal hacia atrás. Quedamos cara a cara, cada cual conteniendo su estatua de sangre. ¿Qué me pasaba con su madre? Nada. Pero si es posible suspender un acto, incluso de manera indefinida, ¿por qué yo no podía suspender mi respuesta hasta que la tuviera?

"¿Y, pajerto? Te hice una pregunta", me dijo. Tenía los ojos deshidratados, un detalle incontrastable de muñeco maldito. Dejó pasar unos segundos y agregó en el tono dulzón con el que los psicópatas se ponen la careta de perdonavidas: "Dale, amigo. Te estoy esperando", y todo lo que hasta un segundo antes era una imagen de circo, fue reemplazado por la pureza del momento en la que solo cabía contestar ¿qué?

Le dije: "Perdón, pero yo no conozco a tu mamá". "Bueno, no la conocés pero le dijiste puta, ¿no? Alguna idea formada tenés", me contestó, conservando la distancia pero ladeando el rostro hacia mí. Le dije: "Pero eso es una forma de decir. No significa nada, Fue por el susto que me diste. No era contra vos ni contra tu mamá". "¡¿Cómo que no?! Vos dijiste: 'La puta que te parió' y, por lo que veo, en la cuadra no hay nadie, así que me hablaste a mí de la persona que me dio la vida, o sea mi madre, y la llamaste 'puta'.

Está clarísimo que fue contra nosotros", me contestó, sin moverse un milímetro de su estado de calma, que era la peor situación porque ¿qué otra cosa se podía esperar de él que no fuese romperla?

Sonreí y no sonreí. Por las dudas, quise dejar en estado de inconclusión ambas cosas para que no se impusiera ninguna y le dije, con una voz que llevaba la música de la cobardía, de la que el sí y el no precoz son sus bastiones: "Eh, no, sí… ¿Cuál es tu nombre?". "Yo no tengo nombre. Recordame como La Persona que Salta", me dijo. Le contesté: "Perfecto. Pero no es para que te ofendas. Lo que dije no es literal. Podría haber dicho: '¡Ay!'". Me miró, ahora inclinando la cara hacia el lado contrario, en un engañoso gesto de equilibrio: "Ah, ¿mirá vos? ¿Y entonces por qué no lo dijiste?".

Apareció la luz de un patrullero y luego un patrullero, y entre ambos fenómenos, el acróbata desapareció, así como lo cuento. ¿Sucedió lo que sucedió? Es lo que me pregunto después de cualquier hecho.

20 de diciembre

Ayer jueves se estrenó en Amazon *Das abenteuer der einsamkeit* (*La aventura de la soledad*), la película que tiene una escena filmada en la puerta del Hotel Clásico. La vi para saber si la China y Marcial aparecían en un segundo plano del Café Brasil y, efectivamente, aparecían.

Cuenta la historia de un personaje, Rud (Lotar Heinze), que entiende que la soledad es una aventura tan peligrosa o más peligrosa "que una expedición al Amazonas". No habla con nadie (a veces habla solo), evita todo lo que puede los contactos personales, arma programas de contemplación extrema, camina "sin rumbo" por la ciudad vacía (lo escribo entre comillas porque en la práctica siempre se camina con algún rumbo, aunque sea el equivocado).

En la escena de la que más se habla en las redes sociales, lo vemos sentado en el banco de una plaza desde que sale el sol hasta que se pone el sol. Un crítico argentino tuiteó que esa era la escena en la que un personaje menos hacía en la historia del cine. No sé qué entiende por "hacer". Para mí es justamente lo contrario: nadie hizo más en una escena que ese personaje. Que el director, Bruno Hass, la haya filmado en doce horas sin cortes y en una sola toma es, además, la prueba de que lo hizo en la realidad de la realidad, no en la del cine.

En el plano que me interesa considerar, Rud sale del Hotel Clásico y camina por la vereda del Café Brasil. Dura nueve segundos. En tres, se los ve a la China y a Marcial en una cueva de luz que se abre en el segundo plano. Me detuve varios minutos en la imagen. La congelé cuadro por cuadro. Pasan muchas cosas en tres segundos. Si tuviera que cuantificarlas diría que son millones, y casi todas se pierden. De lo que quedó, alcancé a ver como un bloque de granito el amor que se tienen.

1° de enero

¡Feliz Año Nuevo, la concha de Dios! Me tomé todo.

1° de febrero

Las noticias siguen sin llegar. Diría que no dejan de no llegar. Pero aunque en apariencia no pase nada, yo siento que el libro tiene una actividad interior que no es necesario escribir (es lo que dejaron andando la China y Marcial).

2 de febrero

Que una novela se desintegre debería ser lo más natural del mundo. Las historias vienen y se van. ¿De quién es la necesidad de terminarlas? Mía, no.

7 de marzo

Me mandó un mensaje Claudio Manoccio, mi viejo colega de cátedra. Andaban dando vueltas en las redes unas imágenes del barrio Kensington de Filadelfia. “¿Por qué no las mirás y escribís algo sobre eso? Ya es hora de que aparezcas, ¿no? Aprovechá que estamos arrancando el año”.

Las imágenes no son de este mundo. Se ven personas exhibidas en un museo del dolor bloqueado por la droga (en realidad, es un museo de la indolencia). Una voz en off dice que son setenta y cinco mil que van rotando por la cinta sinfín de las calles. “Rotando” es un modo de no asumir que se mueven congelando cada varios segundos sus figuras como bajo un golpe de flash en la noche, e inclinándose en curvaturas inhumanas hasta quedar petrificadas en la felicidad del fentanilo. Son piedras lanzadas al aire que no terminan de caer, y eso es lo más espectacular de esas escenas infernales en las que los cuerpos flotan como astronautas en una dimensión monstruosa de inexistencia.

Pero ese no es mi tema. Mi tema es que este libro de Marcial y la China, ya sin la China ni Marcial, no da para más. Quisiera publicarlo para no seguir atrapado acá adentro, pero ¿hasta dónde? ¿Hasta acá, incluyendo los últimos agregados que prueban la grisura de mi vida? Quizás tenga un final más o menos pasable cincuenta páginas más arriba: “Se fueron abrazados y felices de casa, iluminados por el último rayo de sol de la tarde, y no los vi más”. Pero no sé si eso fue lo que dije.

11 de marzo

Fui a ver a Daniela Lemos. Me contó que las ventas de la editorial no paraban de caer, y que la literatura se hundía a una escala sórdida de secta. “Es lo que le corresponde”, me dijo con un ángulo de perversión en la sonrisa. Había estado en Asia comprando papel ahuesado: “Se termina ese papel y se termina la literatura. Los lectores de verdad odian el papel blanco: les quema la cabeza”.

Hablaba de un modo similar al de la China. La entonación, las pausas, la respiración, la orientación múltiple de los pensamientos y varios de sus gestos (principalmente el de morderse un costado del labio inferior), tendían a la envidia y al tributo.

Le ofrecí publicar este libro, así como está ahora, sin terminar. “¿De qué se trata?”, me dijo. Le contesté: “De la China del Río, pero no te preocupes porque le puse un nombre falso. Se sobresaltó como si hubiese explotado un globo que hubiera estado inflando: “¡Ah, qué sorpresa! Quiero leerlo ya”.

12 de marzo

El encuentro con Daniela Lemos me recordó que, hace mil años, mientras hablábamos de cualquier cosa en el Café Brasil, le China le preguntó a Marcial qué opinaba de su trabajo. “Nada. No opino”, dijo él. Ella le contestó: “Bueno, pero yo quiero que opines, así que vas a opinar”. Acababa de reemplazar el asunto del que veníamos hablando por otro que parecía estar pendiente desde hacía mucho tiempo, y la situación era la de que el mundo había dado un vuelco brusco y ahora estábamos los tres cabeza abajo.

Marcial quiso decir algo que nunca sabremos qué fue, empezando por él. Hay mundos interminables en lo que no se alcanza a decir. Pensé en eso mientras sucedía. Si quienes no alcanzaron a decir lo que querían hubieran podido decirlo, ¿qué hubiese pasado? ¿Cuántos acontecimientos nuevos se habrían agregado a la vida? ¿Y cuantos se habrían suprimido?

“Pero antes de que opines te voy a contar algo”, le dijo la China, y yo pasé, como tantas veces, a ser una mesa, una silla del Café Brasil. Le contó que antes de que ellos se encontraran, le había propuesto al directorio de Línea de Corte una colección llamada “¿Quién soy?”. Estaba harta de las biografías y las autobiografías, a las que consideraba “los géneros de la censura y la autocensura”. Dijo que quien quisiera saber algo de sí mismo tenía que preguntárselo a los otros, incluyendo a los enemigos, sobre todo a los enemigos, o al menos a algunos, para que dijeran lo primero que se les ocurriera. Dijo: “No lo segundo o lo tercereo: lo primero”.

Esa era la idea, que fue recibida con recelo y cuestionada con un triste repertorio de peros: “pero quién va a firmar el libro”, “pero cómo se le va a consultar sobre vos a alguien que no te quiere”, “pero qué sentido tiene que a la historia de uno la cuenten otros”, “pero a vos te parece, China”, etc. Una vez consolidado el rechazo,

le contestó al directorio: “Ah, pero qué sorpresa más sorpresiva… No sabía que eran tan cagones. ¿Qué les puede pasar por publicar libros? Que yo sepa, a los huevos no se los van a cortar. ¿O sí?”.

Contó que después de atacar a los directores, todos hombres, se obsesionó con publicar su modelo de historias de vida en cualquier lado, hasta que se lo aceptaron y publicaron en el fanzine *Más abajo*. Cada número, bastante malo por lo que me dijeron, publica un solo ejemplar por año, o cada más de un año, que se subasta para un solo lector, por lo que nadie podía enterarse de su historia de vida, excepto el “propietario” del ejemplar, al que por regla insobornable de la subasta se le exigía reserva de nombre. “Así que nunca vas a poder leer lo que los demás dicen de mí. Ahora sí: opiná”, le dijo la China a Marcial, y él le contestó: “Gracias. Mi opinión es la siguiente: me reservo la opinión”.

19 de marzo

Daniela Lemos me mandó un mensaje esta mañana: “Lo leí. Me gustó. Después te cuento algo más”. Pero no le gustó. A nadie puede gustarle algo con ese nivel deprimente de entusiasmo. ¿Y si no lo leyó? Los editores no leen libros, o los leen a los saltos, lo que es comprensible. ¿Quién no quiere trabajar menos?

Le pedí verla para forzar una respuesta. Nos encontramos en un bar. Ella había hecho una impresión anillada de este libro, que en la versión que le di terminaba así: “Entonces, ella me miró, situándome muy lejos de donde yo estaba, digamos en el horizonte, y me dijo: ‘Bueno… ¿Cómo te lo digo? Me parece que nos vamos a ir de este libro… Perdón, Juli. Me parte el alma, pero hace varias semanas que estamos con la idea en la cabeza. Preferimos seguir solos’. Y se fueron una hora más tarde, abrazados y felices, y no los vi nunca más”.

Las hojas estaban subrayadas con tinta azul y roja, y tenían muchas palabras encerradas en óvalos y rectángulos y una cantidad innumerable de anotaciones en los márgenes. Daniela Lemos tomó un trago de café. Me gustó su boca, y la miré a los ojos inspirándome en la forma en que Marcial mira a la China (ella dice que él la toca por dentro con los ojos, y no hay una vez que no le diga: “¡Basta! ¡No me mires!”). Nada que ver con lo que vengo contando, pero hay que ceder a las emociones cuando aparecen.

Daniela me ofrendó una sonrisa de poder, de editora a escritor debutante. Como la China, a ella también parecen gustarle los hombres a los que ella les gusta. La grabé sin que se diera cuenta. Primero me preguntó si lo que contaba de la China en este libro había sucedido o yo lo había inventado. Después, me dijo que el libro estaba “bien”, que tenía “algo”, pero que había que “trabajarlo un poco” con un editor porque escribir es un “proceso” en el que el

escritor es solamente un puesto en la aventura del montaje. Podría haber estado hablando de cualquier otro libro, o de todos los libros del mundo. ¿Cuál no tiene "algo" y no hay que trabajarlo "un poco"?

La lejanía con la que hablaba indicaba que mi libro no estaba allí, o no estábamos nosotros. Los términos de la realidad del bar no se conectaban. Me daba consejos generales, con lo cual no era a mí a quien se los daba sino a un interlocutor genérico, diría que a los escritores rechazados.

Yo aspiraba a que me dijese algo concreto; y ella, a que yo le hiciera la pregunta para poder decirlo, y aunque coincidíamos en la comodidad de suspender el momento de la revelación, lo cierto es que todo llega. De golpe, enfrentó el tema: "Como te dije, el libro tiene algo… No te prometo sacarlo por Línea de Corte porque, bueno, vos ya sabés, la China nos hizo un desastre financiero y estamos editando lo mínimo. Además, publicar su historia secreta, aunque sea con nombres falsos… Imaginate... Pero dame unos días que algo te voy a conseguir, algo vamos a hacer. Si no la sacamos nosotros, te puedo recomendar a Incunables. O a Pulp Fiction. Son sellos chiquitos, lindos, que andan muy bien. Tengo amigos ahí. Mientras tanto, yo te diría que trabajes un poquito más el final. ¿Tenés el título?". Le dije: "Sí: *Otra novela de amor*. O *Se detiene el mundo".* Me dijo: "Ay, me encanta *Se detiene el mundo.* Me encanta".

20 de marzo

“Yo te diría que lo termines”. Perfecto:
Fin

26 de marzo

Ayer, la China me desbloqueó y me mandó un mensaje de voz larguísimo por WhatsApp. Cuando quise responderle, ya me había bloqueado de nuevo. Me dijo: “Hola, escritor. Sé que estuviste con la conchuda de Daniela Lemos. Cuidate. Es de las que matan a la madre”, y me contó qué había pasado con los 200 mil euros de Klaus Vanneger.

Fueron a parar a dos “cajas”. En una, guardó 150 mil para lo que llamó “producción”. Traducido a dinero argentino, “les” alcanzaba (dijo: “nos va a alcanzar”, y está claro que se refería a ella y a Marcial) para financiar durante treinta años sus gastos mensuales en restaurantes, hoteles, combustible, museos, bares, transporte público, viajes y regalos.

La otra caja, con los 50 mil euros restantes, se destinó a la productora 20/20 Films para montar los mensajes de voz, textos, fotos y videos que se estuvieron mandando hasta que se fueron de este libro: “Todos. Incluso los que no te mandamos a vos. Y, ya que estamos, este también”. Me dijo que ni yo ni ella ni Marcial vamos estar vivos cuando suceda, pero el montaje de ese material, que de algún modo es este libro, va a ganar algún festival de cine dentro de cincuenta o setenta años. Ese es el compromiso con el director y los herederos del director: el delirio de posteridad.

30 de marzo

Le conté a Daniela Lemos la reaparición de la China y mi idea de agregar su último mensaje y alguna otra cosa que pudiera saberse de ella y Marcial para cerrar el libro. Me miró como mira la China, con ojos mitad de animalito asustado, mitad de ave rapaz, y me dijo: "Ay, perdoname, pero no sé si te vamos a poder publicar... Ahora, ¿para qué querés saber algo más? No hace falta".

Me dijo que no había nadie que pasara por la editorial y no dijera que los había visto en algún lado. A veces piensa: "no puede ser"; pero después dice: "¿por qué no?". ¿Por qué no pueden dos personas estar así de presentes y unidas en este mundo de fantasmas?

Están en al aire. Los ven en los lagos del Observatorio, en el subte, en los museos, en el restaurante del Club Náutico, en Moro, cruzando avenidas sin mirar a los costados, en el Teatro Nacional Borges, en El Globo, en consultorios médicos, en supermercados chinos, en la Costanera Sur, en la barra del London, en la heladería Italia, en pueblitos, en parrillas de la ruta, desayunando en Saint Moritz, bajando de taxis y subiendo a taxis, en bares de estaciones de servicio, en aviones, comprando pan, en hoteles, en cantinas de clubes, en el Delta, en las misas de la Catedral, en los cines, en trenes, en cajeros automáticos, al atardecer, al mediodía, caminando bajo la lluvia, tomando sol en las plazas, etcétera, etcétera, etcétera…

Becerra, Juan José
Amor / Juan José Becerra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga

1. Narrativa Argentina. I. Título.

2023, Juan José Becerra

Primera edición en formato digital: marzo de 2023
Versión: 2.0